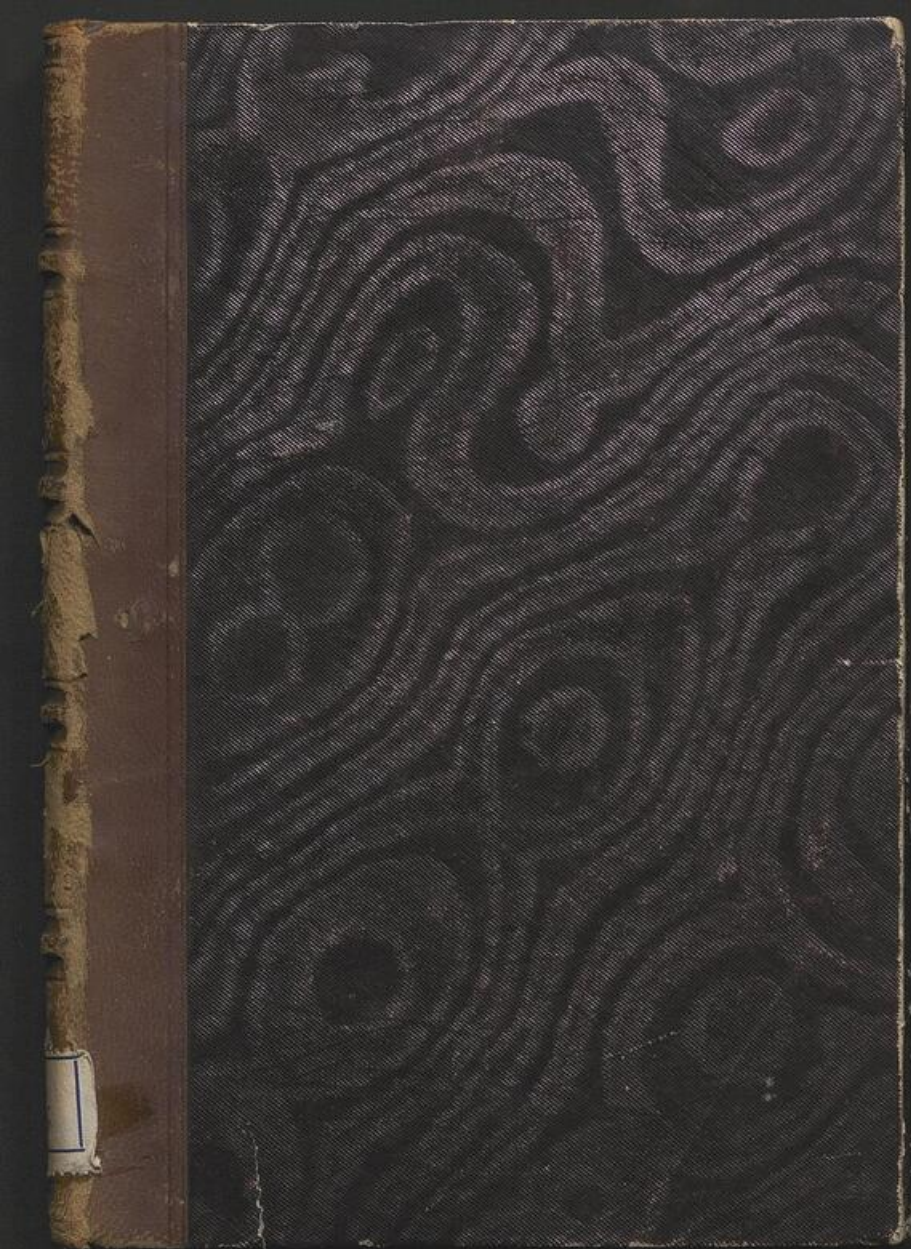
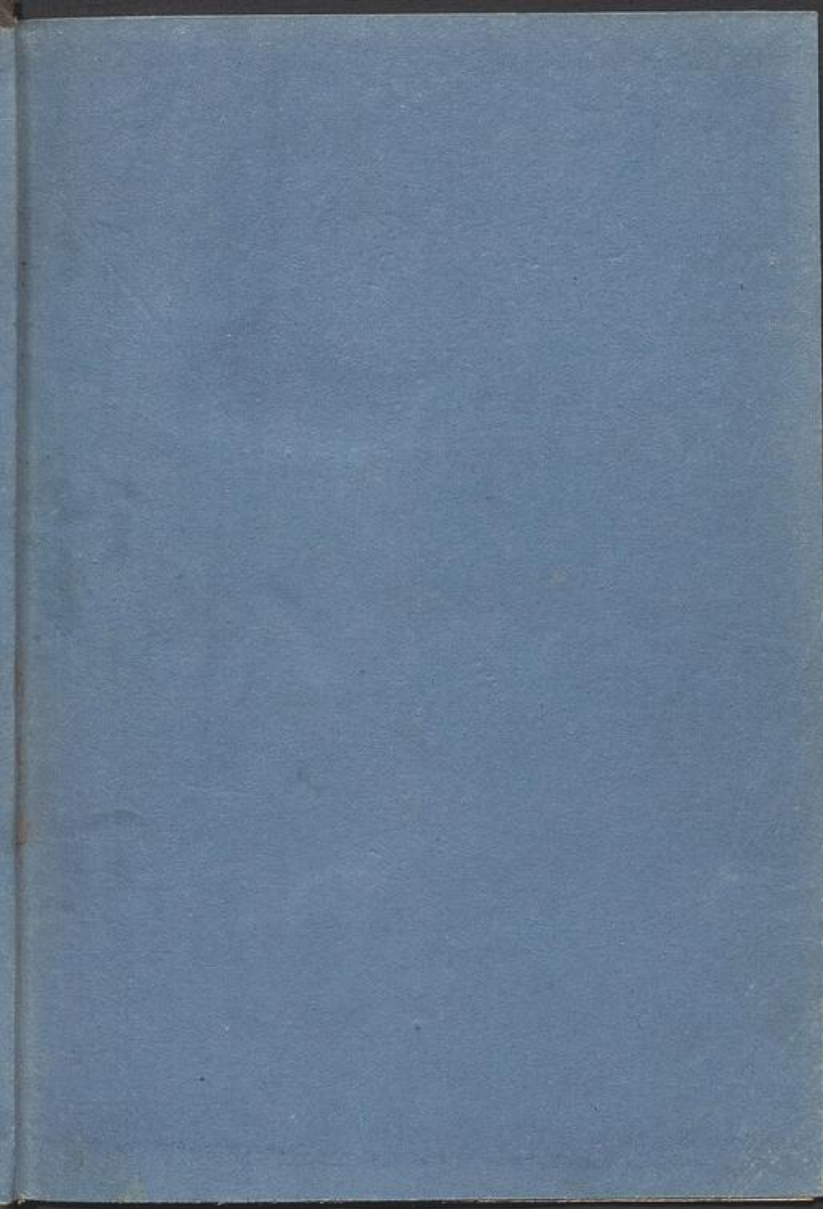


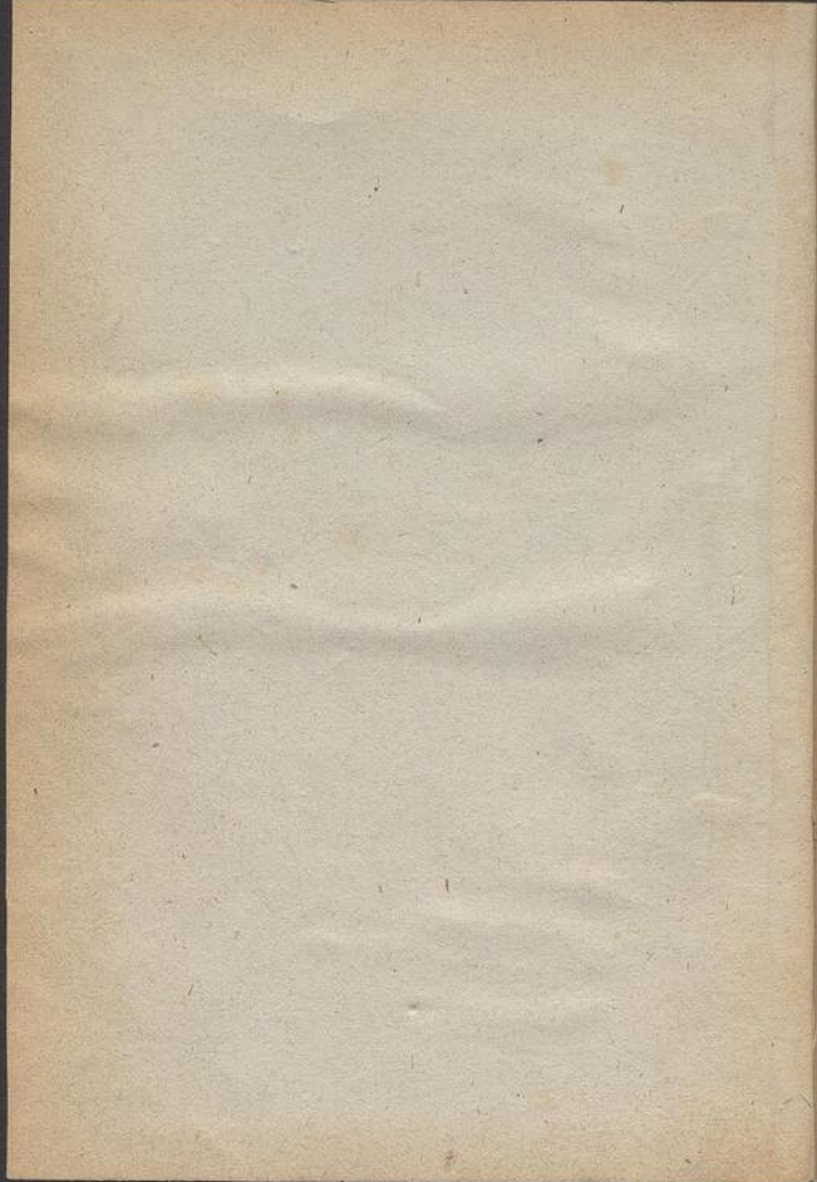
NOVELAS
LIBRICANAS

R.M.
7.246









C-44-7246

A. A. Rodruque Monino

NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA.

NOVELLA ORIGINAL DE

NO HAY MAL

DE ALEXANDRO MICHÉLIS Y BERVANTES.

LA BIBLIOTECA DEL EDITOR.

QUE POR BIEN NO VENGA.

NO HAY MAL

ES PROPIEDAD DEL EDITOR.

QUE POR BIEN NO VENGA.

NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA,

NOVELA ORIGINAL DE

D. MELCHOR PACHECO Y ORES.

D. ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES.

ex-Ministro de la Guerra y plenipotenciario de la
República del Uruguay en París.



recuerdo

Como una señal muestra de su aprecio y gratitud

al lector amigo

El autor.

MADRID.

IMPRESA A CARGO DE C. GONZALEZ: RUBIO N. 14.

1852.

NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA

NOVELA ORIGINAL DE

D. ALEJANDRO MAGAÑOS CERVANTES



MADRID

IMPRESA A CARGO DE C. GONZALEZ: RENIO N. 17

1833

Al Excmo. Sr. General

D. MELCHOR PACHECO Y OBES,

ex-Ministro de la Guerra y plenipotenciario de la
República del Uruguay en París,

ofrece este recuerdo

como una débil muestra de su aprecio y gratitud

su leal amigo

EL AUTOR.

Al Excmo. Sr. General

D. MELCHOR PACHECO Y ORES

ex-Ministro de la Guerra y Plenipotenciario de la
República del Uruguay en París,

ofrece este recuerdo

como una justa muestra de su aprecio y gratitud

al Sr. General

EL AUTOR.

CAPITULO PRIMERO.

Primera noche de boda.

Niña primorosa
de los ojos negros,
del cabello en trenzas,
del ebúrneo cuello,
¡por qué late ansioso
tu nevado seno
y con llanto inundas
ese rostro tierno?

{ADOLFO BERRO.} (1)

La puerta de la alcoba nupcial acaba de cerrarse tras dos jóvenes esposos, unidos en perdurable lazo por un ungido del Señor. Las bendiciones de sus padres, los parabienes de sus amigos, las lisonjeras frases de los convidados, resuenan todavía en sus oídos.

(1) Todos los versos que sirven de epígrafe á los capítulos de esta novela, excepto los del capítulo XII, pertenecen á poetas americanos.

La jóven desposada camina con lento paso, se acerca á un camapé inmediato, y se deja caer en él, como agoviada por un gran pesar, escondido hasta entonces en lo mas hondo del pecho.

Acerbo disgusto, repugnancia invencible, dolor profundo y reconcentrado se revelan en su semblante; y aunque pretende ocultar lo que sufre, la vehemencia de sus sentimientos es tal, que toda la fuerza de su voluntad no alcanza á mitigarla.

Victima del deber y sacrificada en sus aras, ha entregado su mano, pero no su corazón, y llora por vez última sus perdidos amores, sus doradas ilusiones, sus ensueños de felicidad, disipados para siempre en aquella noche maldecida.

Su esposo, por el contrario, aturdido con el exceso de su dicha, ciego de amor, apoyado contra el respaldo de una silla colocada junto al camapé, con el cuerpo inclinado hácia adelante, inmóvil y silencioso, la contempla embelesado, sin fijarse en las lágrimas que caen hilo á hilo de sus ojos. Sabe que ella no le ama; pero ignora que ama á otro. Despreciado mil veces, y al fin dueño de aquella mujer que adoró largo tiempo sin esperanza, en el egoísmo de su ardiente pasión, solo ve ahora la felicidad que le aguarda.

Ni puede ni quiere, ni aunque quisiera podría pensar en otra cosa. Las ideas hierven, se chocan y confunden en su acalorada fantasía; la fiebre del amor cubre sus ojos con una venda; dul-

císimas imágenes forman á su alrededor una nube, sobre la cual flota su alma, pronta á remontarse al cielo, sumergida en un océano de ventura.

Si en vez de pobres sonidos nos fuera dado expresar nuestros pensamientos, derramándolos iluminados con la llama del génio, sobre el lienzo ó el mármol palpitantes de vida é inspiracion, el descolorido cuadro que acabamos de bosquejar, aparecería en todo su relieve y magnificencia.

Oh! no creais que exageramos... para apreciar dignamente el atroz quebranto de aquella mujer, y el éstasis delirante de aquel hombre, seria necesario el pincel del amante de la Fornarina, ó el divino cincel que legó á la posteridad el grupo de Laóonte.

Seductora como el deseo, bella como la realizacion de una esperanza ya perdida y trasformada de repente en realidad, dulce y lánguida como la estrella del alba en medio del mar, hundiéndose entre las olas una mañana de verano, Adela de Valdemor, risueña ó triste, produce siempre el mismo efecto. Asi el dolor no impide ahora que fulguren sus bellísimos ojos azules, emblema del candor y bondad que abriga su alma, al través de sus largos párpados, por mas que los incline al suelo, velando á medias su abrasadora mirada: y su cútis de blancura deslumbrante, levemente sonrosado; su hechicera barba marcada en el centro con un gracioso hoyuelo; el carmin de sus

megillas y de sus pequeños labios, tersos y relucientes, cual dos ligeras cintas de granate; sus rubios cabellos, que en trenzas de oro recogidos detrás y salpicados de perlas y brillantes, ciñe una corona de azahares, simbolo de su pureza; el talle de sílfide, realzado por un magnífico vestido de encaje de Bruselas; los desnudos hombros que envidiaría una estatua griega, la voz de ángel, el porte de reina, el enano pié, las manos, la garganta, los brazos de Madona cubiertos de valiosa pedrería; el frescor, el encanto, la magia que atesora una vírgen hermosa á los diez y siete años, justifican el arrobamiento de su infeliz esposo.

Haremos su retrato en pocas palabras: don Luis Larteman, es un jóven como de treinta años, robusto, de pequeña estatura; de ojos pequeños, coronados por espesas cejas; anchas espaldas; labios gruesos y salientes revelando lascivia; frente pequeña comprimida en los extremos; hombre, en fin, de mediana inteligencia, de carácter irascible y violento, de pasiones fogosas, y poco escrupuloso en los medios con tal de arribar al fin que alguna vez se ha propuesto.

Adela, despues de una larga pausa, levantó de la alfombra sus ojos cubiertos de lágrimas, y le dijo con voz conmovida y recelosa:

—Caballero..... recordais las condiciones bajo las cuales consentí en daros mi mano?

Aquellas breves palabras produjeron un efec-

to mágico en el jóven; irguióse de pronto como si hubiese pisado una serpiente, y miró á su esposa con el semblante demudado, pálido de congoja y atónito de sorpresa, sin atreverse ó sin poder encontrar una respuesta satisfactoria.—

—Si, continuó ella, bien sabeis que no os amo: bien sabeis que únicamente por salvar el honor de mi familia, me he sacrificado.... tengo, pues derecho á exigir os que me cumplais vuestra promesa.

—Si hubiese creído, repuso don Luis cada vez mas agitado; si hubiese creído que vuestras palabras eran sinceras, yo no os hubiera empeñado mi palabra de honor... Adela, ya estamos unidos para siempre... olvidémoslo todo, y en vista de la ceguedad de mi pasión, perdonadme los medios de que me he valido para arrancaros vuestro consentimiento... compadecéos de mí!

—Don Luis, para conquistar mi aprecio, para que os perdone... es fuerza que trascurra algun tiempo. Sé cuáles son mis deberes de esposa, y los cumpliré... Ahora dejadme llorar; dejad que el tiempo y la reflexión me preparen á resignarme con mi suerte; y sobre todo, caballero,—añadió la jóven desposada con energia notando el despecho y la cólera que se pintaban en el rostro de su marido,—procurad con vuestra delicadeza y pundonor que olvide vuestra anterior indigna conducta.

—Es decir, replicó don Luis cruzándose de

brazos no pudiendo ya contener la esplosion de su ira; que viviremos como dos estraños; aunque vivamos bajo el mismo techo; esposos en el nombre y solo á los ojos del mundo?

—A la verdad, no sé de qué os admirais: os lo previne antes.

—De qué me admiro? Ah! nunca me imaginé que abrigáseis contra mí tanto odio y rencor!

—Me parece, Larteman, que no es gran cosa lo que exijo de vos... algunos dias, algunas semanas, algunos meses... qué se yo?... exclamó la afligida hermosa como hablando para sí:— francamente, ahora no sé lo que me pasa... sufro tanto con la idea de que está ligada nuestra suerte para siempre, que no me es dado sobrepormé á la aversion que me inspirais...— Oh! perdonad si os ofendo... me duele deciroslo... no me obligueis á revelaros lo que no quiero.

Al espresarse de esta manera, la jóven se habia levantado y con resuelto ademán, indicaba á su esposo otra puerta que comunicaba á un gabinete cercano.

Don Luis la vió entonces más bella y seductora que nunca; al frenético delirio que sentia por aquella mujer se unia el aguijon de la imposibilidad, la sed creciente y devoradora que despiertan siempre los obstáculos que no está en nuestra mano vencer.

La vió en todo el esplendor de su hermosura, sublimada por el dolor, engrandecida por la con-

ciencia de su poder, fuerte con su dignidad, parapetada en su inespugnable posición de mujer sacrificada por la felicidad de su familia, y acaso, acaso combatiendo con otro amor tan violento é indomable como el suyo.

Todas estas reflexiones cruzaron por su frente con la velocidad del rayo, y acabaron de cegarle. Don Luis olvidó todo, todo... hasta su dignidad de hombre, y cayó á las plantas de su ídolo, pidiéndole misericordia con palabras llenas de pasión, ternura y sin igual vehemencia. Prodigóla cuantas expresiones pueden halagar la vanidad de una mujer. Se arrastró á sus piés y rególos con sus ardientes lágrimas.

Ella inclinó la cabeza y le escuchó impasible, sin entreabrir los lábios ni mirarle, sin manifestar enojo ni placer, piedad ni impaciencia.

Largo rato estuvieron así, hasta que por último Adela, tal vez acongojada ya de oírle, alzó de pronto la frente, y entre dolorida y grave tendió la mano á su marido para que se levantara, diciéndole con una calma y entereza que no dejaban lugar á apelación:

—Don Luis, es inútil... mi propósito es irrevocable... allí hay otra habitación que he hecho preparar desde esta mañana... escoged de las dos la que gustéis.

Y como él insistiese y procurase aun detenerla, ella le rechazó con violencia, corrió hacia la puerta del gabinete, entró y echó el cerrojo.

por dentro. Todo esto en ménos tiempo del que se necesita para escribirlo.

El burlado esposo se acercó á la puerta, y dió un golpecito con la punta de los dedos.

—Adela!

Nadie respondió.

Larteman golpeó por segunda vez con el reverso del puño:

—No abres, Adela?

Tampoco contestaron.

Don Luis furioso, por tercera y última vez descargó varios golpes contra la traidora puerta, añadiendo por despedida:

—Ay de tí si no me abres!

Nada, silencio profundo.

Impulsos tuvo don Luis de echar abajo de un puntapié el frágil obstáculo que le detenia; pero se acordó que era la primera noche de su boda, y retrocedió ante la idea de dar un escándalo inútilmente.

—Oh! pérfida, tú me las pagarás, murmuró entre dientes bramando de corage y paseándose frenético de una pared á otra.

Su esposa, en tanto, se habia acercado á una bugia colocada sobre un velador en un extremo del gabinete, y contemplaba bañada en llanto y besaba con trasporte un retrato de miniatura que llevaba oculto en el seno.

Y todavía se paseaba él de una pared á otra y ella continuaba con el retrato en la mano lloran-

do amargamente, cuando el reloj de la parroquia vecina daba las cinco y media, y la linda ciudad de Santa Fé (1) residencia de nuestros protagonistas, abria sus ojos á la luz del nuevo dia en la mañana del 4 de octubre de 1845, época en que comienza nuestra historia.

CAPITULO II



(1) Ciudad capital de la provincia de su nombre en la república Argentina. Se fundó en 1573 sobre la margen derecha del río Paraná en la confluencia del Salado. Ha sido arruinada varias veces por los indios del Gran Chaco; y tanto por esta circunstancia como por lo insalubre del terreno, se trasladó en 1651 al punto que hoy ocupa, á poca distancia del parage mencionado. Está edificada en una llanura, y sus casas, aunque de un solo piso, ofrecen un aspecto agradable. La guerra civil, su posición desventajosa, y sobre todo el impedimento que opone Rosas á la libre navegacion del Paraná y demás rios interiores, no le han permitido engrandecerse y ha decaído mucho en estos últimos tiempos. Cuenta aproximadamente de ocho á diez mil almas.

CAPITULO II.

Redimir culpas ajenas.

He comprado con fibras de mi pecho
una bella corona de azahares.

(MARMOL.)

La estraña conducta de nuestra heroína merece que entremos en algunas esplicaciones, sin las cuales no se comprenderia ciertamente.

Ya sabe el lector que es hermosa, jóven, sensible, dotada de las mas bellas cualidades morales: ya sabe que tiene diez y siete años y que la han casado contra su voluntad con un hombre que detesta, y ademas sabeis vosotras ¡oh simpáticas lectoras! que ama á otro, porque el inci-

dente del retrato y algunas frases sueltas del anterior capítulo, os lo están patentizando, y sin duda presentis los poderosos motivos que obligarian á la pobre Adela á pasar por el duro trance de deshojar una á una en las aras del deber, las mas fragantes rosas de su verde corona de ilusiones.

Garza real nacida para hendir el espacio y presa al abrir las alas por vez primera, despojada de su rico plumage y encerrada en estrecha jaula por alevos cazadores, suyo era el trasparente azul para embriagarse de aromas y armonias. Suya la bóveda celeste para albergar en ella sus ensueños de amor y poesía, puros como las primeras fragantes exhalaciones de una selva virgen, no profanada por el hombre; tiernos como el arrullo de la tórtola en el fondo de los valles; suya la dorada lumbre que baña el firmamento cuando el rey de los astros suspenso un breve instante en el cénit, rueda luego sobre las nubes, como una inmensa bola de fuego impelida al abismo por el soplo de Dios; suya era esa antorcha de vida é inspiracion, para ir á arrebatarle como Prometeo, un rayo divino que animase el fango de la yerta realidad... pero manos impías abatieron su vuelo, y encerrada en un círculo de hierro donde no habia otra salida que la pérdida de su felicidad ó la infamia de los suyos, aceptó con sublime abnegacion el cáliz de hiel y la corona de espinas, que desde el Reden-

tor del mundo hasta nuestros días, brindan los hombres al que se sacrifica por ellos.

Hija de un hacendado de la provincia de Santa Fe, que gozaba de una decente medianía, Adela tenía un hermano gemelo á quien amaba con delirio. Por desgracia, este jóven en extremo aficionado al juego, perdió una noche una suma considerable de la cual era simple depositario, y no contento con esto, mal aconsejado por un calavera desenfrenado que se titulaba su amigo, cometió la imprudencia de agrabar su falta con otra peor: falsificó letras de cambio, tomando la firma de un acreditado comerciante irlandés residente en Córdoba, en cuya casa habia estado de teneedor de libros.

Por una reunion de circunstancias muy largas de referir, estas letras fueron á parar á manos de don Luis Larteman, antiguo pretendiente de Adela, opulento propietario de Santa Fe, bastante mal quisto en la provincia, por su mal génio y orgullo, aunque muy temido y respetado por sus riquezas, influencia y relaciones políticas.

Don Luis, habia visto á Adela en un baile, y perdido al verla su sosiego. Enamorado locamente de ella, procuró ganarse su corazon, pero fué despreciado: se atrevió á pedir su mano á pesar de sus desdenes, y recibió un nuevo desprecio.

Don Antonio Valdemor, y su hijo Carlos ha-

bian procurado al principio, creyendo que seria un capricho, vencer la resistencia de la jóven; pero nada consiguieron. Adela declaró terminantemente que nunca consentiria en aquel enlace, porque Larteman le inspiraba una repugnancia invencible, porque sus riquezas ni la consideracion de que gozaba valian nada á sus ojos, y que por su gusto nunca se casaria sino con un hombre que fuese de su agrado.

Su padre y hermano la amaban demasiado para obligarla á hacer un matrimonio de conveniencia. Sobre todo el anciano que era un hombre honrado en toda la estension de la palabra, frugal, bondadoso, desinteresado é idólatra de sus dos únicos hijos que ademas de ser mellizos, eran un vivo retrato de su malograda esposa, muerta al dar á luz á Adela.

A consecuencia de aquella repulsa, reiterada en distintas ocasiones, Larteman herido en su amor propio y escandalizado de que aquellos *miserables*, segun se espresaba él, no apreciaran dignamente el alto honor que les dispensaba, habia roto con ellos y jurado vengarse en la primera coyuntura favorable que la suerte le depusiera.

La ocasion se presentó pronto; mas pronto de lo que él esperaba. La casualidad hizo que las citadas letras viniesen á su poder; y que averiguase quién, cómo y por qué las habia falsificado.

Loco de alegría con su adquisición y saboreando de antemano el placer de la venganza, mandó llamar á Carlos Valdemor á su casa, y presentándole las letras, le dijo:

—O me caso dentro de seis dias con vuestra hermana, ú os hago meter en la cárcel por ladrón, reduzco vuestra familia á la mas espantosa miseria, y arrojó vuestro nombre á la execración pública.

Terrible alternativa!

Carlos, que conocia á su futuro cuñado y que se veia imposibilitado de defenderse, procuró inútilmente, ya que no escitar su piedad, disuadirle al ménos de su propósito, manifestándole la tenacidad del carácter de su hermana y la dificultad de reducirla á la razon. Don Luis se mostró sordo á sus plegarias y á sus protestas, y le despidió repitiéndole lo que acababa de decirle.

Tristísima y desgarradora fué la escena entre los dos hermanos: largas esplicaciones se sucedieron de una y otra parte. Adela le declaró que amaba en secreto y era amada de otro hombre; pero que renunciaria á todo por salvar el honor de su familia, siempre que don Luis aceptase las condiciones que pensaba imponerle.

Para valorar el heroico sacrificio de la infortunada jóven, era preciso estar en antecedentes: hacia un año que don Antonio complicado sin motivo en una causa criminal de la que al fin sa-

lió inocente, tuvo que pasar á Córdova (1) adonde fué á reunirse su hijo, despues de dejar á Adela en Mendoza (2) en la casa de una tia suya, hermana de su padre.

En la quinta de esta, situada á una legua de la ciudad, capital de la provincia de su nombre, conoció Adela á su primo Enrique, escelente jóven, de veinte y tres años, de gallarda presencia, de finos modales y de gran talento, condenado á causa de su pobreza á vejetar en una oscura provincia, lo cual unido á ese germen de tristeza que se desarrolla mas tarde ó mas temprano en todos los hombres superiores, habia impreso prematuramente en sus bellas facciones el sello de una grave y simpática melancolia.

Faltábanle dos años para concluir sus estudios de jurisprudencia y recibirse de abogado, cuando la repentina muerte de un pariente lejano que le sostenia en la universidad de Buenos-Aires le dejó en un estado próximo á la indigencia. Logró á duras penas acomodarse en el kufete de un letrado; pero este nada le daba. Una grave enfermedad de su madre acaecida poco despues, le obligó, á pesar de sus ruegos, á retirarse á Mendoza, aplazando para otra época mas feliz la terminacion de su carrera.— Enrique Artames

(1) Ciudad capital de la provincia de su nombre en la república Argentina.

(2) Idem.

se conceptuaba desgraciado y sobrábale razón para creerlo. Sintiendo rebosar en su mente el génio y el ánsia de elevarse, y falto de teatro donde desarrollar su actividad, forzado á malgastar su inteligencia y su tiempo en ocupaciones para las que no habia nacido, era natural que estuviese mal avenido con su suerte. Todo lo que podia exigírsele, era que se resignase á sobrellevarla con calma, y él ponía por su parte los medios para conseguirlo: no era culpa suya si no lo alcanzaba.

Adela le vió y no pudo menos de concederle su estimacion y convenir con todos en que su primo era un jóven apreciableísimo bajo todos conceptos, al mirarle tan tierno y afectuoso con su anciana madre, ocultando su pesar por no afligirla, y siempre dispuesto á renunciar á todo por ella.

Tras el aprecio vino la simpatía, tras la simpatía el interés, y tras el interés el amor. Se hablaron, se comprendieron, y juraron ser el uno del otro; y como prenda de aquel juramento cambiaron sus retratos y dos sortijas, que prometieron devolverse el dia de su union.

Tres meses despues, habiendo salido libre don Antonio de las injustas acusaciones que le llevaron á Córdoba, retornó á Santa Fe, y Adela volvió á la casa paterna acompañada de su tia y de Enrique.

Por un sentimiento de delicadeza muy fácil de comprender, atendida su posicion, Enrique habia

exigido de su amada que reservase el secreto de su amor hasta que la suerte se le mostrase mas risueña. El era pobre, muy pobre, y se avergonzaba de que creyesen que pensaba en casarse para vivir á espensas de su tío, que apenas contaba con lo suficiente para vejetar con decencia.

Su amante respetó este capricho hijo de su pundonor, y nadie ni su mismo hermano, á quien confiaba todos sus secretos, llegó á arrancarle este.

Al poco tiempo Larteman, como ya dijimos, la encontró en un baile que dió el gobernador de la provincia, y se enamoró de ella.

Los desprecios de Adela, como sucede siempre, no hicieron mas que acrecer su pasion, y si el orgullo le alejó de su lado momentáneamente, no por eso renunció á sus esperanzas. Don Luis era de aquellos hombres tenaces cuya energia se aumenta con las dificultades, y que saben luchar con los obstáculos hasta vencerlos ó ser anonadados por ellos.

Confiado, pues, en la superioridad de las terribles armas que el destino habia puesto en sus manos, se presentó á la ingrata que le despreciaba, más que como un amante sumiso, como un hombre justamente ofendido, cansado ya de sufrir sus fantasías y estravagancias, y dispuesto á perder á su hermano.

Adela le escuchó en silencio, y cuando hubo concluido le dijo:

—Caballero, dadme esos papeles, y me casaré con vos.

—Cuando? preguntó don Luis sin poder ocultar su alegría.

—Dentro de un año...

—Adela, si pretendéis engañarme con vanos pretextos, sabed que sois todavía muy jóven para burlaros de mí...de aquí á tres dias seréis mi esposa, ó si no!

Larteman, hirió el suelo con el pié, y el carmin de la ira coloreó su tez morena, y prestó á su audaz fisonomía algo de imponente y amenazador, que contrastaba con la mansedumbre y la altiva resignacion de su victima.

—Está bien, repuso la jóven con la misma afectada tranquilidad; puesto que sois implacable, y no hay remedio, cúmplase la voluntad de Dios... seré vuestra esposa dentro de tres dias, si me empeñais vuestra palabra de honor de que respetareis mi voluntad en algun tiempo...

—No solo la respetaré, sino que procuraré anticiparme á vuestros deseos, probaros á todas horas y en todas ocasiones, la sinceridad y vehemencia del ardiente amor que os profeso!... exclamó don Luis anhelante, embelesado, ébrio de gozo, creyendo que soñaba.

—Caballero, continuó Adela enjugándose algunas lágrimas que á su pesar corrian á lo largo de sus mejillas, reflexionad bien lo que me prometeis.

—Una vez casado con ella, pensó Larteman, yo haré lo que mejor me parezca, por lo tanto, nada se arriesga con prometer. Inspirémosla confianza.

—Os juro por mi honor, señorita, por lo mas sagrado que liaya, añadió en voz alta, que respetaré hasta vuestros caprichos.

—Oh! no olvideis lo que acabais de prometerme... ya que nuestro enlace va á efectuarse con tanta precipitacion, porque así lo exigis vos, y yo... siento deciroslo... no os amo... dejadme al ménos el tiempo necesario para que os cobre estimacion y cariño... si eso es posible... murmuró Adela con acento tan débil que no lo entendió su futuro esposo.

Don Luis, para tranquilizarla, volvió á prometerla cuanto quiso; y en virtud de tan solemne promesa, tres dias despues, Adela le entregaba su mano y tenia lugar en la estancia donde hemos introducido á nuestros lectores, el dramático episodio que sirve de prolegómeno ó exordio á esta verídica historia.

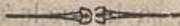
Dilucidados los hechos, la singular conducta de Adela con don Luis, nada tiene de extraordinaria. Réstanos solo al cerrar este capítulo, mencionar una circunstancia que vino á justificarla más y más. Esa misma noche, poco despues de la ceremonia nupcial, recibió ella una carta de su amante, en la que le anunciaba que su madre habia muerto, y que no teniendo ya quien

le detuviese en Mendoza, pensaba irse á Bolivia, donde residian algunos de sus parientes ricos y en muy ventajosa posicion, y donde esperaba en breve, á fuerza de constancia y laboriosidad, crearse una fortuna independiente.

La carta, escrita con el mayor desórden, sin fecha, sin puntos ni comas, casi ilegible, sin conexion ni unidad en sus periodos, borradas las letras con las lágrimas que debieron caer sobre el papel al trazarlas, revelaba el desconcierto de su cabeza y el mal estado de su espíritu, y finalizaba diciendo á su *ángel custodio*, á su *Adela idolatrada*, que ella sola era la única esperanza, el único vínculo que le ligaba al mundo, y que el dia que le faltase pondria término á su vida.

Fatal y estraña coincidencia! En esa misma noche recibia él á la misma hora la carta que ella le escribió participándole su próximo enlace y las poderosas razones que la obligaran á serle infiel y á renunciar al cielo de su amor, para aceptar en cambio el infierno de pasar su vida al lado de un hombre que detestaba...

Y todo ¡ay! por REDIMIR CULPAS AJENAS.



CAPITULO III.**Spleen.**

Entre deshecha tempestad perdimos
los tres el rumbo al arribar al puerto,
y en el mismo lugar el pecho abierto
padecemos el mismo frenesí.

(JOSE RIVERA INDARTE.)

Las cartas de ambos amantes produjeron el efecto que era de esperar: los dos se vieron acometidos de esa letal melancolía que engendran los grandes padecimientos morales; fiebre lenta y devorante que si se prolonga demasiado conduce á la demencia ó al suicidio. Los dos cayeron gravemente enfermos, y debieron su salva-

cion á su juventud y al cuidado de las personas que los rodeaban.

En los primeros días, Enrique anonadado por su dolor, se abandonó enteramente á él; y si no atentó contra su vida, fué porque se sintió herido de muerte y creyó que no sobreviviría mucho tiempo á su quebranto. La fiebre le sorprendió en este estado de enagenacion mental, y la crisis que sobrevino modificó totalmente sus ideas.

Vuelto á la vida contra sus deseos, comprendió que la muerte como un asesino cobarde, huye de los que le salen al encuentro y la provocan, mientras persigue, hiere y se ensaña sin piedad en los que tiemblan en su presencia y pretenden evitar sus golpes implorando misericordia.

Un horrible pensamiento brotó en la mente del jóven; pero antes de realizarlo quiso ver por vez última á su Adela, á su *ángel custodio*, á su *única esperanza*, como él la llamaba en días mas felices, y á quien ahora en medio de su desesperacion, absolvía generosamente cual tierno hijo y pundonoroso caballero, pues él habria hecho lo mismo puesto en su lugar.

En idéntica situacion y tal vez mas desgraciada que su amante, Adela se pasaba los días y las noches sumergida en profunda tristeza, llorando á solas sus perdidos amores, deleitándose en irritar las heridas de su pecho, como si encontrase una emponzoñada voluptuosidad en ator-

mentarse á sí misma; en persuadir á su esposo que su dolencia se agravaba cada dia, y mantenerle así á la misma distancia que la noche de su enlace.

Cansada de la vida y no esperando ya nada del porvenir á la temprana edad de diez y siete años. Adela tambien deseaba que una enfermedad mortal la librase del peso de la existencia; y si el sepulcro no se abrió para ella, tuvo la satisfaccion de notar que su belleza se marchitaba y que su salud decaia visiblemente.

Don Luis al principio habia procurado vencer aquella naturaleza rebelde, con sus ruegos é importunaciones: luego, el orgullo le aconsejó seguir otra marcha; empleó los sarcasmos, los insultos y hasta las amenazas, dejándose arrebatarse de su genio irritable y fogoso. Adela contestábale con sus lágrimas ó con un silencio más elocuente todavía que las palabras, y don Luis que á pesar de todo la amaba con frenesí, se enfurecía, la agoviaba de improperios, juraba que no volvería á hablarla más en la vida, y acababa siempre por sentirse domeñado por la dignidad y firmeza de carácter de Adela, y retirarse con ánimo de no verla en una semana, lleno de hiel el corazón y el alma de ruines sospechas.

A fuerza de recapacitar sobre los verdaderos motivos de la incomprensible conducta de su esposa, Larteman adivinó cual podía ser el origen de su tristeza y de la aversion que le profesaba,

tristeza y aversion que con el tiempo parecian aumentarse en vez de disminuir. Necesariamente ella está enamorada de otro, se dijo, y no me perdona que la haya obligado á sacrificármelo. Si, la pérfida abriga un amor sin esperanza!

Desde que se le ocurrió tal idea, los celos se despertaron en su alma rabiosos y devoradores; la observó por algunos dias, espióla cuando venian á verla su hermano ó sus amigas, cuando ereia estar sola; y sus sospechas se trasformaron en evidencia, aunque no pudo descubrir quien era el feliz mortal que habia sabido conquistar su corazon.

Entonces empezó para la pobre jóven una nueva serie de sufrimientos y de injustos ataques por parte de su marido, que contribuyeron no poco á que dejenerase en una enfermedad de peligro que al fin la postró en cama, la ligera indisposicion nerviosa producida por el insomnio y la debilidad que hasta entonces la habia molestado.

Bastante aliviada al cabo de un mes y ya casi restablecida, gracias á sus pocos años y á su benigna complexion, los médicos declararon que sería muy conveniente llevarla al campo para completar la curacion. En consecuencia, don Luis se trasladó con ella á una magnífica hacienda que poseia distante cuatro leguas de Santa Fe.

Allí en la soledad y el aislamiento, lejos de disiparse la melancolia de la enferma, lejos de recobrar su marido la paz del corazon, acabaron uno

y otro de profundizar el abismo que los dividia. La tristeza, lo mismo que la alegría, tiene algo de contagioso, que se comunica á los que nos rodean.

Larteman, exasperado por los celos y el despecho de no poder sobreponerse á la indomable pasión que le inspiraba aquella mujer tan poco digna en su concepto del cariño que sentia por ella, comprendió toda la estension de su infortunio, cayó en un desaliento mortal, sintió el vacío de su existencia, vió el mundo á través del negro velo del desencanto; y avergonzado y furioso de ser el juguete de una coquetuela caprichosa é imbécil, segun él la calificaba, recordó con feroz alegría, que el reposo de la tumba era preferible á los crueles tormentos que emponzoñaban su vida.

Así, por distintos senderos y por la misma causa, Enrique, Adela y don Luis, acometidos de esa fatal enfermedad tan bien caracterizada por los ingleses con la palabra *spleen*, se abandonaban á sus descabelladas ideas, y forjando cada uno mil proyectos á cual mas siniestro y extravagante, ponian su esperanza en la muerte, que se mostraba sorda á sus plegarias, porque, como ya lo hemos dicho, ella, semejante á un vil asesino, huye de los que le salen al encuentro y la provocan, mientras persigue, hiere y se ensaña sin piedad en los que tiemblan en su presencia y pretenden evitar sus golpes implorando misericordia.

CAPITULO IV.**Adelante!**

¿Qué vale la vida, si en mengua y tormento
las horas se cuentan en vil ahyeccion,
y opreso, sin alas se ve el pensamiento,
el alma sin fuego, sin fé el corazon?

Oh! no, adelantel la muerte primero...

(Dox Isidoro de María.)

Al anochecer de una nebulosa tarde de verano salia de la ciudad de Santa Fe, cabalgando en un brioso corcel, un jóven viajero que acababa de llegar de una provincia del interior.

La huella de profundos padecimientos se veia grabada en su rostro; y las congojosas ideas que á la sazón trabajaban su espíritu, reflejábanse en

su fisonomía grave, noble y simpática. Tal vez por esta circunstancia cualquiera le hubiese creído mas viejo de lo que realmente era; y para rectificar este primer juicio involuntario, necesitaria fijarse en los negros y rizados cabellos que coronaban su espaciosa frente, altiva, magestuosa y rebosando energía é inteligencia, á pesar de las precoces arrugas que la surcaban, á pesar del quebrantado color de su tez morena, y á pesar de su complexion débil y nerviosa, pero que nada tenia de afeminada; como necesitaria sorprender una arrogante mirada de sus rasgados ojos, tan negros como sus cabellos y poblada barba, para apreciar al través del círculo lívido de sus órbitas hundidas, todo el fuego y la fortaleza que el dolor mas que la edad, parecia haber apagado en ellos.

Vestido caprichosamente como acostumbran los que viven en nuestras campañas, su traje y los arreos de su caballo indicaban que sin pertenecer á la última clase de la sociedad, tampoco se contaba entre las mas acomodadas, si hubiera de juzgarse por signos exteriores y por los usos del país.

En América, ó mejor dicho, en el Rio de la Plata, por el *apero*, ó sea el tren de los corceles, puede valuarse la fortuna del ginetete. El freno, las riendas, el pretal, las espue'as, la parte delantera y posterior de la silla (que llaman *recado*), los estribos, la baticola, el testero, todo en fin, lo

que es susceptible de trabajarse en metal, se hace de plata maciza incrustada de oro y pedrería, con un trabajo tan primoroso y delicado, que hay *apero* cuyo valor asciende á cantidades que parecerían fabulosas á nuestros lectores europeos si se las dijéramos.

Desde esta magnificencia régia hasta la humildad de montura de los *gauchos* (1) mas infelices, hay gradaciones en el lujo trípico adaptadas á la posición y á la fortuna de cada uno, y por las cuales pueden tambien estimarse ambas.

De modo que en tésis general, los arreos del caballo en la campaña y fuera del recinto de las ciudades, son el barómetro mejor para juzgar del estado del bolsillo de su dueño.

Ahora bien, el que montaba nuestro desconocido revelaba á tiro de ballesta, que ni era el de un opulento *estanciero* (2), ni el de un acaudalado comerciante, ni menos el de un rico propietario de la capital. Inducción que acababa de confirmar el modesto traje del ginete; traje heterogéneo, vago y sin carácter propio, como la parte de nuestra sociedad que no es europea ni americana. Gorra de pieles de forma triangular, sujeta

(1) La gente que habita en la campaña y que usa un traje, tiene costumbres y habla de otro modo que los que viven en las ciudades y pueblos.

(2) Dueño de una estancia, que es una hacienda aislada en medio del campo.

al cuello por un cordón de seda; poncho *vichará* (1) con botonadura de cobre; chaqueta de merino con solapas de tafetan; chaleco de lanilla roja abotonado hasta la garganta, ceñida por una ligera corbata cuyas puntas desaparecían entre el aro de una sortija de oro; anchos pantalones de hilo aplomados, y botas granaderas.

Entre los gergas (y) *caronas*, especie de mandiles de cuero que se ponen debajo del *recado*, veíase asomar el puño de un largo *façon* (2), única arma que llevaba.

Galopando por valles, sierras, collados y llanuras, continuó su carrera sin detenerse, hasta que llegó á un parage en que el camino real hacia cruz con otros dos.

Sofrenó de golpe á su brido, y permaneció algunos instantes irresoluto sin saber cual tomar. En seguida adelantóse impaciente, retrocedió de nuevo, y pasó la vista en todas direcciones como buscando á alguno que le informase.

La noche habia cerrado, lóbrega y pavorosa; densa oscuridad envolvía los cielos y la tierra, y solo á intervalos el fuego eléctrico escondido en el

(1) El poncho es una especie de capa cerrada mas larga de atras que de delante. Se mete por la cabeza y se dobla sobre los hombros para poder jugar los brazos. Vichará es el nombre de una tela de lana de varios colores, que se fabrica en las provincias del interior.

(2) Cuchillo de tres cuartas de largo.

seno de las nubes, al escaparse en rojas espirales, ondeando como aurea serpiente de multiplicados anillos, rasgaba la negra bóveda del firmamento y la esmaltaba con una faja de luz, con un reguero de fulminea laya que se extendía del Sud al Septentrion, semejante á un puente de fuego suspendido en el espacio por el génio de las tinieblas á la voz del Todopoderoso, para que cruzase por él su carro de diamante. Fragoroso el trueno bramaba á lo lejos anunciando su aproximacion, batía el huracan sus resonantes alas, retemblaba el llano, gemia el césped, doblábanse los árboles, estremecíanse las montañas, como si la planta del Eterno se apoyase en su cumbre; y el *Paraná* coronado de hervorosa espuma, abría su enorme boca rugiendo de placer, recogía y lanzaba delante de sí sus mil afluentes, y precedido de ellos, reuniase al *Uruguay*, y se arrojaban juntos en brazos del Océano que los recibía en su seno, receloso, confuso, abrumado por el caudal inmenso de sus aguas.

A favor, pues, de aquellos relámpagos fugitivos, que iluminaban el espacio con la brillantez del sol, el desconocido alcanzó á divisar allá en el fondo de la llanura, cerca de un dilatado bosque, á la izquierda del camino, un bulto blanco, una casa aislada que necesariamente debia ser una *estancia*.

Cerró espuelas á su alazan, y en breve pudo convencerse por el tropel de caballos atados en la

tranquera (1) por la algazara y el ruido de los vasos y guitarras, que no era una estancia, sino una *pulpería*, o lo que viene á ser lo mismo, un ventorrillo ó taberna donde estaban reunidos como de costumbre todos los gauchos del distrito.

Acercóse á la puerta y sin bajarse del caballo gritó:

—Ave María!... Buenas noches, *paisanos*.

—Buenas noches, *apareero* (2) repitieron los gauchos asomándose al umbral; ¿qué se le ofrece?

—Poca cosa: tened la bondad de decirme hacia donde queda la estancia de Aracay.

—Apéese y eche un trago.

—Sentiría demorar-me.

—Apéese y eche un trago, añadió uno de los circunstantes con tono de autoridad; el tiempo está malo y además no conviene que vaya solo por ese camino.

—Por qué? preguntó el viajero con la calma de un hombre á quien le es indiferente la vida ó la muerte. Acaso hay ladrones?

—Otra cosa peor: ea, apéese, eche un trago y se lo contaremos, exclamaron todos á una voz.

El viajero, iniciado en los usos y costumbres de los gauchos, á pesar de su vivo anhelo por continuar su marcha, obedeció á esta invitacion

(1) Una viga atravesada entre dos postes de madera.

(2) Amigo.

no queriendo lastimar su amor propio y hacerles lo que ellos llaman un desprecio; desprecio que habria pagado muy caro, pues además de dirigirle mal y estraviarle, eran capaces de haberle jugado una pesada burla y hasta de haberle insultado.

Tomó el vaso que le ofrecían, y procurando sonreírse y mostrarles el rostro placentero, brindó *á la salud de todos en general y de cada uno en particular*; y lo apuró de un trago.

—Naya otro; replicó él que hacia de Anfitrión aquella noche.

—Mil gracias, amigo mio; he tomado el anterior por complaceros; tengo muy débil la cabeza y otro vaso me embriagaría.

—Pues señor, *á su salud, á la de su apreciable familia y á la de todos sus apárcecos!* contestó el gaucho apurando el vaso que no habia querido aceptar el jóven y otros dos mas.

—Perdonad (amigos) míos, continuó este no bien hubo concluido aquel su triple brindis; perdonad si me alejo tan pronto de vuestra inestimable y grata compañía; me urge llegar cuanto antes á la estancia de Aracay: con que así vuelvo á suplicaros que me digais cual es el camino mas corto.

—Ya le manifesté, murmuró el que habia hablado primero, que no conviene que vaya solo por ese camino.

—Pues qué hay?

—Nada, ni una friolera... un *tigre cebado* que ha aparecido hace una semana y ha devorado ya más de quinientos personas.

—Dichosos ellos! pensó el desconocido. Allí si no fuese por que deseo verla una vez siquiera antes de morir, yo aprovecharia esta ocasión para libertarme del peso de la existencia.

—Eos ganchos! al ver lo que permanecía como acobardado y perplejo con los ojos clavados en tierra, atribuyéndole un miedo; su indecision, se echaron una mirada de obliqua acompañada de una sonrisa irónica, que á la verdad no merecía el valiente joven.

—No sería posible evitar el encuentro del tigre dando algun rodeo? preguntó el ahudido sonriéndose á su vez, de la ligereza con que le habían juzgado, y del apego á la vida y el temor de morir que le suponían.

—Imposible! la estancia ó *llé Aracay* queda frente á los bosques del Chaco (1) lugar donde ahora se encuentra esa perversa alimafia según las últimas noticias. Ayer ha devorado á un *peon* de la misma estancia.

—Pues bien sea lo que Dios quiera... adelante! repitió el joven con desden; es necesario que yo llegue allí esta noche.

(1) Los bosques del Chaco, célebres en el Rio de la Plata, comienzan á dos leguas de la ciudad de Santa Fe, y se dilatan por toda la provincia en un radio de muchas leguas.

—Aguardad al menos hasta mañana...

—No puede ser!

—Pues señor, adelante! para los valientes se han hecho las grandes cosas: adelante!... esclamaron en tono de mofa algunos que estaban medio ébrios.

Todos creyeron que el desconocido era un fanfarron, que queria echarla de valiente, pretension que jamás los gauchos perdonan, y aparentando que iba á la estancia, quedarse luego á dormir en otra parte: por eso se apresuraron á enseñarle el camino, repitiendo en coro: adelante! adelante!... y ninguno se ofreció á acompañarle.

El jóven montó á caballo, se alejó á galope, y perdióse muy pronto de vista en medio de las pullas é impertinencias de los taimados gauchos, que permanecieron en la puerta de la *pulperia* largo espacio, para ver si seguia el camino indicado.

—*Ay juna...* el aguardiente se le ha subido á la cabeza, decia uno.

—El *cajetera* (1) nos cree *sonsos* (2) añadió otro.

—Vaya un *balaguero*! (3) exclamaba este.

—*Se le hace la rana sapo* (4) respondia aquel.

(1) Habitante de la ciudad.

(2) Imbéciles.

(3) Fanfarron.

(4) No sabe lo que se pesca.

—Ha hecho bien en *guasquearse* (1) mas ligero que un *ñandú* (2), vociferaba otro tan largo de lengua como escaso en obras; *porque ya estaba lambiéndome por fajarle una sumida*. (3)

Pero con gran sorpresa suya, con asombro y espanto de todos, á la claridad de los rayos y centellas, mas frecuentes á medida que arreciaba la tormenta, le divisaron media hora despues, siempre á galope, cerca ya del fatal bosque, encerrado entre los árboles y el rio, trasponiendo la *cuchilla* (4) de Aracay.

Diez ó doce de los gauchos, impulsados de la admiracion y entusiasmo que siempre inspira á esa gente cualquier rasgo de heroicidad no comun, gritaron, al cerciorarse de que era el mismo:

—Es lástima que dejemos matar á un hombre tan valiente: ó está loco ó borracho... corramos á salvarle.

Y precipitándose en tumulto á la *tranquera*, desataron sus corceles, cabalgaron, y seguidos de la mayor parte de sus compañeros, partieron á toda brida, sin reflexionar que cuando llegasen ya sería inútil su socorro.

Tal acontece con frecuencia en muchas situa-

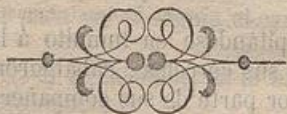
(1) Colina, eminencia.

(2) Irse de carrera.

(3) Avestruz.

(4) Estaba consumiéndome por darle una puñalada.

ciones de la vida ; los que pueden y deben salvarnos , por indolencia , por estupidez ó falta de voluntad , dejan que nos precipitemos al abismo , y cuando ya no es tiempo , van á tendernos una mano generosa , y á deplorar tal vez sinceramente nuestro infortunio... Así obra por lo regular el mundo... al asno muerto la cebada al rabo.



- (1) Collos, emblema
 (2) Esc. de carceres
 (3) A. y. v.
 (4) La casa construídome por darte una guineada.

CAPITULO V.**El tigre cebado.**

Estes grupos de coqueiros
en leados de taquaras
saon muytas veces ó coito
dais temiveis jaguaras.

(J. A. MAGALHAES, POETA BRASILEÑO.)

Empecemos el capítulo explicando lo que significan las palabras que le sirven de epígrafe.

En aquellas regiones donde el hombre y las fieras se disputan el dominio de la naturaleza, que ostenta do quier su exuberancia y fuerzas primitivas, donde las ciudades y las poblaciones no son mas que pequeños oasis de civilización,

enclavados en medio de inmensurables *pampas*, desiertos y bosques que no se sabe donde acaban, sucede á menudo que el hombre cae bajo la sangrienta garra de los animales feroces. Entre estos, el tigre es sin disputa el mas temible. Sobre este particular obsérvase en América un fenómeno muy curioso y digno de un estudio especial por parte de los naturalistas. Desde que el tigre ha llegado á probar la carne humana, se aficiona tanto á ella, que no quiere la de otros animales, y se dedica con toda la astucia, perseverancia y arrojo de que es capaz, á este nuevo género de caza, á la caza de hombres. Se oculta en los *pajonales* (1) de los llanos y entre los cañaverales de los rios; se pone en acecho en las sendas transitables, vaga por los alrededores de los pueblos y de las *estancias*; y en las altas horas de la noche, á la caída de la tarde y aun á veces á la mitad del dia, penetra en ellas sin ser sentido. No hace muchos años que entró en Montevideo, ciudad que ya entonces contaba mas de treinta mil almas, uno de estos tigres, cuyo recuerdo ha consignado la tradicion en el parage donde fué muerto, que hoy se llama la *Esquina del tigre*.

Desde que el citado animal se entrega á su devoradora sed de carne y sangre humana, que le impele á saciar su voracidad solo con las perso-

(1) Yerba que crece hasta la altura de un hombre.

nas, desdenando otras presas que fácilmente podría hacer, se le da el nombre de *Cebado*; y apenas dos ó tres desgracias anuncian su aparicion en un distrito, el juez de paz de aquel departamento está obligado por una costumbre inmemorial que se considera como ley, á convocar en el acto á todos los varones hábiles para la cacería, y bajo su autoridad y direccion disponer una batida general hasta conseguir el esterminio de la fiera. Rastreado el tigre y descubierta su guarida mas tarde ó mas temprano, aunque tiene la precaucion de variar con frecuencia de albergue, sucumbe al fin á manos de los amigos y deudos de los que dias antes ha devorado.

El que ahora esparcia la alarma y la consternacion en la estancia de Aracay y sus alrededores, llevaba muertas sobre ocho personas, y ya el juez de paz, puesto de acuerdo con el propietario de la estancia, que no era otro que don Luis Larteman, habia determinado celebrar la batida general, tan pronto como llegase el *vaqueano* (1) de la provincia, que habia ido á *Salta* y debia estar de vuelta de un momento á otro.

Loca y descabellada era por lo tanto la conducta del jóven, máxime cuando podia haber aplazado la ejecucion de sus proyectos para dos ó tres dias despues.

(1) Hombre práctico en el conocimiento del terreno de una localidad ó de toda una provincia.

Desgraciadamente, los que están dominados por una idea fija, se parecen á los enfermos que quieren curarse en pocas horas apelando á remedios heróicos, extraordinarios, y agravan su dolencia; como aquellos, dejándose arrastrar de sus extravagantes caprichos, creyendo conseguir mas pronto lo que desean, lo aventuran y pierden todo.

He aquí los silogismos que se propuso nuestro viajero con la rapidez inconcebible del pensamiento, mientras se burlaban los gauchos de su supuesta cobardía, y las indeclinables consecuencias que de sus premisas dedujo lógicamente.

—Yo estoy resuelto á suicidarme.

—Pero antes de morir, quiero ver y despedirme de la mujer que amo.

—Y cuando la vea no vacilaré en mi resolución?... No adivinará ella mis intenciones, y procurará disuadirme de mi criminal propósito?

—Podré resistir á sus lágrimas, á sus ruegos y al remordimiento de acibarar su existencia y hacerla mas infelice todavia...?

—Quisiera no verla, y una fuerza superior á mi voluntad me empuja y me arrastra hácia donde está ella; quisiera bajar al sepulcro sin decirle *adios*, y el arma homicida se me cae de las manos á esta dolorosa idea.

—Véala ó no, debo y quiero morir. Mi buena ó fatal estrella ha arrojado entre ambos el resorte misterioso, el imantado eslabon que debe unir-

nos un momento ó separarnos para siempre... y ese resorte misterioso, ese imantado eslabon, es la muerte que tanto anhelo.

—Por qué retroceder? No es este un señalado favor que me hace la Providencia?...

—Si el tigre sale á mi encuentro, huiré ó lucharé con él... Si sucumbo, se habrá cumplido mi destino y habré dejado de penar sin mancharme con un crimen; si, por el contrario, me libero de sus garras, creeré que Dios protege mi vida para que la vea y espire en su gracia.

—Vencedor ó vencido en esta prueba, *él* tendrá piedad de mi alma, y *ella* rogará por mí.

Desordenadas, confusas, anárquicas, estas reflexiones y otras semejantes afluan en torbellino á su frente, y deslumbrado por su engañosa apariencia de verdad, cerró los oídos á las prudentes advertencias de los gauchos y se arrojó ciego en brazos del acaso...

Hemos dicho que la noche había cerrado lóbrega y pavorosa, y que la tempestad, próxima á estallar, rugía por el cielo amenazando desplomarse sobre el mundo.

Aquella medrosa oscuridad, interrumpida solo por el repentino fulgor de cien relámpagos, y los lúgubres bramidos del viento que al pasar doblaba silbando las copas de los árboles; aquel imponente desconcierto de la naturaleza, en vez de aterrar al viajero, le hacían experimentar una intensa sensación febril que no carecía de encantos.

El estado de su alma se identificaba con el de los elementos, y escitado su sistema nervioso por la electricidad de la atmósfera, y enardecido su espíritu por los ardorosos recuerdos que informes bullian en su cerebro, como bulle y salta el inflamado salitre al reventar la preñada bomba, sentia dentro de sí la lucidez de ideas, el aumento de fuerzas, de bienestar y brios que suele comunicarnos algunas gotas de un vino generoso.

Desde la cumbre de la pequeña eminencia de que hablamos no ha mucho, divisó á poco mas de un cuarto de legua la estancia de Aracay, y observó tambien no sin algun recelo, la estrecha senda que á ella conducia, encajonada entre el rio y el bosque.

Entonces comprendió toda la estension del riesgo que corria: una vez metido allí no habia escape; para libertarse era preciso matar ó ser muerto.

El viajero detuvo la brida á su caballo, y permaneció algunos segundos contemplando al resplandor de las centellas la casa á donde se dirigia.

—Allí estará ella ahora, se dijo, tal vez pensando en mí, mientras yo caigo sin vida casi á sus puertas, enviándola como última prenda de amor, mi último suspiro.

Melancólica sonrisa vagó por los lábios cárdenos del jóven, que levantó sus ojos al cielo con indescribible espresion de orgullo y mansedum-

bre, de enojo y resignacion; luego bajó la cabeza y quedóse embebido en hondas, tristísimas reflexiones.

Dos gruesas lágrimas mas amargas que la hiel corrieron á lo largo de sus descoloridas megillas, volvió á clavar su altauera mirada en el firmamento, y con un gesto de feroz indiferencia se alzó de hombros y bajó lentamente la colina.

Al entrar en la reducida senda que quedaba entre el rio y el bosque, sacó un pañuelo, se lo ató por los ojos á su corcel, y le cerró espuelas, al mismo tiempo que desnudaba su largo *falcon*, cuyo puño de marfil asomaba entre las jergas y caronas.

De esta manera galopó un buen trecho, y ya estaba á doscientos pasos de la estancia y se regocijaba interiormente de su buena fortuna, cuando el caballo se detuvo de repente, retrocedió desatentado y lleno de espanto, irguió las orejas moviéndolas en direccion opuesta, tendió el cuello y levantó la cabeza, aspirando el aire que venia de la selva.

A poco resonó un bramido gutural, sordo, veloz y prolongado; el inteligente animal erizó la crin, se enalabrinó, quiso huir y no pudo: acometido al punto de un temblor nervioso, con la velocidad del acero colocado junto al imán, volvió la cara hácia el páraje de donde parecía venir aquel alarido aterrador, respiró con estrépito, y permaneció inmóvil como herido de un rayo.

El viajero conoció que el tigre estaba cerca y seguía sus huellas; tendió su ansiosa mirada en torno suyo, y al brillar de los relámpagos, vió á la fiera que marchaba más blen con la cabeza baja, oliendo el suelo, rebatiéndose los bigotes con la cola y bramando con mas frecuencia y mas furiosa á medida que se acercaba á su presa.

Aunque el desconocido sintió lo que sienten aun los más intrépidos, la vez primera que escuchan en medio del campo el bramido del tigre, bramido vibrante, áspero, cavernoso, que participa del gruñido del cerdo, del aullido de los lobos y *cimarrones* (1) y del gurgido de la serpiente; es decir, aunque sintió un sacudimiento galvánico en todo el cuerpo, como si la carne se estremeciera por sí sola al anuncio de la muerte, acompañado de calofríos y violentas palpitaciones, no por eso se amedrentó ni perdió su serenidad habitual.

Dos medios le quedaban para salvarse: el primero, y el más arriesgado, consistía en echar pié á tierra, envolverse el poncho en el brazo izquierdo y luchar cuerpo á cuerpo con el tigre como hacen los gauchos; el segundo, si no tan peligroso, ofrecía otro inconveniente: el abrir una ancha herida al caballo para que recobrase con la pérdida de la sangre la facilidad de moverse, y hu-

(1) Perros montañeses.

y eso se espantó á matarle antes de conseguirlo, pues no siempre este recurso es infalible. Ella, luego, en tanto avanzaba con paso acelerado por la margen del río, cuál si temiese que el viajero buscáse en él su salvacion mas bién que en el bosque, así nos obnubilaba y así nos atormentaba. Rutilaban en medio de la oscuridad como dos brasas encendidas sus grandes ojos, centelleantes, profijos y amenazadores, despidiendo una luz cárdena y sangrienta que deslumbraba y heria con invencible fascinacion aterradora á los que la contemplaban. Tal era la impresion que producian aquellas dos orbitas brillantes, que parecian girar y adelantarse por sí solas cuando el feroz animal bajaba y levantaba la cabeza en medio de la velocidad de su carrera, sin que la lobreguez de la noche permitiese distinguir su cuerpo; orbitas de fuego que se destacaban en la sombra sin ningun punto de apoyo, como dos estrellas perdidas que hunden el firmamento, como dos fatuas exalaciones que brotan, se apagan, reviven y oscilan sobre la cruz de abandonada iglesia, como las almas de dos reprobos condenados en forma de luces errantes, á vagar por los cementerios y á perseguir á los viajeros en las enervadas y caminos solitarios. Eso pensaria cualquiera ignorando la causa, por poco dispuesta que estuviese su imaginacion á creer en las cosas sobrenaturales.

La ilusion era completa, hasta que una ráfaga de luz se abria paso al través de las densas nubes, y reflejaba sus fugaces destellos sobre el hermoso animal que tan fieros ojos tenia.

Entonces si la idea del peligro no quitase el deseo de examinarle de cerca, haciéndole obgeto de un estudio fisiológico, no habria podido menos de admirarse su bella planta, el brillo de su amarillenta piel jaspeada de manchas negras y relucientes; la régia altivez, el sello de pujanza y ferocidad impreso en su semblante, y la soltura, la gallardia y agilidad de todos sus movimientos.

Mientras el jóven se decidia á echar pié á tierra ó á herir á su alazan, el tigre se habia aproximado tanto que apenas distaba veinte pasos.

Era preciso resolverse; y nuestro viajero, que aunque muy valiente, no tenia la destreza necesaria para luchar cuerpo á cuerpo con tan temible enemigo, antes que esponerse á una muerte casi segura, apeló al único recurso que le quedaba. Levantó el brazo, y atravesó con su cuchillo de parte á parte el cuello del caballo.

Este, al sentirse herido, partió como un rayo, no para la estancia como deseaba el ginete, sino con direccion á la selva.

Por fortuna era blando de boca y pudo su dueño contenerle y enderezar el rumbo hacia la casa, que segun digimos se divisaba ya á doscientos pasos.

Pero en el breve intervalo que tardó en esta operacion dió tiempo á la fiera para que le alcanzase.

Y en el mismo instante que arrancaba el pañuelo á su caballo y volvía á herirle en el vientre, temiendo que se le *empacase* de nuevo, sintió sobre sus ancas el choque de un cuerpo cercano y un ruido seco y áspero, semejante al estallido de la vela de un buque partida por una ráfaga de viento.

Dos minutos despues sintió otro golpe idéntico al primero, y creyó percibir rechinamiento de dientes y ruido de garras hundiéndose en las ancas de su corcel.

Vuelto en sí por la eminencia del peligro, revolvió el brazo atrás y descargó tres ó cuatro golpes en la grupa del caballo.

La acerada hoja del *facon* debió chocar contra algun cuerpo sólido, porque rebotó dos veces, y á la tercera saltó rota por la mitad.

Un rugido espantoso ensordeció la llanura, y tras él oyóse el rumor de una pesada mole que caía y se arrastraba revolcándose por el suelo.

El caballo siempre á escape, llegó á la estancia, saltó desbocado por encima de la *tranquera*, y ciego y desesperado fué á estrellarse contra las paredes de la casa.

Caballo y caballero rodaron por tierra; el primero sin vida, el segundo sin conocimiento.

CAPITULO VI.

Adivinacion.



misterio,
 visiones del alma son!
 Los vagos presentimientos
 de la inquieta fantasia,
 forman coro en la armonía
 de la invisible creacion.
 (ECHEVERRIA.)

El caballo desbocado se estrelló contra la pared de la habitacion que servia de antesala y donde se reunian por la noche para tomar el té Larteman y su esposa.

A la sazón se encontraban juntos; eran poco mas de las nueve; el primero leia los periódicos

de Buenos Aires llegados en el último correo, y la segunda una leyenda de Zorrilla; y si don Luis no hubiese estado tan engolfado en la lectura de las enérgicas notas pasadas por el *ilustre restaurador de las leyes* (1) á los plenipotenciarios extranjeros Deffaudis y Ouseley, enviados por sus respectivos monarcas la reina Victoria y el ex-rey de los franceses, Luis Felipe, para arreglar definitivamente por la milésima vez la cuestion del rio de la Plata, sin duda habria notado la profunda impresion que causaban á su encantadora mitad las dulces trovas de su poeta predilecto. Adela leia por primera vez los *Cantos del Trovador*, y se habia detenido embelesada en estos preciosos versos, que tan bien pintaban su situacion y el estado de su alma:

«¡Ay! triste de quien llora
y en soledad amarga
los perezosos dias
numera con afan,
y puede solamente
de su existencia larga,
temer los venideros,
llorar los que se van!»

«Ay triste del que jóven
y alegre todavia
sus horas de ventura

(1) Don Juan Manuel Rosas.

recuerda con dolor,
y siente que aun adora
su ardiente fantasia
la fugitiva sombra
de su perdido amor!»

En aquel momento pensaba ella en Enrique, pensaba en los venturosos instantes pasados junto á él; contemplaba á su marido, repetia para sí los versos que acababa de leer, y al evocar los recuerdos mas gratos de su vida, oprimíasele el corazon como si una mano de hierro se lo apretase; y si sus lábios se negaban á dar paso á los hondos suspiros que en secreto exalaba aquel, sus ojos menos crueles, vertian alguna lágrima furtiva, que enjugada apenas brotaba, renacia de nuevo al volver á fijar sus ojos en el libro.

Y cuando mas engolfados estaban uno y otro en su lectura, oyeron el ruido extraño y alarmante producido por el violento choque del corcel, que hizo retemblar las paredes de la casa, al abrirse el cráneo contra las macizas piedras de que estaba construido el edificio.

Adela, trémula y llena de sobresalto, como impelida por una fuerza sobrenatural, arrojó el libro, se levantó de la otomana en que estaba sentada, y preguntó á su esposo:

—No habeis oido?

—Si, contestó él con la mayor indiferencia,

voliendo la hoja del periódico y hablando á medida que leía; será algún potro ó algún novillo *alzado* (1) ó tal vez el tigre que hace días trae aterrizada esta comarca; pero no te asustes, las paredes son muy altas y por mas que haga no podrá saltar por encima de ellas. A Dios gracias, mañana según me ha escrito hoy el juez de paz se hará la batida.

—Tendreis la bondad de abrir esa ventana? continuó Adela con creciente agitacion; acaso sea algún infeliz que huye perseguido por la fiera...

El recuerdo de Enrique cruzó rápido por su frente; pero ella le rechazó al punto como una quimera de su imaginacion enferma.

—También puede ser eso, repuso Larteman con voz pausada y grave; recostándose perezosamente en el respaldo del sillón, preocupado ya por el interés y angustia con que se expresaba su compañera.

Sus celos eran tales que hasta en las cosas mas leves encontraba motivo para alarmarse.

—Si no quereis abrir la ventana, replicó Adela, os pido, os ruego que mandeis á vuestros criados á que se informen de lo que puede haber ocasionado ese ruido.

(1) Se da este nombre al ganado que huye de las estancias y se vuelve silvestre.

—Parteman la miro fijamente y continuo impasible su lectura.

—Dios mio! Dios mio!... repitió la pobre joven poniéndose la mano sobre el corazón, y sin atinar á explicarse la causa del agudo, intensísimo pesar que sentía. Dios mio!... pareceme que alguna gran desgracia va á caer sobre nosotros!

Sonrióse el incrédulo marido y añadió con ironía:

—Eres muy nerviosa, Adela; quiero decir, muy sensible... y por eso te asustas de todo... ya lo ves!.. el ruido ha cesado y nada se oye que justifique tus pueriles temores.

Acompañó don Luis estas palabras con un gesto de desdén que equivalía á decir: no te canses porque es inútil.

—Burlaos de mí en buen hora, si así os place, respondió ella con resignación, procurando sonreírse y comunicar á su voz un acento de dulzura y á su fisonomía una espresion de afabilidad que disipase el mal humor de su esposo; burlaos de mí cuanto querais, pero al menos, amigo mio, complacedme en lo que nada os cuesta.

—Tienes mas que abrir tú misma la ventana y desengañarte?... Bonito estoy yo para impertinencias!

A esta impolitica respuesta que no esperaba, Adela se encogió de hombros, se acercó á la ventana y la abrió de par en par.

—Una ráfaga de viento apagó las luces que ardian sobre la mesa.

—Mujer ó demonio! gritó don Luis encolerizado, me habia de alegrar que anduviese por ahí el tigre y te tirase un manoton!

—Gracias, contestó ella con amabilidad, indiferente á aquel amoroso requiebro, acostumbrada como estaba al grosero lenguaje de su marido; gracias por el buen deseo.

—Vamos, has satisfecho ya tu curiosidad? preguntó éste con mas buen modo, desarmado á su pesar por la angélica bondad de su consorte.

—Veo dos bultos, repuso Adela metiendo la cabeza por entre los hierros de la ventana; pero está la noche tan oscura que no me es posible distinguir si son personas ó animales.

En este momento el cárdeno resplandor de una centella iluminó el espacio.

Adela dió un grito retrocediendo, cubrióse el rostro con las dos manos, y se dejó caer sobre la otomana exclamando:

—*Es él, él!*

Su esposo al oirla, mas veloz que el caminante cuando por descuido pisa una serpiente que no ha visto, saltó de su asiento, precipitose á ella, y ciego, y sin reflexionar:

—Quién es él?... la preguntó con voz amenazadora cogiéndola bruscamente de un brazo y arrastrándola hácia la ventana.

—Enrique!... contestó Adela bañada en llanto.

—Y quién es Enrique?... tornó á preguntar don Luis con doble ira que la vez primera.

—Mi primo...

—Ah, tu primo!...

Larteman se hirió la frente con la mano que tenia libre, y arrojó una mirada satánica sobre su atribulada mitad.

Iluminado por los celos, por una de esas intuiciones misteriosas que no pueden esplicarse y que no obstante nos revelan frecuentemente la verdad tal como es, así como su esposa habia adivinado ó presentido, que en último resultado viene á ser lo mismo, la llegada de su amante, adivinó él las relaciones que mediaban entre ambos; y asaltado de una certidumbre tal, que primero hubiera dudado de su existencia que de la infalibilidad del sentimiento que se la inspiraba, habia encontrado la esplicacion del enigma que antes no alcanzaba á descifrar: el amante misterioso, el ser ideal á quien Adela consagraba en secreto su ternura, habia por fin aparecido.

En medio del atroz suplicio de los celos y de sus sospechas cambiadas en realidad, en medio de lo que sufría llevando las cosas mas allá de lo que la razon aconsejaba, suponiendo á su esposa mas culpable de lo que realmente era, Larteman no cabia en sí de gozo.

—Ahora podré vengarme, se dijo; y á esta sola idea escondió su dolor en lo mas hondo del

pecho y recobré su semblante una expresión favorable y placentera.

— Ahí está tu primo, repitió lo que me había sido en figurarme otra cosa, ¡cuántos millones probablemente eso no será nada...

— Aya, tal vez ha dormido, exclamó la Soñolosa.

— Pronto los sabremos, dijo el rey al instante.

— Si, corred, no os detengáis.

Saló don Luis acompañado de sus domésticos, á falta de hachas con faros encendidos.

Con lo primero que tropezaron fue con el pobre caballo que estaba horrosamente mutilado; tenía la cabeza abierta, atravesado el cuello y el vientre, y toda un anca desollada. Las garras del tigre en la primer embestida no pudiendo hundirse en sus carnes, habían llevado tras sí toda la piel desde el esternón de la espina dorsal hasta los muslos, la cual había producido un resaca que se oía ruidó seco y áspero que comparámos al estallido de la vela de un buque partida por una ráfaga de viento. Además, tenía en el mismo parage dos profundas heridas, ocasionadas involuntariamente por el mismo gineo, al dirigir sus golpes á la fiera que traídora pretendia encaramarse por detrás.

Al capitalista y á su comitiva les bastó una simple ojeada para hacerse cargo de cuanto habia sucedido.

Pusieron al jóven sobre una maná, y le lleva-

venía la habitación donde Adela le esperaba con un pomito de éter en la mano. Aquí colocó en este sillón, dijo apresuradamente a los domésticos que bien pasaron el umbral.

En seguida apoyó su temblorosa mano sobre el corazón de Enrique, le tomó el pulso, corrió, trajo un espejo y se lo puso sobre la boca ansiosa de ver si lo empujaba con su aliento.

«¡Ah! sí, vive!», exclamó llena de alborozo dando un respito al pomo.

«Y como tantas veces volver de su letargo impaciente le llamó con voz vibrante de ternura y amor lleno le observó estrechamente el cuello»

«Enrique el Enrique»

«El hijo de su testamento y fuese efecto del éter que a aquella voz querida que resonaba en el fondo de su alma, voz celeste capaz de levantar a un muerto de su tumba abrió los ojos y se incorporó en el sillón con la velocidad del enfermo á quien vitó enterrar vivo y fue en aquel terrible trance vuelve en sí rompe la cubierta de su ataúd y asoma la cabeza»

Aire buscando y anhelando luz! (1)

Fascinado atontecido aun por la caída, sin saber lo que le pasaba, abrió sus brazos y por poco Adela se precipita en ellos.

El brusco movimiento que esta hizo para no

(1) Espronceda

ceder á aquel involuntario impulso, y obligó á su amante á pasear la vista en torno suyo.

—Entonces divisó á Larteman que á poca distancia los contemplaba silencioso, haciendo inauditos esfuerzos para contenerse.

Enrique se creyó obligado á dirigir algunas palabras á aquel hombre que suponía esposo de su prima, y á justificarse y á justificarla, desvaneciendo cualquiera sospecha que hubiera podido infundirle la libertad que habia querido tomarse con ella.

—Sin duda, señor don Luis, le dijo tendiéndole la mano, no ignorais que me he criado con Adela, y que la quiero como á una hermana.

—Y si lo ignorase, respondió el celoso marido con una sonrisa tan falsa como el doble sentido envuelto en sus palabras, bastarian para probármelo las demostraciones que la he visto hacer con vos esta noche. Se conoce que ella tambien os quiere muchísimo. Amor con amor se paga.

Ni Adela ni Enrique se dejaron alucinar por la sonrisa artera de aquel hombre que ni para fingir tenia habilidad. Los dos comprendieron que habia sorprendido su secreto, y los dos temblaron: ella por él y él por ella. Desgraciadamente ya era tarde.

—Como dentro de dos ó tres dias partó para el Brasil, prosiguió Artames, y supé en Santa Fe que en este intérvulo debia celebrarse por aqui una batida de tigres; queriendo dar el parabien á

mi prima, sorprenderla agradablemente y participar tambien de la referida diversion, á que soy muy aficionado, me aventuré á venirme solo y á estas horas... Por poco me ha costado cara mi temeridad... pero en fin... heme aquí...

El señor de Aracay aparentó creer esta fábula, y contestó con afectada alegría:

—Sea en buen hora, don Enrique; estais en vuestra casa y podeis permanecer en ella el tiempo que os agrade. Así como así, no podiais venir en mejor ocasión: mucho celebro tener un compañero mas para mi partida de caza. Voy á mandar que os preparen una habitacion.

—Eso me toca á mi, dijo Adela en ademan de encaminarse á la puerta.

—Perdóname, querida, si usurpo esta noche tus atribuciones, contestó él adelantándose á su esposa: ya que tu primo ha de permanecer tan poco tiempo entre nosotros, no quiero privarle del placer de estar algunos minutos mas á tu lado.

No bien se quedaron solos y se perdió en el largo corredor el eco de las pisadas de don Luis, Adela se acercó á su antiguo amante, y tomándole la mano le dijo en tono de queja y amorosa reconvencion:

—Enrique, Enrique! por qué has venido?

—Perdóname, Adela; al partir á lejanas tierras quise verte por vez última, quise hablarte, hablarte, sí, pero sin testigos...

—Imposible! mi marido tiene celos hasta de

su propia sombra, y merecedora de todas las honras
 esto y rodada, á los espasmos ya de esta fiebre de tity
 ¡ay de nosotros si llega á sorprendernos! ¡abstiq
 100. Debrindó; ¡me puso deprimido con el dolor
 amargura, ¡que yo ya mi zambres me estado es-
 perar! De modo que habiéndose puesto en yida por
 habitar en la tierra, que por haberla en yida de la yida
 siquiera llevaré el consuelo de haberlo conseguido
 doh á despedirme de tiopara, siempre el 9T—
 16. Tristísimo era: ¡que expresión del rostro del des-
 dichado; y de su garrulista adento del espíritu se
 de esta manera; y mucho le dolía la vida. Adela
 aun; ¡para mostrarse insensible á sus quebrantos
 — Ah! ¡oh! ¡ella no, estaba en el mundo
 sino que no puedo ser amado demasiado, ¡dunque
 para espondre tu vida; ¡que se me iba á ir de
 Artames la contempló en silencio; movió la cen-
 beza y tendió las gracias con una mirada en la que
 se veía el pensamiento infernal que le traía á mor-
 rir allí, junto á la ingrata que se negaba á recor-
 ger su último suspiro.

Aquella mirada produjo en la impresionable
 jóven el efecto de un carbon encendido arrojado
 sobre la pólvora: á sus siniestros resplandores
 divisó el abismo hácia el cual se encaminaba su
 amante, empujado por la desesperacion y el hastio
 de su postrer desengaño.

La idea de salvarse se despertó en su pecho,
 vehemente, arrolladora, irresistible.

Y cerrando los oídos á toda reflexion para no

la menor libertad contigo, á pesar de vivir bajo el mismo techo, y de estar siempre juntos y solos la mayor parte del día?...

—Sí, bien lo recuerdo! exclamó Adela enternecida; tu leal é hidalga pasión merecía otra recompensa... Dios en sus juicios impenetrables no lo ha querido... resignémonos á lo que no tiene remedio. Ahora que la sociedad y la religión han puesto entre nosotros una barrera insuperable, para sostenernos mutuamente en la áspera senda que vamos atravesando, recordemos, Enrique, lo que te dije la vez primera que huiste de mí porque me encontraste sola: ven, no estamos solos: *Dios nos mira!*

—Sí, *Dios nos mira*, repitió maquinalmente Enrique; cuya imaginación escitada por tan dulces recuerdos, vagaba en torno de la quinta de su madre, y evocaba todo un pasado de felicidad divina.

Adela acababa de transportarle al cielo: la llegada de don Luis vino á sacarle de su éstasis y á sumergirle otra vez en el infierno de la realidad.

A las diez tomaron el té; hablaron una hora del estado y asuntos de sus respectivas familias, y como Enrique y Larteman debían levantarse temprano para la cacería, se retiró cada cual á sus habitaciones.

Momentos despues, todos en la casa parecían gozar las dulzuras del sueño, sueño tan profundo y regalado, á juzgar por las apariencias,

que no fué interrumpido por la deshecha tempestad que se desencadenó á media noche.

A media noche... Lectores, este capítulo es ya muy estenso, y las cosas que pasan á media noche, requieren una seccion aparte. Dejaremos, pues, para el siguiente, lo que íbamos á decir en este.



Y el rumor de la lluvia que caía, confundido con el susurro de los rayos y los líquidos gemidos del huracán, ora remediaba el gigante marullo de una lejána catarata, ora el pavoroso estruendo de una tromba marina, cuando el genio de la tormenta pulso en su seno, y se eleva con ella de ola en ola, hasta tocar con su mano el firmamento...

Terrible era la noche, lectores; mas á propósito para desganar en mullido lecho, bien acomodado si podéis, para pasarla en vela como algunos de los moradores de la estancia de Aracay.

CAPITULO VII.

Y sin embargo, **A media noche** que á todos dormían, nadie hubiera creído lo contrario, á juzgar por el silencio general, profundo que reinaba en sus largos corredores y en cada una de las habitaciones de la casa, porque hay algo que la oprime. Solo tardaba á dar las doce y cinco minutos, el golpe pasado y veinte de un reloj sobremesa colocado en el corredor. Tres veces tardó en volver el horario los doce minutos de la noche, desde que se recogieron los dueños de la casa y su huésped improvisado.

Entrechocábanse las nubes despidiendo fulmines y exhalaciones ardientes, y una mala estepa que parecía humida se bajó con una planta. Caía el agua á torrentes, y estrellábase contra los cristales de las ventanas, que crujían azotadas por el viento.

Y el rumor de la lluvia que caía, confundido con el estrépito de los rayos y los lúgubres gemidos del huracán, ora remedaba el gigante murmullo de una lejana catarata, ora el pavoroso estruendo de una tromba marina, cuando el genio de la tormenta bulle en su seno, y se eleva con ella de ola en ola, hasta tocar con su mano el firmamento...

Terrible era la noche, lectores; mas á propósito para descansar en mullido lecho, bien acompañado si posible fuese, que para pasarla en vela como algunos de los moradores de la estancia de Aracay.

Y sin embargo que no todos dormían, nadie hubiera creído lo contrario, á juzgar por el silencio sepulcral, profundo, que reinaba en sus largos corredores y en cada una de las habitaciones de la casa.

Solo turbaba aquel silencio cada quince minutos, el golpe pausado y vibrante de un reloj de sobremesa colocado en el comedor.

Tres veces había recorrido ya el horario los doce números de la esfera, desde que se recogieron los dueños de la casa y su huésped improvisado.

Si algún espía oculto hubiese estado en acecho, nada notable habría percibido hasta entonces; pero al dar la una, no habría dejado de excitar su curiosidad el casi imperceptible ruido de una puerta que se abría poco á poco, y las leves pi-

sadas de una persona que se adelantaba cautelosamente, apoyándose en las paredes para no tropezar, y deteniendo la respiracion como si temiera ser sentida.

Seria Adela, su marido ó Enrique?

Quien quiera que fuese la persona en cuestion, muy poderosos motivos tendria para conducirse con tiento, por qué marchaba con gran sobresalto, precaucion y recelo; precaucion, sobresalto y recelo, que se aumentaron al oír ó parecerla haber oído rumor de cercanos pasos, que se dirigian en direccion opuesta, hácia la pieza de donde ella acababa de salir.

Detúvose indecisa en la mitad de la galeria donde se encontraba, volvió la cabeza como si sus ojos fueran capaces de distinguir los objetos al través de la oscuridad que los envolvía, prestó el oído, y permaneció en aquella postura cerca de diez minutos.

Y fuese que nada hubiera oído en realidad, ó bien que el que la seguía, precavido por la interrupcion de su marcha, se hubiese detenido al mismo tiempo, nada oyó que justificase sus aprehensiones, y continuó su camino.

Ilusion ó verdad, á poco volvió á escuchar tras sí el mismo ruido misterioso y alarmante.

Detúvose otra vez por doble tiempo que la primera, y tampoco percibió nada.

—Es mi propia imaginacion la que me engaña, se dijo; el eco repite mis pisadas y el miedo me

hace creer que son las de otra persona que me sigue... Adelantel... ya no debo ni puedo retroceder.

Y recobrando de pronto todo el valor que al principio parecía haber perdido, atravesó la galería, cruzó el patio, entró en un corredor y llegó á una puerta que quedaba casi en el centro, junto á otra que hizo estremecer á nuestro misterioso personaje, al pasar por delante de ella.

En el cuarto de la segunda habia luz, y por el ojo de la llave podia fácilmente distinguirse á nuestro jóven viajero, medio acostado en el borde de su lecho, con el codo sobre la almohada y la sien en la palma de la mano.

Al leve crujido de la puerta, que se iba abriendo tan despacio y suavemente que parecia girar sobre sus goznes por si sola, levantó él la frente con viveza, se incorporó en el lecho, y clavó su mirada centelleante en el oscuro hueco de entrambas hojas.

Adela, como una aparicion celeste, se habia detenido en el umbral y con un dedo sobre los labios le indicaba que guardase silencio, mientras con la otra mano señalaba al tabique que dividia aquella pieza de la inmediata, como queriendo darle á entender que allí dormia su marido y podia oír su conversacion.

Embelesado y absorto la contemplaba Enrique en la misma actitud en que ella le sorprendió. El silencio y el misterio de la noche envolvian á Ade-

que en esa amable debilidad que halla en torno de una hermosa, cuando se presenta a su amante haciéndole saber los verdaderos sentimientos que le prueban, la sinceridad y extensión de su cariño, y le rogiv la cho: nos sms sup al á ex

Enrique olvidó por un instante la amarga realidad y se dejó trasportar al dichoso tiempo de sus amores, y como no recordaba su vida tan grata quimérica cuando él se reunía para hermosa imaginación y fantasía su espíritu? ¿Por lo obediencia Adela, inmóvil en el diván, vestida de negro con un daire que en la cabeza llevaba al descubierto sus torneados brazos, sus galgumano sus espaldas más blancas que el jazmín, deshechos por el calor de abitar de los brazos de su rubia cabellera, que oscilaban en su sien y se irrotaban en galeidos de orden en sus pálidas mejillas, le coloradas ahora por la inquietud que atoraba Adela, con la confusión en los labios y en la herida por mortal angustia, fija su candorosa mirada en la mirada de fuego de Enrique y fortalecida por la virtud y la conciencia de su deber dignificaba por una pasión que ya no sus hijos, mudo tema de terrenales Adela, y esponiendo su honor, su tranquilidad futura y hasta su vida, por defender una mano salvadora al que tanto había querido cuando Dios y la sociedad no condenaban su amor. Adela no era ya una mujer... era un ángel.

Era un ángel, si... sombra, espíritu, serafín, emanación, reflejo de la divinidad, creación su-

blime que en sus ensueños de ventura é idealismo se forja y entreve la ardorosa fantasía del adolescente, que por ser ya niño, o niño todavía, hombre y virgen el cuerpo como el alma, nodora y diviniza á la que ama con todo el vigor del primero y toda la pureza de la segunda.

Y así permanecieron largo rato el uno enfrente del otro, ella esperando que él se levantase y la siguiera, y él contemplándola embobado; inundado el rostro de gozos tranquilos, inmóvil como si no lo fuera, dando rompetes la poderosa fuerza de atracción que le impedia desviar sus ojos de los de la sílida encantadora.

No de otro modo ven los hijos que de América, el tímido pajarrillo que suspende su morada en los árboles mas altos para resguardarse de sus muchos enemigos, al divisar al *batío* (1) que le trepa serpeando por el delgado tronco, buñtrándose de rama en rama, tibudelas alas para huir; pero fascinado al punto, ponis letal mirada; describe en el aire muchos círculos que cada vez se hace mas corto, gira y gira sin descanso, va y viene, se afana y resiste, rebotan, agítase con desesperados esfuerzos, hasta quemendido y sin movimiento, vuelva á caer en el nido; y desde allí contemplan al espantoso reptil que se le acerca pugniendo de placer la marga de vorarlo, y se goza en prolongar su agonía.

(1) Especie de serpiente.

Adela se adelantó paso á paso hasta el lecho de Enrique, le tomó de la mano, y le dijo en voz baja: —Ven!

El acento del idioma nativo no resuena tan dulcemente en los oídos del proscrito, errante largos años en extranjero suelo, como aquel breve monosílabo en el corazón de Artames.

Su temblorosa mano estrechó la de su amada, y dejándose guiar por ella, levantóse y siguióla, cual si el estado de su espíritu le quitase la facultad de pensar y de obrar por sí propio.

Salieron juntos apoyando el pie como dos malhechores; atravesaron el corredor, el patio, la galería y por último llegaron sin tropiezo á la estancia de la esposa de don Luis.

Al entrar ellos, sonó en la oscuridad un ligero rumor semejante al que produce la hoja de un puñal al sacarlo cautelosamente de la vaina, precedido de una aspiración penosa, violenta y sofocada, como de una persona escondida que procuraba reprimirse.

El ruido de la lluvia que se estrellaba en los cristales, impidió que Adela y su acompañante percibiesen aquel rumor y aspiración con bastante claridad para alarmarse.

La esposa de don Luis cerró con llave la puerta que comunicaba al corredor, atravesó la alcoba, y seguida de Enrique, penetró en el gabinete, única pieza donde había luz, y á cuya puerta

vidriera resguardada con trasparentes cortinas de seda verdé, corrió el cerrojo tambien, para évitár que el viento que entraba por las hendiduras de las ventanas, la abriese y cerrase con violencia. Precaucion muy natural en una situacion tan arriesgada como la suya.

Medio minuto despues, á favor de los apagados destellos que vertia una lámpara de cristal cince-lado, puesta sobre un velador, en un estreño del gabinete, un observador indiferente habria visto salir del fondo de la alcoba á un hombre con los ojos fuera de las órbitas, en desórden el cabello, entreabiertos los lábios y mal seguro el paso, y adelantarse blandiendo un puñal en la diestra, y levantar furioso el pié con ánimo sin duda de derribar la puerta y hacer pasar á los dos desventurados amantes de los brazos de la felicidad á los de la muerte...

—Tal vez te reirás de mi capricho, repuso él tristemente; pero solo queria estar á tu lado algunos instantes, oir de tu boca los pormenores de tu enlace, saber si eras dichosa, y por último, despedirme de tí para siempre, porque es probable que no nos volvamos á ver en el mundo. Me voy lejos, muy lejos...

Continuaba lloviendo á cántaros, y los dos jóvenes por un exceso de precaucion hablaban tan despacio, que el que estaba en acecho detrás de las cortinas, habiendo variado de resolucion, deseoso de averiguar hasta qué punto eran culpables, nada podia percibir de su coloquio. Solo llegaba á sus oídos un murmullo vago y confuso, y de vez en cuando algunas palabras ó frases perdidas que entendia mal é interpretaba peor, como era de suponer en una persona predispuesta contra las que las profesaba.

Por fortuna las cortinas permitian, aunque confusamente, distinguir los objetos y enterarse de lo que pasaba en el interior del gabinete. Circunstancia que valia de gran oportunidad por el que estaba oculto, y le hizo desistir de su primer propósito.

—Me preguntas muchas cosas á la vez, contestó Adela, y me pides esplicaciones sobre cosas de las que mas valiera no hablar; porque al fin Enrique, eso ya no tiene remedio. Créeme, lejos de encontrar de ese modo alivio á nuestros males, solo conseguiremos enconar mas y mas

las heridas de nuestro pecho, no cicatrizadas todavía.

—Es verdad... pero el dolor escitado voluntariamente tiene tambien su voluptuosidad moral; tambien el enfermo postrado por una terrible dolencia, aunque sufre horriblemente, experimenta una amarga y dolorosa satisfaccion, cuando el escalpelo del médico busca y encuentra sobre la llaga el origen de sus padecimientos y entre ayes y gemidos logra al fin estirparlo de raiz.

—Enrique! Enrique! murmuró Adela enternecida por la triste realidad envuelta en su ingeniosa imágen, ten mas resignacion y fortaleza... Te repito lo que te decía en mi última carta. Vendí mi mano, compré con mi felicidad el honor, el reposo y bienestar de mi familia... qué habrias tú hecho en mi lugar?

—Quién?... yo?...

—Sí, tú.

—No lo sé.

—No te habrias sacrificado por tu anciana madre?

—Ah! si, exclamó el escelente jóven, vuelto de su delirio por el santo recuerdo de la que le dió el ser.

—Entonces, Enrique, por qué me preguntas si soy dichosa?... podia yo serlo sin ti?...

—Tienes razon, Adela, hablemos de otra cosa.

—Sí, es lo mejor... ahora á mi vez quiero yo hacerte una pregunta.

—Dila.

—A dónde piensas irte?

—Lejos, muy lejos... á España.

—Enrique, tú me ocultas la verdad; tú has venido á verme con ánimo de hacer lo que me decias en tu postrera carta, es decir, con ánimo de atentar contra tu vida.

El jóven hizo un movimiento involuntario, como si Adela hubiera puesto inadvertidamente la mano sobre alguna herida secreta de su pecho.

—Si, en vano quieres ocultármelo, continuó ella; mi corazon que nunca me engaña me lo anuncia... Enrique, en nombre de nuestro antiguo amor, en nombre de tu anciana madre, yo te pido, te ruego, te ordeno que vivas.

Sonrióse Artames con desden y clavó la vista en el suelo, cual si temiese dejar traslucir en su mirada el fatal pensamiento escondido en su alma.

—Amigo mio, prosiguió Adela, tomando y estrechando entre las suyas una de las manos del impetuoso doncel, que temblaba, quien sabe si de placer ó de pena; dulce amigo mio, apuremos hasta las heces el cáliz de la amargura cumpliendo nuestro deber. Tal vez la Providencia nos reserve, en pago de nuestro sacrificio, la recompensa que tarde ó temprano alcanza la virtud en la tierra. A mí la paz del alma, la resignacion para cumplir los sagrados deberes que mi estado me impone: á ti la calma, la alegría, la felicidad de que ahora careces... Quién puede adivinar lo

que nos guarda el porvenir!... Eres muy joven todavía; y la gloria, los honores, la fortuna, acaso otros nuevos amores llenarán muy pronto el vacío de tu corazón...

—Imposible! exclamó Enrique con la convicción del escepticismo; imposible! Hombres como yo no se satisfacen con el humo de la gloria, con el oropel de la grandeza, ni con el favor de la fortuna; hombres como yo no aman sino una vez en su vida... y dónde, dónde encontraré otra mujer que iguale á la que he perdido?...

—Búscala y la encontrarás; sobran en el mundo. La virtud, la belleza, la gracia, el talento, no son patrimonio de nadie. Existen en la sociedad mil jóvenes que reúnen esas cualidades en grado mas eminente que yo... Créeme, Enrique, con los recomendables dotes que te ha prodigado la naturaleza, no tardarás en encontrarla. Todavía la Providencia te reserva un tesoro de felicidad.

—En la tumba!... murmuró el desgraciado amante con voz ininteligible.

—Yo siempre seré tu amiga, tu hermana... y nada mas. Rogaré á Dios por tu ventura, y el dia que te vea feliz, me creeré recompensada de todo lo que he perdido al perderte. Ese dia será el mas bello de mi vida.

Adela lloraba y oprimia fuertemente la mano de su amante, que oia con la cabeza baja sus apasionadas palabras. El angustiado acento de la primera y las lágrimas que derramaba, hicieron

comprender al segundo cuanto debía sufrir. También él tenía húmedos los ojos y embargada la voz.

Miráronse de hito en hito, y entonces, solo entonces conocieron cuanto se amaban, y cuan dichosos habrían sido unidos el uno al otro.

Aquella muda esecía, en que sus dos corazones en alas del sentimiento y la pasión, se hablaban con un misterioso lenguaje que los pobres sonidos de ningún idioma, por rico que sea, alcanzan á espesar, diluyó en todo tu ser, una centella del fuego divino que abrasa á los ángeles. Aspiración á una felicidad que pertenece á otro mundo; santa embriaguez voluptuosa sin vértigos ni deseos terrenales; sed irresistible de elevarse y engrandecerse á los ojos de la persona querida; generoso anhelo de confundir ó identificar su existencia con la suya; de sentir, pensar, querer, lo que ella siente, piensa y quiere; triunfo del espíritu sobre la materia; destello inmortal que se desprende del lodo que nos circunda, para revelarnos nuestro origen celeste; heroico y ciego impulso que arroja al mártir á la hoguera, al guerrero entre los humeantes cañones, al misionero en medio de las hordas salvages, y á Jesucristo sobre la cruz que debía redimir al linage humano.

A su brillante luz purificadora, Enrique sintió rasgarse la venda que cubria sus ojos, y pudo sondear todo el egoismo de su desesperacion: para

no sufrir apelaba al remedio de los cobardes, al suicidio; se hundía en la eternidad, condenaba á su amante á llorarle toda su vida, y le legaba en premio de su entrañable cariño el remordimiento de haber causado su muerte.

En tanto ella, como si adivinase lo que estaba pensando, le dijo:

—*Dios nos mira*, Enrique, y él, no lo dudes, porque es justo y bueno, tendrá piedad de nosotros... Seamos virtuosos como hasta aquí, perseveremos en el bien para hacernos dignos de su bondad. Sostengámonos mutuamente, cual dos peregrinos que suben por distinto sendero una escabrosa montaña, y al divisarse desde lejos, cobran aliento para continuar su marcha, hasta que al fin se encuentran juntos en la cumbre.

—Sí, viviré, viviré!... repitió instintivamente Enrique, animado de súbita energía, casi con júbilo, obedeciendo á la espontánea y generosa resolución que le comunicaban las consoladoras reflexiones de aquella mujer angelical.

—Me empeñas tu palabra de honor? me lo juras por la sombra de tu madre?...

—Sí.

—Gracias, gracias, Enrique mio, prosiguió Adela con demente alborozo y regocijo: no sabes de qué enorme peso me libra tu promesa... Oh! ya que eres tan bueno voy á exigirte otro sacrificio, sacrificio inmenso y muy cruel... pero necesario á los dos... Me lo harás?

—Puedo yo negarte algo?... fué la espresiva respuesta de Artames, cuyo noble corazon se habia abierto á todas las nobles impresiones de que era capaz, y que en aquel momento dominado por la influencia de la que adoraba con loco frenesi, aunque lo hubiera intentado no habria podido resistir á su mágia fascinadora.

—Tendrás valor para no verme en algunos años? preguntó Adela.

Una contraccion dolorosa desfiguró el pálido semblante del gallardo mancebo, y vacilante y dudoso contestó:

—Si tú lo quieres...

—Duro es el sacrificio, pero necesario... ya entre nosotros no debe haber otras intimidaciones que las que se permiten entre deudos cercanos. Mi deber y los severos principios en que he sido educada me prohiben olvidarme en adelante que pertenezco á otro hombre. No quiero ultrajarle ni aun con el pensamiento; no quiero justificar sus celos... solo por esta noche, Enrique, he vuelto á ser tu Adela; tu Adela, pura é inocente como la veías en la quinta de tu madre... mañana seré otra vez la esposa de don Luis Larteman y...

—Siempre ese hombre, ese hombre que detesto!... exclamó el infortunado amante lívido de colera. Oh! daria mi alma á Satanás, porque me provocase: seria el único hombre á quien mataria con placer!

—Por Dios, no me lo digas, Enrique, murmuró Adela estendiendo el brazo y volviendo la cabeza horrorizada; harto desgraciado es él, tú y yo. Perdónale como yo le he perdonado.

—Nunca, jamás!

—Pues bien, continuó Adela con doble fervor y energía, te lo juro por mi salvacion, cualquiera de los dos que sucumbiese en un desafío provocado por tí ó por él, nunca jamás le perdonaría su muerte al que quedase vivo. Tendría siempre el remordimiento de haber sido yo la causa, y antes que ceder á tu amor si la suerte te era favorable, me encerraria en un claustro... Dios mio, Dios mio! no es bastante que os haya hecho infelices á los dos, para que aun tenga que llorar el asesinato del uno por el otro?... Enrique, si es verdad que me has amado, si es verdad que todavía soy para tí lo que fui en otro tiempo, prométeme, júrame que si algun dia por cualquiera circunstancia, que no es fácil proveer, pero que fácilmente puede realizarse, llega mi esposo á proponerte un duelo, prométeme, júrame que no lo aceptarás, aunque te ultraje y te crea un vil. Prométeme, júrame que coronarás con este rasgo sublime, tu sublime y generosa pasion.

A medida que Adela hablaba, Enrique se iba sintiendo dominado por el tono solemne y á la vez suplicante, cariñoso y tierno con que se expresaba ella. Convencido como estaba de la aversion que profesaba á don Luis, y de los justos

motivos que tenia para odiarle y hasta para desear su muerte, encontraba algo de grande y heroico en que quisiera interponerse entre ambos como un ángel de paz, obligando indirectamente á renunciar á todo proyecto de venganza al mas desgraciado é infeliz, al que con mas empeño, á falta de derecho, buscaria las ocasiones de bañarse en la sangre de su rival.

La bondad de un corazón magnánimo y la virtud de una mujer colocada entre el amor y el deber, no podían rayar mas alto.

En vista de esto, qué extraño era que Enrique, ciegamente apasionado, después de una corta resistencia la prometiese y jurase cuanto ella se empeñó en exigirle?

—Todavía tengo que pedirte otro sacrificio, replicó Adela muy conmovida por la facilidad con que su humilde adorador se habia prestado á complacerla en todo, no bien le manifestaba sus deseos; te ruego que partas de Araçay lo mas pronto posible, y que para ser dichoso procures olvidarme.

—Eso, jamás, repuso Artames con exaltacion mezclada de enojo y ternura; tu recuerdo me seguirá á todas partes: será el talisman que me detenga en el mundo... tú, tú si que me olvidarás en brazos de otro hombre.

—Olvidartel... yo?... Ah!... por vez última te lo digo, créasme ó no. Eres el único hombre á quien he querido, y te amo y te amaré hasta la

muerte, ingrato! exclamó Adela sin detenerse á medir el valor de sus palabras.

La brusca incupación de su amante la hizo perder la serenidad y reserva con que hasta entonces habia procurado conservarle á una prudente distancia. Pobre é inesperta niña que á pesar de su talento, ignoraba cuan difícil es, por no decir imposible, substraerse completamente en casos dados á la tiránica influencia de las pasiones, que una vez escitadas ofuscan la razon, electrizan los sentidos y adormecen el alma.

—Oh! repíteme esas dulces palabras, añadió Enrique ébrio de gozo, palpitante de amor: resuenan y caen sobre mi corazón como gotas de un bálsamo divino!...

La esposa de don Luis, con el admirable instinto de las mujeres, conoció el resbaladizo terreno en que se encontraba, y como ya habia conseguido su objeto, creyó oportuno indicar á su joven amigo la necesidad de retirarse.

—Ya es hora de separarnos, le dijo sonriéndose para hacer menos triste su despedida; pronto va á amanecer.

Y sin esperar respuesta, le abrió los brazos como solia en la quinta siempre que se separaban por dos ó tres días, é inclinó su blanca megilla con infantil candidez, para que imprimiese en ella un fraternal y casto beso. Los antecedentes que mediaban, los vínculos de estrecho parentesco y la costumbre justificaban esta libertad.

Artames la estrechó contra su corazón, estampó sus ávidos labios en su pequeña y rosada boca, y las ondas de sus cabellos por tres veces se confundieron, y por tres veces su sombra amiga veló á medias el púdico rostro de la hermosa...

Pero ay! en el mismo instante que ella esquivaba el rostro, y que él iba á soltarla, la puerta que comunicaba á la alcoba, crugió con violencia sacudida por una mano vigorosa, y saltó y cayó á sus piés el cerrojo partido en dos pedazos.

Un hombre apareció en el dintel.

—Mi marido!!! exclamó Adela, lanzando un grito desgarrador y cubriéndose el rostro con las manos.

—Don Luis!!! añadió con igual sorpresa Enrique, cogiendo velozmente una silla y parándose delante de su amada con aspecto amenazador, resuelto á morir allí defendiéndola...

CAPITULO IX.

Insinuaciones conyugales.

No yanas palabras,
ni llanto infeliz...
solo nos es dado
callar y morir.

(F. DE FIGUEROA.)

Don Luis de Larteman era en efecto el personaje que ocasionaba aquel trastorno.

Aconsejado por los celos, cuando Enrique volvió de su desmayo se alejó de la sala con el pretesto de hacer que le preparasen una habitacion; pero volvió á los pocos minutos con gran cautela,

y desde el corredor pudo sorprender algunas palabras entre él y su esposa, de las cuales dedujo que pensaban verse esa misma noche. En consecuencia formó su plan, que realizó en la forma y modo que hemos visto mas atrás.

Y si bien es cierto que salió de su habitación y se escondió en la de Adela, resuelto á asesinar á la perjura apenas se presentase con su seductor, el largo rato que estuvo en acecho antes y despues de su llegada, dió lugar á que obrase la reflexion.

—Esperemos, se dijo; en la oscuridad puede escapárseme uno de los culpables y entonces quedaría incompleta mi venganza.

La entrevista de Adela y Enrique duró cerca de una hora; pero ya hemos indicado que la distancia que los separaba de don Luis, el ruido de la lluvia y la precaucion de hablar en voz baja impedian que él se hiciera cargo de lo que decian; solo llegaba á sus oídos un murmullo vago y confuso y de vez en cuando algunas palabras ó frases perdidas que entendia mal é interpretaba peor, como era de suponer, en una persona cegada por los celos y predispuesta de antemano contra los que las proferian.

Don Luis, partiendo de un supuesto falso, atribuyó su larga conversacion á enojo de Enrique; se imaginó que antes de su matrimonio habian tenido estrechas relaciones, y cuando vió que se abrazaban y que sus lábios se unian, pensó que

habrían hecho las paces y que trataban de consumir su afrenta.

Entonces la sangre se agolpó á su cabeza, la razon le abandonó, y llevado de un ciego impulso que no fué dueño de reprimir, empujó la puerta con ira, y se presentó á ellos imponente, amenazador, terrible como la cabeza de Medusa, que tenia la virtud de trasformar en piedra á los que la miraban.

Don Luis se habia adelantado al medio del aposento brotando fuego por los airados ojos, trémulos de indignacion los lábios y con la diestra mano metida en la abertura de su levita, acariciando el pomo del puñal que llevaba oculto: tal vez la serenidad y arrojo de Artames que parecia dispuesto á defenderse y á defender á Adela hasta rendir el postrer aliento, y sobre todo, el temor de que aquella llamase en su auxilio mientras luchase con él, contribuyeron á que conservase en la vaina el arma homicida y opinase que lo mas conveniente era separarlos y despues tratar á cada uno como merecia; á ella como á una adúltera infame, mancillada antes de recibir su nombre; y á él como á un desleal caballero que no contento con haberla prostituido, venia á arrojarle al rostro su deshonor en su propia casa.

El infierno sin duda le inspiraba tales pensamientos y le devolvía la calma suficiente para obrar y espresarse en términos que no dejase traslucir sus futuras intenciones.

—Podeis retiraros, caballero, dijo á Enrique con una dignidad glacial que le llenó de asombro y de despecho, atendido el carácter irritable é impetuoso del que así le hablaba.

El imprudente doncel, solo aguardaba un ademán, un gesto, una palabra dura para precipitarse sobre él, y romperle en la cabeza la silla que tenia en la mano. Su afectada tranquilidad le desarmó, y una mirada suplicante de Adela le hizo adivinar que lo mejor que podia hacer para no agravar su situacion, era seguir el consejo de su marido.

Con todo, antes de irse, previendo las esplicaciones que iban á tener lugar, se acercó á él, y le dijo:

—Don Luis, os juro por mi honor, que vuestra esposa de nada tiene que ruborizarse. Está inocente...

—Yo no os pido esplicaciones, caballero, sino que os retireis, contestó el incrédulo marido con una ironia burlona que rayaba en insulto.

Y cogiendo la lámpara que ardía en el fondo del gabinete, le fué alumbrando hasta llegar á la última puerta. Allí le despidió con esta frase, al parecer insignificante, en la que iba envuelta una terrible amenaza:

—Mañana hablaremos!...

—Ahora mismo, si gustais, replicó Enrique con presteza, deseando conjurar la tormenta que iba á caer sobre la pobre Adela.

Don Luis, sin dignarse contestar, inclinó levemente la cabeza, cerró la puerta y echó la llave.

Artames aplicó el oído á la cerradura, y como si adivinase el riesgo eminente que corría la vida de su amada, oprimido el corazón, atribulado y anheloso, esperó el resultado de aquella fatal entrevista.

Al principio nada pudo oír, porque la lluvia continuaba; poco después esta cesó, y el eco le trajo algunas palabras, algunas frases sueltas, que le bastaron para enterarle de lo que se trataba.

Larteman habia vuelto con paso acelerado al gabinete, donde le esperaba Adela, humilde sin bajeza, tranquila sin hacer alarde de su sangre fria, resignada sin orgullo.

—Ahora, infame! exclamó aquel cogiéndola brutalmente de un brazo, y obligándola á que cayese de rodillas; ahora, afeve, ahora prepárate á morir. Pídele á Dios misericordia...

La acerada hoja del puñal brilló desnuda, amagando el seno de su victima.

Pero Adela, en vez de atemorizarse, juntó las manos en ademán de súplica, y le miró con una expresión tal de feroz é insensata alegría, que el puñal quedó suspenso en el aire temblando como la pluma de un cisne que vaga indecisa sobre la faz de un lago en calma, cual si al ir á caer, la invisible mano de un ángel hubiese asegurado la muñeca del asesino.

—Mátame, si, mátame! le decia ella: prefiero la muerte á vivir contigo!

Ya le hemos dicho: Larteman no tuvo valor para h erirla; el hierro matador se le cayó de las manos. La sorpresa y la rabia de ver que acogia con júbilo hasta la misma muerte, con tal de no pertenecerle, paralizaron su brazo. Tal vez si hubiese ella implorado misericordia, habria sido él implacable; tal vez si hubiese ella amado la vida porque esperase alguna felicidad del porvenir, comprada á costa de un crimen, se habria él gozado en cortar con el hilo de su existencia el de sus esperanzas. Incomprensibles anomalias del corazon humano, que nos fuerzan á menudo   querer y hacer lo contrario de lo que debiéramos! Misteriosa ley de los contrastes, que tanto en el mundo moral como en el fisico, nos llevan por distintos caminos al fin que mas conviene   los ocultos designios de la Providencia!

—No, no!... puesto que deseas verte libre de mí, respondió don Luis, vive, pero vive para espiar el mal que me has hecho... El amor que te tenia, ha empezado   cambiarse en odio!

Hasta ahora he respetado tus capriches crey ndote digna de consideracion; de hoy en adelante, te tratar  como mereces. Harás de grado ó por fuerza lo que te mande, y si no lo haces, ay de t !... ya no te tendrá mas contemplaciones; me acordará que soy tu marido para lo que sepa que mas te desagrade... La última de

mis esclavas será de mejor condición que tú! y

Adela, que permanecía de rodillas con la cabeza inclinada sobre el hombro, la mirada fija y altanera, oyendo impasible aquel torrente de insultos que salían de los labios de su marido, levantóse y fué á sentarse en el camapé, dándole á entender con su elocuente silencio, que sus amenazas no la amedrentaban, á pesar que nunca le había visto tan irritado, y que le creía muy capaz de todas las villanías que estaba enumerando.

—En cuanto á tu cómplice, continuó don Luisomas furioso por el poco caso que su consorte le aparentaba hacer de sus palabras; me vengaré de él como se vengán los hombres. No cabemos los dos en el mundo; es preciso que uno baje á la tumba; si es preciso que el sol de mañana no brille para tu alero seductor.

Adela, que había escuchado con serenidad las amenazas dirigidas á ella, tembló al considerar que corría peligro la vida de su amante.

—Ah! os juro que no volverá más á verme, exclamó incorporándose en el camapé y tendiéndole las manos juntas en la humilde actitud del que suplica á un enemigo inexorable, sediento de venganza: hoy mismo saldrá de aquí con la luz del alba... sed generoso con él, si quereis que olvide lo que de otro modo nunca olvidaré... Qué culpa tiene él si me ha conocido y amado antes que vos?

Larteman le volvió la espalda con desprecio,

y llegó hasta la última puerta seguido de su esposa, que gemía y lloraba queriendo en vano detenerle y darle esplicaciones que él se empeñaba en no oír.

Enrique al sentir que se aproximaban, retiróse con cautela y se encaminó á su cuarto.

Los estraños acontecimientos de aquella noche, las pocas palabras que acababa de escuchar le sumerjieron otra vez en la negra melancolia, en el hastío de cuanto le rodeaba, en el ansia devoradora de arrebatarese la vida de que momentáneamente habia conseguido curarle Adela, tanto mas temible ahora, cuanto su delirio estaba basado en un sentimiento generoso y grande que hasta cierto punto disculpaba el extravío de sus ideas. El desgraciado queria con su muerte rehabilitar el honor de la que adoraba, comprometido por una imprudencia suya á los ojos de don Luis, incapaz en su grosero materialismo de comprender la pureza y sanidad de su amor.

En tal estado penetró en su cuarto; dejóse caer en una silla, sacó una carta que llevaba siempre consigo en una carterita de tafilete verde, y preparábase á leerla, cuando la puerta que habia quedado medio entornada se abrió de golpe, y entró don Luis Larteman con dos pistolas en la mano.

CAPITULO X.

Un celoso y un enamorado, ó lo que es lo mismo, dos locos.

En mi mente fatal un pensamiento
hay de acerbo dolor y de amargura!

Siempre nublado el sol de mi esperanza!

Siempre mi suerte y mi destino igual!

(FRANCISCO X. DE ACHA.)

Enrique levantó la cabeza, y con la mayor serenidad, sin que le sorprendiese aquella brusca manera de presentarse, aguardó á que su rival se tomase la molestia de dirigirle la palabra, pues harto comprendía el objeto de su visita.

—Caballero, le dijo don Luis presentándole las dos pistolas, escoged de estas dos armas la que mas os agrade. Despues de lo que ha pasado, seria necedad perder el tiempo en esplicaciones inútiles. Seguidme!

—Tened la bondad de escucharme diez minutos, contestó Enrique con calma. Los celos os ofuscan, y aunque las apariencias me condenan, estoy seguro que mudareis de opinion apenas os manifieste la verdad de los hechos.

Larteman impaciente golpeó con el cañon de una de las pistolas sobre la mesa, indicándole que la tomase, y señaló con la otra hácia la puerta para que saliese.

—Os suplico que me escuchéis, continuó Artames impassible; el honor, el reposo de Adela, vuestra propia conveniencia asi lo exigen.

—Pesado estais!

—Oidme!

—No quiero!

—Al fin y al cabo, nada sacariais con matarme ó que os matase, porque todo puede ser.

—Sabed, exclamó don Luis ya exasperado, que vengo resuelto á no escuchar ni una palabra. Nada quiero saber. Me basta y me sobra con lo que he visto.

—Pues si nada quereis saber, tampoco yo quiero batirme!

Larteman atribuyó á cobardia lo que era efecto del juramento que Enrique acababa de hacer á su

consorte, y también del estado en que se encontraba su espíritu. El desgraciado conocía á fondo el carácter de Adela, y estaba convencido de que por mas que se sintiese dispuesta á perdonarle, nunca uniría su mano á la del asesino de su esposo; porque como ella le había manifestado, los remordimientos levantarían entre ambos una barrera mas insuperable que la que ya los separaba.

—Sois un cobarde, un villano, un vil seductor, incapaz de volver dignamente por la honra de la mujer á quien habeis perdido!... gritó don Luis cegado por la falsa creencia de que su rival temblaba, y retrocedía ante la posibilidad de morir.

Tamaño ultraje, despertó al valiente y pundonoroso jóven del marasmo físico-moral en que le tenia sumergido la idea fija del suicidio, y produjo en su nerviosa naturaleza el mismo efecto que á un paráltico la aplicacion de un hierro candente que le devuelve el uso de sus miembros entorpecidos: irguióse de pronto, arrebató una de las pistolas á don Luis, y con la mirada centellante, enarcadas las cejas, contraídos los lábios, gritó á su vez con estridente avasalladora voz.

—Salgamos!

—Salgamos! repitió Larteman siguiendo con dificultad su marcha acelerada.

Pero no bien traspusieron el umbral, y caminaron diez ó doce pasos, Enrique, vuelto de su enagenacion, recordó el terrible dilema de su

amada, su juramento y su primer propósito, y como si una fuerza superior á su voluntad le obligase á retroceder, volvió á entrar en el cuarto, y arrojó la pistola sobre la mesa, diciendo:

—Es imposible... no puedo batirme con vos, señor don Luis. Esa mujer á quien calumniais, á quien creéis culpable...

Artames se detuvo indeciso, dudando si debería concluir la frase.

—Y bien? repuso su adversario interrogándole con el gesto y la mirada.

—Esa mujer, noble y generosa como ella sola puede serlo, me ha prohibido que os mate...

—Escusas, pretextos, miserables subterfugios para cohonestar vuestra cobardía, replicó el ultrajado esposo con todo el desprecio y altivez que la supuesta debilidad de Artames le infundía.

—Calificad mi conducta como gustéis; pronto, muy pronto, mas pronto tal vez de lo que juzgais, espero probaros que no soy ni un cobarde ni un villano.

—El hombre que provocado rehusa batirse con el que ha ofendido, jamás puede justificar su vileza. La dignidad de hombre es antes que todo, y el que deja sellar su frente con el baldon de la ignominia, mal podrá luego rehabilitarse y lavar su afrenta.

—Muy equivocado estais, don Luis.

—Eh! basta... yo sé lo que me resta que hacer. Ya está amaneciendo; dentro de pocos instantes

empezarán á llegar los que han de concurrir á la *batida*. Aprovechad esos momentos para alejaros de aqui, y si estimais en algo vuestra vida, procurad que no os encuentre yo á mi vuelta; procurad olvidaros para siempre de ella, y huir siempre del punto donde se halle... porque, amigo mio, puesto que no sabeis ni sois capaz de batiros, yo sabré y soy capaz de asesinaros ó mandaros asesinar, en cuanto sospeche que pretendéis burlarme otra vez.

La tranquilidad y la desdeñosa expresion de los labios de Enrique, al escuchar aquellos insultos y amenazas, hubieran convencido de su valor á otro hombre menos obcecado é irreflexivo que Larteman, asi como su respuesta franca y esplicita habria desvanecido cualquiera duda injuriosa á su honor, y héchole adivinar sus futuras intenciones.

He aqui como se espresó:

—Me iré de vuestra casa ya que de ella me arrojais... pero os acompañaré á la *batida* y alli os daré pruebas irrecusables de la inocencia de vuestra esposa; alli os probaré tambien si tengo un corazon bien puesto y si me espanta la muerte...

Hay situaciones en que la verdad es tan poderosa, que produce su efecto aun cuando nos sobren fundados motivos para rechazarla: el sentimiento vence á los sofismas de la razon: se cree sin saber por qué, la conviccion moral se rebela contra los hechos y las pruebas mas perentorias:

vemos con los ojos del alma lo que se escapa á los ojos del cuerpo.

La generosa protesta del jóven envolvía un terrible misterio, y el corto plazo que demandaba para descifrarlo, valía la pena de prestar hasta entonces crédito á sus palabras. Tal le sucedió á don Luis, planteada la cuestión en ese terreno.

—En ese caso, le dijo, aunque no comprendo vuestro singular capricho, y no alcanzo la razón de reservar para mas tarde lo que podriais decirme ahora, estoy pronto á prestarme á vuestro deseo.

—Oid, continuó Enrique, entraremos juntos en el bosque y nos internaremos lo suficiente para que no oigan nuestra conversacion los demas cazadores, mientras buscan y rastrean al tigre.

—Nada mas teneis que decirme?

—Nada, sino que entonces os desengañareis de que Adela está pura como los ángeles y que lejos de haber mancillado vuestro nombre, es digna de toda vuestra consideracion y cariño.

Amarga sonrisa bañada de sardónica ironía asomó á los labios del incrédulo esposo:

—Imposible, imposible! repitió lanzando á Enrique una mirada oblicua, con la que hubiera querido penetrar hasta el fondo de su alma.

—Os repito, caballero, que está inocente, y que confío probároslo de tal modo que no os quede la mas minima duda.

—Oh! daría la mitad de mi vida por adquirir

ese convencimiento, y la otra mitad por ser amado de ella!...

Ardientes lágrimas inundaron el rostro de don Luis, y como si se avergonzase de esta ingenua e involuntaria confesion en presencia de un rival que odiaba, volvió la cabeza y salió de la habitacion tan bruscamente como habia entrado.

Entonces Enrique volvió á sacar de su cartera el billete que se preparaba á leer cuando se presentó Larteman.

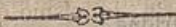
Este billete, ó mas bien epístola, era la que le escribió Adela participándole su enlace: en ella estaba compendiada la historia de sus amores y la justificacion de ambos.

Dicha carta era un verdadero cuadro, luciente prisma en el que resaltaba, diseñado á grandes rasgos, el carácter de nuestra heroína; revelando en su mas alta expresion toda la virginidad y pureza de su afecto, toda la fé religiosa que puede abrigar una tierna niña consagrada desde su infancia á los altares; toda la bondad de un serafin; toda la resignacion y virtud de que es susceptible el corazon de una mujer nacida para labrar la felicidad agena á costa de la suya...

Séanos permitido, por lo tanto, trasladar á continuacion esa carta, lo mismo que la postrera que Enrique la escribió despidiéndose de ella. Esto nos ahorrará el tener que entrar mas adelante en otros enfadosos pormenores, al par que acabará de dar á conocer el escelente fondo, los sólidos

principios, la resignacion angelical y las bellas cualidades de Adela, como igualmente la inmensa pasion volcánica de su amante; pasion que rayaba en idolatría y locura, y que pertenecía al corto número de esas que, satisfechas, convierten el mundo en un Eden; y no satisfechas, consumen y devoran, y van absorbiendo toda la savia de la vida hasta que rompen el frágil hilo que la sostiene...

Y por último, si es verdad que basta á veces un solo pensamiento, una frase, una espresion cualquiera para calificar á una persona y formarse un juicio exacto de sus sentimientos y de su valor intelectual, el quelea con detenimiento las dos epístolas que en el próximo capítulo insertamos, encontrará en ellas el mejor barómetro para medir y valorar la inteligencia y el corazon de cada uno de nuestros dos protagonistas: Adela y Enrique.



CAPITULO XI.

Correspondencia.

Así, en armonía
vibran las pasiones
en los corazones
que saben amar.

(E. ECHEVERRÍA.)

Santa Fe, octubre 2 de 1845.

Querido Enrique :

Tristes, muy tristes son las noticias que tengo que comunicarte... cuando recibas esta carta, mi suerte estará ligada á la de otro hombre. Así lo ha querido mi adverso destino... En vano he in-

tentado resistir; todos mis esfuerzos han sido inútiles. Obligada á optar entre el deshonor y la desgracia de mi familia ó el sacrificio de mi felicidad, no he vacilado... tu noble corazón me disculpará. Tú me conoces, Enrique, tú mejor que nadie puedes valorar la inmensidad de mi cariño. Ah! yo te amaba, no, te adoraba, te idolatraba y te idolatro con todas las fuerzas de mi alma; ser tu esposa y consagrar á tu ventura mi vida entera, fué desde que te vi el sueño mas grato de mis años juveniles. Considera, pues, cuán poderosos motivos habré tenido para serte infiel, para olvidar mis juramentos y sellar con tu infortunio el mio.

No es verdad que tú me crees sin necesidad de ulteriores pruebas?... No es verdad que no atribuyes al vil interés, ni á ningun otro sentimiento mezquino mi resolución? No, tú eres bueno, noble y generoso, y no ignoras que la vanidad no tiene cabida en mi corazón, que desprecio las riquezas y que como te he repetido mil veces, aceptaría con gusto las privaciones y la miseria á trueque de ser tu compañera y ver deslizarse mis días á tu lado. Esto mismo te contesté cuando me manifestaste que tu pobreza te impedía franquearte con mi padre y pedirle mi mano; y si entonces no insistí sobre este último punto, fué porque mi delicadeza de mujer me lo prohibía, fué porque apreciando tus escrúpulos confiaba como tú ciegamente en el porvenir... y cómo no confiar en el cuan-

do tú apenas tenias veinte y tres años y yo diez y siete?

Quisiera no evocar tales recuerdos, candidas ilusiones de un pasado de gloria divina, que solo sirven para tornar mas amarga la negra realidad del presente. pero hace cuatro dias, desde que pronuncié el fatal sí que debè separarnos para siempre, que no me es dado ocuparme de otra cosa. Paso los dias y las noches pensando en ti, recordando nuestro perdido paraíso y llorando por los dos sin esperanza. Bien te lo indican las lágrimas que inundan este papel y borran al caer sus mal trazados caractéres. Ah! yo quisiera gozarme de tal modo en mi dolor, que fuera este el mas fuerte y el último que sintiera en mi vida.

Oye ahora, ya que es preciso decirtelo todo, la relacion compendiada de los estraños sucesos que se han combinado para perdersnos.

A mi vuelta de esa, en julio de 1844, don Luis de Larteman, el mas rico y considerado propietario de esta provincia, me vió en un baile y se enamoró de mí.

No puedes figurarte cuantos desprecios le hice y con qué diabólica tenacidad se empeñó, primero en que habia de amarle, y despues, desengañado de qué para mí maldito lo que valia su persona, sus inmensas riquezas ni su gran influencia política, en que habia de casarme con él, de grado ó por fuerza. Basté decirte que se atrevió á pedirme á mi padre sin mi consentimiento, y que

á pesar de los conocidos deseos y del apoyo de mi familia, yo le rechacé como era natural.

No te he informado antes de todo esto, Enrique mio, porque nunca me ha gustado hacer alarde de mis triunfos y porque queria evitarte hasta el disgusto y la zozobra de saber que tenias un rival tan temible y poderoso. Si he hecho mal, mi falta es disculpable, puesto que nacia del excesivo cariño que te profesaba.

Irritado don Luis con mi repulsa, rompió con mi familia, jurando vengarse del injurioso desprecio que le hacian, en la primera ocasion que se le presentase.

Pasó algun tiempo y no volví á verle: huía de mí, ó mas bien acechaba la oportunidad de llevar adelante sus infucos planes.

Noches pasadas, cuando iba á acostarme, entró Carlos en mi habitacion, demudado el rostro, confuso, aterrado, con las lágrimas en los ojos y la desesperacion en el alma.

—Adela, me dijo, estamos perdidos; tú sola puedes salvarnos.

—Carlos, por Dios, qué ha pasado? le contesté sobresaltada y llena de ansiedad.

Su respuesta, me dejó sin aliento; confesóme, que arrastrado de su funesta inclinacion al juego, habia perdido una suma considerable que no le pertenecia, y con el objeto de satisfacerla, falsificado dos letras de cambio, las cuales, sin saber cómo, habian caido en poder de don Luis, y

que este se proponía perseguirle ante los tribunales, si yo no consentía en otorgarle mi mano en el breve plazo que señalaba.

No encuentro palabras bastante enérgicas para decirte lo que entonces sufrí, Enrique. Al otro día, vi á Larteman que se mostró inflexible, y acabó de trastornar mi pobre razon, ya combatida por tantos y tan encontrados sentimientos: lloré, supliqué, me arrojé á sus piés... todo fué inútil! no hubo mas remedio que aceptar sus condiciones.

Que hubieras hecho tú en mi lugar? yo profeso á Carlos y él me profesa un cariño sin límites. Es mi único hermano, y privados de las caricias de nuestra madre que murió al darnos la vida, separados de mi padre en los primeros años de nuestra infancia, infelices desde la cuna, la igualdad de edades, inclinaciones é ideas, ha engendrado en nosotros un afecto verdaderamente fraternal. Yo habia trasucido en sus palabras, que si buenamente no podía conformarme á hacerlo el sacrificio de mi libertad, estaba resuelto á poner término á sus días antes que verme desgraciada.

En una situación semejante, cerré los ojos, y para librarle, arrojé nuestro amor en el abismo que se abría á los piés de mi hermano y de mi padre. El fué el puente salvador, la postrera tabla del naufragio de nuestra honra...

Tambien el pobre anciano habria muerto, ago-

viado por el deshonor y la pérdida de su querido hijo. Era imposible vacilar! Valor, Enrique, resignacion!... pronto se habrá consumado el sacrificio y la bendicion de un sacerdote romperá todos los vínculos que en el mundo nos unian... Esto es horrible, lo comprendo... la mente y el corazon, se subleyn contra esa tiránica sentencia; pero acaso puedo yo, debil mujer, oponerme y domeñar la furia irresistible del destino conjurado contra nosotros?... Imposible!

Dios lo quiere, cúmplase su santa voluntad!... Figúrate que la muerte, ó el claustro nos han separado; figúrate que la losa del sepulcro cubre mis cenizas... Ah, no llores! pronto llegará ese instante, tengo el presentimiento de que no sobreviviré á mi desgracia.

Los sólidos principios en que he sido imbuida desde mi niñez, y la voz de mi conciencia, me prohiben abandonarme á la criminal idea de abrigar un amor impuro. No, jamás! cumpliré mis deberes de esposa: aunque no ame á don Luis, aunque le deteste, nunca mancillaré su nombre: primero muerta que culpable!

Te pido, te ruego, te suplico de rodillas que no vengas á Santa Fe. Los dos necesitamos sostenernos mutuamente para perseverar en el buen camino, y al fin, qué sacaríamos con vernos?... Nada, Enrique, nada! enconar las heridas de nuestro pecho, y hacernos mas desgraciados de

lo que somos. Para recobrar la paz del alma, ya que no la felicidad, para no renegar de la virtud, único consuelo que nos queda, necesitamos por mucho tiempo interponer entre nosotros una distancia física, igual á la distancia moral que nos divide.

No por eso creas que te olvidaré: el amor que te profeso me acompañará hasta la tumba, vivirá con mis recuerdos, me haré ilusión, si es posible, y consagraré á tu memoria el culto santo de un afecto que nada tiene de terrenal. Mi cuerpo no me pertenece, pero mi alma es tuya, tuya por una eternidad. Enrique, tú como yo, crees en las promesas de otra vida y en un Dios bueno y justiciero; no querrás perderla y perderme, no querrás empañar su virginal pureza con la mancha del crimen. Tras esta misera existencia de lágrimas y luto, hay un porvenir de gloria para los que supieron resistir á las seducciones del mundo. Seamos nosotros de ese número, seamos de los escogidos en vez de confundirnos con los réprobos: pongamos nuestro amor tan alto que no lleguen hasta él las mezquinas y transitorias pasiones de la tierra, y primero que las rosas del pecado, aceptemos las espinas del martirio.

Valor y resignación, Enrique! no te dejes abatir por la desgracia; tú que eres hombre, dame el ejemplo de la fortaleza y el poder de la voluntad sobre tí mismo. En vez de mi ángel malo, sé tú el genio invisible que sostenga mis pasos vaci-

lantes, y me guie por la escabrosa senda en que me hallo.

Vuelvo á suplicarte que no me veas hasta que hayan trascurrido algunos años, y si me escribes, procura hacerlo de modo que mi marido pueda leer tus cartas.

De hoy en adelante solo seré tu prima, tu hermana, tu amiga... y nada mas, Enrique; pero una amiga fiel, constante, afectuosa, que llorará tus penas y participará de tus alegrías; que se enorgullecerá de tus triunfos, que velará por tí como una madre, y empleará la influencia, las riquezas y el poder que tiene sobre su esposo para abrirte el camino de la fortuna y de los honores, y elevarte á la alta posición que tu talento y bellas cualidades reclaman.

Verte al fin dichoso, devolverte con usura la felicidad que ahora te arrebató, es lo único que pido á Dios en pago de mi sacrificio. Ah! si lo consigo, me creeré suficientemente recompensada en tí de lo mucho que he sufrido, y sufro y sufriré por los dos.

Adios, adios!... cuando los pesares te abrumen, cuando te asalten pensamientos indignos de tí, lee esta carta, amigo mio, y ella endulzará tus dolores y depurará el fuego que abraza tu corazón; no te detengas en lo que dicen sus desaliñados renglones, penetra su espíritu, indaga, busca, interpreta el sentido oculto en cada una de sus frases, y acaso descifren tus ojos, al través de

estas informes, pobrisimas líneas, todo lo que yo he querido y no he acertado á decirte.

¡Adios, mitad de mi alma! El que todo lo podemos separa en la tierra para unirnos en el cielo; hagámonos desde ahora dignos de su santa bendición, tú olvidándome, y yo perdonando á mi esposo. Adios, adios, adios!...

ADELA.

Hé aquí la carta de Enrique á Adela, escrita á las cuatro de la mañana, despues que se retiró don Luis.

Aracay, diciembre 15 de 1845.

Adela:

Quando esta carta llegue á tus manos habré dejado de existir; oye, pues, las últimas palabras de un moribundo, que no quiere bajar al sepulcro sin despedirse de tí. Perdóname, ángel mio, el dolor que te ocasiono considerando que será el postrero: perdóname si olvido mi promesa y no tengo valor para vivir.

Tú, Adela, me reconciliaste por un instante con la vida, y acaso sin los tristes acontecimientos de esta noche, tres veces fatal, hubiera renunciado á mis designios. Si tú lo has adivinado; solo el deseo de verte antes de morir, me trajo á tu presencia; tu sublime resignacion, tus afectuosas y convincentes razones, me hicieron vacilar... Por qué la suerte siempre adversa conmigo, ha vuelto á colocarme en la misma senda de perdición de donde vino á arrancarme tu ma-

no generosa? Por qué ese fatal pensamiento se ha despertado otra vez en mi pecho, mas impetuoso é irresistible que nunca?... Por qué, aunque conozco el mal que voy á hacer, aunque mi razon lo condena, no quiero combatirlo, y me dejo arrastrar por él, como el náufrago que pudiendo salvarse, suelta la tabla en que se apoya, y se hunde en las profundidades del mar?... No lo sé; lo que me pasa es un misterio que yo mismo no comprendo. A veces me imagino que estoy loco. La idea del suicidio es una enfermedad que ha contaminado mi alma, una fiebre intermitente que no me deja ni dormido ni despierto. Se disipa, y vuelve en seguida mas abrasadora y voraz. La atmósfera que respiro está infestada, los objetos que miro, se cubren con el negro crespon de mi tristeza, los sonidos que escucho, por risueños que sean, tienen algo de fantástico y lúgubre que lastima mis oídos; el aire me trae gemidos, y me habla en un idioma extraño y misterioso que yo solo comprendo, y donde quiera que poso mi mano creo sentir el hielo de la muerte... Continuo desasosiego, inquietud sin objeto, ansias sin nombre, hastío de cuanto me rodea, lucha tenaz del espíritu con la materia, de la religion y el amor con la duda y la desesperacion... Hé aqui mi vida hace dos meses. Nada, nada, Adela, puede llenar sin ti el horroroso vacío de mi corazón; todo se ha apagado en él, hasta la sed de gloria, de poder y de oro, que en otro tiempo satisfecha me habria hecho fe-

liz con tu amor. Hoy para qué quiero gloria si tú me faltas, luz de mi esperanza! y no veré caer en tu regazo mis laureles, al reclinar en tus desnudos hombros mi frente, iluminada con el fuego de tus divinos ojos, embriagada con el aroma de tu aliento, inspirada con tus caricias celestiales?... Para qué quiero elevarme y subir uno á uno los escalones del poder, si al llegar á la altura no te tendré á mi lado para que te goces en mi triunfo y poderte decir en medio de los aplausos de la muchedumbre, al poner mis labios sobre los tuyos: «Angel mio, en alas de tu amor he trepado hasta aqui.» De qué me serviría poseer un tesoro, si no podria ceñir de diamantes tu cabeza, darte un palacio por morada y rodearte del lujo y de la rejia magnificencia que merecen hollar tus piés? Gloria, poder, riqueza, son la mitad de la existencia contigo; sin tí nada valen, sin tí serian un sarcasmo en vez de un favor del cielo: odio y desprecio solamente me inspiran.

Para consolarme has querido persuadirme que encontraré en la sociedad otras mujeres que por su virtud y belleza podrán ocupar dignamente en mi corazon el lugar que tú ocupas: has intentado, no sin un violento esfuerzo, convencerme de que debo olvidarte y buscar en brazos de otra la felicidad que tú ya no puedes darme. A trueque de salvarme, has querido anonadar tu propia personalidad, ahogar el grito de tu conciencia que te decia que eso era imposible; por fortuna tu voz

tremula y recelosa y las lágrimas que á tu pesar surcaban tus mejillas, me han convencido que mentias y que no deseabas ni me creias capaz de seguir tu consejo.

o No, Adela: cuando dos almas puras se aman con una pasión como la nuestra, basada en el comun aprecio, en la similitud de genios, ideas é inclinaciones, ni la posesión ni los años entibian el cariño. Nacimos el uno para el otro, y separados, ninguno de los dos será feliz. La llama del primer amor, cuando es profundo y verdadero, cuando ha echado raíces en el alma, en vez de exhalarsé con las primeras impresiones, cambia de aspecto, se modifica y depura; pero no se apaga ni en el sepulcro, porque lleva en sí un gérmen inmortal que no perece con el anonadamiento del ser que idolatramos. Aunque en muy reducido número, hay quien sabe amar hasta despues de la muerte, que no siempre su inexorable guadaña rompe ese vínculo indestructible que liga dos corazones con los mismos lazos de armonía y amor con que el Eterno encadenó unas á otras sus diversas creaciones; eje sobre el cual gira toda la naturaleza, desde la piedra á la planta, desde la planta al insecto, desde el insecto al hombre; pero que solo en este último se espiritualiza, Adela mia, para satisfacer cumplidamente las necesidades de su doble existencia espiritual y terrena.

o Enferma y quebrantada el alma, el cuerpo solo

puede arrastrar una vida raquítica y miserable. Así, Dios me perdonará, si rotos todos los lazos que me unían al mundo y perdidas todas mis ilusiones, me alejo de una sociedad que detesto, madrastra conmigo desde la cuna y en la que solo me aguardan nuevos pesares... Basta! no quiero beber mas hiel, no quiero apurar mas amarguras; ya estoy harto! Mi madre, mi buena y querida madre, la única que ahora podría y tendría derecho á exigirme que viviese, ya no existe... ay! al verme tan desgraciado tambien me perdonará... cuántas veces he soñado que me tendía sus brazos desde la tumba, y me invitaba á ir á reunirme con ella!

- Mi resolución es irrevocable: los acontecimientos de esta noche han vuelto á confirmarme en mi primer propósito. Además, he prometido solemnemente á tu esposo justificarte, y debo á fuer de caballero cumplirle mi palabra.

- Tan preocupado está contra nosotros que solo con mi muerte conseguiré desengañarle, asegurar tu reposo y ponerte á cubierto de su venganza.

- Recuerdo sus amenazas y tiemblo por tí: es capaz el aleve de matarte á pesadumbres. Ah! si un juramento no hubiese encadenado mi voluntad...

- Adios, Adela, adios! me has pedido que respete la vida de tu marido, y antes que exigirle satisfacción de los insultos que me ha prodigado, he

preferido pasar por cobarde: me has rogado que no te vea en algunos años, y yo interpongo la eternidad entre los dos: desearias que buscara alivio á mi quebranto, entregándome á otros amores que profanasen el recuerdo del tuyo, y yo para conservarle puro, para que nunca se borre de mi pecho, me refugio con él donde únicamente me es dado abrigarlo... en la tumba.

Adios, Adela, adios!... una y mil veces te pido perdon de rodillas por disponer de mi vida sin tu permiso, por los disgustos que involuntariamente puedo haberte ocasionado desde que nos conocemos, y sobre todo, por este último y único en que te aflijo con conocimiento de causa.

Ójala mi muerte aplaque la saña del hado adverso que nos persigue, desvanezca el injusto error de tu esposo y te proporcione con el tiempo dias mas felices! Ójala redima con mi sangre tu juventud y belleza amenazadas por los celos y el dolor!

Adios, Adela, adios!... cuando eleyes tus plegarias al Altísimo, alguna vez ruégale por mí, acuérdate alguna vez del que tanto te amó... *El* te haga muy dichosa!...

Adios, Adela, adios para siempre!

ENRIQUE

CAPITULO XII.

Ultimo adios.

Si dos con el alma se amaron en vida
y al fin se separan en vida los dos,
¿sabéis que es tan grande la pena sentida
que nada hay mas triste que el último adios?

(CAROLINA CORONADO.)

Los primeros vislumbres de la alborada anunciaban la venida del sol, y el horizonte cubierto de una faja blanquizca comenzaba á iluminarse con los tintes rosados de la aurora. La brisa de la mañana acariciando el césped deteníase en los árboles mas altos, y al sacudir su ramage rompía

la guirnalda de perlas con que el rocío de la noche vistió su gallarda copa. Esperando el primer beso del astro-rey oscilaban las flores en su tallo, cual virgen odalisca que esconde su boca á las apasionadas caricias de su audaz y enamorado señor: las pintadas avecillas saludaban con sus trinos el albor del nuevo día, los rebaños se agitaban en los corrales impacientes por salir de su encierro á derramarse por los campos, y allá en el confín de la llanura, tendíase murmurando el *Paraná*, y destrenzada la nivea cabellera, serpeaba en ligeras ondas que espiraban con manso arrullo al tocar la arenosa playa...

El cielo estaba limpio y despejado, trasparente y pura la atmósfera, plácida la naturaleza. Todo anunciaba que el día seria un hermoso día de primavera.

Lo que es la mañana era magnífica, y mas magnífico aun el golpe de vista que ofrecia el estenso radio que alcanzaban los ojos. Mas de quinientos ginetes divididos en grupos de quince, de diez ó de ocho personas se dirigian á la estancia de Aracay en opuestas direcciones.

La uniformidad de sus trages contrastaba con la diversidad de sus armas: unos traian sables, otros lanzas, quienes tercerolas, cuales machetes, y todos las *bolas* y el *lazo*, inseparables compañeros de la gente del campo; las primeras atadas á la cintura y el segundo enrollado sobre la grupa de sus corceles.

Aquella reunion se componia de los propietarios y peones de las estancias vecinas, convocados por el juez de paz para la batida del tigre cebado que traia aterrorizada la comarca.

Pronto llegaron á la estancia de don Luis, que salió á recibirlos con su gente provista de una abundante libacion; Enrique le acompañaba; el celoso marido temiendo que en aquel intervalo hablase y se pusiese de acuerdo con Adela, al pasar por su cuarto le habia llamado con el pretesto de despertarle si estaba dormido. Artamés no creyó conveniente justificar su ruin sospecha; tomó las armas que un doméstico le presentaba, y siguió á Larteman, como uno de tantos que acudian á su casa con el objeto que ya hemos indicado.

Los recién venidos echaron pié á tierra, y sentados sobre la verde alfombra, comenzaron á apurar sin cumplimiento las numerosas botellas de vino y aguardiente que traian los criados de don Luis.

Al rumor de los vasos que se chocaban, y de los gritos y exclamaciones de la multitud, Adela, que se habia acostado vestida y recién entonces empezaba á conciliar el sueño, despertó sobresaltada.

La escena acaecida allí esa noche entre su esposo y su amante, la afectó en términos que no hizo mas que llorar y desesperarse cuando ellos se retiraron. Aunque confiaba en la palabra de

Enrique, temia que los insultos y las provocaciones de su esposo le pusieran en el caso de saltar por todas las consideraciones y aceptar el duelo que no dudaba le propondria: y si este no tenia lugar recelaba con fundamento que don Luis se vengase de otro modo. Ella conocia á fondo á su marido y le juzgaba capaz de cualquier vileza.

La fortuna se le mostraba ahora propicia como nunca; si queria deshacerse de su rival, qué mejor ocasion podia presentarse? En la próxima cacería, una vez metidos en el bosque, quién resguardaría á Enrique de una traidora bala perdida, ó de un golpe dirigido alevosamente por detrás?

Y he aquí cómo Adela, iluminada por esa vaga y misteriosa intuicion del amor, preveia no solo lo que pensó hacer don Luis, si las esplicaciones de Artames no le satisfacian, sino tambien el peligro que de todos modos amenazaba á este último, empeñado en rehabilitarla y rehabilitarse á los ojos de su marido, en aquella partida de caza que para completar su ruina la fatalidad parecia haber dispuesto á su llegada.

Por eso, no bien escuchó sus preludios, despertóse y saltó del lecho llena de angustia, corrió á la ventana, abrió de golpe entrambas hojas, y paseó sus ávidas miradas por todos los grupos, buscando con la vista al idolo de su corazon.

Enrique en aquel momento estaba á quince

pasos, brindando con otros jóvenes á la salud de Larteman.

Al ruido que hacia la ventana, alzó la cabeza y vió á Adela de pié, apoyada la frente contra la reja, contemplándole con indescribible espresion de placer y congoja, de tristeza y ternura.

El sol empezaba á dorar la cumbre de las montañas, y trepaba lentamente por el horizonte dejando en pos de sí un rastro luminoso; sus primeros rayos hirieron de lleno la casa de don Luis, como todas las de nuestras posesiones rurales, edificada sobre una eminencia que dominaba aquella localidad, y Adela, al presentarse en la ventana, apareció ceñida de una aureola de luz, aérea, pálida é interesante, como una sílfide que sale de una gruta encantada y se ve cruzar á la caída del crepúsculo ó al plateado brillo de la luna por entre el lóbrego ramage, y detener su fugitiva planta á orillas de un riachuelo, á la margen de un torrente, ó bajo el arco de una magestuosa é inmensa catarata, que roba al iris sus colores, y su voz á las armonías del viento, al murmullo de los bosques, al canto de las aves, y á los atronadores mugidos del Occéano, agitado por el soplo de la tormenta.

La sombra que envolvía aun el fondo del aposento, permitía á su esbelta figura destacarse pura, diáfana y radiosa entra los hierros de la alta ventana, que parecían mas negros comparados con las rubias trenzas de sus cabellos de

oro, meciéndose á los besos del aura en torno de su rostro infantil, mas blanco que la naciente azucena de los valles.

Desnuda la garganta, desnudos los brazos, apoyada su pequeña mano en una de las rejas, en el ligero temblor con que la oprimia y en la rapidez con que se levantaba y bajaba su seno, cualquiera habria adivinado el ansia con que buscaba á alguno.

Antes que distinguiese á Enrique entre la multitud, ya tenia él clavados los ojos en ella. La hermosa, al divisarle, inclinó la cabeza, bañando el semblante con una melancólica sonrisa, é involuntariamente se llevó la mano al corazon, cual si deseara contener sus violentas palpitaciones.

Cualquiera diria que la mirada de su amante la habia herido como una centella eléctrica. Ay! no pudiendo despedirse de otro modo, el infeliz le enviaba en ella su postrer adios.

Si es cierto que los ojos son el espejo del alma, Adela debió leer lo que pasaba en la de Enrique; debió comprender todo el dolor, toda la ternura envuelta en aquella mirada, porque no bien se recobró de la vivísima impresion que le produjera, presurosa levantó la cabeza y se la retribuyó con otra mas tierna, mas apasionada, mas dolorosa todavia.

E inmóvil, inclinado el cuerpo hácia atrás, erguida la frente, fija la vista en la de su amante,

quedóse absorta en actitud sublime, como si le dijese: adios! nos reuniremos en el cielo.

Y qué bella, qué encantadora se mostraba entonces!... al través de la nube de poesía que la circundaba, fulguraba la roja luz del sol, absorbida y rechazada por el claro azul de sus bellísimas pupilas, y partida en mil ráfagas brillantes, argentaba la nivea palidez de sus mejillas, levemente sonrosadas con las inciertas tintas del clavel que muere al entreabrirse; hacía resaltar la suave transparencia de su cutis, terso y lúcido como un trozo de bruñido mármol; matizaba el coral de sus graciosos labios; tornasolaba las áureas ondas de su sedosa cabellera; perdiase y divagaba entre los anchos pliegues de su negra vestidura; envolvía con lúbrico rayo su ligero talle, y diseñando en caprichosos giros á merced de algun rápido movimiento, sus voluptuosas formas dignas de luchar con las mas acabadas creaciones del arte, comunicaba á toda su persona algo de vaporoso é ideal, algo que se escapaba á la percepción humana y que no es dado pintar con el pobre lenguaje de la tierra.

Mudo espectador de aquella escena, don Luis observaba al descuido á los dos amantes, y aparentando seguir la conversacion con sus amigos, volvíase con cualquier pretexto y de una ojeada sorprendia lo que ellos intentaban decirse, ya que no con la lengua con los ojos.

Agotadas las botellas, á la voz de *á caballo*, se-

ñores, amos y peones se levantaron en tumulto, y con igual algazara y alegría, sin poner el pié en el estribo, saltaron encima de sus coreeles.

El gallardo escuadron partió á galope, siguiendo la estrecha senda que conducía desde la estancia al río.

Larteman con el vaqueano, el juez de paz y otros ricos estancieros de la provincia, marchaba á su frente. Enrique iba al lado de don Luis.

Al romper los caballos, volvieron uno y otro la cabeza para mirar á Adela.

Adela agitó en señal de despedida el pañuelo blanco que tenia en la mano.

La distancia no permitió á su esposo distinguir dos gruesas lágrimas que resbalaban por sus mejillas; pero sí notó las que se agolpaban á los ojos de Artames, y que mal contenidas pugnaban por escaparse de sus párpados.

Por qué lloraban?... porque se amaban con alma y corazón, y para dos que se aman de ese modo

En ese gemido que exhalan los dos,
ni verse prometen ni amarse se juran...
la vida se acaba diciéndose *adiós!*

—Adios, Enrique! murmuraba Adela; adios, Adela, para siempre adios! suspiraba Enrique.

Don Luis, al ver deslizarse algunas furtivas gotas de llanto por la varonil fisonomía de su rival, sintió un vago impulso de piedad que acallaba sus celos, y tras él un desasosiego, una profunda tris-

teza que se aumentaba á medida que se aproximaban al bosque. Era aquello un presentimiento, ó una de esas mil fugaces impresiones que nacen y se disipan sin que atinemos con la verdadera causa que las produce? Acaso tambien se despertaba en su alma algun terrible pensamiento parecido al de Enrique?... Penetremos con ellos, carísimos lectores, en las vírgenes selvas del *Chaco*, y tal vez salgamos de dudas.

CAPITULO XIII.

Un suicidio singular.

De dos amantes que el Eterno inspira
 á volar juntos de la dicha en pos,
 el que primero por su bien espira,
 es el mas venturoso de los dos.

Aquel en cambio de su estrella dura,
 mirando muere lo que siempre amó,
 aquel tendrá quien en la noche oscura,
 lllore en su losa, pero el otro no!

(PLACIDO.)

Estando ya concertado el modo de penetrar en el bosque, los cazadores dividiéronse en grupos de á diez hombres, y al toque de las trompas de eaza, la mitad de ellos echó pié á tierra y lo invadieron por distintos puntos á la vez: los de-

mas quedaron apostados en el llano para esperar á las fieras que saliesen.

En el grupo que capitaneaba don Luis, iba Artames: no sin gran trabajo habia conseguido el primero descartarse de sus amigos y quedarse únicamente con Enrique y sus criados.

La densidad del bosque, mas impenetrable á medida que avanzaban, les hizo muy pronto perder de vista á sus compañeros.

Entonces, don Luis, en vez de seguir hácia el norte, como debia, dió un largo rodeo y fué á salir en direcccion opuesta, cerca de un rio, brazo del Paraná, célebre por algunas grutas que habia en sus orillas, morada de duendes y espíritus malignos, según una creencia popular que no carecia de fundamento.

Tupidos cañaverales, dolientes sauces, erguidas palmas, magestuosos talas, frágiles algarrobos, risueños sarandies y espesos guayacanes de enorme tronco y pobladas ramas, veíanse por doquier confundidos con mil arbustos, flexibles enredaderas y plantas parásitas que ligaban unos árboles con otros, trepaban serpeando hasta la copa de los mas altos, y los vestian con una doble red de flores y de hojas. Lujoso manto de verdura que podia compararse á una ligera túnica trasparente, arrojada sobre los robustos hombros de aquellos colosos de la selva para hacer resaltar mas su vigorosa musculatura y el pronunciado color de su verdinegra y lustrosa piel.

A una señal de Enrique, Larteman ordenó á su gente que se detuviese y le esperase allí, porque volverian al punto.

Los dos rivales se encontraron solos frente á frente... los dos estaban armados, y cualquiera, al ver su siniestro ademán y sombrío aspecto hubiera creído, no que iban á conferenciar amigablemente, sino á arrancarse la vida uno á otro para satisfacer sus mútuos agravios.

—Don Luis, voy á cumplir la palabra que os dí anoche, dijo Enrique, y perdonad si os hablo como puede hablaros un hombre á quien le quedan pocos instantes de vida.

Don Luis hizo un gesto de sorpresa, y sin penetrar la intencion de Artames, presintió que iba á verificarse alguna escena terrible para la que no estaba preparado, y contestó con recelosa curiosidad.

—Hablad... engañadme si podeis...

—Yo engañaros? mal me conoceis, don Luis, y mal conoceis á vuestra esposa. No, yo no pretendo engañaros... Pretendo únicamente mostraros la verdad tal como es, seguro de que una vez conocida, no podreis resistir á ella, por mas que cerreis los ojos para no verla.

—Oh! daria mi fortuna, la mitad de mi vida por adquirir semejante conviacion, exclamó el infeliz esposo con la amargura del escéptico que quiere creer en Dios y no puede.

—Abrid vuestro pecho á la esperanza.. pro-

metedme que hareis feliz á Adela, y os daré tales pruebas de su inocencia, que el convencimiento surgirá espontáneamente de vuestro corazón sin que os sea necesario sacrificar ni la fortuna ni la vida.

—Por la vírgen, hablad! hablad!... esclamó don Luis apresuradamente; hablad! siento á mi pesar que vuestras palabras empiezan á inspirarme confianza.

Enrique se pasó la mano por la frente, movió dos ó tres veces la cabeza vacilando, y no sin un esfuerzo sobrehumano consiguió dominar la involuntaria angustia y los vehementísimos celos que la asaltaban de repente, al ir á romper con la vara mágica de la verdad y con el abandono de su vida, la distancia que en adelante, sin su magnánima abnegacion, dividiria á los dos esposos. El egoismo de su pasion le aconsejaba callar: su lealtad de caballero, su cariño á Adela, un empeño moral consigo mismo, le mandaban sacrificarlo todo por la felicidad de la que adoraba. Su indecision no podia durar mucho.

Volvióse, pues, á don Luis que esperaba una respuesta, suspensó de sus lábios, y con voz breve y enérgica le dijo:

—Creeis que cuando un hombre se mata por una mujer, es por que tiene motivos para estar satisfecho ó espera algo de ella?

—No, repuso Larteman atónito.

—Entonces Adela está justificada en cuanto á

la escena de esta noche; en cuanto al pasado, estas dos cartas hablan con mas elocuencia que mis palabras.

Enrique sacó una cartera y presentó á su rival las dos misivas insertas en el capítulo XI.

Don Luis no las tomó, arrebatóselas de las manos y comenzó á leerlas con ávidez.

A medida que leía, su frente se despejaba; la satisfacción interior pintábase en su rostro, y la metamorfosis que Enrique le vaticinó, se efectuaba en él con una rapidez asombrosa. Antes de concluir su carta, habiendo leído antes la de Adela, estaba convencido de la inocencia de los dos.

Llegaba don Luis á los últimos renglones, cuando un cercano y lúgubre gemido, vino á erizar sus cabellos, y á recordarle que estaban cerca de las *grutas de los duendes*.

Veloz como el miedo, echó mano á las pistolas que llevaba en la cintura, las amartilló y con voz no muy segura dijo á su compañero:

—Cerramos á reunirnos con nuestra gente; algun jabali ó tigre herido nos sigue la pista.

Pero Artames, centelleándole los ojos de alegría, le cogió del brazo y poco menos que á la fuerza le arrastró consigo, diciéndole:

—Venid! dos hombres bastan para un tigre ó un jabali...

—Considerad... que puede ser mas de uno, murmuró Larteman retrocediendo confuso y aterrado. La ruin sospecha de que Enrique le tendia

un lazo para deshacerse de él aumentaba su pavor.

—Venid y no tembleis, replicó el intrépido joven, si son tigres ó jabalíes y tienen hambre, yo les serviré de presa. No habeis leído mi carta?.. Si al fin he de morir, no es lo mismo que sucumbía en las garras de una fiera que al filo de un puñal ó al golpe de una bala? Ah! sin disputa es mejor lo primero. Así se considerará mi muerte como efecto de la casualidad; nadie podrá injustamente atribuírosela, y Adela no la sentirá tanto... Adelante, don Luis; voy á probaros que no soy cobarde y que la muerte no me asusta!

Al pronunciar estas palabras, Enrique marchaba en línea recta, con pasos precipitados y como acometido de un repentino acceso de locura, hacía el parage de donde parecía venir el ruido. Sus ojos se revolvían en sus órbitas sin fijarse en ninguna parte y sus manos brotaban fuego.

Larteman con una pistola amartillada en cada mano seguía maquinalmente sus pisadas, volviendo á cada instante la cabeza con visibles señales de temor.

Estraño y alarmante era á la verdad el ruido aquel: mas bien que el prolongado aullido del jabalí ó el ronco y vibrante grito del tigre cuando se aproxima á su presa, remedaba el postrer estertor de la agonía, el desesperado alarido que estos animales dejan escapar cuando se encuentran asegurados por los perros, rodeados por los

cazadores y privados de toda acción y movimiento.

Abriéndose camino por entre la áspera maleza llegaron don Luis y su compañero á una de las grutas donde probablemente se ocultaba la fiera.

Silvestres rosales, serpeadoras yedras y tupidas madreselvas defendian su entrada.

Enrique se adelantó con precaucion: prestó el oido, y un rugido mas fuerte y penetrante que los anteriores, le anunció que allí se escondia el terrible animal.

Don Luis á distancia de diez pasos, inmóvil y con los ojos desencajados, observaba todos sus movimientos.

Artames puso en el suelo el machete, las pistolas y hasta un cortaplumas que llevaba en el bolsillo del pantalon, y ya desarmado se adelantó impávido y sereno á la boca de la gruta.

Fuese temor ó piedad, don Luis sin poder hablar dió un paso y le tendió las manos, indicándole que se detuviere.

—Adios, don Luis, contestóle el jóven; haced dichosa á Adela...

Al mismo tiempo separó las ramas y un rayo de sol iluminó el fondo de la gruta.

Larteman volvió la cabeza horrorizado: sus ojos despavoridos tropezaron con los ojos centelleantes de un enorme tigre tendido en medio de ella.

Restos humanos esparcidos á su alrededor, le decian que aquel era el tigre *cebado*, que los ca-

zadores, mal informados, andaban buscando en otra direccion.

Sus sangrientas pupilas se clavaron como dos flechas de encendido bronce en las del imprudente que osaba venir á provocarle en su propia guarida; y tan solo un instante pudo él sostener el choque eléctrico de aquella fulgurante mirada, mas pavorosa é imponente en medio de la oscuridad que envolvía el fondo de la gruta. Sus nervios se contrajeron dolorosamente; frias gotas de sudor glacial cayeron de sus sienes; corrió por sus venas el hielo de la muerte; ardorosas titilaciones le obligaron á cerrar los ojos; la tierra se estremeció bajo su planta; zumbáronle los oídos, oprimiósele el pecho como si le faltase el aire que respiraba; quiso huir y se sintió dominado por esa incontrastable fuerza de atracción que arroja al abismo al que lo mira, y lleva al pececillo volador á la garganta del tiburón.

Empero Enrique habia hecho firme propósito de morir, y por mas que el instinto de conservación al despertarse irresistible y violento, se sobrepusiese por un instante á su voluntad, pasado aquel vértigo de que el hombre mas valeroso no está libre al contemplar la muerte frente á frente, era imposible que retrocediese.

Y no retrocedió... tendió los brazos, y el espeso ramaje abierto con violencia, cerróse tras él gimiendo como las ondas del mar al recibir un cadáver...

Larteman dió un grito, y por un impulso involuntario que no fué dueño de reprimir, se acercó á la gruta.

El tigre bramaba furioso... oyó el rumor de un cuerpo que caía... luego creyó percibir ayes sofocados y el sordo rechinamiento de los dientes de la fiera despedazando los miembros palpitantes de su infeliz rival...

Pálido, sobrecogido, trémulo, lleno de espanto, con el cabello erizado y los ojos fuera de sus órbitas, huyó don Luis en busca de sus esclavos con ánimo de volver con ellos á salvarle si aun era tiempo.

Pero antes de llegar al punto en donde los dejara, mudó de resolucion. Ya estará muerto, se dijo, y es una necedad. Además, no debo comprometerme: no faltaría alguna alma caritativa que me atribuyese la muerte de ese loco. Vamos á la batida á confundirnos con los demas; y si le echan de menos, diré que se ha retirado á la estancia.

Asi trataba don Luis de disculpar á sus propios ojos la secreta y triste satisfaccion que sentia al verse libre del odiado rival que le usurpaba el cariño de su esposa. No le acusemos por su cobarde proceder, muy natural en él. Dios ha formado nuestro corazon de porciones desiguales de barro y oro, y no con todos ha sido pródigo del segundo. Un campo erial no puede producir mas que zarzas y espinas; una fuente sin agua, fango

é insectos; una profunda sima nunca alumbrada por los rayos benéficos del sol, horribles sombras, fria y pavorosa oscuridad: y un corazon villano, solamente egoismo, viles sentimientos, ruindad y miseria!...



CAPITULO XIV.

La batida.

Listo á su presa...

acude el tigre...

...muéstrase el pecho

latiendo con presura

cual ola brava en reducido lecho:

salidos de sus cuencas ambos ojos

en alto fija con la saña rojos.

... le abraza, y en la torva frente

su garra imprime y el agudo diente.

(RAFAEL M. BARALT.)

La rapidez que exige la narracion de sucesos que tocan á su desenlace, nos obliga á ser muy sóbrios, á no detenernos en la descripcion de al-

gunos detalles que en otras circunstancias tal vez se leerian con gusto.

Hemos dicho que la mitad de los cazadores habia invadido el bosque: trasládese, pues, el lector, con las alas de la imaginacion, al otro lado del Atlántico, y penetrando en el corazon de América, detenga sus miradas en cualquiera de sus vírgenes selvas. Figúrese un Occéano de vegetacion colosal, estendiéndose por llanuras, sieras y montañas, como un manto verdi-negro, arrojado al acaso sobre el mundo, y cuyas orlas de plata son los rios que brotan en su seno, los ciñen y cruzan en todas direcciones, cual vivificantes artérias que van derramando en sus entrañas sávia fecunda de vida y eterno esplendor. Confúndase con nuestros cazadores, arme su diestra de un acerado machete, y abriéndose camino por entre la tupida valla de enanos arbustos, flexibles y espinosos mimbres, lianas y moreras, siga infatigable la huella de sus lebreles hasta que husmeen la presa que van buscando.

Seguid adelante, aunque de vez en cuando os haga volver la cabeza y prestar el oido con inquieta curiosidad el precipitado rastro de un *tatú* (1) ó lagarto que huye entre los matorrales;

(1) El *tatú* tiene la figura de un lechoncillo, y su cuerpo por la parte superior está cubierto de conchas, que abre y cierra á su placer: se le llama tambien *mulita*, *armadillo*, y *bolita*, porque cuando se ve perseguido, se encoge y for-

el áspero graznido del agorero *opacáa* (1) que se pasea por las márgenes de algun riachuelo cercano; el apagado canto del tímido *zorzal*; el melancólico gemido de la solitaria *pava* ó de la torcaz silvestre, ocultas en el añoso y hueco tronco de algun corpulento *palmar*; el sonoro estrépito de alguna bandada de urracas azules, de loros color de esmeralda, de amarillos *tieyubrés*, tan pobres de pluma como ríos de armonía, de cardenales y tucanos anaranjados, que saltan de rama en rama entre los frondosos ébanos, laureles y caobos, huyendo de las garras y de la estruendosa algazara de los monos, que para trasladarse mas pronto de un árbol á otro, cuando están muy distantes, entrelazan sus colas, forman de dos en dos una especie de cadena, y cimbrándose á derecha é izquierda, no paran en este movimiento hasta que el último se aferra á una de las ramas del árbol opuesto: seguid adelante, sin que os atemorice el metálico rumor de los anillos de la serpiente de cascabel, que ora se arrastra cautelosa por el suelo, cual si temiese ser sentida, ora asoma de repente su aplastada cabeza por entre el monton de yerbas, plantas parásitas y mus-

ma una bola con las lánminas de sus conchas, que le sirven á la vez de refugio y armadura.

(1) Pájaro acuático, cuyo nombre se deriva de su graznido, *opa* y *cáa*, palabras que en guaraní significan: «Ya se acabó la yerba; ya no hay yerba.»

gos fluorescentes que cubren el tronco de los árboles donde suele ocultarse; y antes que tengais tiempo para verla, se os eriza el cabello sin saber por qué, crujen y se estremecen las hojas, y la mirais erguirse velocísima y clavar en los vuestros sus pequeños ojos diamantinos, vivaces, sulfúreos, más centelleadores que el ardiente resplandor que lanza una faceta de brillantes, herida por el sol á medio día...

Seguid adelante, oh buen lector, que para distraeros del susto que este mal encuentro os ocasionaria, do quier que volvais la vista encontrareis millares de zumbadoras abejas, de moscas blancas, verdes, plateadas, amarillas, de pintadas mariposas é insectos de todos colores, que revolotean aquí y allí, confundidos con un enjambre de colibris y microscópicos pajarillos, en los que la naturaleza parece haber agotado en brillantes tornasoles, en bellos matices, en fantásticas combinaciones, todas las galas del colorido, todos los reflejos de la luz, todos los primores de su inagotable paleta!...

Así podreis tomaros una idea del desorden y confusion consiguiente á la entrada de los cazadores en los célebres bosques del *Chaco*.

Baste deciros que en el espacio de una hora habian levantado varias piezas de caza, entre ellas una pantera y dos tigres.

Uno de estos habia sucumbido dentro de la selva; acosado por los que le perseguian, trepó á un

corpulento *seibo*, y allí revolviéndose y bramando entre las ramas, esperó á que alguno se le acercase lo suficiente para lanzarse de un salto sobre él.

Los cazadores conociendo su intencion se retiraron á una prudente distancia, formando un ancho círculo en torno del árbol.

En la imposibilidad de hacer uso de las armas de fuego por el temor de herir á alguno de sus compañeros que andaban por allí cerca, invitábase uno á otro á aproximarse al *seibo*, pero ninguno se atrevia.

Entonces un negro de estatura gigantesca y fuerzas atléticas, que iba armado de una lanza, enristróla y fuése derecho al árbol, como un arrojado picador que se atreve á ir á buscar al toro al medio de la plaza.

Llamó á la fiera con un grito atronador; replegóse esta sobre sus patas traseras, dió un salto y precipitóse rugiendo sobre el hierro de la lanza, que le atrevesó el pecho de parte á parte.

El negro en vez de retirarse, se inclinó hácia adelante con todo el peso de su cuerpo y el vigoroso empuje de su brazo; de modo que al caer el tigre cayó de espaldas, y pudo clavarle contra el suelo mientras acudian los demas cazadores y le ultimaban á balazos y golpes de machete.

A poca distancia de allí tenia lugar otra escena de la mil que acaecen diariamente en nuestros campos.

Una pantera acababa de ser arrojada de su

guardada por los perros, y un gaucho, hombre inteligente y acostumbrado á habérselas con toda clase de alimañas, se habia comprometido á matarla sin ayuda de nadie. Obtenido el competente permiso del jefe de la cuadrilla, envolvióse el *poncho* en el brazo izquierdo y con el puñal en la diestra, le salió al encuentro, esperó á que le acometiera, y cuando la tuvo encima, metiéndola por la boca el brazo envuelto en el poncho, y al propio tiempo con una destreza y velocidad admirables, le partió el corazón de un solo golpe, hundiéndole el puñal hasta el pomo por debajo de la paletilla...

Mientras esto pasaba en el fondo del bosque, habia salido otro tigre á la llanura, justamente cuando llegaba á ella don Luis con su comitiva y ponia el pié en el estribo para montar á caballo.

—No hacerle fuego!... *enlazarle*; gritó una voz bastante autorizada para ser oida por los espectadores.

—Sí, sí *enlazarle*!... repitieron en coro otros muchos.

—Pues *enlazarle*!... añadió don Luis, preparándose en persona á hacer lo que decia.

Esta operacion que consiste en sujetar al tigre entre dos lazos de manera que quede privado de todo movimiento, y uno de los medios que se emplean con mas frecuencia para cogerle vivo, es muy arriesgada cuando el jinete no tiene la precaucion y habilidad necesarias para impedir

que la fiera se le aproxime ó rompa el lazo, si el compañero que ha de secundarle tarda en asegurarla con el suyo: doblemente arriesgada si el tigre coge el dogal que le aprisiona, y rápido como una saeta, recogiendo entre sus garras las quince ó veinte varas de cuerda que le separan del caballo, llega hasta él en un abrir y cerrar de ojos.

Entonces, si no es inmediatamente socorrido, solo un milagro puede salvar al ginete.

Tal aconteció á don Luis, que aturdido y horrorizado aun con la terrible escena que venia de presenciar, sintiendo, aunque demasiado tarde, remordimientos por su innoble proceder tanto con Enrique como con Adela, agobiado por un torcedor secreto, por uno de esos intimos pesares precursores de grandes calamidades, salió á la llanura deseando aturdirse mas de lo que estaba, mezclarse con la muchedumbre, participar de su agitacion y de su alegría, si era posible; correr, fatigarse, desafiar los peligros para olvidar los congojosos pensamientos que le abrumaban...

Por eso cogió con avidez el primer lazo que le presentaron, lo enrolló en ondas desiguales y sin reflexionar si su asustadizo *parejero* (1) era propósito para aquellas difíciles quanto peligrosas evoluciones, galopó tras el tigre, haciendo girar por encima de su cabeza la pesada argolla de

(1) Caballo de carrera.

hierro por donde corren las quince á veinte brazas del lazo, y arrojóselo á cuarenta pasos de distancia con tal acierto, que al primer tiro lo aseguró por el cuello.

Menos feliz su compañero, tres veces despidió el suyo, y por tres veces erró el golpe.

El tigre, *empacado*, (1) revolviase á un lado y á otro bramando de corage, batiéndose los hijares con la cola, destilando por la entreabierta boca una espuma amarillenta, secas y enrojecidas las fauces, y estraordinariamente dilatado el círculo rojizo de sus ojos chispeantes, inyectados de sangre. Veíase saltar debajo de la piel su vigorosa musculatura, dilatarse y contraerse al sentir en su garganta la sofocante presión de la cimbradora cuerda; y tan pronto doblaba el cuerpo en arco para dar un salto mortal, como se aferraba con las garras en el suelo para resistir al empuje del poderoso corcel; ó se lanzaba en la misma dirección pretendiendo alcanzarle.

Larteman, que era un excelente jinete, evitó sus primeros amagos, mas no pudo impedir que en uno de ellos se asustase su brioso alazan, y quedando flojo el lazo, le cogiese el tigre, y antes que su dueño tuviese tiempo para echar pié á tierra ó sacar las pistolas, llegase hasta él, le clavase sus garras en un muslo, y le arrancase de su montura con la facilidad con que derriba el

(1) Sin adelantar ni retroceder.

viento un fruto maduro , próximo á caer por su propio peso.

No de otro modo cayó el desventurado esposo de Adela , lanzando un ay ! desgarrador , intensísimo , profundo , que llenó de espanto á todos , como el que lanza en medio del combate el soldado á quien una bala de cañon le lleva una pierna ó un brazo.

La muchedumbre exhaló un grito de horror , y tropezando y estorbándose mutuamente por acudir mas pronto , tardó algunos instantes en socorrerle : huyó el caballo azorado , y don Luis bañado en su sangre , quiso incorporarse , y volvió á caer otra vez , herido de muerte por la fiera encarnizada.

No hubo uno solo de los circunstantes que no cerrase los ojos transido de espanto , al contemplar el horroroso espectáculo que se ofreció á sus ávidas miradas. El tigre se habia abrazado con don Luis , hundídole sus garras por la espalda entre las dos paletas , y metido la cabeza por la ancha herida que le abriera , sacándola al punto empapada en humeante sangre , que le caia en densas gotas por el cuello , y dejaba impresa en el suelo la roja huella de sus pasos.

El choque violento del caballo que huía desbocado , derribó al tigre aprisionado por el lazo , cuya punta estaba sujeta en la cincha del *recado* , pero no por eso abandonó su presa ; herido y acosado por los cazadores , llevóla arrastrando largo

trecho, y cuando la soltó, tiempo hacia que el infortunado don Luis era cadáver.

¿Añadiremos á este cuadro ya demasiado triste, el que ofreció la estancia de Aracay cuando Adela vió llegar á su esposo sangriento é inanimado? ¿Aumentaremos la penosa sensacion que su relato, aunque pobre y descolorido debe haber causado en el ánimo de nuestros lectores, refiriéndoles el dolor y la desesperacion de nuestra heroína, cuando tuvo en sus manos las cartas encontradas en la ropa de su marido, y que no eran otras que las que le diera Enrique?

¿Iremos á sorprenderla llorando sobre el lecho donde habian colocado á don Luis y pidiéndole perdon por los pesares que involuntariamente le habia ocasionado?... La mostraremos algunas horas despues, al cerrar el ataúd para conducirlo á la capital, prosternada ante él, llevar su generosa piedad, el olvido de las desgracias que debia á aquel hombre, hasta el extremo de vencer la repugnancia que naturalmente inspiran los muertos, y estampar en su helada frente un ósculo de paz y reconciliacion?... el primero que sus lábios le concedian!...

Oh! no; nada digamos! dejemos que la imaginacion y la sensibilidad de cada uno, sospechen ó adivinen lo que callamos. El alma se place en cubrir con un velo misterioso todos los grandes

dolores ó placeres que dimanen de ella. Se profanan, se amenguan y desvirtuan esponiéndolos á la luz del sol en toda su desnudez, como se evapora una delicada esencia despojando de su cubierta protectora al frágil cristal que la contiene.

CAPÍTULO XI.

Al pie de la cruz.

Contemplando el rostro de la Virgen

que tanto me ha consolado en el mundo

Y en el día del dolor eterno

que me espera en el infierno

¡Oh Virgen Santa de Guadalupe!

El sol loaba á su orbe, algunas perlas
 y el color de la flor loaba en el mundo
 como si fuera en el mundo
 como si fuera en el mundo

CAPITULO XV.

Al pié de la cruz.

Contigo, alma esperanza, el mar del mundo
animosos surcamos los mortales:
que crudo no hay dolor ni mal profundo
do viven tus consuelos celestiales.

Y en el abismo del dolor eterno,
mansion del torbo arcangel maldecido,
si penetraras tú, no hubiera infierno,
que solo es infeliz quien te ha perdido.

(J. HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.)

El sol tocaba á su ocaso, algunas pequeñas
nubes color de fuego flotaban en el encendido ho-
rizonte, como flotan en el aire las ensangrentadas
plumas de una paloma blanca perseguida por un
condor.

Hundióse tras las montañas el astro-rey, y las pequeñas nubes color de fuego, rompiéndose en delgados hilos de filigrana, se fueron apagando en el oscuro azul del firmamento, hasta trocarse, primero en las amarillas espigas de los verdes prados que hace ondear el viento de la tarde, y luego en los alicatados copos de espuma que argentan la superficie de las fosfóricas ondas del mar tropical, cuando al cruzar la luna por su espalda tiemblan de placer, y lánguidas, calladas, perezosas, se dilatan, suspiran, se empujan y deslizan, do las lleva el flujo y reflujo de sus rápidas corrientes...

La estrella de Venus apareció en el cielo, como el luciente broche del negro manto del crepúsculo, cuyos anchos pliegues al estenderse por la bóveda azulada, envolvían con su sombra la frente del mundo fatigado, tal vez para ocultar sus pesares durante el día, sus angustias y dolores por la noche; cual esos densos torbellinos de humo y ceniza que se escapan del fondo de una *sábana* incendiada y esconden á los ojos del viajero los estragos del terrible elemento que la devora.

Luchaba la luz con la sombra, y los postreros destellos del día, ahuyentados al fin por las oscuras alas de la noche, rotos y dispersos se refugiaban al seno de las estrellas, que presurosas acudían á su auxilio por occidente, como avanzadas centinelas del sol, prontas á disputar en su

ausencia el imperio del espacio á su implacable enemigo, el pavoroso géneo de las tinieblas.

Era aquella la hora mas triste y melancólica del dia y de la noche: el crepúsculo. Hora de silencio, de calma y recogimiento, en la que á imitacion de la naturaleza se replega el alma dentro de sí misma, medita y vaga incierta entre mil impresiones gratas ó enojosas, entre mil reminiscencias del pasado y del presente, tan confusas é indefinibles como el amalgama de luz y sombra que inunda los lejanos horizontes.

A esta hora, pues, la esposa de don Luis que habia permanecido toda la tarde apoyada contra la ventana de su alcoba contemplando el campo sumergida en profunda tristeza, salió de sus habitaciones y encaminóse á la solitaria capilla de la estancia, con ánimo de orar por el alma de su esposo y de su amante. Hacia ya ocho dias que la muerte los separaba, y su dolor era tan vehemente como el primero.

Conviene apuntar aquí una circunstancia especialísima de la vida de nuestros campos: en casi todas nuestras posesiones rurales de alguna consideracion, no muy lejanas de la capital de su respectivo departamento, hay por lo comun un oratorio ó pequeña iglesia, donde á espensas del propietario se celebra públicamente el culto divino una ó dos veces á la semana. La piedad de los particulares suple el poco celo y la indolencia del gobierno.

La munificencia de don Luis y su prurito de imponer á todos su superioridad desde las cosas mas altas hasta las mas triviales, le habian hecho que sustituyese al mezquino oratorio que tenia la estancia cuando él la compró, una linda y suntuosa capilla que podía competir con las mejores de Buenos-Aires y ocupar el primer lugar entre todas las de su provincia, sin esceptuar á la misma ciudad de Santa Fe.

Edificada en el ala izquierda de la casa señorial, en un área de ochenta varas de largo sobre treinta de ancho, levantaba su graciosa cúpula coronada de un ángel de bronce, revelando en la simplicidad y elegancia de su arquitectura el buen gusto y riqueza de sus adornos interiores.

En el fondo, sobre escalones de mármol negro, bajo la media naranja sostenida por columnas de alabastro, grave y severo levantábase el altar, en el que se veia el venerando emblema de la fé cristiana, la santa imagen del Crucificado, y á sus piés postrada de hinojos, la de su dolorida Madre.

Las dos imágenes eran del tamaño natural; la cruz de ébano esmaltada de nácar y piedras preciosas; el Cristo y la Virgen de plata maciza, y la espinosa guirnalda del primero, de amatistas, topacios y rubies incrustados en hojas de oro.

Riquísimos cuadros, originales unos é imitaciones otros de los mas afamados pintores, cubrian las paredes tendidas ahora de negro y

alumbradas por la tétrica luz de algunos blandones funerarios. Hacia ocho soles que el opulento fundador de aquella iglesia descansaba en brazos de la eternidad.

Adela abrió una de las puertas laterales, paseó una mirada distraída por el templo, y fué á arrodillarse en la primera grada del altar.

Sus manos se unieron, sus labios articularon una plegaria, imperceptible murmullo parecido al de las alas de un serafín en la oscuridad; levantó al cielo sus dolientes ojos preñados de lágrimas, clavólos en la Virgen, exhaló un suspiro, y antes de concluir su piadosa oracion, dobló lentamente la cabeza sobre el pecho, como si no pudiese resistir al tropel de ideas abrumantes que la agobiaban con su peso, y quedóse sumergida en honda meditacion, embargada la voz, sordo el oido, ciega la vista, privado el cuerpo de sensibilidad y movimiento.

La azulada luz de los blandones, rechazada por las negras colgaduras de la iglesia y por el trage de riguroso luto que ella vestia, se reflejaba en su albo cuello, en sus niveas espaldas y en su rostro de querube, prestando á su marmórea palidez ese colorido fantástico, ese barniz de transfiguracion divina que admiramos en algunas caras de Murillo y Rafael.

Si, mas bien que un ser animado, Adela semejaba una bella estatua del dolor, puesta de rodillas sobre el sarcófago de un héroe, é ilumina-

da por un trémulo rayo de luna próxima á ocultarse entre las nubes.

Ya no tenían sus ojos lágrimas que llorar, ni su pecho sollozos para quejarse; y no porque el raudal del sentimiento se hubiese agotado en ella, sino porque en aquellos ocho dias habia llorado, gemido y sufrido cuanto puede llorar, gemir y sufrir un corazon humano: y la infeliz no pudiendo arrojar de sí el torrente de pasion que le abrasaba el alma, conocia que su razon se iba debilitando por instantes y que en breve la perderia del todo.

Su piedad, su confianza en Dios la sostenian, no sus débiles fuerzas. La esposa de don Luis creia sinceramente en la justicia eterna, y por eso aunque el dolor la sacaba de quicio, poniéndola en el estado del reo á quien el tormento obliga contra su voluntad á apostatar de sus principios, jamás blasfemó ella de la Providencia ni dejó de implorarla con doble fé y resignacion. En vez de rebelarse contra su tirania, bajaba la cabeza á cada nuevo golpe, esperando siempre que Dios al fin se apiadaria de su largo y cruento padecer.

Y no creais que Adela se conceptuaba infeliz porque habiendo muerto su esposo, se veia libre y hubiera podido, si Enrique viviese, ligar su destino al suyo. Este pensamiento egoista no se le ocurrió siquiera. Lloró la muerte de don Luis impulsada solo de su buen corazon, y sintió el suicidio de su amante como si la hubieran arranca-

do la mitad de su alma. Enrique era su vida, el sol que la alumbraba, el aire que respiraba, una necesidad de existencia para ella, como la sávia para las plantas, el frío para la nieve, la luz para los colores, la armonía para la música. Estaba resignada á no pertenecerle nunca, pero no á verle bajar á la tumba, á hundirse en la eternidad, llevando en la frente el sello de los réprobos, la marca ominosa del suicida...

Luego, para colmo de infortunio, leyó su carta algunas horas despues que llegó á la estancia el cadáver de su marido horriblemente mutilado: la leyó cuando todavía estaba llorando por él!... Oh! entonces su amante corazón sintió doblemente el golpe que lo despedazaba, como sentimos con doble fuerza el choque de un cuerpo extraño, cuando nos hiere en una parte ya dolorida.

Sincero y leal era, pues, el primer sentimiento de Adela relativo á su esposo, tanto mas cuanto en los dos meses que duró su matrimonio, le habia visto siempre en último resultado, ceder á todas sus exigencias: sus celos, sus insultos, sus sarcasmos, sus amenazas encontraban disculpa en el corazón generoso de su consorte. Examinando el origen que tenían, Adela compadecia en secreto á aquel hombre que tan ciego la amaba, á pesar de la invencible repugnancia que sentia hácia él, á pesar del empeño que ella ponía en conservar y aumentar las causas verdaderas ó fingidas que los separaban. Es indudable que á no ha-

ber antes conocido á Enrique, hubiera acabado por amarle; pues siempre las mujeres son indulgentes con los arrebatos que ocasiona su belleza y el amor que inspiran; es mas fácil que olviden los agravios del que las maltrata por exceso de cariño, que perdonen al que las ofende ligeramente por exceso de indiferencia.

Don Luis ademas no era perverso; una educacion viciosa y un carácter demasiado despótico le hacian parecer mas malo de lo que realmente era. Infatuado desde la cuna con sus riquezas y el orgullo de su posicion, tenia en menos á los demas, y poco le importaba herir á menudo y humillar su amor propio y vanidad: razon por la que todos le odiaban.

Fuera de ese terreno, Larteman tenia cualidades muy apreciabiles; una de ellas era la generosidad. Cuando se unió á Adela, á pesar que esta nada le llevó en dote, al firmar el contrato matrimonial, la instituyó, sin que ella lo supiese, heredera de sus cuantiosos bienes caso de que muriera él antes sin sucesion. Providencia muy razonable por cuanto no contaba mas deudo inmediato que una hermana solterona, tan rica como él. Sus demas parientes lejanos no le veian ni trataban; su soberbia los alejaba de su lado, y le aborrecian franca y cordialmente. Escusamos añadir que don Luis les retribuia su odio con otro igual.

Hechas estas ligeras aclaraciones, indispensables para la perfecta inteligencia de los sucesos

pasados y futuros, tornemos á la capilla donde dejamos á Adela arrodillada en la primera grada del altar.

Acerquémonos á ella, veámosla salir de su febril letargo, verdadera catalepsis moral, en la que el cuerpo encadenado no permite al alma que se comunique con el mundo estérno; contéplémosla al recobrar voz y movimiento erguirse como la palma que inclina el huracan, tender los brazos al crucifijo y decirle con el desesperado acento del valeroso campeón que cae mortalmente herido en el campo de batalla y ruega á sus compañeros que acaben de matarle para no penar más:

—Dios mio! Virgen santal... ó devolved la vida á Enrique, ó tomad la mia, para que pueda en el cielo ó en el infierno irme á reunir con él.

Mudo silencio se siguió á esta imprecacion... diríase que su férvida plegaria volaba á las plantas del Altísimo en alas de la fé, y descendia de allí sobre su angustiada frente convertida en fúlgida aureola de misericordia... Una recia bocanada de viento hizo chisporrotear los blandones despojándolos del largo pávilo que amortiguaba su resplandor; vacilaron las negras colgaduras, oyóse el suave crugido de una puerta que giraba sobre sus goznes como la tapa de una tumba que entreabria una mano invisible, y fuese realidad ó delirio de su imaginación acalorada, Adela creyó ver un amoroso rayo de luz escaparse de las in-

móbles pupilas del Redentor y de María, infiltrarse hasta la médula de sus huesos y penetrar en su corazón inundándole de profundo, indecible, intensísimo gozo.

Adela, sin saber por qué, lloraba de placer.

Rumor de cercanos pasos resonó á su espalda.

Volvió la cabeza apresuradamente y vió... vió á Enrique que la llamaba por su nombre!

Adela se estremeció; dió un grito de horror, y se puso en pié para huir.

Tan pálido y desfigurado estaba el pobre joven, que lo juzgó al punto espíritu del otro mundo, evocado de la tumba por el místico conjuro de sus palabras.

No obstante, aquel indeliberado movimiento de horror duró un segundo; ni sus lívidas mejillas, ni su paso inseguro y vacilante, ni sus hundidos ojos, ni la palidez glacial de la muerte difundida en su semblante detuvieron á Adela. Precipitóse á él con los brazos abiertos, y le estrechó frenética contra su pecho, cual si anhelase cerciorarse de que no era una sombra lo que abrazaba, preguntándole todavía llena de inquietud y desconfianza:

—Estás vivo, Enrique mio? Estás vivo?

—Sí, mi cielo.

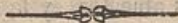
—No has muerto?

—No, ángel mio.

—Dios sea loado!... Ven, demos... gritó Adela trémula, demente, convulsa de alegría, sin acertar á concluir la frase empezada, arrastran-

do con violencia á Enrique hasta las últimas gradas del altar.

Allí, vencidos por el exceso de su emoción, mirándose y buscando en medio de su éxtasis divino, palabras que no existían para dar á Dios gracias por la suprema felicidad que les dispensaba, sin otro lenguaje que el del silencio y sin poder romperlo en largo rato, instintiva y simultáneamente sin habérselo dicho antes, absortos, confundidos, anonadados, los dos á un tiempo cayeron de rodillas *al pié de la cruz*.



CAPITULO XVI.

El hombre propone y Dios dispone.

Si quieres el placer busca la muerte

El árbol de la fe tiene sus flores,
y si una vez la duda las marchita,
una lágrima fiel las resucita
y exhalan un olor mas virginal.

Si duerme el sol, despertará la noche,
toldo benigno del ardiente día,
virgen que aplaca el llanto y la agonía
y nos tiende en el lecho á suspirar.

(ABIGAIL LOZANO.)

Momentos despues, Adela y Enrique se encontraban en aquel mismo gabinete, donde los sorprendió don Luis la noche anterior á la cacería.

Adela, reclinada en un extremo del camapé, habia abandonado una de sus manos á su jóven amigo, que la besaba á intervalos con el transporte de un amante que vuelve á ver á su querida tras una larga ausencia.

Los dos estaban profundamente conmovidos y en la vaguedad de sus miradas, en la expresion, ora apacible, ora inquieta de su semblante, en las fugitivas lágrimas que se desprendian de sus ojos cada vez que intentaban hablar é interrogarse, se leia la felicidad que rebosaba en sus corazones; felicidad que se traducia en suspiros, en miradas de inefable ternura, en gotas de llanto, en la tierna presion de sus dos manos, que trémulas al tocarse, comunicaban un ligero estremecimiento á todo su cuerpo y agolpaban la sangre á sus mejillas, como si la hoguera escondida hasta entonces en el fondo de su alma, quisiera escaparse, condensada en rayos de amor, por sus húmedas pupilas y entreabiertos lábios.

Anonadados bajo el peso de su dicha, permanecieron asi algunos instantes sin que el exceso de la alegría les permitiese formular sus pensamientos, ni hacerse cargo de lo que se preguntaban ni de lo que respondian. Estaban locos!

Aquel placer era demasiado intenso para que pudiese durar mucho: Adela, abrumada por tantas y tan diversas emociones, dejó caer lánguidamente su cabeza sobre el hombro de Enrique, diciéndole con voz tan tierna como el ruego de

una jóven madre á su primer hijuelo ; cuando anhela hacerle pronunciar las palabras que le enseña :

—Cuéntame, cuéntame, Enrique mio, cómo te salvaste ; cuéntame ese doble milagro en que tan visiblemente se trasluce la intercesion de la bondad divina.

—Mi salvacion es en efecto milagrosa , contestó el interpelado , y ahora que soy feliz , completamente feliz , veo en ella , como tú , la oculta mano de la Providencia , que descendió hasta mí , cuando mas dudaba de su paternal misericordia. Oye.

Incorporóse Adela , se desvió un poco , clavó sus bellos ojos en los de su amante , apoyó el brazo en el almohadon del camapé y la sien en la palma de la mano , provocando á Enrique con una graciosa sonrisa y un gesto de impaciencia , á que satisfaciese su curiosidad cuanto antes.

—Oye , repitió Enrique , besando por la milésima vez la preciosa mano que tenía cogida ; oye , luz de mis ojos , y perdona mi estravío , porque tú sola tienes la culpa.

Adela tornó á sonreirse , y el jóven acercándose mas á ella , prosiguió de esta manera :

—Poco despues que me separé de tí , vino tu esposo á desafiarme...

—Y tú no aceptaste... lo sé , adelante.

—Pero le prometí darle una satisfaccion que

no le dejase la menor duda acerca de tu inocencia.

—Y para eso, ingrato, nada te pareció mas oportuno que suicidarte á su vista?...

—Apenas nos encontrásemos solos en el fondo del bosque, y hubiese leído tu carta y la mia.

—Las dos están en mi poder, repitió Adela con profunda tristeza; pobre Larteman!

—No era digno de ser tu esposo, ángel mio; pero ya su memoria no me irrita ni puede inspirarme celos. Dios le haya perdonado, como yo le perdono!

Siguióse una corta pausa y Enrique continuó:

—Como habíamos convenido, nos internamos en la selva y nos detuvimos casualmente cerca de las *Grutas de los duendes*.

Mientras tu marido leía las dos cartas que puse en sus manos, yo con los brazos cruzados esperaba que concluyese su lectura, para levantarme en seguida la tapa de los sesos.

—La única idea que me preocupaba era que el estrépito de mis pistolas pudiese hacer creer á sus domésticos que nos habíamos batido, y tal vez que don Luis me habia muerto á traicion.

—Por tí lo sentía únicamente, y ponía en tortura mi pensamiento para encontrar un medio que surtiese el efecto apetecido, sin comprometerle. La casualidad, el destino, la Providencia vino en mi ayuda. Cuando Larteman llegaba al último párrafo de la segunda carta, oímos muy cerca

de nosotros un lúgubre alarido, que nos sobrecogió al pronto, haciéndonos comprender que alguna fiera herida ó hambrienta nos seguía el rastro.

Larteman, pálido y demudado, quiso huir, pero yo, que me sentí iluminado por una idea verdaderamente diabólica, aproveché aquella ocasión para realizar sin peligro mi propósito. Le cogí de un brazo, y le llevé poco menos que á la fuerza hácia el parage de donde parecia venir el ruido.

Llegamos á la boca de una de las grutas donde se albergaba la fiera, y á pesar de los ruegos de don Luis, y del terror involuntario que me iba dominando, al extremo de ofuscar mi razon, separé de golpe el espeso ramaje que defendia la entrada de la gruta, y me precipité en ella con los ojos cerrados.

Al separar el lóbrego enramado, merced al rayo de luz que penetró como un relámpago por la estrecha hendidura, habia visto á un enorme tigre que tendido en el fondo de la cueva, y rodeado de restos humanos, rugia furioso y clavaba en mí sus órbitas de fuego, cuyo sulfúreo resplandor me penetraba hasta la médula de los huesos.

Entonces no sé qué súbita revolucion se efectuó en mi interior: di algunos pasos hácia el tigre; pero como si una mano invisible me arrasrase por el cuello, retrocedí instintivamente, me

adelanté de nuevo, y volví á retroceder; hice un postrer esfuerzo, y otra vez retrocedí espantado, y fui á caer en un ángulo de la gruta.

Ah! el instinto de la vida se despertaba en mí, violento é irresistible! La carne triunfaba del espíritu; y á pesar de mis deseos, al mirar la muerte frente á frente, temblaba y huía de ella; como la altanera ola que crece en vigor y furia, á medida que se adelanta, y al chocar contra el muro que pensó salvar victoriosa, pierde su brio, se parte en mil pedazos, y retrocede humillada á confundirse con sus iguales.

Yo era una ola del océano de la humanidad, que pretendía salvar los linderos de la vida, sobreponiéndome al vulgo de los hombres: llegué hasta las puertas de la eternidad, y... tuve miedo!... retrocedí como pudiera hacerlo el mas débil y pusilánime de mis semejantes!

Para mayor desgracia, aunque confuso, conservaba todavía un destello de razon. Coalugada la sangre en mis venas, privado de voz y movimiento, bañado en un sudor frio, queria ¡pobre de mí! levantarme y arrojarme en la boca del tigre; pero ¡ay! en vano... mis miembros entorpecidos se negaban á obedecer á mi voluntad.

Oh! aquellos terribles momentos de agonia, nunca se borrarán de mi memoria; yo veia la muerte allí, á pocos pasos; sentia al tigre arrastrarse penosamente por el suelo, clavar sus garras en la tierra y ensañarse con los descarnados

huesos que le rodeaban. Le ví llegar á tan breve distancia, que su abrasado aliento me quemaba el rostro, y sus roncós y pavorosos aullidos convulsionaban todo mi ser, penetrando como flechas en mi corazón! El alma quería escapárseme del pecho, y no podía moverme para huir ó poner término á tan lenta y horrosa agonía!...

En aquella desesperada lucha perdí el conocimiento, y cuando volví en mí, los primeros vislumbres del alba empezaban á penetrar confusamente por el ramage de la gruta.

Me levanté, y antes que pudiese coordinar mis ideas, anhelando aire y luz, corrí hácia el punto por donde penetraba esta con ánimo de salir.

Pero no bien anduve tres ó cuatro pasos tropecé con un cuerpo cerdoso y resvaladizo, y caí de bruces sobre un charco de sangre todavía caliente.

Lancé un grito de horror, y la memoria del tigre asaltóme de repente, dejándome otra vez inmóvil.

Creí que dormía y que le habría despertado...

Al cabo de un buen rato, viendo que no se movía y que reinaba en la gruta un silencio sepulcral, me aventuré á levantarme y separé las ramas que impedían la comunicacion de la luz.

Paseé una mirada indagadora y recelosa á mi alrededor, y ví á la fiera tendida en una posición que me tranquilizó del todo, porque indicaba que felizmente habia pasado á mejor vida.

—Dios le tenga en su gloria! murmuró Adela, que escuchaba embelesada la interesante narración de su amante.

—O en el infierno, si es que los animales también espían allí sus culpas, contestó Enrique en el mismo tono.

—Prosigue, desagradecido.

—Prosigo, alma caritativa... hasta con los tigres...

Esta ligera interrupción dió margen á que el jóven llevase otra vez á sus lábios la blanca mano que tenia cojida y diese otro giro á su discurso; pero Adela le trajo á la cuestión, negándose paladinamente á responderle mientras no terminase el relato de su original y estraña aventura.

—Rompi y entrelacé algunas ramas para que continuase penetrando la claridad del día, prosiguió Enrique, y me aproximé á examinar el tigre de cerca.

Singular coincidencia! rara casualidad, que demostraria al mas incrédulo la misteriosa intervención de un ser, que eslabona los acontecimientos y sabe convertirlos en provecho nuestro, confundiendo todos los cálculos y combinaciones humanas. Instrumentos ciegos de su soberana inteligencia, obramos y marchamos al fin que nos proponemos, llenos de confianza y orgullo, creyendo realizar impune é irremisiblemente nuestros locos intentos. El resultado nos patentiza la pequeñez de nuestros esfuerzos, lo limitado de nuestros juicios,

la ligereza é injusticia de nuestras quejas. Acusamos de nuestros infortunios, verdaderos ó supuestos, á una Providencia á quien no comprendemos ni podremos comprender nunca, y los hechos, mas elocuentes que todos los sofismas de la razon, nos patentizan con harta frecuencia que ella vela por el destino de sus criaturas, y que cuando lo quiere, cambia en ventura el dolor, en triaca el veneno, en corona el dogal con que nosotros ¡miopes estúpidos! pretendemos dejar burlados sus inescrutables designios!...

Aquel tigre era el mismo que me habia acomedido la noche anterior, y á quien yo, sin saberlo, habia herido mortalmente en la cabeza, dejándole incrustada en la mitad del cráneo la hoja de mi *facon*, que encontré en el suelo entre el charco de sangre de que te hablé antes.

Sintiéndose herido de muerte, se habia refugiado á aquella gruta, y los esfuerzos que hizo para acercarse á mí desprendieron sin duda el hierro de la herida, y le ocasionaron una hemorragia de la que murió en el acto.

No quiero, ni aunque quisiera podria decirte lo que senti entonces; pero tú sabes, Adela, que el sentimiento religioso es sincero y vehemente en mí, como en todos los desgraciados. Salí de la gruta con el corazon hecho pedazos, y para no desistir de mi propósito, rechacé con toda la ceguedad de la desesperacion la idea de que el ser que habia realizado aquel milagro en mi fa-

vor; no podía querer que viviese para ser eternamente desgraciado.

No! es preciso morir, me dije; sería un cobarde si no cumpliese mi palabra.

La fiebre me devoraba, y fuese efecto de mis padecimientos anteriores, ó de la falta de alimento; ya de la caída del caballo, ó ya de los sucesos á que dió márgen nuestra entrevista; ó bien de la terrible agonía que experimenté en aquel antro infernal, ó lo que parece mas probable, de todas estas causas reunidas, encontrábame tan débil que apenas podía tenerme en pié.

Busqué mis armas, y no hallándolas, me dejé caer en el suelo abatido y desesperado. Probablemente alguno de los cazadores habia pasado por allí y las habria recogido: ó quizá alguno de los muchos malhechores que se albergan en el bosque me habria hecho este flaco servicio.

Este contratiempo, lejos de entiviar mi ardor lo acrecentó: mi amor propio irritado, me aguijoneaba á borrar con un rasgo de entereza mi pasada cobardia. Quería rehabilitarme á mis propios ojos.

Me puse á pensar friamente en los medios mas fáciles y seguros de matarme, y entre varios á cual mas extravagante, recordé con feroz alegría que á poca distancia de allí el rio formaba una especie de salto, cuyo fondo se componia de aceradas rocas y agudos pedernales.

Sacando fuerzas de flaqueza, llegué poco á

poco á aquel parage, y cuando me encontré en la cumbre que dominaba el bosque y la llanura, tuve que sentarme para cobrar aliento, á fin de poder bajar en seguida hasta la falda de la roca inmediata, por donde se precipitaban las aguas en furioso torbellino.

— Era un espectáculo sublime: el sol trepaba lentamente por el horizonte, y vertía á raudales su lumbre diáfana y rutilante sobre los campos, sobre los rebaños, sobre los árboles y las praderas cubiertas de flores; sobre el rio que ondeaba, encajonado entre sus verdes riberas, como la cauda blanquecina de un cometa en el oscuro azul del firmamento. El aura de la mañana, me traía con los trinos de las avecillas, las suaves emanaciones que se desprendían del fondo de la selva, el balancear y entreabrir sus millares de copas, disputándose los primeros besos del sol, y estremeciéndose de placer, al sentir resbalar por sus hojas los rayos de su fecunda luz.

Aquel ambiente perfumado secaba el sudor de mi abrasada sien, y adormecía el tumultuoso hervir de mis descabellados pensamientos. Caí de rodillas, é imploré por vez última la misericordia de Dios; rogué por tí, y por mi buena y querida madre; os pedí á las dos perdón por mi locura, y pensando en tí y en ella, me adelanté, conteniendo mis lágrimas, hasta el borde del abismo.

En aquel momento supremo, tendí los ojos por el magnífico panorama que se describía á mis

piés, miré al cielo, y... ¡Dios me tocó en el corazón!... El llanto, contenido hasta entonces, se escapó de mis párpados, y dió paso al torrente de hiel que me corroía el alma y nublaba mi razón. Yo no sé qué profundo bienestar indecible se derramó en todo mi ser: no sé qué vago y misterioso presentimiento sacudió hasta la fibra más recóndita de mi pecho, y me hizo permanecer inmóvil en el borde de la roca, suspenso entre la vida y la muerte, esperando algo que quería y no acertaba á comprender. La naturaleza entera se identificaba con el estado de mi espíritu. *Vive!* me decía el sol, infiltrándose por mis cabellos, y reanimando con su calor vivificante mi aterido pensamiento: *vive!* murmuraban los árboles y las flores, enviándome sus perfumes con un murmullo tan dulce y melancólico, que me parecía, Adela, escuchar tu voz angélica: *vive!* repetían los pajarillos revolando á mi alrededor y encantando mis oídos con la melodía de sus gorgeos, que nunca me parecieron tan armoniosos y gratos: y hasta la estruendosa catarata, con su solemne, aterrador mugido, parecía también decirme, descorriendo su inmensa sábana argentina, pura y blanca, como la pura y blanca página que aún me reservaba el destino: *vive! vive!* el mundo es vasto, grande el porvenir, y la bondad de tu Hacedor ilimitada!...

—Ah! cuán bien hiciste en escuchar esa voz, que no era otra que la voz de tu corazón! escla-

mó Adela, oprimiendo enternecida entre sus manos el pálido rostro de su amante.

—Sí, la escuché, porque sentía dentro de mí algo que no alcanzaba á explicarme, pero que me prestaba fuerzas suficientes para sobreponerme al infortunio. Puesto que me creen muerto, reflexioné, espatriándome para siempre de estas regiones y mudando de nombre, habré conseguido mi objeto. Persuadidos de que he muerto, don Luis vivirá tranquilo y Adela se resignará con su suerte, mientras yo llevaré á otros climas la satisfacción de haber hecho por ella, obedeciéndola sin que lo sepa, cuanto puede hacer el mas sumiso y leal amante.

Bajé de la roca y me encaminé al *rancho* (1) de un pobre leñador que distaba unos quinientos pasos.

Apoyándome en un pedazo de *tacuara* (2) que el rio había arrojado á la orilla, y descansando de trecho en trecho, pude llegar á bastante distancia, para que los perros que custodiaban aquel solitario albergue, anunciaran con sus ladridos mi aproximacion.

A los desentonados clamores de su jauria, cuya actitud hostil empezaba á infundirme sérios temores, salió del rancho el leñador, aquietó la furia de sus lebreles, y viendo el estado de abati-

(1) Choza.

(2) Caña maciza.

miento y debilidad en que me encontraba, corrió hacia mí, ofreciéndome con la cordial franqueza de nuestros campesinos, su humilde morada y cuanto en ella había.

Me apoyé en su brazo y entramos en el rancho.

—Usted tendrá hambre, me dijo aquel buen hombre ayudando á sentarme sobre un cráneo de caballo.

—Mueha, le contesté, porque hace cerca de tres dias que no paso bocado.

—Pues eche un trago de aguardiente, mientras le preparo un *hervido* (1) añadió buscando entre la paja de la techumbre y presentándome una botellita que contenia como medio cuartillo de aquel líquido, y que yo me apresuré á llevar á los labios.

—Desgraciadamente, prosiguió el leñador, no tengo ni miel, ni tortas, ni *flores de maiz*, ni nada!... porque ese demonio de *tigre cebado*, que en medio de tantos desastres, nos ha hecho el favor de firmarle con sus uñas el pasaporte para el otro mundo á ese déspota de Larteman...

—Qué dices? exclamé dejando caer la botella y poniéndome velozmente en pié, trémulo y suspenso de la respuesta que aguardaba, como si de ella dependiese mi salvacion ó condenacion eterna.

—Pues qué! lo ignorais?...

—Sí, habla, habla!...

(1) Carne cocida con agua.

— Brutazo como era y por meterse á *farolero*, cometió la torpeza inaudita de enlazar al tigre antes que su compañero...

— Y bien, qué sucedió?... acaba!

— El tigre recogió el lazo, y se le echó encima.

— Pero.... nadie acudió en su ayuda?

— No fué posible; la fiera le abrió en canal, y cuando acudieron ya era *alma de la otra vida*.

Tambien la alegría mata, Adela; la que yo sentí al saber el triste fin de tu esposo, fué tan grande é intensa que no me permitió reflexionar cuan egoista y poco generosa era... ya eras libre... ya no habia en la tierra ni en el cielo quien se opusiera á nuestra ventura!

Ah! mi destrozado corazon, mi pobre cabeza no estaban preparados para tamaña dicha! La sangre hirviendo se me agolpó al cerebro, cerré los ojos, incliné la cabeza sobre el pecho, vacilaron mis rodillas y caí en tierra desmayado.

Aquella fatal, no, mil veces feliz nueva, al devolverme por un instante todo el vigor que habia perdido, produjo en mi nerviosa naturaleza el mismo efecto que un tónico demasiado fuerte, al enfermo harto débil para resistir al exceso de vitalidad que arroja en su gastada organizacion.

Presa de un delirio espantoso, luché dos dias con la fiebre, y sabe Dios lo que hubiera sido de mí, si el buen leñador, compadecido de mi lastimoso estado, no hubiese traído á un indio su compadre, afamado *curandero* de estos alrede-

dores, que al cabo de cinco dias me devolvió la razon y la salud con un brevaje verdaderamente maravilloso, compuesto de yerbas silvestres, cuya eficaz virtud él solo conoce.

Ayer me levanté de la cama, y sintiéndome esta tarde con fuerzas suficientes para montar á caballo, me apresuré á venir á abrazarte, no á desvanecer el error en que estabas acerca de mi muerte, porque suponía que habiendo fallecido don Luis, mi carta nó habria llegado á tus manos. El indio me sirvió de guia.

Al entregar nuestros caballos al negrillo que encontramos en la puerta de la estancia, le pregunté por tí y me dijo que estarias en la capilla, porque acostumbrabas rezar todos los dias á esa hora. Crucé el pátio, entré, y...

—Allí te reconocí, repitió Adela interrumpiéndole; allí te abracé creyendo que salias de la tumba evocado por mi insensata oracion; allí al pié de la cruz, volvimos á encontrarnos puros y sin mancha, como el primer dia que nos conocimos. Ya lo ves; Enrique, *el hombre propone, y Dios dispone*. Cuando tú y yo implorábamos la muerte como el término de nuestros males, la esperanza nos abre sus brazos y un porvenir de eterna ventura nos sonrie...

Los dos amantes continuaron hablando hasta muy entrada la noche. Al dia siguiente, Artames, cediendo á los deseos de su adorada, se despedia de ella mas enamorado que nunca: iba á

Buenos-Aires desterrado por algunos meses, con la orden de recibirse de abogado en el término de un año. Adela lo exijia, y por mas protestas y razones que alegó el quejumbroso galan para acompañarla á Santa Fe y aplazar la terminacion de su carrera para dos ó tres años despues, no tuvo mas remedio que conformarse con aquel acto de atroz despotismo y escandaloso abuso del poder. De la belleza y el amor, como él calificaba el excelente consejo de aquella mujer encantadora, que era en realidad su *ángel custodio*.

Al separarse, Adela le entregó una cajita y una carta, suplicándole que no las abriese hasta llegar á Buenos-Aires.

Tres dias despues, acompañada de su padre y hermano que habian venido á buscarla, se dirigió ella á Santa Fe, donde era necesaria su presencia para hacer valer ante el juez competente, sus derechos á la parte que le correspondia en la cuantiosa herencia de don Luis. Los deudos de este y la misma Adela ignoraban la cláusula del contrato matrimonial, en que el finado la institua heredera universal de todos sus bienes, en el caso de que muriese antes que ella y sin sucesion. Cuán fiero desengaño, aguardaba pues, á los que ya estaban pensando en aprovecharse de la circunstancia de haber muerto *ab intestato*, para entablar la accion que les concedia la ley! y cuán magnífica sorpresa para Adela, que fuera de las alhajas que su marido la regaló antes de su boda,

CAPITULO XVII.

Saldo de cuentas.

Mustia la flor de la esperanza mia
bajo el pesar que el corazon devora.

Pronto á exhalar el postrimer suspiro,
lleno de fiebre, delirante y ciego,
mientras luchar con el pudor la miro,
la paz del alma á demandarla llego.

(ANDRÉS A. DE ORIHUELA.)

—Gracias á Dios que nos han dejado solos!

—Amen!

—Con que por fin ya nos echaron la santa bendición?

—Así parece.

—Es decir que ya eres legal y estralegalmente mía en cuerpo y alma?

—Pues...

—Y podré ahora?...

—Qué?...

—Pedirte estrecha cuenta de todo lo que me has hecho sufrir, rabiarme y desesperarme durante un año...

—Por supuesto!

—No apelarás de mi sentencia?

—No.

—Y si es injusta?

—Callaré y te obedeceré.

—Quiero que te defiendas.

—Me defenderé, pero...

—Pero qué?

—Si te pruebo que eres injusto y además ingrato, podré imponerte el castigo que mejor me parezca?

—Segun y conforme.

—Exijiré poco... muy poco...

—Veamos.

—Me contentaré con que te vayas á dar un paseito por las calles de Buenos-Aires, tarareando la polka hasta que amanezca.

—Linda noche de boda!

—Amor con amor se paga!

—Calla, espacion de mis pecados! tan fea como perversa, mas vale que no te defiendas!

—Con que soy muy mala, eh?

—Eres un Nerón femenino, un Atila, un Tamerlan, un... un... qué sé yo?... una onza (1) de oro.

—De veras?..

—Lo digo como lo siento.

—Bah! oye las ideas que se me ocurren.

—Mira, dejemos la discusion para mañana; ya es tarde, y... francamente... tengo mucho sueño...

—Puedes acostarte, hijo mio, yo pasaré la noche en vela, á fin de espantar á los mosquitos que podrian perturbar tu apacible sueño...

—Adela!

—Enrique!

Tal era el diálogo que sostenian nuestros dos jóvenes protagonistas momentos despues de la ceremonia nupcial, la misma noche que se cumplió el plazo marcado por la viuda de don Luis. Enrique se habia recibido de abogado esa mañana, y hasta aquel instante no habia vuelto á verla desde que se separaron de la estancia, hacia ya un año.

Irreflexivo y demasiado exigente como todos los amantes, estaba quejoso de la conducta de Adela, mucho mas cuando esta, lejos de justificarse de su supuesta crueldad, le repetia en todas sus cartas que era un capricho, cuya espli-

(1) Variedad del tigre.

cacion le daria la noche de su enlace. «Entonces, añadia con suma gracia, si te parece, saldaremos nuestras cuentas; entretanto ten paciencia y prepárate para tus exámenes, sin olvidarte que del resultado depende nuestro matrimonio.»

A esto se referian las indirectas de Artames, indirectas mezcladas con alusiones puramente personales y anti-parlamentarias; pero que bien podian perdonarse á un hombre locamente enamorado la noche primera de su boda.

Aquella chanza insustancial, no obstante, que se inauguró bajo tan felices auspicios, habia tomado un sesgo en extremo peligroso y resbaladizo. Y en verdad que era un espectáculo muy curioso ver á aquellos dos jóvenes que tanto se amaban, en el instante que debia ser el mas feliz de su vida, ofuscarse por una palabra indiscreta, pasar de la risa á la ironia y de la ironia al enojo, y esponerse con su imprudencia á una escena desagradable que tal vez acibarase para siempre su felicidad.

¡Tan cierto es que entre el excesivo amor y el odio hay una línea tan imperceptible como la que separa lo sublime de lo ridículo, lo posible de lo imposible, la prudencia del miedo y la verdad de la mentira!

Por fortuna Adela tenia demasiado talento, y era demasiado bondadosa para dejarse arrebatarse por su justo enojo. Pasado el primer impulso, la reflexion obraba en su ánimo, y se apresuraba á

reparar el mal que involuntariamente podía haber hecho.

—Así, en vez de parapetarse en un silencio desdenoso y esperar á que su marido viniese á implorar misericordia, le dijo mudando de tono:

—Mi esposo y señor, á fuer de sultan generoso y magnánimo, ¿tendrá la galantería de escuchar á su humilde esclava por espacio de cinco minutos nada mas?

Acompañó Adela estas afectuosas palabras con una mirada tan picaresca, con un gesto tan significativo, con un metal de voz tan insinuante, que el venturoso mortal á quien se dirigia, exclamó al punto: concedido, volviendo la cabeza para ocultar la risa que le retozaba en los labios.

—Abrasa esta atmósfera, no es verdad? añadió ella levantándose y apagando las luces que ardian sobre una consola inmediata: ven aquí, y hablemos cinco minutos como dos personas formales.

Y así diciendo, abrió un balcon que caia á los jardines de la casa, y se apoyó en la balaustrada invitando á su marido á que se acercase.

Era una plácida noche del cálido enero, una de esas noches que sólo se ven en América. La luna llena brillaba en la mitad del cielo, y sus trémulos rayos al reflejarse sobre los rubios cabellos, sobre la espalda alabastrina y el blanco vestido de la hermosa desposada, parecian envolverla en un trasparente cendal, en una vaporosa nube que

giraba en torno de ella y se desvanecía al suave resplandor de sus grandes ojos azules, lánguidos y ardientes, esquivos y amorosos, cual los últimos destellos del lucero de la tarde.

Nunca Enrique la había visto tan seductora; en un año de ausencia su belleza mejorada en tercio y quinto había adquirido todo el desarrollo de que era susceptible; mas intencion en la mirada, mas tersura y transparencia en el cutis, mas gracia, mas voluptuosidad y abandono en los movimientos, mas dulzura en el timbre argentino de su voz, mas regularidad en las líneas artísticas de su bellísima fisonomía. Luego el silencio y misterio de la noche, la incierta luz del astro del amor que derramaba sobre ella ese barniz melancólico, ese rocío de plata que tanto favorece á las hermosas de grandes y diamantinos ojos, de cabellera sedosa y reluciente, y de alba piel, diáfana y suave como el plumon de un cisne; el apagado murmullo de la brisa entre los árboles; las auras errantes, impregnadas de violetas y jazmin, que venían á espirar en su frente, perfumando el aire que la rodeaba, menos puro y fragante que el hálito aromado de su boca... todo, todo se reunía para completar la ilusión del feliz amante, y aumentar el embeleso con que se quedó estático contemplándola, sumergido en una especie de arrobamiento, en un éxtasis, en una delectación amorosa que solo comprenderán los que venciendo dificultades inmensas, hayan conseguido cuan-

do menos lo esperaban, encontrarse solos al lado de la mujer querida.

Adela, para despertarle de su preocupacion, le tomó el reloj y se puso á mirar la hora.

—Ya han trascurrido los cinco minutos, se atrevió á decir Enrique.

—No, señor, que no van mas que dos; faltan tres, contestó ella mostrándole el reloj.

—Por Dios, Adela, que esos tres minutos no sean como el sermón de las siete palabras que suele durar dos ó tres horas!

No sin un violento esfuerzo consiguió Adela no sonreirse y conservar un airé grave, empezando su discurso ú homilía en estos términos:

—Para que nunca puedas calificar, como lo has hecho ahora, de capricho y estravagancia mia lo que es efecto de la entereza de mi carácter y del entrañable amor que te profeso; para que no te quejes sin razon, voy á recordarte todo lo que debemos á la Providencia, á justificar mi conducta, y á demostrarte de paso *que no hay mal que por bien no venga*.

—Es inútil, ya estoy convencido de todo, repuso Enrique con un gesto de impaciencia.

—No lo estás... escúchame, continuó ella fingiendo no aperibirse de aquel gesto.

Nosotros éramos dos niños que no comprendiamos la vida.

Pobres los dos, y sin mas amparo que la esperanza, Dios sabe cuando hubiéramos podido me-

jorar de suerte y realizar nuestro matrimonio.

Ningun contratiempo habia venido á poner á prueba nuestro amor y virtud.

En esta situacion, la fatalidad me obligó á entregar mi mano á otro hombre á quien odiaba.

Entonces tú y yo nos creimos los dos seres mas desgraciados del universo, y dudando de la bondad divina, nos imaginamos que para nosotros ya no existia felicidad en la tierra.

Y sin embargo, qué errados eran nuestros juicios!

Ese hombre á quien abandoné mi persona en cambio del honor y de la tranquilidad de mi familia, fue mi esposo solamente en el nombre. Mi aversion primeró, y una grave dolencia despues nos mantuvieron hasta su muerte viviendo bajo el mismo techo tan separados como dos estraños.

La desgracia templó nuestras almas en la fragua del dolor.

Medimos y valoramos por nuestros padecimientos y sacrificios la estension de nuestro cariño.

Sufrimos cuanto puede sufrir el frágil corazon humano.

Pero siempre, aun en medio de la desesperacion, tuvimos bastante fortaleza y aprecio de nosotros mismos, para no abandonarnos á ningun pensamiento criminal.

Pudimos ser culpables y nos conservamos puros. Cumplí yo con mi deber; fuiste tú leal y pundonoroso amante, no abusando de mi debilidad

ni intentando prevalerte del ciego amor que me arrastraba hácia ti; devoraste en silencio los ultrajes de don Luis; quisiste justificarme y asegurar mi reposo, haciéndome el sacrificio de tu vida; pero volviste tus ojos al cielo en el momento fatal, y el cielo se apiadó de nosotros.

En vano provocaste dos veces á la muerte: el tigre que debía despedazarte, fué el instrumento de que se valió la Providencia para que tuviese lugar aquella cacería que tan cara debía ser al pobre don Luis, y coronar nuestra ventura.

Tú que buscabas la muerte, te salvaste; y él, que tal vez se conceptuaba ya feliz viendo perecer á su rival, pocos minutos despues sucumbia miserablemente cuando quizá abria su corazon á la esperanza.

Eramos pobres y don Luis nos legó sus inmensas riquezas.

El agradecimiento, las consideraciones sociales, el estado de nuestra salud, los meses de luto, exigian que se retardase nuestro enlace por algun tiempo.

Forzado por la necesidad, habias interrumpido tu carrera cuando solo te faltaba un año para concluirla: lejos de mí, necesitabas algo que preocupase fuertemente tu espíritu, y me persuadí que aguijoneado por el amor y el deseo de apresurar la época de nuestro matrimonio, te consagrarias con doble ardor y perseverancia al estudio: por eso te rogué que vinieras á Buenos-Aires, y per-

maneci yo en Santa Fe, sin quererte explicar lo que tú mismo hubieras comprendido, si un enamorado fuese capaz de tener sentido común. Yo te conozco, Enrique; estando juntos habrias perdido el tiempo lastimosamente, y no habrias tenido espacio ni voluntad para abrir un libro.

No teniendo dinero é ignorando que la fortuna de don Luis me pertenecia, te entregué aquella cajita que contenia mi mejor aderezo, y aquella carta en que te suplicaba le admitieses para atender con su producto á los gastos de tu permanencia en la capital.

Aunque no debia decírtelo, Enrique, tienes una cabeza perfectamente organizada, y era un dolor que no concluyeses tu carrera. Quizá en esto habia tambien algo de egoismo por mi parte. No ignoras que poco ó nada esperaba de la herencia de Larteman, y aunque mis alhajas valian alguna cosa, no era tanto que pudiéramos vivir con todo el desahogo y bienestar convenientes. Tu carrera te conquistaria una posicion, y tu talento te abriria el camino de la fortuna.

Créeme, tu porvenir y nuestra felicidad futura era lo único que me impulsaba: tú sin embargo no querias comprenderlo!

—Si el temor del porvenir te inspiró semejante idea, esclamó Enrique, por qué no variaste de resolucion cuando te encontraste dueña de una fortuna como la de don Luis?

—Ay! y tú crees que la felicidad consiste úni-

camente en las riquezas? Crees que un hombre como tú puede condenarse á vivir y vegetar como un cualquiera? Pasarían los primeros meses de embriaguez y delirio, y luego, luego, Enrique?... luego sentirías el cansancio, el aburrimiento, el hastío de una existencia sin objeto ni aspiraciones, sin brillo ni consideracion. Tal vez te fastidiarías hasta de mí, porque vosotros, los hombres de talento, necesitáis continuas emociones para vivir felices, y ningun sentimiento, por grande que sea, basta para absolver toda la febril actividad de vuestra cabeza y llenar eternamente vuestro corazón.

Pobre, necesitabas una posición social; rico, era indispensable que ocupases en la sociedad el rango que te pertenece por tus cualidades intelectuales y tus riquezas. Así podrias ser doblemente útil á tu patria, á tus conciudadanos, á los infelices que necesitasen tu apoyo. Así, la mujer que te consagra su existencia, podria amarte doblemente, viéndote brillar en el foro, en la tribuna, en la literatura ó en las artes.

Enrique bajó la cabeza confundido, y algunas lágrimas de ternura y agradecimiento surcaron lentamente sus mejillas.

—Deseando recompensar tu aplicación y proporcionarte una agradable sorpresa, continuó Adela, mi agente de negocios compró y alhajó esta casa, que es un palacio, y esta mañana cuando salías de la universidad con el grado de doctor recibien-

do los parabienes de tus amigos, un billete misterioso te trajo aquí, donde yo te esperaba mas amante que nunca, con mi familia, los testigos y el sacerdote que bendijo nuestra union.

Calló Adela, ó mas bien Enrique la obligó á callar, sellando sus labios con un apasionado beso.

—Dime ahora, ingrato, prosiguió ella, esquivando el rostro, dime ahora si tantas lágrimas tantas amarguras y contratiempos no están suficientemente recompensados? Quién será mas dichoso que nosotros? jóvenes, ricos, convencidos mutuamente de lo que cada uno vale, qué nos falta para ser felices?...

Enrique, ébrio de amor, pasó uno de sus brazos por la leve cintura de su amada, que ya no le rechazó, y murmuró á su oido algunas palabras ininteligibles...

Adela inclinó los ojos al suelo, y tímida y ruborosa, apoyó la frente en el hombro de su marido, dejandose llevar hácia el fondo del aposento.

La luna envidiosa ocultó su disco entre las nubes; detuvo la fuente su fugitivo raudal, los árboles y las plantas se inclinaron al soplo de la brisa y cubrieron la tierra de hojas y de flores, y el aura enamorada plegó sus alas sobre una blanca azucena.

Luego todo quedó en un profundo silencio: la luna límpida y radiante, volvió á brillar en el firmamento, tornó á correr la sonora fuente, y

las plantas , los árboles y las flores , irguiéndose de pronto en sus tallos , entreabrieron su ramage y sus corolas , suspirando de amor , mientras el aura se escapaba del cáliz de la blanca azucena y divagaba por el estenso vergel murmurando : Felicidad !

Dichosos los que como Adela y Enrique , no se apartan jamás del sendero de la virtud , y purificados en el crisol del infortunio , encuentran al fin por cada gota de acibar un Océano de ventura , por cada minuto de tristeza un siglo de alegría , y por cada esperanza burlada , por cada ilusión perdida , una guirnalda de esperanzas é ilusiones , tejida con flores inmarcesibles que embalsaman el resto de la existencia , y reverdecen mas allá del sepulcro , porque son eternas como el sentimiento inmortal que las produce !... Dichosos los que tras sus horas de amargura y llanto , pueden levantar sus ojos al cielo , y al darle gracias por sus beneficios , repetir con la *virgen-viuda* y el *suicida arrepentido* : Señor , tú solo eres justo , sábio y bueno : tu paternal bondad siempre vela por nosotros : NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA !

... las plantas, los árboles y las flores, irguiéndose
 de pronto en sus tallos, entreabrían su ramaje
 y sus corolas, suspirando de amor, mientras el
 aura se escapaba del cáliz de la planta azucena y
 se dirigía por el esteso vergel murmurando:
 ¡Folijada!

... Dichosos los que como Adela y Enrique, no
 se apartan jamás del sendero de la virtud, y en-
 tallados en el crisol del infierno, encuentran
 al fin por cada kota de solera un Océano de ver-
 dades, por cada minuto de tristeza un siglo de
 alegrías, y por cada esperanza perdida, por cada
 ilusión perdida, una guirnalda de esperanzas é
 ilusiones, tejida con flores imposibles que em-
 balsaman el resto de la existencia, y reverdecen
 en las alas del sepulcro, porque son eternas como el
 sentimiento inmortal que las produce. Dichosos
 los que tras sus horas de amargura y llanto,
 pueden levantar sus ojos al cielo, y al darle gir-
 tos por sus benéficos, repallir con la esperanza
 y el suicida arrepentido: Señor, ¡si solo eres
 justo, sabio y bueno; si paternal bondad siempre
 vela por nosotros; si no hay mal que por bien no
 venga!

FIN DE LA NOVELA.

EDUARDO.

NOVELA ORIGINAL

DE DON MATEO MAGARIÑOS CERVANTES.

EDUARDO.

NOVELA ORIGINAL

DE DON MATEO MAGARIÑO CRISTÓBAL

Un hermoso día de la primavera del año de 18... rodaba por una de las *estradas* circunvecinas de la corte imperial del Brasil, que no se menciona, no por ignorancia como supondrá algún lector, sino para conservar el misterio con que debe envolverse una verdad histórica que se saca á luz; rodaba, no una carretela, ni coche de colleras, galera, ó cosa parecida, porque aun hoy no se encuentran fuera de las ciudades en nuestros caminos de Sud-America, pero sí una carreta de dos ruedas, con cuatro bueyes, dentro de la cual venian tres señoras y una criada, que parece escusado notar era de color de tierra de Siena. La custodiaban cuatro jinetes, de los cuales solo uno era blanco y por extremo anciano.

Seria preciso que mis lectores hiciesen un viaje al interior, para que se pudiesen formar una idea exacta del estado lamentable en que se en-

cuentran los caminos en toda la América Meridional, y muy especialmente en el Brasil, donde lo montuoso y quebrado del terreno, inmensamente cruzado de arroyos, lagunas y pantanos, y la abundancia de lluvias, los hacen intransitables en ciertas estaciones del año. Con todo, en los caminos del Brasil se encuentran puentes, mientras que en la campaña de mi país (1) es preciso galopar muchas leguas para buscar los pasos de los ríos, ó atravesarlos en *pelotas* (2), ó á nado.

Algunos de esos puentes, se atraviesan sin embargo con mas recelo que se atravesaria un río á nado, ó se buscaria un paso galopando veinte leguas, pues los hay que parecen desprenderse al menor peso.

Enfrente de uno de ellos se detuvieron los viajeros para discutir si convendria mas pasar primero á pié, ó dejar que lo hiciese la carreta. Ambas cosas ofrecian dificultades: era tal el estado del puente, que no se atrevian á aventurarse que las señoras fuesen las primeras, ni querian que la carreta diese mas elasticidad á la vibracion que ya tenia el susodicho, con lo que seria mas espuerto pasar despues. Por último, se decidió que lo haria la carreta primero; y claro está, que resistiendo el peso de esta, podrian pasar todos sin

(1) La república oriental del Uruguay.

(2) Especie de canoa formada con el cuero seco de un novillo.

recelo. En efecto, así se practicó, y en dos minutos los bueyes y la carreta estaban en la parte opuesta. Animados con esto, los transeuntes se pusieron en marcha con tal seguridad, que el viejo y los criados no se apearon de sus mulas. Entre las señoras había una joven, que representaba apenas diez y seis años, aun cuando tenía veinte: la que manifestando mayor recelo, se quedó muy atrás de las otras dos que atravesaron corriendo. Sea efecto del destino, sea que la carreta acabase con la vitalidad del puente, que no pudo resistir el peso de las cuatro mulas, sea que estas estuviesen demasiado gordas, la verdad es que el puente se desplomó con los cuatro jinetes, la negra y la joven.

Acertaba á pasar costeano el río un joven vestido de viaje, es decir, con poncho, botas granaderas y grandes espuelas; el cual, viendo aquella escena, se desmontó de su animal, tiró á un lado el poncho y se arrojó al río. Este no era muy profundo, pero sí muy cenagoso; así que solamente despues de grandísimos esfuerzos, se vió aparecer al intrépido caballero con la joven desmayada en un brazo, y nadando con el otro hácia la orilla, donde estaban medio muertas de miedo las dos señoras y el negro viejo carretero que se habian salvado. Apenas la puso en los brazos de sus parientes, el joven se volvió á arrojar al río con el objeto de salvar el anciano; pero mas de un cuarto de hora que habia tardado en acu-

dir á la jóven, fué de mortales consecuencias para el desgraciado anciano, el cual estaba enterado debajo de su mula en el fango, habiéndole faltado las fuerzas para desembarazarse á tiempo. Cuando el jóven á fuerza de osadía y habilidad, consiguió sustraerlo del fango, ya era un cadáver; y con muestras de verdadero pesar vino á ponerlo á los piés de las señoras, justificando su mal resultado á pesar de todos sus esfuerzos. Intentó el jóven caminar hácia el lugar donde habia dejado su cabalgadura; pero le faltaron las fuerzas; trató de apoyarse en un arbusto que la turbacion de su espíritu, fascinado con el cansancio y alguna agua que habia tragado, le hicieron creer mas vigoroso, y cayó de costado, con cuyo golpe perdió enteramente el sentido.

De los tres negros, dos junto con la negra, participaron de la horrible suerte del anciano, al que se le prodigaron todos los auxilios que era posible en medio de aquella soledad, y en circunstancias, que desprendida el alma del cuerpo, la mision de los mortales se limita á derramar lágrimas sobre el cadaver inerte del que fué.

En esos cuidados pasaron el resto del dia las dos señoras mayores y la jóven que habia vuelto en sí y se encontraba abrazada al cuerpo de su padre, sin querer recibir ninguna clase de consuelo.

—Hermana querida, dijo una señora á la otra, no me parece prudente permanecer en esta soledad, y aunque faltan mas de cinco leguas para

llegar á la ciudad, y es imposible volver á la hacienda, porque no hay puente, sería menos malo continuar hasta encontrar alguna casa donde pasemos la noche.

—Si no fuese por mi Adela, prefería pasarlo aquí hasta el día; pero es preciso que tome algún cordial y descanse despues de haberse conservado tan milagrosamente á mi cariño. Dios mio! considerar que sin la asistencia de aquel generoso jóven á quien ni siquiera hemos dado las gracias, tendríamos que llorar sobre dos cadáveres, es una idea que todavia me asusta. Al pronunciar estas palabras, pareció buscar al desconocido, y solo entonces notaron su caballo y el negro que habia escapado á la catástrofe, tratando de volverle á la vida comunicándole algun calor con su poncho.

Ambas señoras se dirigieron hácia estos, y unieron sus esfuerzos para que volviese en sí, pero infructuosamente.

—¿Seria posible, dijo una de las señoras, que este desgraciado jóven pagase con su vida una accion tan noble y generosa? Y ordenó al eriado que lo condujese á la carreta, donde se colocaron los dos, al parecer cadáveres, y las señoras, que conservando aun las últimas esperanzas, trataban de comunicarles todo el calor posible.

Un negro montó en el caballo del desconocido, y el carrero dirigió la carreta, que tomó el camino de la ciudad.

No estará demas, mientras camina en silencio este lúgubre convoy, hacer una descripcion de las personas que trato de poner en relacion con... mis amigos; pero como las reglas del arte exigen un capítulo para cada aventura, tengo que remitirlos al segundo, el cual prometo será tan breve como el primero, y tan despojado de disertaciones filosóficas, de que soy enemigo por la simple razon de no ser filósofo, á pesar de haber materia para ello, pues empieza con la trágica muerte de cuatro hermanos espirituales.

del siglo XIX. De ahí los progresos del Imperio, que si en vez de esclavos tuviese colonos, se encontraría á la altura de los Estados Unidos, y habría ya conquistado el primer rango entre las naciones de la América Meridional.

La nobleza que vino al Brasil y las circunstancias por que vino la obligaron á hacer abnegación de algunos de sus fueros, privilegios é intransigibles etiquetas. Los nobles debieron alternar y solicitar las simpatías de las clases medias de la nueva corte para cimentar su influencia y hacer triunfar el pensamiento que los había compelido á atravesar los mares. Las personas más influyentes entonces eran los que representaban mayores caudales, por lo que se les veía entender en las más áridas cuestiones de derecho internacional, en la política interna y esterna del país y en el fallo sobre la vida ó muerte de un padre de familia: hombres que escasamente acertaban á poner su nombre despues de habérselo dibujado con lapiz al pié de un escrito cualquiera. Casi todos esos ricachos ignorantes, sin embargo, produjeron una generacion ilustrada para el imperio. Por una contradiccion que se concibe fácilmente, esa clase de hombres deseaba en su familia algo más que caudales de oro: todos aspiraban á tener un hijo abogado, militar ó médico; estimulándolos al estudio con estas palabras: —Seguid una carrera honrosa, que yo tengo bastante fortuna para que la sostengais con brillo.

A este género de hombres pertenecía don Jaime Carneiro, rico *fazendeiro* de la feligresía de Irajá, que vino de Portugal á buscar, como dicen, fortuna, empezando de arrendatario de un terreno muy reducido que algunos años despues compró; y en los momentos en que hablamos, formaba una posesion de dos leguas y media de campo con uno de los mejores ingenios y quinientos esclavos.

Don Jaime se unió en matrimonio con una jóven de diez y seis años, cuando él tenia ya cincuenta. Verdad es que dió ese paso con la santa intencion de sacar de la indigencia á dos hijas de un vecino amigo suyo, que le pidió en el lecho de muerte amparase á aquellas huérfanas que quedaban en el mundo sin recursos y sin apoyo. La mayor, que se llamaba Elena, era una mujer de mediana estatura, trigueña, ojos negros muy rasgados, sombreados por largas pestañas; un cabello que no cedia en brillo y oscuridad al azabache; lábios gruesos y rosados, de esos que revelan una voluptuosidad desenfrenada; y aunque educada con mucha medianía y lejos de las ciudades, tenia lo que llamamos en nuestros países talento natural. Este último adorno es muy perjudicial cuando no hay buena direccion y no se nutre con sanos principios de religion y de moral.

La segunda se llamaba Ana; y para abreviar, diré solamente que no parecía hermana de la pri-

mera, pues era de un feo muy subido y tan ignorante, que rayaba en estupidez.

Elena había perdido á su madre en edad muy tierna, y la condicion á que pertenecía su padre la puso desde muy temprano en contacto con gentes sin principio ni educacion. Asistía todos los dias á los escandalosos episodios de su padre con sus mancebas, y las nociones de religion que graban en la cabeza de esa clase de familia social los encargados de estenderla, iban siempre mezcladas de falsas ideas de supersticion y agüeras preocupaciones. Sorprende ver tantas personificaciones del estado de primitiva ignorancia acompañada de sórdida malicia á seis leguas únicamente de la córte del Brasil.

El vicario de aquella parroquia, que era su padrino, contribuyó no poco para que don Jaime diese su nombre á Elena. Esta por su parte recibió con regocijo el anuncio que le hiciera el Padre vicario, porque es preciso notar, que don Jaime desconfiaba del ascendiente que su fortuna y su cualidad de tutor, ó con mas propiedad protector, le daban, y no se atrevia á ofrecerse él mismo, temeroso de que se mofasen de sus canas; muy al contrario, su proyecto era unirla á un hijo natural que habia dejado en Portugal, y á quien hacia algunos años habia escrito se viniera al Brasil; pero las sujestiones del Vicario, que no sabemos por qué causa secreta queria ver casada á su ahijada cuanto antes, le hi-

cieron pensar sobre ella á su pesar, y el pobre viejo acabó por enamorarse y le encargó que esplotase el corazon de su pupila. Por supuesto, que se apresuró á mandar contra órden á su hijo, con una expedicion de azúcar y café, aplazando su viaje para despues de verificada la negociacion.

Con regocijo, decia, recibió la bella morena el anuncio de los proyectos de don Jaime, y autorizó plenamente al vicario para que le manifestára no solamente el placer con que le recibia, sino tambien su vivo reconocimiento.

Animado con esto don Jaime, deseó oir de boca de Elena las halagüeñas esperanzas del vicario, y tuvo una entrevista con su protegida, la cual le pintó con aquel coquetismo innato en toda mujer de los paises y de todas las condiciones, el sentimiento de profundo agradecimiento que le inspiraba semejante generosidad, y las protestas de sólida estimacion que él engendrara en su pecho. El viejo, que tenia buen corazon, y conocia el valor del servicio que hacia, comenzó á encontrar larguísimo el periodo de tiempo que era indispensable para los preparativos de la boda.

Despues de un pequeño viaje á la córte, de donde llevó muebles y ajuar para la novia, se verificó en la parroquia del lugar el deseado enlace, con toda la pompa que la localidad y escasa poblacion permitian. Ambos esposos recibieron las congratulaciones de costumbre, y pasaron en

apacible felicidad lo que conocemos bajo la denominacion de *luna de miel*.

Tanto don Jaime como la voluptuosa Elena, no aspiraban á otra ventura, que á la de poseer un fruto de sus castísimos amores; pero pasó el primer año y no aparecian los menores síntomas. Los dos se acriminaban mutuamente de semejante esterilidad, que fué el origen de los primeros disgustos de la vida conyugal de don Jaime cuando un dolor de muelas, ú otro síntoma que no se menciona en las crónicas de donde he sacado este episodio, hizo concebir esperanzas, y volvió la paz y la alegría á los dos esposos, que encontraron materia para nuevas disputas en la diverjencia del nombre que se pondria al nuevo retoño.

Elena habia ofrecido á nuestra Señora de la Peña, virgen milagrosa, cuyas tradiciones todos conocen, (1) que si oia sus votos subiria de rodillas el peñon sobre el cual está edificada la ca-

(1) La capilla de Nuestra señora de la Peña está edificada sobre un elevado y escarpado Peñon á cuya cima se sube por escalones practicados en la misma roca.

La tradicion popular dice: que habiendo intentado edificar la capilla al pié de la referida montaña, despues de comenzados los trabajos, y colocada la Virgen en el altar, desapareció en la noche, novedad que llenó de asombro á los trabajadores al dia siguiente.

Despues de muchas diligencias para investigar quien pudiese haberla sustraído, uno de los mismos operarios divisó la imágen en la cúspide de la montaña y con grandes esfuer-

pilla. En efecto, todos los feligreses fueron testigos del cumplimiento religioso de aquel voto, así como de la manera como descendió con las rodillas llagadas y todas cubiertas de sangre.

Pero su dorado sueño, su anhelada esperanza no se realizó: pasó el periodo de costumbre y llegó el segundo año sin que los pañales que se habían hecho tuviesen necesidad de ir al río.

Entonces el desaliento de Elena fué mortal, y la aversion que tenia por su marido, comenzó á convertirse en ódio. El pobre hombre se desvivía por complacerla y volverle su antigua vivacidad y alegría; pero nada era bastante para sacarla del estado de desesperada y violenta tristeza en que vivía. En sus raptos de pasión se acusaba de haberse unido á un hombre que podía ser su padre. No le era posible, decía, conformarse con pasar su vida entera sin dar expansión á los más dulces sentimientos de su alma; necesitaba y quería amar, y había cifrado su dicha en el cumplimien-

tos la volyieron á colocar en el altar preparado, suponiendo que algunos mal intencionados la hubiesen sustraído. Al día siguiente volvió á aparecer en el mismo lugar, con lo que los devotos dedujeron que la Virgen deseaba que la capilla se edificase en la cima. Discutiendo sobre las dificultades de subir los materiales, y sobre todo el agua, vieron brotar de la peña un chorro, acontecimiento que se atribuyó á milagro de la Virgen y decidió á los habitantes á demoler la primera capilla y á edificar la que hoy existe en la cumbre del Peñon. Todos los años se costea una función que dá mérito á la romería más ruidosa de Rio Janeiro.

to de los deberes que impone la maternidad. Y ciertamente, una criatura de su temple, viviendo en un completo aislamiento, sin nada que halagase sus instintos, habria reconcentrado en el amor á sus hijos todos los afectos que encierra el pecho de una mujer.

Don Jaime era sensible y padecia con el estado de su esposa. No encontraba manera de halagarla; y oyéndole repetir todos los dias: «si á lo menos estuviere con nosotros tu hijo; porque á tu hijo yo tengo derecho de amarlo; y ya que perdió su madre sustituirle los cariños que ella le prodigaria... mi existencia no sería tan monotoná:» al fin le propuso hacerlo venir. Ella recibió aquella oferta con el transporte de alegría á que la conducia su carácter violento y apasionado. Y desde aquel instante no se hablaba sino de Yuca, (1), de la época de su arrivo, de su figura y buen trato etc. etc.

En efecto, don Jaime escribió á su hijo, que asegurase un buen corresponsal y viniera lo mas pronto posible al seno de su familia, á lo que contestó aquel designando el barco que debia conducirle inmediatamente despues de su carta.

(1) José, pronúnciese Yuca.

Una mañana del mes de Junio, la estación más agradable del Rio Janeiro, recibió don Jaime una carta de su correspondiente de la ciudad, participándole que se anunciaba en la Barra la barca portuguesa *Veloz*, y que probablemente entraría á la mañana siguiente. Aunque don Jaime no quería anticipar las ansiedades de su esposa, no pudo contener una exclamación de alegría al concluir la carta, y toda la familia se impuso del arribo del *sinhosinho* (1) Juca. Elena quería volar y deseaba ir en persona á buscar á su idolatrado hijo; pero la mala disposición de los caminos y el deseo de que no se demorase mas tiempo á bordo, la hicieron oír los consejos de su marido, que le ofreció rebentar caballos para que lo tuviese en sus brazos al día siguiente sin falta ninguna. En efecto, se puso en marcha, y pasó toda la noche en la ciudad. Al amanecer del día

(1) Señorito.

siguiente fué á esperar la entrada del buque en la fortaleza de Villegaignon.

Despues de las formalidades de costumbre, el primer individuo que apareció en el combés era nuestro anciano, que se quedó absorto cuando vió la impassibilidad con que lo miraban los pasajeros; no se esplicaba cómo su hijo no le reconocia por instinto, mucho mas cuando debia suponer que le esperaban. Se dirigió entonces preguntando por el capitán, el cual, despues de oida la causa que le traia á bordo, le contestó friamente; « aquí no viene ningun pasajero con ese nombre » y le dió vuelta la espalda para conversar con el jefe del resguardo.

Un jóven de veinte y seis años, que habia oido el nombre de don Jaime, se acercó á este diciéndole: siento infinito, caballero, ser yo el conductor de este pliego; y puso en manos de don Jaime un paquete que contenia dos cartas.

Una de ellas tenia lacre negro, y fué por esa razon la que primero abrió don Jaime. Una palidez mortal cubrió la frente del anciano. Ocho dias antes de la partida de la *Veloz*, un violento ataque cerebral le habia arrebatado para siempre á su hijo. Aunque mas de diez y seis años de no interrumpida ausencia, habian podido aflojar los vínculos que unian al desgraciado Juca, que habia pasado sus primeros años entregado á una familia estraña, despojado de cuanto ofrece de santo y querido el regazo paternal, no pudo

contener el infeliz padre dos gruesas lágrimas, y se habria entregado á las sensaciones que le combatian, á no haberse acordado del pesar que ésta desgracia causaria á su esposa querida.

Preocupado con esta idea, se preparaba á dejar el barco, sin cuidarse de las personas que le rodeaban, cuando el jóven desconocido le dirijió la palabra en estos términos:

—Recibid, señor, las espresiones mas sinceras del pesar con que os acompaño en vuestro duelo.

—Gracias, caballero: vos le conocisteis tal vez?

—Solia verle en casa del señor Bento, vuestro corresponsal, el que me entregó la carta que causa vuestro pesar, y la otra, que es un crédito, para que os sirvais facilitarme fondos y tenderme una mano amiga en un pais donde no conozco persona alguna.

Don Jaime leyó la segunda carta; reflexionó algunos instantes, y despues de escudriñar al desconocido, dijo:

—Quereis bajar á tierra en mi bote, caballero?

—Con mil amores, señor.

Y ambos entraron en el bote, donde se acomodó el equipaje del viajero.

Los males presentes, por infimos que sean, dominan el sentimiento que dejan los que fueron, y sobre todo, cuando estos no los presenciarnos; lo que ha dado ocasion á refranes que no cito, porque soy enemigo de citas. Esta reflexion sugi-

rió á nuestro hombre una idea bien estraña y original, sin la cual su familia no habria dado margen para que un cuentero le pusiese en novelas, ni se habria tal vez ahogado el pobre viejo al atravesar un puente, aunque tal vez se hubiese muerto de otra cosa.

—El nombre de vuestra familia, dijo al viajero, no es desconocido para mí, aunque el de la mia lo sea para vos. Sé que pertenecéis á la nobleza; pero aquí en el Brasil la mejor nobleza consiste en tener doblas (1), y todos los ciudadanos son iguales ante la ley. Yo tengo alguna influencia en esa córté; puedo hacer provechosa vuestra recomendacion tanto como anheleis; pero en cambio desearia de vos una recompensa que recibiria como un favor inolvidable.

El desconocido no comprendia á qué venia tanto exordio para pedir recompensa por ofrecimientos; pero su buena política le aconsejó contestar:

—Señor, sin el mas mínimo interés seria muy grato para mí poderos ser útil sin necesidad de que lo tomeis como una recompensa.

—Y os aseguro que no os arrepentireis. Encontrareis algo de absurdo en la proposicion que voy á haceros; pero á esto nos espone el cariño llevado á los extremos. Mi mujer se moriria de pena si me viese volver á casa sin mi hijo. Quereis presentaros vos en su nombre? Quereis sus-

(1) Onzas de oro.

tituir el título de amigo, á que os hacen acreedor vuestras recomendaciones y vuestros antecedentes de familia, por el de padre?

— Aunque me sorprende en verdad vuestra proposicion, no tendria el mas leve inconveniente en hacer eso que vos llamais un servicio inolvidable; pero debo preveniros que tengo en el Brasil un tio que podria llegar á conocerme.

— Sé muy bien que teneis un tio en la provincia de San Pedro; pero ni vuestro tio podrá jamás saber que vos sois su sobrino, ni os conviene tampoco ir á encerraros en su estancia (1), porque tiene cinco hijos, y nada puede ofreceros. Yo no tengo igual dicha, y como sabreis despues, esta es la única causa de mi deseo de prohijaros. Sin un capricho de la naturaleza, sereis vos mi único heredero.

El desconocido reflexionó un momento: la idea de soterrarse en una estancia, y mas que nada, la herencia que se le entraba por las puertas sin saber cómo ni cuando, con tan pocas formalidades, no le consintieron dudar por largo tiempo.

— Señor, yo no merezco tanta bondad y desprendimiento. Soy muy sensible á vuestra paternal acogida; pero no quisiera prestarme á un engaño de ese género, que quizá algun dia llegue á traslucirse y haga mas amarga la falta de hijos

(1) Posesion de campo destinada al pastoreo y matanza de los ganados.

de vuestra esposa. Valdria mas desengañarla cuanto antes.

—Querido amigo, vos no sabeis cuan horrible será mi situacion despues que mi esposa reciba semejante golpe. En mi hijo estaban cifradas mis esperanzas de ventura y paz doméstica; y si vuelvo á mi casa sin uno, Elena me abandonará.

—Bien, señor; yo contribuiré á vuestra paz doméstica ya que así lo quereis; pero debo preveniros que tengo un carácter inquieto é investigador, lo que me obliga muchas veces á cambiar de escena para que el tédio no me consuma. Yo deseo hacer algunas escursiones y conservar mi independencia; y si alguna vez os disgusta mi conducta, un viaje y la falsa noticia de mi muerte romperán los vínculos que van á ligarnos tan estrechamente.

—Aunque fuéreis mi hijo verdaderamente, conservaríais vuestra cabal independencia, y hareis, en cuanto á escursiones, cuantas os sugiera vuestra fantasia. Más aun, vuestra presencia cambiará los hábitos de mi casa, y vuestras inclinaciones no solo serán aplaudidas sino imitadas. Vos no podeis comprender los deslices á que espone un amor de viejo, ni el frenesí de los trasportes de mi Elena.

Con esto llegaron á la playa, donde ya los amigos de don Jaime los esperaban, y ambos absortos en sus meditaciones. El desconocido no sabia lo que debia prometerse de tan buena acogida en

su nueva patria y de su nueva familia. Se imaginaba tener que soportar los cariños de alguna vieja regañona é impertinente, y de ahí la observación de las escursiones etc.; pero al mismo tiempo calculaba que en ninguna empresa, por feliz que fuese, haria tan rápida y cómodamente su fortuna, ni entraria en su nueva vida con tan risueñas esperanzas.

El viejo por su parte procuraba descubrir en la fisonomía de su prohijado los instintos de su corazón; deseaba adivinar si su generosidad y bondadosas intenciones serian bien ó mal recompensadas por el desconocido que, aunque de noble cuna, podria no tener hidalgos sentimientos.

De esas meditaciones los arrancó el bullicio del muelle, donde los recibieron con los brazos abiertos numerosos amigos que se disputaban por felicitar al padre y al hijo; los que, despues de desembarcarse, montaron á caballo y tomaron el camino de la feligresía de Irajá.

... en una familia y de su nueva familia...
... para tener que sufrir los cambios de alguna...
... la resignación é impotencia, y de ahí la des...
... rion de las esperanzas etc. y por el mismo tem...
... que en ninguna época, por tal...
... que tiene, hasta las épocas y momentos en...
... fortuna, la ventura en su vida con tan li...
... suya...
... El hijo por su parte procura descubrir en la...
... de su vida...
... IV...
... de las infancias...
... las por el desengaño que... de noble

Al día siguiente de la conversacion que se acaba de leer, presentaba la casa de don Jaime ese risueño pero modesto aspecto, que ofrece el hogar doméstico, cuando el aniversario del nacimiento de un hijo, ó su arribo despues de una larga ausencia, hacen olvidar los pesares que la incertidumbre de esta ó las calaveradas de la juventud de aquel, enjendran en el pecho de una madre cariñosa y tierna. Elena no sabia de qué manera comunicar su alegría á los corazones que la rodeaban. Las organizaciones sensibles son tan expansivas en el placer como en el dolor, y no gozan ni sufren completamente, sino cuando comparten su felicidad ó desgracia con las personas que las cercan. Un numeroso concurso de vecinos habia venido á festejar al recién llegado, que contemplaba estático las efusiones del violento

cariño de su *maisinha* (1) que no le habia dejado un solo minuto desde que llegó, y le presentaba una por una á sus amigas con un orgullo verdaderamente maternal. Juca, pues no le conocian aun por otro nombre, observó que no habia entre estas ninguna que pudiera compararse con su madre, por quien sintió algo más que filial afecion. Observó tambien con sorpresa ciertos temblores nerviosos cada vez que Elena le pasaba la mano por su enortijada melena ó le retorcia sus negros bigotes. Si en aquel tiempo se hubiese conocido la existencia de la gruta encantada en la isla de Monte-Cristo, Juca se habria figurado encontrarse en igual situacion que Frank, cuando aletargado por el hatchis, se sentia acariciado por los voluptuosos trasuntos de Fiduce, Cleopatra y Mesalina.

—Qué bello es! decia Elena á sus amigas: qué maneras tan elegantes, qué inflexion de voz tan armoniosa y suave! No parece hijo de mi marido.

Y todas las señoras prodigaban sus elogios al venturoso Juca.

Este caballero, de edad de veinte y seis años, elegantemente formado, de una estatura mediana, era por extremo bello, y habia recibido una educacion esmerada. Sus dotes intelectuales no correspondian á su fisico; pero su inteligencia no era vulgar.

(1) Madrecita.

Como don Jaime era un vecino muy respetable y por otra parte muy querido por su bondad y flexible carácter, no quedó feligrés ni feligresa que no viniese á darle los parabienes por el feliz arribo de su hijo; de suerte, que la casa presentaba el aspecto de una romería. A la noche se arreglaron tocadores de guitarra, y se bailó hasta las diez. Con este motivo tuvo ocasion de lucir su habilidad Juca, que tocaba con gracia y perfeccion ese instrumento.

Solo despues que se concluyó la fiesta, fué que Elena pudo estar un instante con su hijo sin testigos. Cuando se encontraron en tal situacion, ambos estaban muy conmovidos. El rostro de Elena habia perdido sus habituales colores; el corazon la latia con violencia, y no habria podido dar un paso si la hubiesen llamado en aquel instante. Juca se levantó y tomó la mano de su madre, para imprimir el beso que precede á la bendicion, sin la cual ningun buen hijo puede conciliar el sueño; pero ella le dijo con acento conmovido:

—Tan pronto, hijo mio!

—Señora, temo incomodaros.

—A mí incomodarme! Mi Juca, sabes tú que desde que vivo en el mundo no he tenido un dia que valga este que he pasado junto á tí? Sabes tú que por tí he conocido yo la felicidad, ó mas bien tú me has revelado una existencia que yo no conocia? Por la primera vez contemplo una criatu-

rá con placér; porque yo pasaria mi vida entera contemplándote, sin pensar en otra cosa.

—Y las megillas de Elena se cubrieron de un vivo carmin.

Cualquiera conócerá las sensaciones de esta mujer, que no habia cumplido todavía veinte años al lado, y por la primera vez de su vida, de un hombre bello, jóven y que la habia mirado todo un dia con ojos llenos de fuego y de ternura.

—Mira, Juca, solo un pesar tengo ahora, y es el de suponer que tú te has de casar con otra mujer, y que esa mujer me robará tu cariño.

—Tengo natural antipatía al matrimonio, amada madre mia, contestó Juca con una energia que agradó muchísimo á Elena.

Juca conócia el mundo, y ya se habia enseñoreado del terreno que pisaba.

—Haces muy bien, hijo mio; un hombre como tú no debe casarse nunca: el matrimonio es un juego muy arriesgado, en el cual pierden por lo general las personas bondadosas y sensibles. Es tan raro acertar con un corazon que responda al nuestro! A propósito, has amado alguna vez en tu vida, Juca?

—No, jamás, madre mia: no he sido tan afortunado como vós.

Elena bajó los ojos al suelo, y dos gruesas lágrimas rodaron por sus megillas. Despues de un momentó repuso:

—Todavía no tengo veinte años, Jucá, y á la edad de diez y seis, vuestro padre quiso dar su nombre á una desventurada huérfana. Desde entonces pocos hombres se han presentado á mi vista. Yo esperaba amar á mis hijos, pero Dios me los ha negado. Y ahora te amo á tí, porque eres hijo de mi marido, y puedo hacerlo sin ofensa de nadie. Y tú me amarás del mismo modo? Estoy segura que no. Mi vista te traerá á la memoria tu madre, y ese recuerdo te obligará á quererme menos. Es natural; pero yo procuraré á fuerza de cariño y solicitud, hacer su falta menos sensible. No quiero que haya mas voluntad en esta casa que la tuya; y mi felicidad en adelante, está cifrada en verte satisfecho y contento: tu fisonomía será el barómetro de esta casa.

—No encuentro palabras para manifestar cuan sensible soy á tantas solicitudes y cariñosas demostraciones, mi querida madre... solo os diré que si vuestra felicidad estriba en la mia, lo seréis perfectamente, porque no podría aspirar á mayor dicha, que al cariño de una madre como vos. Verme en los brazos de una familia amada, donde se me prodigan toda clase de cuidados y delicadas atenciones, es una cosa que jamás pasó por mi mente cuando dejé mi país para reunirme á un padre que me habia hecho pasar mi infancia en la horfandad. Sin duda que solo debo esta felicidad á vuestro bello corazón, y podeis vivir tranquila sobre mi eterna gratitud y solici-

tos desvelos, por todo cuanto pueda contribuir á vuestra ventura.

El reloj anunció las once de la noche, y don Jaime entró en la sala.

—Me parece, querida mia, que no has de querer hacer eterno el dia de la llegada de nuestro hijo. Tiempo hay para conversar á otras horas, y es preciso descansar. Vamos, buenas noches, y hasta mañana. Con lo que Juca imprimió un beso en las manos de sus padrés, y se retiró á su aposento.

los días por todo cuando queda contemplar á
 vuestras venturas y desgracias. — El tal
 lante entró en la sala. — Me parece que
 no ha sido el día de la llegada de nuestra
 hijo. Tiempo hay para conversar á otras horas
 es preciso descansar. — ¿Tiene buenas noches?
 hasta mañana. Con lo que lea impreso un
 en las manos de sus parientes y se retiró á su
 cuarto.

La casa de don Jaime estaba situada en una elevación á la falda de una montaña, así que se gozaba uno de esos panoramas que tanto entusiasman á una imaginación artista en el Brasil. El cuarto de Juca tenía dos ventanas que daban al lago que forma el fondo de la bahía de Rio Janeiro entre Paquetá y el puerto de la Estrella, que con el reflejo de la luna y el sombreado de las pequeñas islas, parecía una ninfa tendida y cubierta con una túnica de plata. Una brisa suave, ligera y embalsamada, apagó la luz al entrar Juca en su habitación: arrojó este el candelero sobre la mesa, y sentándose al pie de la ventana, apoyó su cabeza en una de sus manos, y se puso á meditar profundamente.

Apenas hacia cuarenta y ocho horas que se encontraba en el seno de su nueva familia, y su corazón ya estaba sumamente agitado. La lucha

por que preveía tener que pasar, era en extremo horrible. Juca poseía un corazón sensible y bien dispuesto, pero era muy sujeto á pasiones fuertes. Elena estaba dotada de una de esas bellezas provocativas, que enjendran en el corazón de un hombre los deseos mas vehementes, y las tentaciones eran demasiado frecuentes viviendo bajo un mismo techo.

He dicho que Juca tenia un corazón bien dispuesto, y por eso no le cabia en el pecho cuando él deseaba esplicarse la causa de la agitacion que experimentaba, despues de haber pasado todo un dia al lado de una mujer de veinte años, que no era su madre. Elena le amaba con frenesí, porque le creía hijo de su marido; pero él sabia muy bien que no lo era; lo sabia don Jaime; por tanto, su cariño, sacado de la senda de respetuosa reserva, era criminal: toda expansion de su parte, ofenderia necesariamente al buen viejo: la reserva mortificaria á su cariñosa madre. De manera, que la posicion del jóven era desesperada; casi hubiera preferido que su madre fuese, como se la imaginó primero, vieja y regañona.

Por otra parte, condenado á vivir en una hacienda en un aislamiento completo, se hacía mas terrible la lucha. En el contacto de otras mujeres, Juca habria encontrado fortaleza para sacudir las ideas que empezaban á jerminal en su mente, y que tan atrozmente le ajitaban en aquel momento.

Con esas y otras reflexiones semejantes, pasó una parte de la noche, y las pocas horas que dedicó al reposo fueron también agitadas. De manera que á la mañana siguiente en su fisonomía se reflejaban los combates por que había pasado su alma; lo que notaron todos, y él quiso atribuir á efectos del insomnio producido por el cansancio después de un dilatado viaje.

La fisonomía de Elena estaba también quebrantada, y cuando al contemplar en la mesa la palidez de su hijo, sus ojos se encontraron y permanecieron por un instante fijos, un observador atento hubiera notado las pulsaciones de las sienas y del corazón de la joven madre que pensaba para sí: cuál será el motivo de su palidez? Igual pregunta se hacia Juca.

Apenas concluido el almuerzo, durante el cual se habló largamente de los convidados del día anterior y la belleza de la estación, Juca manifestó deseos de retirarse á su habitación para escribir á sus amigos de Europa; estableciendo de paso que era un hábito antiguo que tenia el dedicar aquellas horas al trabajo.

Una mujer ha dicho, «que el amor es la historia de la vida entera de la mujer, mientras que no es mas que un episodio en la vida del hombre;» y yo creo en ello como en el evangelio. Si á eso agregamos que según las observaciones frenológicas, el órgano del sentido en la mujer es mas ancho y delicadamente delineado que en

nosotros, y que toda su materia nerviosa está caracterizada por una especie de blandura, delicadeza y movilidad, claro es que toda impresion es por lo general mas fuerte en el bello sexo que en el no bello.

De conformidad con esa observacion, de no recuerdo qué autor amigo mio, ó mejor dicho, de mi estante de libros, el dia fué para Elena penosísimo. No pudo apartar un solo minuto de su mente la imágen de Juca.

Llegó por fin la hora deseada de la tarde, y siguiendo la costumbre del campo, le tomó el brazo y se pusieron á pasear por las alamedas de álamos y de no álamos, como mangueras, guayabos y naranjos.

Ambos estaban conmovidos, y querian ocultar su conmocion aparentando observar las bellezas del horizoute, que al esconderse el sol tras la cima de las montañas, presentaba un cuadro caprichoso de oro y grana. Qué hermoso paisaje! exclamó el mancebo. En mi vida creí, que fuera del oceano se disfrutasen paisajes tan bellos. Cómo lo encontráis, madre mia?

—Es tan comun para nosotros esa perspectiva, que pasa inapercibida.

Tal es el corazon humano; solo damos valor á aquello que no nos pertenece. Los habitantes de los polos quedan estasiados al contemplar la belleza del cielo y la vejetacion de los trópicos; y los que han nacido bajo el clima de estos, reci-

ben las mas bellas inspiraciones al contemplar los frios y helados picos de los polos. Un hombre casado con una mujer realmente bella, apenas la mira con frialdad, y se enamora de una bailarina fea, nada mas que porque baila; mientras tanto, una media docena de galgos famélicos, beben los vientos por una mirada de su mujer.

Elena oia con gusto á Juca, y despues de un momento de irresolucion, acompañando sus palabras con una mirada que podia tomarse por un desafio en regla, dijo:

—Te acuerdas cuando se encontraron nuestras miradas hoy de mañana en la mesa?

—Sí, me acuerdo, replicó Juca fijando sus ojos en la lánguida mirada de su madre. Por qué me haceis esa pregunta?

—Porque desearia saber si el instinto habia hecho que nuestros ojos se encontrasen por un sentimiento igual.

—Es muy fácil satisfacer vuestros deseos manifestando uno al otro ese sentimiento!

—Bien, dilo tú primero; pero sin ocultar la verdad.

—Yo creo, repuso Juca con una sonrisa tierna y melancólica, yo creo que vos debéis empezar.

—Juca! yo no me puedo explicar á mí misma las sensaciones por que pasa mi alma desde que tengo la dicha de verte á mi lado.... Mil aprensiones me asaltan. No he podido desterrarte de mi cabeza en toda la noche; y cuando observé tu pa-

lidez, me preguntaba si tú habrías pasado iguales martirios pensando en mí.

—En verdad, querida madre, que vuestra imagen fué la causa de que mi reposo no pasase de una pesadilla ajitada: he experimentado una sensación tan agradable al encontrarme con una madre tan cariñosa y tierna, que cuando el cuerpo duerme, asaltan á la imaginacion las impresiones que recibe despierto. Todo lo que afecta, agradable ó desagradable, conmueve á un corazón sensible.

—Entonces tú te contemplas feliz á mi lado, ¿no es verdad?

—Sí, feliz, muy feliz.

Y un movimiento convulsivo, aproximó mas de lo que ambos quisieran, ó menos, el brazo del uno contra el del otro.

Muchas conversaciones tuvieron la madre y el hijo de este género, hasta que ambos se apercibieron, que el sentimiento que experimentaban, ambos rayaba en delirio. Elena sobre todo, sufría los mas rudos combates; le creía hijo de su marido, y esta idea la horrorizaba. Cuantas veces deseó haberle conocido fuera de su casa y extraño á su familia! Cuantas maldijo el lazo fatal que la ligaba por toda su vida á un hombre que no la amaba, y era el obstáculo que se oponía á su dicha!

Juca no habia podido dominar por mas tiempo el amor que experimentaba; no pudo conservar

la fé que le imponia el carácter bajo el cual se habia presentado en aquella casa; y despues de penosísimos combates, de los mas nobles intentos, con la mas violenta pasion triunfó el amor. Yo no soy su hijo, se decia: cuando más abuso de la hospitalidad y ciega confianza de ese buen hombre; pero yo quise prevenirlo; él solo es el culpado, pues me exijió este sacrificio: hoy es demasiado tarde.

Elena sin embargo, combatia sus pretensiones; y jamás hubiese consentido en el triunfo de su pasion, si Juca no le hubiese revelado la verdad.



...el beso de amor y de celestial ventura; porque
 vos habéis dado a don Jaime, porque en
 el alma pesa como inmensa eternidad,» sentados
 Juca y Elena debajo de una frondosa manguera,
 el primero contemplaba el suelo y jugaba con una
 varita, sin atreverse á levantar los ojos. Por úl-
 timo, con acento muy conmovido y tomando la
 mano de su madre, le dijo:

VI.

— Vos no sois mi hijo, pero, que piedad me dáis
 para creerlo, Juca? (Quién sabe, como es hábito
 de los que aman, y no heis de olvidar que el amor
 es un poder que se agita en las fibras y en las
 células de nuestro cuerpo.)

Una tarde, ó mas bien un dia, á la hora en que
 la luz lucha con las tinieblas; esa hora que tanta
 influencia tiene en el espíritu, y que, sirviéndo-
 nos de la espresion de un distinguido poeta, «en
 el alma pesa como inmensa eternidad,» sentados
 Juca y Elena debajo de una frondosa manguera,
 el primero contemplaba el suelo y jugaba con una
 varita, sin atreverse á levantar los ojos. Por úl-
 timo, con acento muy conmovido y tomando la
 mano de su madre, le dijo:

—Elena, es preciso concluir con esta farsa hor-
 rible: es menester que nuestros corazones se en-
 tiendan de una vez. Yo he leído en vuestro sem-
 blantela la agonía que pasa por vuestra alma, como
 vos habeis visto en el mio los tormentos que sufre
 mi corazon. Vos me amais, Elena; quizá vos mis-
 ma no lo comprendereis, ó no quereis confesá-
 roslo, porque me suponeis hijo de don Jaime; un

fatal pensamiento ha emponzoñado vuestros primeros sueños de amor y de celestial ventura; porque vos jamás habeis amado á don Jaime, porque en vos ha nacido el amor despues que os he conocido: es tiempo ya que se acaben tantas pruebas y sufrimientos. Elena, podeis amarme, porque no soy hijo de vuestro esposo.

Las pulsaciones del corazon de Elena la sofocaban y no podia articular una sola palabra...

—Vos no sois mi hijo! Gran Dios! Gracias, gracias, Dios mio!... Pero ¿qué pruebas me dais para creerlos, Juca? Quién sois, cómo os habeis presentado en mi casa en lugar del hijo de mi esposo?

En pocas palabras le refirió el mancebo la súplica de don Jaime, y todo lo que ya se ha referido mas atras; y como Elena no diese entero crédito á su relato, le trajo su fé de bautismo, las cartas de recomendacion que tenia para diferentes personas, y entre ellas una para su tio Mello en Rio Grande, varios retratos de familia, cuya semejanza atestiguaba lo que esponia, un retrato de él con una cifra de pelo que significaba su nombre etc...

—Ah Juca! eres un infame; jamás debiste haberte prestado á semejante estratajema de mi marido.

—Elena, me llamais infame porque os revelo un misterio que acaba con la ansiedad horrible en que hemos vivido, que puede contribuir á

vuestra felicidad? Ay! yo no debí prestarme á las exigencias de vuestro esposo, es verdad; pero vos hubiérais sido infeliz llorando la muerte de vuestro hijo, y habríais hecho la desgracia de don Jaime y la vuestra, separándoos de él. Asi me lo aseguró cuando me suplicó que me prestase á sus designios. Elena, si os pesa que yo haya usurpado un lugar de preferencia en esta casa; si las palpitaciones de vuestro corazón solo las arrancó mi carácter de hijo y no mi persona, vos sabeis el pacto que hice cuando me presté á venir á vuestra casa: un viaje y la falsa noticia de mi muerte, nos separará para siempre.

Vos llorais, Elena, vos llorais? Esas lágrimas son para mí preciosas, y ellas me revelan de una manera elocuente el volcan de un amor primero. Decidme que ahora me amais como me amábais cuando creíais que era vuestro hijo, y mañana partiré contento.

—Ignorais que no puedo amaros de otro modo que como á hijo; que soy casada?

—Casada! ¿Y qué importa, si cuando se os impuso ese yugo vos no conocíais ni la existencia de las sensaciones del alma; si huerfana y desdichada se os hizo ver la felicidad en los goces materiales que dá el oro y nada mas? Elena! Yo no soy hijo de vuestro esposo. Esta, que es para mí una verdad inapreciable, seria para vos un motivo de reproche? Ah! si me amáseis como yo os amo, todo lo olvidaríais por mí!...

Y Juca apretaba contra su corazón á aquella mujer, que se sentia desmayar en los brazos del único hombre que habia amado en su vida, y cuya voz penetraba tan dulcemente en su alma. Elena estaba completamente vencida, porque Elena amaba con mas verdad que Juca. Este lanzó una mirada en torno suyo; sabia que don Jaime no vendria hasta el dia siguiente, y que las mujeres, en ciertas ocasiones, quieren que los hombres adivinen sus deseos...

VII.

Triunfó el amor... Y estoy seguro que hasta los mas severos moralistas se habrian admirado de que así no hubiese acontecido. Triunfó el amor, y los amantes se embriagaron por espacio de tres meses en el mas voluptuoso abandono. Al cabo de este tiempo, un incidente harto natural, vino á turbar la alegría que se notaba en sus semblantes.

Sintomas inequívocos revelaron á Elena que un ser se agitaba en sus entrañas.

Entonces se arrepintió de sus plegarias á la Virgen de la Peña, y habria dado cualquier cosa porque ella se hubiese mostrado siempre sorda á sus ruegos.

Muy pronto fué indispensable comunicarlo á don Jaime, el cual loco de alegría y lleno de un santo orgullo, al considerar que todavia estaba en disposicion de perpetuar su nombre, acogió la

fausta nueva con el alborozo y la candidez propia de un viejo, que ya con un pié en la sepultura, aspira á merecer los honores de la paternidad.

Con todo, por intervalos estaba pensativo y triste; le preocupaba la idea de tener que exigir de Juca el cumplimiento de lo que le habia ofrecido. Este por su parte lo comprendió al momento, y su delicadeza le aconsejó ahorrarle semejante disgusto, previniendo sus insinuaciones por medio de una carta, concebida en los términos siguientes:

«Señor:

«*Sin un capricho de la naturaleza, vos sereis mi único heredero*, me dijisteis cuando me suplicábais que tomase el lugar de vuestro finado hijo; y bajo esa terminante y clara condicion, accedí á vuestro ruego. Creo haber representado bien mi papel. Ahora se presenta ese capricho de la naturaleza, que yo bendigo sinceramente, porque será un complemento de felicidad para vuestra esposa y para vos. Ha llegado pues el caso, que un viaje y la falsa noticia de mi muerte, rompan los vinculos que nos unieron tan estrechamente. Al separarme de vuestra casa, llevo conmigo los mas tiernos recuerdos, y jamás olvidaré la esquisita solicitud y cariño que se me ha prodigado. Creed, señor, que doy sinceras gracias al cielo por haberos enviado un legitimo heredero de vuestro nombre y de vuestra fortuna; que él los perpetúe y sea el báculo y el contento de vuestra vejez. Esperando vuestra resolucion respecto

de la época y la manera en que debe verificarse mi viaje, ruego al cielo por la felicidad de toda vuestra familia.

EDUARDO MELLO.»

—Así que hubo leído esta carta don Jaime, con los ojos bañados en lágrimas se fué al cuarto de Eduardo.

—Veís la emoción que ha causado vuestra carta, jóven generoso y querido? Y por ella comprendéis cuán penoso será el instante de nuestra separación! Si yo siguiera los impulsos de mi corazón, ella nunca se verificaría; pero puede reproducirse ese capricho de la naturaleza, y sería un perjuicio para mis hijos legítimos. Partid, Eduardo; pero al partir llevareis mis bendiciones y las muestras de mi ternura. La letra que me trajisteis era de cinco contos de reis (1); yo quiero aumentar á esa cantidad quince mas, y con ellos vais á viajar por el norte del Brasil: y viajando tomareis la resolución de fijaros donde mejor os convenga. Entonces me hareis conocer vuestro paradero, y cualquiera necesidad que se os ofrezca, me la prevendréis para llenarla inmediatamente, pues quiero continuar tratándoos como á un hijo muy querido.

—Gracias, caballero; sois tan honrado como generoso: yo no merezco tanta bondad y cariño:

(1) El conto valía antiguamente en el Brasil 1000 pesos fuertes; en la actualidad apenas llega á 500.

me basta lo que ya habeis hecho por mí; yo soy jóven y trabajaré; esas fueron mis intenciones cuando abandoné la casa de mis padres.

—Sí, pero veníais con la intencion de permanecer en Rio-Janeiro, y por mi culpa os veis forzado á vivir lejos de él por algun tiempo á lo menos; por tanto, habeis de aceptar lo que os propongo, y no hay mas que hablar. Bajo la inteligencia que la época de vuestra partida es indiferente, y vos podeis elegirla cuando mejor os parezca.

—Quisiera tener la dicha de ver á vuestro hijo nacido.

—Eso por supuesto: algo mas; habeis de ser su padrino.

—Yo su padrino! No, no señor, es imposible.

—Cómo imposible!

—Yo señor, repuso Eduardo turbado, quisiera salir de aquí al otro dia de nacido.

—Acaso le teneis ya aversion porque os priva de mi fortuna? Eduardo! yo no quisiera dar cabida en mi corazon á semejante sospecha; pero vuestra turbacion, vuestra repugnancia á tenerlo en vuestros brazos mientras reciba el agua bendita, me la sujieren á mi pesar. Si no son sinceras las congratulaciones de vuestra carta, yo no os he dicho que abandoneis mi casa; podeis permanecer en ella, Eduardo.

—Confieso, hombre generoso y sensible, que me contraria el nacimiento de esa inocente cria-

tura, porque por ella renunció á una familia que llegué á considerar mia en mi nueva patria; pero yo la amo tanto como vos, y no hay para mí mayor dicha que la de sostenerla en mis brazos en ese solemne acto. Sí, seré su padrino, y solo despues que se verifique su bautismo, tendrá lugar nuestra separacion.

lora, porque por ella temo á una familia que
llegará á considerarse más en un noble estado, pero
yo la amo tanto como vos, y no hay para mí nada
tan dichoso que la ve sostenida en mis brazos en
ese sublime estado. Si sérg en camino, y sólo
después que se verifique su destino, tendrá in-
terés en nuestra separacion.

VIII.

Con el objeto de prevenir á Elena, don Jaime suscitó la siguiente conversacion la tarde del mismo dia que Eduardo escribió su carta en momentos que tomaban el café en la galeria de la quinta.

—Sabes, Elena, que Juca se empeña en hacer un viaje á las provincias del Norte?

Elena se puso pálida como un mármol; recordó al instante el convenio que habian hecho cuando se complotaron para engañarla, y sabia por lo tanto que ese viaje á las provincias era la señal de su eterna separacion. Don Jaime no veia en la sensacion que produjeron sus primeras palabras sino el disgusto que le causaria la falta de la compañía de su hijo, con quien se habia habituado á pasear y á estar todo el dia; así, que añadió: Pero volverá pronto, hija mia: ya ves que no se le puede obligar tampoco á que viva perpetuamente encerrado en el campo.

Elena silenciosa buscaba los ojos de Eduardo que estaban clavados en el suelo. Despues con una sonrisa sardónica dijo:

—Los hombres son todos iguales: no hallan placer sino en la inconstancia, en el cambio de escenas; nunca esperé que mi excesivo cariño *hartase* tan de priesa el corazon de tu hijo. Y se puede saber cuál es el motivo de semejante viaje?

—Quiere naturalmente conocer parte del Imperio para satisfacer su curiosidad é instruirse; no es posible tenerle toda la vida sujeto como á un seminarista. Ademas, es preciso darle ocupacion. Suponte tú que mañana se casa.

Un movimiento convulsivo hizo caer de las manos de Elena la taza de café, y su rostro, poco antes blanco como un papel, se puso como una amapola. Habria deseado dar curso á su desesperacion, pero no encontraba un medio plausible. Tuvo que recurrir al único arbitrio que tienen las mujeres en semejantes casos, y que á los ojos de las personas que tienen corazon, las hace mas interesantes, pues segun un poeta que no recuerdo:

*Quando las vierte un alma desolada,
las lágrimas son perlas.
Quien conoce su encanto,
las haria correr solo por verlas.*

El temperamento de don Jaime en semejantes casos era el que aconseja la prudencia; asi, cuando vió que la tormenta daba en agua, se levantó,

tomó su gorra, y se fué al jardín. El ruido que hizo al cerrar la vidriera, sacó á Eduardo del estupor en que se encontraba, y maquinalmente se levantó para seguir los pasos del viejo. Elena entonces le dirigió la palabra:

—De quién ha sido, Eduardo, la idea de nuestra separacion?

—Te has olvidado, Elena, del pacto que hice con tu esposo?... Por otra parte, mi delicadeza y tu tranquilidad misma me aconsejan renunciar á la dicha suprema de vivir á tu lado, mujer encantadora y digna de mejor suerte.

—Yo no concibo cómo puede comprometerse tu dignidad y mi tranquilidad, permaneciendo á mi lado precisamente cuando es mas justo que no me abandones, cuando hay un fruto de nuestro amor que reclama tu legitimo apoyo. Si es por la herencia, no tienes mas que firmar una declaracion y poner tu fe de bautismo en manos de mi esposo, así como la carta que le trajiste con la noticia de la muerte de su hijo, con lo cual no tienes mas derechos que á lo que su generosidad te otorgaba; mientras tanto, no me condenes á una muerte lenta y horrible, porque yo no puedo, no quiero vivir una sola hora separada de tí: tú eres mi esposo. Eso no puede ser, Eduardo, tú no te separarás de mí, es verdad? Tú tampoco podrás vivir sin tu Elena. Dónde encontrarías una mujer que te amase con el frenesí, con el delirio, con la pasion esclusiva que te adoro? No, nunca la encon-

trarás; y si la encontrases, yo quisiera matar á esa mujer, la miraria como una ladrona de mi dicha... Supongamos que mañana se casa... ha dicho el imbécil. Esas palabras han herido una de las fibras de mi corazon, que yo tampoco conocia... Los celos!... Casarte con otra!... No: eso no sera, Eduardo, porque tú no te separarás de mí... Quieres viajar? Viajaremos juntos; yo te seguiré por todas partes como la sombra al cuerpo: le contaré á mi esposo cuanto ha pasado, y él mismo me arrojará de su casa... Entonces me abandonarás? Abandonarás á la criatura inocente que abrigo en mis entrañas?...

Yo agarraria por un brazo al moralista mas severo, y lo pondria en igual situacion para observarlo, sin que él me viese, á ver cómo salia de este trance. Yo por mi parte confieso que permanecería quieto; y que me llevase la corriente á donde quisiera.

Eduardo, sin embargo que ni era severo moralista, ni tenia mi temperamento, le contestó:

—Adorada Elena mía, modera ese violento transporte, que casi ha revelado nuestro secreto, y oye la razon. Cualquiera insinuacion de nuestra parte para permanecer unidos, despertará esa misma rabia de los celos en el ánimo de tu marido, y entonces, ni la existencia del ángel que llevas en tu seno podremos preservar. Seguirme, dices! Ese ha sido mi mas delicioso sueño desde que comenzó á perseguirme la idea de nuestra

forzosa separacion. He meditado mucho sobre ella, pero tú no ignoras que yo nada tengo, que nos espondríamos á toda clase de persecuciones y de miserias, que bien podríamos afrontar nosotros, pero que serian mortales para una criatura tierna y delicada. Elena, en adelante debemos vivir para esa criatura, y sacrificar por ella nuestra felicidad. Tal vez un día pueda darle con mas libertad el titulo de padre, y entonces no nos separaremos jamás. Ahora es indispensable; tal vez no es mas que una lijera nube que empaña nuestro cielo; tras sus sombras brillará despues mas radiante y hermoso el sol de nuestra ventura. Resignacion, Elena, y fé en el porvenir! Buscaremos los medios de mantener una correspondencia secreta, que haga mas soportable nuestra ausencia; mientras tanto, tú debes aparentar que crees en mi muerte cuando te la anuncie don Jaime. Despues de esa noticia, vendré á establecerme en la corte, y nuestra dicha será mas sólida y duradera... Meditalo bien, ángel mio; por la existencia de nuestro hijo te lo pido.

Elena abrió los ojos á la razon; la esperanza, esa palabra mágica, talisman único y divino de la desgracia;

*...Ángel que acompaña al hombre
Desde la cuna al sùebre ataud,
Que la inocencia hechiza con su nombre
Y alienta con su voz á la virtud. (1)*

(1) Gertrudis Avellaneda.

La esperanza, digo, la hizo declinar de sus estremos proyectos; sin embargo tentó los últimos esfuerzos.

—Y eres tú, Eduardo, es tu voz la que introduce en mi alma palabras de consuelo cuando deberías llorar como yo lloro, sufrir como yo sufro, arrostrarlo todo por una hora de amor?

—Y pasada esa hora, Elena? Todo acabaría para nosotros; mientras que con la calma podemos prometernos una felicidad mas cumplida.

—Bien, Eduardo, consiento; pero tú has de asistir al nacimiento de mi hijo; quiero que antes de partir imprimas un beso sobre su frente, le echés tu bendicion, y jures sobre su cuerpo y por su felicidad, que nunca te casarás con otra mujer.

—Sí lo haré, Elena mía; lo haré, porque ese es el voto de mi corazón; pero al mismo tiempo ese es otro motivo de ansiedades para mí. Don Jaime se empeña en que yo he de llevar á la pila á mi propio hijo; esto es un sacrilegio, Elena!... un sacrilegio que la justicia divina condena...

—Vamos, dijo á esta, ya has hecho las paces con tu hijo? Estás mas razonable?

—Lo estoy, respondió Elena, queriendo aparentar indiferencia: la tonta soy yo de afligirme por ingratos; él lo quiere, sea en buenhora. Se ha de acordar de mis cuidadosos cariños, cuando ande por esos mundos sin ver á su lado una cara amiga que le sonria y trate de adivinarle sus pen-

samientos ; cuando una enfermedad ó un disgusto le muestren para lo que sirven los afectos queridos del corazon, y el amor de una familia estremosa ; esa será mi venganza.

—Dios no ha de querer que pase por esas desgracias : no le faltarán amigos, jóvenes como él, á quienes comunicar sus disgustos si llega á tenerlos. En fin, no hay que anticiparse con vaticinios funestos: todavia tenemos algunos meses por delante, y las cosas pueden cambiar de un momento á otro.

El padre vicario que acostumbraba venir á jugar al gamon con don Jaime, puso término á esa discusion ; y mientras doña Ana se recreaba en verlos jugar, Elena y Eduardo sentados en un sofá se hablaban en ese mudo, pero elocuente, lenguaje de los ojos que solo comprenden las personas que saben sentir.

En fin, después de algunas complacencias de
 costumbre, entre don Jaime y don Jaime, se
 tar, al alzar, ramos á cristianar, y mi hijo, 7 se
 llanzaron los padrinos que eran Eduardo y don
 Ana, pero el padrino no estaba todavía en la sala.
 Salto un orondo y poco de peso que se apartó de don
 do, á cuyo vista un ligero movimiento se hizo en
 la como si hubiera estado un momento de mon-
 tado. (1) No era para menos. El mundo estaba
 vestido todo de negro, y el padre con el
 notadamente con su barba y cabellos blancos;
 la fístula de su corazón se reflejaba en sus ojos.

IX.

La idea de una separacion, al paso que aciba-
 raba muchos de los instantes de la vida de los
 amantes les hacia apurar con mas frenesí las he-
 ces del placer; así que mezclado con lágrimas y
 goces pasó el periodo que mediaba entre las es-
 cenas que se acaban de referir y el instante fatal
 de la partida de Eduardo.

Poco mas de un año habria pasado despues de
 la llegada de este, cuando una tarde de prima-
 vera, tan preciosa en la campaña del Brasil, se
 reunian en casa de nuestro don Jaime un crecido
 número de familias vecinas para asistir á los óleos
 de una niña que debia figurar en el mundo con
 el nombre de Adela.

Mil comentarios se hacian en los diferentes cor-
 rillos que se formaban, y el primero á murmurar
 era (con perdon de todos los vicarios) el señor
 vicario.

En fin, despues de aquellos cumplimientos de costumbre entró don Jaime y dijo: Señores, al altar, al altar, vamos á cristianar á mi hija. Y se llamaron los padrinos que eran Eduardo y doña Ana, pero el primero no estaba todavia en la sala.

Salió un criado y poco despues apareció Eduardo, á cuya vista un lijero murmullo se hizo sentir como si hubiese entrado un enjambre de *mangangás*. (1) No era para menos: Eduardo estaba vestido todo de negro y su palidez contrastaba notablemente con su barba y cabellos renegridos: la tristeza de su corazon se reflejaba en sus ojos abatidos. El buen viejo vino á su ayuda diciendo: —Hace algun tiempo que mi hijo anda muy enfermo, por eso le envio á viajar un poco: naturalmente, el cámbio de clima, la soledad del campo. Vamos, hijo mio, acompáñanos por hoy en nuestro regocijo.

El jóven irguió la cabeza y se armó de resolucion.

No hay nada como la resolucion en semejantes casos, sobre todo en los hombres de honor: haciendo esfuerzos de resolucion se soporta con sangre fria á un nécio que nos pára en la calle cuando los minutos que se pierden equivalen á horas, cuando su presencia en aquel lugar nos viene tan bien como un dolor de muelas; haciendo un esfuerzo de resolucion, se convida á una mujer fea

(1) Cierta especie de avejorro.

y tonta á bailar una cuadrilla, solo porque es amiga de nuestra familia, y la etiqueta y buena crianza así lo exigen; haciendo un esfuerzo de resolución, se renuncia á una mujer bella y delicada que nos comprende y nos aprecia en nuestro *very point of view*, y nos ama como nosotros á ella por no tener suficiente *pecunia* para *arrastrarla* en coche, sin considerar su familia, que esto exige, que no hay nada peor que *arrastrar* á una mujer, aunque sea en coche. Por un esfuerzo de resolución viven mas de lo que desean los que han dicho adios á la esperanza, y por un estuerzo de resolución tambien vé con cristiana entereza acercarse la muerte á su lecho, el que tiene apego á la vida porque goza de ella. El caso es que con resolución cometió su pecadillo don Eduardo á consecuencia de aquello que dice: quien hace un cesto, hace un ciento. Se bautizó, pues, doña Adela Guillermina etc. etc. etc. y despues una banda de música anunció que debia bailarse.

—Elena! yo no puedo soportar esta fiesta, me siento desfallecido, el dolor me abrumba, tengo el corazon oprimido y no puedo por mas tiempo aparentar serenidad. Yo me retiro.

—Qué vas á hacer, insensato! Es muy bonito que sea yo ahora la que te prodigue consuelos; es preciso llevar el sacrificio adelante, acuérdate de nuestra hija!

Esta palabra tenia un eco misterioso y sublime en el corazon de Eduardo. Entusiasta y natural-

mente jeneroso, su corazón se dilataba con este amor tierno y santo hácia un angelito que era hechura suya, á cuya vista y dulces cariños tenia que renunciar tal vez para siempre. Sin embargo, era de todo punto necesario ese sacrificio para asegurarle un nombre, un porvenir. Eduardo bajó los ojos para ocultar las lágrimas que le brotaban, las primeras que había vertido en su vida despues que salió de la infancia.

—Tienes mil razones, Elena; es preciso llevar adelante el sacrificio. Tú le prodigarás el cariño de dos, tú le enseñarás á pronunciar el nombre supuesto de su padre, y á querer á la persona que lleva ese nombre; y cuando llegue á la edad de la razon, si el curso de las cosas no se separa de las vias naturales, podrá ejercitar ese cariño sobre su verdadero padre.

Dificil sería describir las peripecias que se sucedieron en el corto periodo de una semana que medió entre la fiesta del bautismo y la separacion definitiva de Eduardo. El día fatal de la despedida, Elena quiso tener la última entrevista con su amante: al efecto y aprovechando el aturdimiento de don Jaime, ocupado en el arreglo de los caballos y maletas, tomó á la niña en los brazos y se presentó en el aposento de Eduardo en los momentos en que entregado este á la mas profunda desesperacion, paseándose por la estancia, repetia este verso de Voltaire. Deber, naturaleza, amor, qué exijis de mí?...

—Que tengas entereza, Eduardo, y que te conserves al cariño de tu hija.

—Elena! Adela! y apretó entre sus brazos á la criatura que miraba, ó mejor dicho, revolvía los ojos por todas partes, pues como se dice vulgarmente, á esa edad no vemos todavía, ni oímos ni sentimos.

Entonces fué cuando ambos sintieron ese espantoso reflujó de las pasiones que, como el trueno anunciando la tormenta, preceden siempre á los grandes sacudimientos físicos.

—Eduardo, amigo mio, dijo Elena bañando sus manos con sus lágrimas, no te dejes abatir de ese modo; acuérdate de tus esperanzas pasadas, y para cobrar ánimo y resolución, piensa en la dicha celestial de volvernós á reunir para siempre... no es así? para siempre! Y poniendo en uno de sus dedos un hermoso solitario de brillantes con las cifras de su nombre y una madeja de cabellos, añadió: este es el único recuerdo que puedo darte, y para que él tenga mas valor á tus ojos, añadiré un rizo de nuestra hija. En cuanto á mí, me quedan muchos recuerdos; cada objeto de esta casa, cada idea, cada árbol, todo, todo es recuerdo vivo de mis horas de embriaguez y de amor; pero sobre todos el juramento solémne que quiero me hagas sobre la cruz que le hicieron en la frente á mi hija, y por su felicidad, que nunca te unirás en matrimonio con otra mujer.

Eduardo amaba á Elena con delirio, era el pri-

mer amor verdadero que experimentaba en su vida; de modo que no comprendia toda la estension de ese juramento, que hizo con un fervor espontáneo y religioso.

Después sacó de su escritorio su retrato y lo puso al cuello de su hija. Si Dios en sus impene- trables designios ha dispuesto que no nos volva- mos á ver mas, que ame y bendiga la imájen de su padre.

Estaban demasiado conmovidos ambos para poder articular una sola palabra, así que permanecieron en silencio hasta que sonó la hora de montar á caballo.

Renunciamos á pintar esta escena. Todos saben lo que es una separación, cómo se oprime el co- razon, cómo se secan las fuentes del llanto, úni- co rocío que aplaca la llama voraz de un alma dolorida; por consiguiente, parece escusado de- cir que hubieron mas de veinte despedidas y abra- zos y suspiros desde la casa á la *tranquera* (1), donde montaron y salieron al trote largo don Jai- me y el desventurado Eduardo, que vió infinidad de pañuelos ajitándose por el aire, y sobre todos unoblanco que parecia trazar con sus ondulaciones los caractéres con que se designa la palabra in- glesa *forget-menot*. El desconsolado mancebo cor- respondia con el suyo á esa última demostracion

(1) Dos postes y una viga atravesada en ellos: general- mente hace las veces de puerta en las posesiones rurales.

de cariño, hasta que una montaña, que fué preciso doblar, le arrebató la querida mansion de sus amores, ó mas bien el sepulcro de sus recuerdos...

Al dia siguiente en el boletin comercial de la córte figuraba el nombre de Juca Carneiro entre el número de los pasajeros de un bergantin, que hacia viaje para Bahia de todos los Santos, y *Dominus tecum.*

de escribir hasta que una montaña que me pare-
 cía deber de arrojarme la piedra tras de mí
 sus amores, o más bien el amor de sus amores.

Al día siguiente en el bello campo de la
 edición el nombre de una familia con
 el número de los pasajes de un viajante que
 hacia viaje para haber de todos los puntos y lo
 mismo como.

X.

Qué dilatado paréntesis entre el primer capítulo y el décimo! dirán los que vean este libro; pero de cierto, todos convendrán en que era indispensable para conocer á Adela: mientras tanto á mí me ha parecido mas largo, porque he tenido que sudar y respirar polvo, y galopar muchas veces hasta la *freguezia de Irajá* para buscar en las crónicas que solo se encuentran en la boca de las viejas, entendiéndolo bien, los datos generalógicos que me hacian falta.

Deparóme la fortuna un feliz encuentro: el vicario de la freguezia era pariente de mis parientes. Se empeñó en que habia de vivir con él, lo que acepté sin muchas súplicas, y en dos días me puse en contacto con toda la comarca, que me prodigó todo género de cariños y me trataron con la consideracion debida á un sobrino del señor vicario.

—Mi pariente conocia tan bien como la suya la vida del vicario que se empeñó tanto en el casamiento de Elena, pues habiendo muerto sin herederos forzosos le habia dejado sus papeles privados. Viendo mi infatigable curiosidad, y habiéndome tomado cariño, me llamó un dia y me dijo:

—Voy á hacerle un regalito que creo le ha de gustar. Aquí tiene estos papeles que pertenecieron al vicario por quien tanto se interesa; en ellos encontrará cuantos informes quiera.

Todos juzgarán mi alegría al verme dueño de tan importantes documentos, así que le llené de agradecimientos y le regalé los Misterios de París.

Segun esos documentos, Eduardo no volvió de sus viajes, y Elena estuvo mas de una vez á punto de sucumbir al peso de su melancolía. Don Jaime, siempre solcito por la felicidad de su esposa, la trajo á la corte donde se establecieron para dar educacion á su hija, que todos los dias daba mayores pruebas de una inteligencia privilegiada y precozmente desarrollada. En las distracciones que proporciona la vida de las ciudades, y en los cariños de su hija, encontró por fin Elena algun consuelo y fortaleza para soportar las decepciones de sus esperanzas é ilusiones. Todos los veranos sin embargo iban á pasarlo en la fazenda, y fué regresando de esta que aconteció el lance trágico que se ha referido en el capítulo primero.

Al día siguiente, mientras se solemnizaba el entierro de nuestro honrado amigo don Jaime, con esa pompa vana que exigen como última demostración de cariño las preocupaciones de los pueblos, tenía lugar en la casa mortuoria la siguiente escena.

—El servicio que me habeis hecho, señor, ha grabado vuestra imagen en mi corazón, decía Elena al desconocido, y desearía saber vuestro nombre para rogar por vuestra felicidad en mis oraciones cotidianas.

—Señora, yo no he hecho más que cumplir con los deberes que impone la humanidad, así que nada me debéis: sin embargo, me place que haya un ser viviente que recuerde mi nombre con bondad. Huérfano desde una edad muy temprana, mis amigos me llaman Alberto Carvalho, que es el apellido del hombre bondadoso que se ha encargado de mi educación y desempeña conmigo las funciones de padre.

Elena había observado mucho la fisonomía de Alberto, tanto cuando venía desmayado en la carreta, como en los momentos en que le hablaba, y su presencia y su voz despertaban en su corazón reminiscencias dulces y melancólicas; simpatizaba en extremo con aquel joven, y le había interesado altamente el lenguaje con que se había expresado, de modo que añadió:

—Espero que no olvidéis esta casa y que nos dareis el placer de vuestra compañía cuando vues-

tras ocupaciones os lo permitan; acordaos que sois el salvador de mi Adela.

—El placer será para mí, y mi corazón se regocija ardientemente por haberme deparado ocasión la Providencia de practicar un acto de humanidad, salvando á un ángel como vuestra hija.

Los ojos de Adela se encontraron con los de Alberto que la miraba entonces con interés. Este apretó la mano de las tres señoras, y salió con el corazón oprimido y la vista ofuscada.

Antes de pasar adelante, juzgo oportuno dar á conocer á mis lectores estos nuevos personajes; y como las señoras deben tener siempre el primer lugar, empezaremos por Adela.

Era esta una de esas mujeres cuyo mérito no puede apreciarse por todos los hombres, y mucho menos por las demás mujeres, pues su estatura era muy pequeña y poco desenvueltas sus formas; su fisonomía, aunque movible y pronunciada, no podría servir de tipo á un escultor que se propusiese representar sobre el mármol una Vénus de Médicis: el rasgo mas pronunciado era su mirada llena de fuego y magestad, que no todos podían soportar y que muy pocos comprendían. La buena y escogida educación que habia recibido, y su afición á los libros, habian desenvuelto su inteligencia de una manera admirable. Su carácter suave y delicado sabia amoldarse á todas las situaciones de la vida, y era expansivo ó

reconcentrado, según las impresiones que recibía. Había llegado á la edad de veinte años sin amar á ningun hombre, sin duda porque no había encontrado nada que se asemejase al retrato que su imaginación exaltada le había pintado, y como su físico no era de los que más seducen á los que á la manera de los turcos gradúan el mérito de las mujeres por sus carnes, como si este género se tomase por arrobos, ningun importuno se había presentado á solicitarla; lo que ciertamente no pesaba á Elena, que esperaba con fe encontrar algun día un marido digno de su hija, que supiese comprenderla y amarla.

Quando al separarse de Alberto, sus manos se juntaron, el corazón le latía con violencia y le siguió con la vista hasta que desapareció de la sala. Después permaneció pensando en sus formas elegantes y esbeltas, en sus rasgados ojos negros, en su sedoso y trasparente bigote, y en su fisonomía dulce é inteligente.

Alberto por su parte la llevaba clavada en su corazón, como la había visto en aquel último momento, vestida de luto y tendida sobre el cuello la negra cabellera.

Este jóven, cuyo origen nadie había penetrado, recibió su primera educación de un sacerdote respetable, conocido por el nombre de Pedro Carvalho, hombre muy severo, pero que le profesaba un cariño de padre y le hacía pasar por sobrino: apenas tenía diez y ocho años y ya era bachiller

en letras: unia á un juicio muy precoz una nobleza de sentimientos y un afanoso empeño de adquirir conocimientos de todo género, para lo cual destinaba la mayor parte del tiempo al estudio: por naturaleza escéntrico encontraba poco placer en la sociedad de sus amigos, ó mejor dicho, compañeros, y solo recibia con gusto al Conde de ... con quien se habia ligado en la escuela y era el confidente de sus pequeñas aventuras, el censor de sus ensayos literarios y el consejero único que le obligaba á tirar la pluma y los libros para ir á tomar el aire, y no matarse en busca de lo que no se encuentra en los libros.

Como todos los que dedican la mayor parte de su vida á investigaciones de la verdad, y están á menudo preocupados por las ideas que los dominan, se notaba algunas veces desigualdad en su carácter, por lo que el padre Carvalho no vió en la alteracion de sus facciones el verdadero motivo que la causaba, ni estrañó la súbita vuelta de un paseo que habia hecho á la hacienda precisamente de su amigo mas íntimo, á donde fuera con intencion de pasar quince dias. Viendo el Conde que no llegaba, vino en persona á informarse de la causa, y encontró á Alberto triste y demudado. Este le refirió entonces su aventura, el amor que le habia inspirado Adela, y las aprensiones que tenia de no ser correspondido: el primer amor es siempre tímido y respetuoso.

El Conde, aunque de iguales sentimientos, te-

nia mas mundo y mas edad, conocia los méritos reales de su amigo, de modo que, despues de aplaudir su accion, trató de animarle, y le pidió que le hiciera conocer á su ángel.



ser vivo aliento, como si fuera un
 un por quien viviera, al estar en un
 vida misma, como si fueran
 la que nos da vida para poder vivir, las más bellas
 los amamos, con el objeto de que su felicidad
 sea una gloria, porque las virtudes de la ma-
 esta voluntad de no acordarse de lo que ha
 raron en sus días, como si fueran
 como si fueran un día de su vida.

XI.

matrimonio en un día, en el momento
 de todo sentimiento egoísta, la armonía perfecta
 de deseos y de inclinaciones, la belleza en el

Las trompas de la fama, ó mas bien, las veinte
 mil lenguas femeninas de la corte no se ocupaban
 de otra cosa que de los escandalosos amores de
 Alberto y Adela, pues de ese modo los bautizaban
 las señoras mayores que querian sin duda á Al-
 berto para sus hijas, y estas porque envidiaban á
 Adela.

Alberto habia querido cumplir veinte años para
 unir su suerte á la de su angelical y adorada
 Adela, y en ese espacio de tiempo era un escán-
 dalo para las señoras, que ambos se tratasen con
 intimidad; que en esos dulces coloquios de todos
 los días, siempre sobre el mismo asunto, en esa
 comunicacion de ideas, simultáneamente estudia-
 se uno el corazon del otro; sus instintos, y sus es-
 peranzas de ese mañana tan risueño y encanta-
 dor cuando no hemos cumplido veinte años,
 cuando pasamos todos los dias al lado de una mu-

jer cuyo aliento nos alienta, cuya tristeza nos mata, por quien vivimos, al través de cuya imagen brotan nuestras mejores inspiraciones, y que es la que nos dá bríos para acometer las mas difíciles empresas, con el objeto de que su felicidad no sea una quimera, porque las viejas tienen la maldita costumbre de no acordarse de lo que hicieron en sus quince, como dicen.

Alberto, como toda persona que busca en el matrimonio la similitud de ideas, la abnegacion de todo sentimiento egoista, la armonía perfecta de deseos y de inclinaciones, la dedicacion eterna del uno á la complacencia del otro, el amor, en fin, despojado del cinismo con que lo han adornado los que se han servido y se sirven de él para transacciones de familia; que no comprendia cómo una criatura delicada no se muere en el altar cuando padres desnaturalizados, vendiéndola á hombres que no la merecen, la fuerzan á pronunciar *sí* con la boca cuando el corazón dice *no*, quiso poner á prueba el amor de la mujer que debía ser la compañera de su vida entera.

Una noche que se encontraban en un baile que tenia lugar para el festejo de un casamiento por el estilo de los que acabamos de censurar, es decir, el de un señor que habia empezado á vestir casaca despues de los treinta años, y que no tenia mas mérito que el de haber sido feliz en el tráfico de carne humana, con una jóven inteligente y delicada. El Conde, que era uno de esos jó-

venes que pasan por tontos á los ojos de la mayor parte de los concurrentes de un baile; porque bailan poco y con determinadas personas, porque no hablan puerilidades; porque andan generalmente solos y al parecer distraidos, metiéndose por todos los rincones; porque no visten como los demas etc. etc.; pero á la verdad son los que mas observan y sacan partido hasta de los momentos que destinan para desterrar el hastío y dar un poco de descanso á los pulmones y á la cabeza. En cuanto á Alberto y Adela no veían ni oían nada que fuese ajeno á su amor: el Conde se entretenia en escuchar la conversacion de las señoras mayores que, con tígera enristre, no dejaban títere con cabeza, y de algunas parejas.

—Qué bello casamiento! decia una vieja á otra. No le parece á usted que es una pareja muy bonita?

—Ella es bonita, pero no es sino una mujer de salon; no sabe gobernar una casa; está acostumbrada á que le den todo hecho; arruinará en poco tiempo á su marido.

—Que desigualdad de matrimonio! decia un joven petit-maitre á su compañera. Dolores merecia un hombre de mejor educacion, que supiera apreciarla.

—Por el contrario, le respondia esta, que era una tia; él es quien merecia otra cosa; ella es linda, pero no sabe mas que bordar, hablar frances y leer versos.

—Nos ha engañado Doloreitas, decia otro á su *ad-latere*; nunca creí que sacrificase sus inclinaciones al interes: una niña de talento como ella unida para toda la vida á un hombre que no la sabrá apreciar, será desgraciada por fuerza.

—No creo yo eso, le respondia la niña que envidiaba la suerte de Dolores: él es muy fino y la quiere mucho, hará lo que ella quiera.

—Sabe usted si Dolores ha estudiado matemáticas?

—No sé por qué hace usted esa pregunta.

—Porque es una excelente calculista.

Despues de reirse un momento añadió la lady:

—Dicen que se casa Adela Carneiro con aquel jóven que no la deja un instante; ese si es un casamiento adecuado, parecen tener la misma edad, y me han asegurado que se aman con idolatria.

—No lo crea usted, respondia el galan, que era uno de los que arrastraban el ala á Adela; ella no experimenta por él mas sentimiento que el de gratitud, porque le salvó la vida; por lo demas, ama á otro hombre, lo sé á no dudarle.

—Y quién es ese otro hombre?

—Un Conde que pasa por su mejor amigo, pero que á la verdad le traiciona.

El Conde miró al botarate que esto decia, y se puso pálido como un papel.

—Pues él no merece semejante conducta; es una de aquellas criaturas que no dejan nada

que desear, buena presencia, maneras muy elegantes y jóven.

—Sí, pero es un fátuo, lleno de presuncion. Usted vé que no baila sino con ella, la sala le parece estrecha.

—Fijese usted en los saltos que pega mi vis-avis, le decia otro á su compañera.

—Vea usted cómo baila aquella señora le respondia esta; parece una *pata tonta*.

—Qué calor hace! decia uno.

—Qué mal alumbrada está la sala! decia otro.

—Qué malo está el servicio: apenas han servido sorbetes una vez y ya son las doce de la noche!

—Sí el que no está hecho á bragas, las costuras le hacen llagas!

Otros estaban parados como unas estacas y nada decian á sus damas, contentándose con dirigirles una sonrisa estúpida cada vez que la música anunciaba una nueva figura.

Mientras tanto las mamás le daban á la sin hueso como cotorras.

El Conde, aburrido de oír tanta estupidez, se acurrucó en un banco y se comenzó á dormir ó á *fairé semblant*.

—Ya usted sabe que se casa Adela, decia una señora que parecia un espárrago de flaca y larga á otra que parecia una pipa, con mas bigotes que un tambor mayor; y no concibo cómo doña Elena lo consiente, porque el jóven no tiene familia

conocida, carece de fortuna y hay muchas especies respecto de su nacimiento: todos aseguran que el padre Carvalho nunca tuvo hermana ni hermano alguno: hay quien dice que es hijo de una criada española que hace algunos años vino de Rio Grande.

—Pues yo he oído, decía la pipa, que pertenece á una familia muy distinguida de Rio Grande, y que para poder casar á la madre, que era una jóven, lo mandaron para esta corte, donde el padre Carvalho lo tomó bajo su protección.

Dieron la señal para ir á la cena, donde los que mas criticaron fueron los que mascaron á dos carrillos con mas ansiedad y glotoneria, y se vaciaron infinitas botellas de champagne á la salud de los desposados.

Al revés de lo que sucede en otras partes, que despues de la cena entra la animacion y la alegría, en el Rio de Janeiro esta es una señal de partida, y á la indicacion de una ochentona empiezan los convidados á despejar la incógnita: la música sin embargo tocaba un wals.

El Conde se acercó entonces á la dueña de la casa.

—Puede usted cederme este wals, Dolorcitas?

—Le bailó con.... y nombró el individuo que calumniaba á Adela suponiéndole un amante.

—Es porque nó quiere usted bailar conmigo, Dolores. Acuérdesese que tal vez será la última vez

que nos encontremos en un baile, único lugar donde puedo hablarle con libertad.

—No, Conde, estoy realmente comprometida.

—Qué le importa á usted dejar plantado á ese buitre que pertenece al número de los que solo vienen á sacar el vientre de mal año como buen gastrónomo? Vamos no sea usted ingrata y bailemos, que la música se pasa.

—Está bien, pero usted será quien le responda si viene á pedirme satisfacciones.

—Acordado: y comenzaron á girar con esa voluptuosa cadencia y abandono que tanto calienta las orejas de los maridos y de ciertas mamás á quienes no les gusta ese abrazo y ese roce realmente peligrosos.

El necio á quien habian dejado plantado, daba vueltas y revueltas por la rueda que se forma para contemplar á los valsadores, pero sin jamás poder hablar á la pareja, que cuando le veía venir conversaba de nuevo con una sonrisa que hizo amostazar al despechado galán á tal punto, que cuando se concluyó el vals vino groseramente hácia ellos y dijo á Dolores:

—Señora, se ha portado usted divinamente.

—Qué quiere usted! yo supuse que se había usted marchado.

—Pe...! pero...

El Conde no le dejó concluir interrumpiéndole.

—Hágame usted el obsequio de dejar las satisfacciones para otra vez, no me agrada que na-

die converse con una señora cuando está de mi brazo; y arrastró á Dolores que le reprochaba su modo de espresarse.

—No hay nada que me incomode más que ver esos importunos que se figuran que es un deber aceptar sus estúpidas galanterias.

El jóven despreciado se mordió los lábios, y después de medir al Conde con una mirada fanfarrona, se fué á esperarle en la antesala.

El Conde en cuanto se vió libre de semejante fátuo, prosiguió el diálogo de esta manera.

—Hace ocho dias que se encuentra usted ligada á ese hombre, Dolores: es usted feliz?

—Usted me hace semejante pregunta, Conde cuando tiene tantos motivos para conocer mi corazón? Sabe usted que he debido prestarle á exigencias de mi familia: ¡yo feliz! tengo onzas de oro en mi casa, adornan mi cabeza y cuello valiosos brillantes, pero el amor... y bajó los ojos ruborizada.

—El amor, repuso el Conde con sarcasmo, el amor se desvanece á la vista de esos incentivos; el amor en las mujeres es un juguete que tiene la duracion de un capricho, y nada más.

—Conde!

—Dolores! Sabe usted que mi corazón es solo hiel, que no puedo soportar la idea de verla en brazos de otro hombre, que la agonía de pasarlo lejos de usted es superior á mi razon, que me ordena renunciar á la felicidad de una de sus mira-

das, de aquellas protestas que formaban el encanto de mi vida? Y todavía ha tenido usted valor de hablar de amor: adónde está el que me juraba cuando me aseguraba que nunca se prestaría usted á las exigencias de su familia?

—Aunque comprimido reside todavía aquí, y apuntó al corazón.

Traslado á los que se casan sin consultar á la que ha de acompañarlo á llevar su nombre. Y el baile se concluyó. Buona sera.

XII.

Quando el Conde se retiraba, el desairado galan se le acercó, le pidió una tarjeta dándole la suya en la que habia un letrero de lápiz, *paseo público, siete de la mañana*. El Conde leyó el rótulo y con una sonrisa que acabó de amostazar al pobre don Serapio (este era su nombre), le apretó la mano diciéndole: «hasta mañana.»

De allí se fué el Conde á casa de Alberto, que todavia no habia entrado, á consecuencia de haber ido á acompañar á Adela.

Quando se vieron, el Conde le dijo: necesito de tu amistad mañana á las siete en el paseo público.

—A las siete en el paseo? Pues qué, se trata de algun desafio?

—Precisamente, respondió el Conde riéndose.

—Y cuál es la causa?

—Niñerías como siempre.

—Y quién es tu adversario?

—Mañana lo verás y sabrás todo; vamos á descansar que son las dos de la madrugada, adios; hasta mañana.

Al dia siguiente el primero que se presentó á la cita fué don Serapio, cuya fisonomía indicaba que no habia conciliado el sueño en toda la noche: su padrino tenia en la mano dos pistolas. La campana de la Lapa anunció las siete, y el Conde no parecia. Don Serapio, que se regocijaba de eso, comenzó á pasearse á grandes pasos, bufando y declamando:—Cobarde, infame! Tanta baladronada delante de mujeres, y cuando se les presenta un hombre de bigotes, se mueren de miedo; le daré de bofetadas en cualquier parte que lo encuentre. Dieron las siete y media, y empezó á respirar con más libertad. Su testigo, que era de su calibre, le dijo:—Usted ha cumplido como caballero; su honor ya está cubierto, no debe usted esperar lo mas.

—Le parece á usted?

El coche del Conde paró en ese momento. Apeándose este, vino á don Serapio, y con mucha cortesía le dijo:

—Mil perdones, señor, por haberos hecho esperar; no ha dependido de mí.

Tomó de mano de Alberto dos espadas, y añadió: esta es mi arma, escoged la que os plazca.

—Si esa es su arma, esta es la mia, respondió

don Serapio, tomando las pistolas de mano de su festigo.

—Pees qué, agregais á la condicion de botarate la de ignorante? No sabeis que el desafiado tiene el privilegio de escoger las armas?

—No quiero saber nada; la pistola es arma igual, mientras que la espada es traidora y requiere un estudio que vos podeis haber hecho, pero que yo no entiendo. Mi arma es la pistola.

En vano Alberto trató de convencerlo: no hubo razones.

El Conde, que era *an accomplished man*, halló que debía darle todas las ventajas.

—Muy bien, dijo, pero como yo no conozco vuestras pistolas, dejádmelas ensayar primero.

Y cargó una, colocó su sombrero á treinta pasos en la rama de un árbol, apuntó y lo atravesó de un balazo.

De pálido que estaba don Serapio, se puso amarillo como un *ápico*.

El Conde notó la impresion que habia hecho en el ánimo de su adversario esta muestra de destreza, de modo que se dispuso á divertirse con él.

—Dad á vuestro padrino que cargue vuestra pistola, y aunque, como desafiado, debería tirar primero, pues es necesario que no ignoreis estas etiquetas por si escapais de esta, porque no todos son tan condescendientes como yo, deseo mostraros mi generosidad, dejando que la suerte designe cual de los dos tirará primero. Esto dicen-

do, sacó una moneda de oro, y le preguntó: cara ó cruz?...—Cruz!! dijo don Serapio con el acento de una beata que cree haber visto la cola al diablo, y la cruz le favoreció.

Se pusieron á veinte pasos; los padrinos hicieron la señal, y partió el tiro.... á cuatro pasos nada mas de don Serapio. Así como sus ojos no alcanzaban una línea mas de su nariz, su brazo no alcanzaba mas que cuatro pasos.

La fisonomía del Conde tomó entonces un aire mas serio; se reflejaba en ella la nobleza de sus sentimientos, y con toda la severidad que le permitia la compasion que le inspiraba aquel hombre que estaba sin una gota de sangre en su cuerpo, le gritó:—Señor mio, yo nunca hubiera aceptado un desafio de vos, porque os amostazase un desaire de Dolores, si no fuese que me reservaba el derecho de hacerlos retractar de una calumnia infame. O dais las pruebas que teneis para asegurar que yo soy el amante de Adela Carneiro, ó me habeis de prometer firmar una carta, en la cual declareis que sois un infame impostor. De otro modo, no teneis mas que cinco minutos de vida.

—Prometo cuanto querais, dijo tartamudeando don Serapio.

El Conde sacó papel, un tintero y pluma, y sobre la copa del sombrero de Alberto escribió la carta que firmó don Serapio, su testigo, y el mismo Alberto. Despues el Conde añadió:

—Para probaros que no es una baladronada la confianza que tengo en el manejo de mi arma, voy á sacaros el sombrero de la cabeza.

—No, no es preciso, señor; por favor os suplico que me ahorreis ese mal rato.

—Nada, quiero descargar mi arma, y se oyó una detonación.

Don Serapio cayó de espaldas. Todos corrieron hácia él. No habia una gota de sangre en el suelo, y el sombrero estaba traspasado. El miedo solamente le habia derribado.

Alberto hubiera querido exigirle una satisfaccion por la audacia de haber tomado el nombre de su amada para imposturas y chismes, pero tenia que habérselas con un ente tan miserable, que se metió en el coche con su amigo, y se fueron á almorzar juntos, esperando que este le explicase aquella aventura.

Entonces el Conde le refirió los coloquios todos que habia oido, y cuando llegó al último en que se versaban las especies relativas al nacimiento de Alberto, una nube espesa pareció nublar el semblante de este que que ocultó su cabeza entre sus manos, y permaneció largos instantes meditando.

—Vamos, no seas loco; por qué haces caso de lo que dice el vulgo? Yo tengo la culpa de haberte referido semejante tontería. Eso no vale nada. Los hombres se juzgan y se aprecian por sus acciones y no por su nacimiento. Vaya una

copa á la salud de tu Adela y de mi amistad.

—A la salud de nuestra amistad y de mi Adela, dijo Alberto empujando la copa. Sin embargo, este tomó la relacion de su amigo como una provocacion para saber el verdadero origen de su nacimiento. La familia del Conde tenia orgullo de su título, y como queria entrañablemente á su amigo, le pesaba que abrigase la menor idea ofensiva respecto de su cuna. Despues de un pequeño esfuerzo para ocultar su emocion, Alberto le tomó la mano y le dijo:

—La historia de mi nacimiento es un secreto, porque de ese secreto depende mi vida, y aunque yo aprecio mas que esta la estimacion del único hombre á quien he dado el título de amigo y ocupa un lugar preferente en mi corazon, estoy inhabilitado para referirtela, porque el Padre Carvalho ha conservado siempre el mayor misterio hasta conmigo mismo.

No obstante, voy á solicitar de este algun esclarecimiento que ó me haga digno de tí, ó nos separe para siempre.

Mas el Padre Carvalho no satisfizo las exigencias de Alberto, asegurándole solamente que su procedencia era distinguida.

Carvalho no conocia á la familia de Adela, pero estaba satisfecho de los informes que habia recibido. Veia en esta jóven la mas digna compañera para su protejido, lamentando únicamente que este fuese dos años mas jóven. Por otra par-

te, la fortuna de Adela le aseguraba una brillante posicion en la sociedad.

En efecto, la familia de Carneiro gozaba de la mejor reputacion: pasando la señora doña Elena por uno de esos dechados de moralidad y relijion intachables, y exclusivamente dedicada á la educacion de su hija, habia conquistado las simpatías de cuantos la rodeaban.

De manera que el Padre Carvalho aceleró cuanto pudo la realizacion de la boda que se verificó modestamente en el oratorio de la casa de la novia, recibiendo la bendicion del mismo padre Carvalho, siendo padrinos el Conde y doña Ana, y testigo el viejo vicario de la freguezia de Irajá, confesor de Elena.

Los novios, que amaban poco el bullicio del mundo, determinaron pasar la luna de miel en la hacienda, donde se proponian gozar una vida apacible y placentera, libres de las impertinencias é importunas lisonjas de las visitas congratulatorias.

Mas ay! debia acontecer de otra manera!

Asi como hay criaturas á quienes el destino sonríe desde la cuna, hay otras que nacen con el sello de los que deben marchar por la árida senda del infortunio; y si gozan de algun ilusorio placer, es para que se haga mas soportable la realidad de su fatal destino.

Asi sucedió á la sensible Adela y al virtuoso Alberto, cuyo orijen es preciso averiguar para in-

XIII.

En la primera mitad del siglo XVIII, existían aun en la rica provincia de San Pedro, algunos de esos establecimientos que bajo la denominación de capitánías hereditarias se repartieron poco después de la conquista á los primeros pobladores del mundo de Colon. Había algunos que formaban un rádio de cuarenta á cincuenta leguas. (1)

Se debe suponer, porque así es la verdad, que esa clase de concesiones solo se hacían á personas oriundas de familias influyentes en la madre-patria, á quienes la legislación de aquella época despojaba de su herencia en favor del mayorazgo; personas que á pesar de la repugnancia con que se

(1) Véase la historia del Brasil por Abreu e Lima capítulo II, pár. I. La Beaumelle, paj. 41 y otros. En nuestra campaña oriental existe todavía algún propietario que posee cerca de treinta leguas de campo.

atravesaba entonces un océano de dos mil leguas, cifraban todas sus esperanzas de ventura tentando la fortuna en América.

A este rango pertenecían los donatarios ascendientes de los dos propietarios mas poderosos que contaba la provincia de San Pedro, don Juan Bautista Mello y don Severino Gonzalez.

— La hacienda del primero, situada en uno de los valles mas preciosos que ofrecen las ricas campiñas de nuestra bella América, en las cabeceras del Rio Jacuy, cerca del bosque de los Jacús, aunque no tenia un jardin que la adornase, no dejaba de producir una perspectiva muy agradable el agreste paisaje que ofrecían los árboles corpulentos y salvajes de que estaba rodeada. Como en todos los establecimientos rurales la mayor parte del terreno se veía cubierto de monte, y las llanuras que la naturaleza ó la mano del hombre habia formado, cubiertas de tolderías ó ranchos de paja que constituían la habitacion de mas de seiscientos esclavos, los galpones, corrales y demas accesorios que componían la propiedad del feudalismo americano.

— La habitacion de Gonzalez ofrecía un aspecto mas europeo, y por lo mismo mas civilizado. El frente de la casa estaba ocupado por un jardin de las mas esquisitas flores y arbustos. Se habia dedicado media legua de terreno para la formacion de una quinta en la que florecían toda clase de árboles frutales, con hermosas calles de álamos,

mangueras y sauces llorones. En cada ángulo de la casa una glorieta de verjas de hierro cubiertas de vistosas y aromáticas enredaderas: en medio del jardín una hermosa pajarera con toda clase de aves cantoras de la América Meridional.

Situada en la orilla opuesta del mismo río que atravesaba la casa de Mello, y á media legua de distancia, había hecho venir las aguas á un estanque que rodeaba la habitación, la cual se comunicaba con el resto de la hacienda por medio de cuatro pequeños puentes.

Gonzalez era el último vástago de una de las familias mas honorables que vinieron de Portugal; había recibido su educación en Europa, y solo uno de esos sinsabores que llenan de tédio el corazón del hombre, le había obligado á retirarse del bullicio del mundo. Unido en matrimonio con una mujer imperiosa y vulgar, lo que puede traducirse por la palabra muy vulgar también de *mari-macho*, se avergonzaba de presentarse acompañado de semejante aspid. Dotado de virtudes poco comunes, comprendiendo los deberes de la vida como los comprenden las almas elevadas y nobles, no por ella, pero sí por un hijo que amaba, buscaba en el retiro y en el estudio un lenitivo al peor de los sufrimientos morales, el desamor de dos personas ligadas por toda una existencia, en vez de una separación ruidosa. Gonzalez quiso hacer, él mismo, la educación de su hijo Carlos: para ello fué infatigable en busca de conocimien-

tos generales y en la formación de una valiosa biblioteca, recordando los conocimientos de pintura que había adquirido en la escuela, así como esgrima, música y otros que habrían hecho de Gonzalez un adorno de la más elegante sala, un amigo estimable y un padre feliz, si el paso que fija para siempre el destino de una criatura no hubiese emponzoñado su existencia, poniéndolo al lado de una mujer ignorante y sin la menor sensibilidad. Gonzalez quiso formar un ciudadano útil á su patria, enriquecer el espíritu de su hijo para mandarlo después adquirir en Europa una carrera científica: doña Juliana, su esposa, quiso que su hijo fuese *fazendeiro*, nada más; es decir, que supiese montar bien á caballo, que resistiese las fatigas del sol, que pudiese con impasibilidad echar mano de un látigo y azotar él mismo á los esclavos, que fuese orgulloso con su inmensa fortuna etc. etc. Educación que, por desgracia, halaga más los instintos de la generalidad de los muchachos, y que, con el dominio que ejercía la señora, debía necesariamente de prevalecer.

La vecindad había hecho ligar á estas dos familias con lazos de la más estrecha amistad. La de Mello participaba en grado muy superlativo de todas las preocupaciones vulgares que caracterizan á los rústicos habitantes de nuestras campañas, y aunque por extremo supersticiosa no reconocía más ley que la que dá la fuerza y el oro. En este sentido se educaron cuatro hijos varones,

y en el mismo quiso educarse á Elvira, que tenia una intelijencia privilegiada; pero el génio no se puede comprimir, y á despecho de todas las trabas, descuella y se hace sentir como el aroma del lirio que el acaso hace nacer en medio de un bosque de plantas parásitas. El instinto hacia presentir á Elvira, desde una edad muy tierna, que habia algo de mas bello en este mundo, y que el hacedor de una máquina tan perfecta no podia haber limitado la mision de sus criaturas á comer, dormir y *carnear* (1), única ocupacion en que corria la vida de sus cuatro hermanos, su padre, y un número muy crecido de esclavos. La diversion favorita de Elvira, alimentada por Gonzalez, era leer romances que este le suministraba de su biblioteca.

Seria imposible describir á Elvira á la edad de quince años: era uno de esos ángeles que Dios envia una vez á cada generacion para revelar su poder divino y creador. Yo recuerdo haber visto en un sueño suave y fugaz, que duró siete años solamente, un ángel que se parecia á Elvira; tenia una mirada celestial, una boca rosada y pequeña, unos dientes de marfil, una espalda y un cuello que daba envidia al alabastro mas delicado, unos rizos de ébano, un pié enano y bien formado, un conjunto de formas elegante y gra-

(1) Matar las reses.

cioso, y un alma pura y divina como el ser que la habia formado. Mas ¡ay! fué una vision,
Que aparecióse en mi cariño incierto
como memoria del Eden sentida,
en las noches de luna del desierto
y en las blancas auroras de la vida. (1)

Una sombra fugaz que me ha lacerado el corazon, porque:

La amé al pasar y me dejó pasando;
y por todo consuelo en mi honda pena,
Canta! me dijo, y la vision flotando
se deshizo en la atmósfera serena. (2)

Ni en Francia, ni en Inglaterra, ni en España, ni en cera, ni en mármol, ni en lienzo he podido encontrar la fisonomía de una mujer que se aproxime á mi sueño; asi es que seria necesario que todos mis lectores tuviesen un sueño idéntico para representarse la acabada beldad de Elvira.

Apenas habia cumplido quince años cuando se presentó en su casa Eduardo Mello, descendiente de la rama principal de la familia de Elvira.

Este caballero, despues de haber viajado algun tiempo por el Brasil fué á casa de su tio con el objeto de que lo favoreciese: su exterior era bello y tenia ventiocho años de edad. La familia lo recibió con el mayor agasajo, y Elvira, acostumbrada solamente al trato grosero y soez de sus

(1) J. C. Gomez.

(2) Zorrilla.

vecinos, le escuchaba con verdadero placer, y permanecía horas enteras contemplándole cuando distraído con la narracion de su aventuras y viajes, no le dirijia la vista; comparaba su ensortijada pero suelta cabellera, sus cristalinos dientes, su barba redonda y su bigote recortado, con la tupida y jamás peinada melena, los verdosos dientes y primitiva barba de sus hermanos.

Eduardo por su parte estaba embelesado con los encantos de su prima.

Poco á poco fué naciendo la familiaridad, y Eduardo no separaba jamás los ojos de Elvira que bajaba los suyos con un pudor espontáneo y esquisito que mas enamoraba á su primo. Este fué presentado al señor Gonzalez, que le obsequió profusamente y se formó un hábito de pasar dos ó tres horas discutiendo con él, regocijándose de hacer encontrado al fin una persona que pudiese comprenderlo. No sucedió lo mismo con Carlos, que concibió un ódio mortal hácia Eduardo, y jamás le dirijia la palabra sino para retribuir al saludo que este le hacia donde quiera que se encontraban.

Mas de un año hacia que habitaba Eduardo la casa de Elvira, y el amor que se profesaban se habia convertido en una pasion tanto mas violenta cuanto que estaban forzados á comprimirla en lo mas recóndito del pecho. Todas las tardes paseaban los dos primos á caballo, y muchas veces se sentaban á descansar en la orilla de un fresco

y cristalino arroyo: allí, sin testigos, Eduardo discutía con su prima sobre las novelas que le prestaba, y con el éxtasis que se oye la vibración de una voz amada, escuchaba sus inteligentes y sinceros argumentos. Eran las horas más celestiales que pasaba Elvira, que le amaba con toda la energía, con toda la poesía de un corazón de quince años.

¶ Cuando el mal tiempo ó la importuna presencia de sus hermanos les impedían entregarse á esos raptos que forman el encanto de la primera edad, una mirada de inteligencia, manifestando la angustia que sentían, vertía consuelo en el alma de ambos.

¶ Por las noches se entretenía Eduardo en darle lecciones de guitarra, con cuyo pretesto oprimía suavemente su mano entre las suyas; jugaban juegos de prendas, que también llaman los franceses *jeux d'innocence*, y concluían siempre la noche cantando el feliz mancebo sentidas y amorosas endechas, que todas significaban lo mismo, y eran solo comprendidas por la adorable y seductora Elvira.

¶ Con estas impresiones se retiraba la cándida paloma á su habitación cotidianamente, y entregada á sus pensamientos permanecía sentada delante de su oratorio por largos instantes, sin poder dirigir sus preces al Altísimo, ni conciliar el sueño que había desaparecido completamente desde la llegada de su primo.

Entretanto, Carlos Gonzalez habia conservado por su vecina una inclinacion decidida y vehemente, que no clasifico de pasion, porque las pasiones están reservadas á organizaciones mas perfectas. Carlos, por instigaciones de su madre que veia en esta union un medio de aumentar la pingüe fortuna de su hijo, se habia fijado en la belleza fisica de Elvira, y esa belleza habia despertado en él un amor, que yo clasifico amor de la materia; el que inspira una cortesana bella, sin detenerse á examinar las condiciones morales que á mi ver dan el relieve mas perfecto á una mujer bien acabada, y hacen accesible á una que nada debe á las gracias.

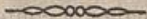
Doña Juliana explotó la opinion de la familia de Mello, y tuvo la satisfaccion de encontrar una decidida cooperacion en los padres de Elvira, que desde muy atrás contemplaban en la union de ambas familias un magnífico *establecimiento* para su hija, segun el prosáico lenguaje de las señoras del siglo presente; pero ponian por condicion que no se realizarian las bodas, sino cuando la niña cumpliese diez y seis años.

Todos saben cómo se verifica ese, el mas delicado y santo de los contratos sociales, en el Brasil; no se cuenta para nada con la voluntad del bello sexo, de la parte delicada, á quien se le imponen deberes tan sagrados, sin oir sus inclinaciones, sin prepararla siquiera para soportar á su lado el reverso de lo que su imaginacion le ha

ofrecido quizá en sus ensueños de amor y de porvenir, cuando su alma se revela á sí misma, al llegar á la edad en que todos los seres que no estén obcecados conciben la divinidad, sondean los misterios de la naturaleza y comprenden que el amor es el principio y el fin de todas las cosas.

Nada, pues, se le dijo á Elvira respecto del proyectado casamiento con Gonzalez, ni ella podia sospecharlo, porque á esa edad se tienen presentimientos pero jamás desconfianzas, y no veia en las mayores atenciones de Cárlos y en los regalos frecuentes de su futura suegra otra cosa que galanteria en el primero, y un sincero y desinteresado cariño en la segunda.

No sucedió lo mismo á Eduardo, que al momento comenzó á columbrar la verdadera tendencia de aquel cambio.



XV.

Una tarde de primavera que la proximidad de los trópicos hace mas bella, despues de una de esas cabalgtaas tan usuales en los paises todos de Sud-América, muy especialmente en la campaña, donde no se conoce mejor diversion, Eduardo y Elvira reposaban en la ribera de un arroyo, debajo de una gruta que la fantasía de la naturaleza misma habia formado, uniendo las copas de los árboles por medio de silvestres enredaderas tan frecuentes y comunes en nuestros vírgenes bosques. Nada mas poético que el cuadro que ofrecian los dos amantes sentados en la verde alfombra, unidas sus manos y contemplándose de hito en hito con ese elocuente silencio que pueden comprender los que se hayan encontrado en situacion igual alguna vez en su vida, pero que nadie es capaz de definir; el manso arrullo de las aguas ligeramente rizadas por la brisa aromada de mirto

y flor de naranja, el murmullo de las hojas y el gorjeo de las avecillas que al recogerse saludan en su lenguaje misterioso y delicado al sol que, al sumergirse en el ocaso, hacia penetrar un pálido rayo por entre las endijas movibles de la gruta, dorando los negros y lucentes rizos de la encantadora Elvira. Ambos parecían poseídos de algún secreto pesar, y ninguno quería ser el primero que interrumpiese aquella escena muda que tanto parecía extasiarlos.

Por fin Eduardo rompió primero el silencio:

—Qué pálida estás, Elvira, mi dulce encanto, el paseo de hoy parece haberte fatigado mas que otras veces.

—No es así, bien mio, pues hoy nos hemos dedicado mas temprano que nunca al reposo en nuestra querida gruta, y es la primera vez que asistimos al ocaso del sol. Mi palidez es muy antigua, solo tú no te habrás fijado antes en ella, ingrato!... Y acompañó esta palabra con una mirada de dulce y melancólico reproche, á que contestó Eduardo apretando entre las suyas su delicada mano.

—Si no fuera mi aparente indiferencia cuando estamos delante de testigos importunos, mucho tiempo hace que no tendria la dicha de vivir debajo del mismo techo, de respirar el aire que tú respiras, ni habria conquistado la confianza de tu familia, sin la cual no tendria la indecible felicidad de pasear dos horas todos los dias contigo,

las únicas á que está reducida mi existencia desde que por la vez primera admiré tu cándida belleza.

—Por qué hemos de ocultar por mas tiempo un sentimiento tan puro que á nadie ofende? Acaso puede despojárseme de lo único que me pertenece y vino de la mano de Dios? Puede acaso darse direccion á los afectos del alma que me manda que te ame á tí únicamente que eres la realizacion perfecta del ideal que mi imaginacion me ha mostrado en mis ensueños amorosos cuando todavia no te conocia? No, Eduardo, yo estoy segura del cariño de mis padres, y sobre todo de mi madre, que es mujer y no ha de consentir que se ponga un abismo entre mi y el objeto de mi cariño: conoce perfectamente mi carácter romanesco y ardiente, por lo mismo que es delicado, y temeria que me precipitase en el abismo por alcanzar mi felicidad.

—Tu corazon se engaña, mi Elvira; mi amor y tu inocencia no te dejan comprender lo que á mí no ha podido ocultarse.

—Tu acento me asusta, Eduardo mio; explícame tus sentimientos, porque los presentimientos jamas engañan el corazon, y es preciso ponernos en guardia para conjurar lo que ellos vaticinan.

—Elvira, tú me amas?

Esta pregunta, la espresion con que la hacia Eduardo, abrazando á su querida por la cintura, y mirándola con ojos que despedian rayos de fue-

go, pusieron á la infeliz en la más horrible ansiedad, y exclamó:

—Dios mio! qué hay? cuáles son tus temores? por qué esa pregunta, que si no fuese por la manera que la haces, me ofendería en extremo? Qué mayores pruebas puedo darte de un amor que no tiene menguante?... Sí, te amo!... Tengo yo por ventura algun otro afecto? No eres tú quien me ha enseñado que las personas que no los reconcentran todos en el amor son como las plantas? Ah! yo no te amo, te idolatro, te adoro con un esclusivismo salvaje, tu amor es mi vida y mi vida es tuya!...

Eduardo oía á su prima con tal éxtasis y conmoción, que sus palabras espiraron en sus labios: por un movimiento involuntario la habia apretado contra su pecho, y sin apercibirse se encontraron con las mejillas de Elvira que el calor de la pasión habia animado; tras de este beso siguieron otros, y habria sido inacabable esta escena si un reflejo de la luna, rompiendo los celajes que la cubrian, no les hubiese advertido que se habia pasado la hora de retirarse generalmente.

Entonces, desembarazándose Elvira de los brazos de su primo, le dijo:

—Vamos de prisa, es preciso galopar para llegar pronto, porque mamá estará asustada.

Eduardo le presentó sus manos sobre las cuales colocó Elvira sus enanos piés, y con una gracia y

donosura admirables se acomodó en su silla y comenzó á galopar absorta en los pensamientos y temores que le habia sugerido la escena que acababa de pasar.

Alcanzóla Eduardo al instante, y aparejando los caballos, le tomó la mano y comenzó de nuevo el diálogo.

—Es preciso, Elvira, que te revele mis temores, para que tus protestas sean mas enérgicas y fortalezcan mi alma. Esta mano que tú me abandonas, y cuyo tacto difunde un fuego eléctrico por mis venas, está prometida á otro hombre que será muy en breve tu esposo.

La jóven no comprendió á su primo, y tomó sus palabras como un juego para provocar espresiones halagüeñas, y protestas de la fe que mil veces le habia jurado, así que respondió con una sonrisa entre coqueta y melancólica:

—Y quién es ese feliz ó infeliz mortal á quien le han prometido una cosa que solo á mí pertenece?

—Te ries, Elvira, y quiero creer que tu risa nace de la pureza de tu corazon; pero despues que te esplique mis justísimos temores, estoy seguro que me acompañarás en mi dolor. No has observado la asiduidad de don Cárlos Gonzalez de algun tiempo á esta parte, su rencor hácia mí; las conversaciones secretas de su madre con la tuya, las miradas de inteligencia que te dirigen, y los ojos de tigre con que Cárlos sigue tus menores movimientos?

—Cuando tú estás presente no veo ni oigo mas que á tí y tu voz, y cuando no tengo esa dicha, mi imaginacion se complace en recordar los instantes que hemos pasado juntos, y los que debemos pasar cuando sin temores ni cuidados seamos uno del otro, porque lo seremos, Eduardo, á despecho de todas tus aprensiones.

—Pues bien, yo que tengo mayor conocimiento del mundo, yo, que temo á cada instante perder mi tesoro, he observado, y mi observacion me ha conducido á espiar y prestar atencion á lo que se conversa cuando nos creen entretenidos, y he oido á doña Juliana instigar á tu madre para que se verifiquen las bodas de aquí á tres meses. Elvira, tú vas á ser irremediamente de otro hombre; á mí no me quedará mas que mi pasion y el recuerdo horrible de haber conocido la dicha sin alcanzarla!

—Pero cómo puede ser eso, mi Eduardo, si yo á quien amo es á tí; si ni siquiera se ha oido mi opinion, si yo no quiero, ni puedo pertenecer á otro que á tí? Habria un hombre tan poco decoroso que aceptase una mano atada, sin que esta mano le ofrezca el corazon tambien de su dueño? No, amigo mio, tengo mas fe que tú en el triunfo de nuestro amor, y nada me dice el corazon que pueda inquietarme. Yo me arrojaré en los brazos de mi madre, le confesaré mi amor y tú serás mi esposo.

—Inocente paloma mia! presumes que tu fa-

milia acceda á semejante enlace? Olvidas que no tengo una fortuna, único aliciente á los ojos de los que no comprenden mas felicidad que la que ofrece la saciedad de los goces materiales? No reflexionas que se me arrojará de tu casa en el mismo instante que hagas esa imprudente revelacion?

—Mas yo tengo bastante fortuna, amigo mio, y mas que todo eres el elegido de mi corazon. Mi familia te distingue, todos los dias oigo los mayores elogios de tí, y mi padre dice con orgullo que llevas muy bien el nombre que has heredado de su hermano.

—Todos esos méritos desaparecerán el dia que descubran el abuso que he hecho de su hospitalidad y confianza, y me juzgarán eriminal por haberme atrevido á mirar tan alto.

Elvira le contemplaba absorta, no comprendia las últimas palabras de su primo.

—Sí, continuó este, tan alto! porque es un crimen que el hombre dotado de inteligencia y con conocimientos busque y encuentre al ángel que puede comprenderle para recorrer juntos el espinoso camino de la vida, mientras que se le brinda á un ser embrutecido y abyecto, que no sabe hacer uso de sus caudales, por el solo mérito de poseerlos.

—Tú ofendes á mi padre, Eduardo mio, suponiéndole miras interesadas, y no deberias juzgarlo asi antes de escucharle. Tengo la conviccion de

que, aun existiendo lo que dices, merecerias la preferencia si te presentases franca y lealmente á solicitar mi mano.

—Tú lo quieres, vida mia, y así lo haré. Tuya será la culpa si ese paso acarrea nuestra separacion para siempre.

Y ya avanzada la noche llegaron á la habitacion donde las dos familias reunidas los esperaban muy alarmadas.



XV.

Parece necesario prevenir que uno de los hermanos de Elvira, llamado José, amaba entrañablemente á su hermana y se habia ligado íntimamente con Eduardo.

Desde el principio, este habia dejado entrever á José la simpatía que experimentaba por su hermana, el cual parecia regocijarse.

Con este motivo, la mañana siguiente del paseo de los amantes, determinó Eduardo consultar á su primo sobre el paso que pensaba dar.

En efecto, se encerraron en su aposento, y fingiendo no saber nada de los proyectos de su tia, le manifestó su amor y las disposiciones de Elvira, pidiéndole al mismo tiempo un consejo.

José, le refirió entonces algunas conversaciones de su madre respecto del proyectado enlace con Carlos Gonzalez; tomó sobre sí hablar á esta en favor de su inclinacion, añadiendo que se

opondria con todas sus fuerzas á que su hermana fuese violentada.

En esta conformidad tuvo una entrevista con Elvira para conocer á fondo sus simpatías por Eduardo. En seguida se fué á la habitacion de su madre, á quien dijo :

—Tengo una comision para vos, señora, y quisiera que me oyéseis con atencion y calma, pues se trata de la felicidad de mi hermana. Mi primo ha venido á suplicarme que le dé un consejo respecto de la resolucion que tiene de pedir en casamiento á Elvira, por quien siente una passion decidida y vehemente: esta, por su parte le ama con toda la injenuidad de sus quince años, y ambos me han protestado que no podrán soportar una negativa.

—Cómo! á este estado han llegado las cosas? es este el resultado de los paseitos por las tardes? Nunca! !... Ignoras que mi palabra está empeñada hace mucho tiempo? Es imposible, y en el instante voy á referir á tu padre semejante ocurrencia para que ponga un término á este abuso de confianza. Hoy mismo saldrá Eduardo de casa.

—Señora, meditelo usted bien, y no recurra á medidas violentas. Eduardo ama como un loco á Elvira, y esta es por extremo sensible y delicada. Procuremos disuadirlos primero con razonamientos.

—No hay razonamientos que valgan para un hombre que ha abusado tan infamemente de la

hospitalidad de sus tios: él debia saber muy bien los compromisos que existian con la familia de Gonzalez. Es preciso que hoy mismo salga de casa.

—Mi madre, modérese usted...

El Pero la señora salió hecha una vivora y se fué al cuarto de su marido, el cual impuesto hizo venir á Eduardo que ya estaba prevenido por José de la tormenta que se formaba sobre su cabeza.

Quando se presentó en el aposento de Mello, este le dijo con severidad:

—¿Es posible que hayas abusado de este modo de mis bondades? Eduardo! es posible que mis beneficios los pagues con la negra ingrátitud de disponer el ánimo de mi hija contra las disposiciones de sus padres? ¿Cuáles han sido tus designios procediendo de esta manera?

—Mis designios, señor, han sido y son los mas puros. Si es un crimen amar cuanto hay de mas perfecto sobre la tierra, yo soy un malvado, es cierto; pero pueden acaso gobernarse los afectos del alma? Yo ví y amé á Elvira, señor, porque es imposible contemplarla sin postrarse ante sus encantos; cegóme la pasion, y jamás pude detenerme á considerar que vos podriais negarme la mano de mi prima. Verdad es que nada tengo, pero soy jóven y puedo trabajar: por otra parte confié siempre en la eficacia de vuestra proteccion. Ignoraba que tuviéseis el proyecto de casarla con un hombre que su corazon detesta, y creí que la amábais bastante para consultarla sobre

un asunto en que se versa su felicidad ó desgracia para toda la vida.

—Sois insolente por demas. En virtud de qué derecho os constituís en juez de mis acciones? Yo os haré arrepentir de tanta osadía. Hoy mismo saldreis de mi casa para donde gustéis.

—Abandonaré inmediatamente vuestra casa, señor, pero antes permitid que implore de vos una gracia: por cuanto hay de santo en el amor de un padre, no sacrifiqueis la felicidad de Elvira á una conveniencia mal entendida: esperad dos años, dos años, que es el menor tiempo para que yo adquiriera algunos recursos y pueda vivir independiente con ella, señor; ya que no merezco consideracion por las relaciones de familia, oid mis ruegos por vuestra hija.

Don Juan era inflexible y áspero, de manera que sostuvo la resolucion que habia tomado, sin dar satisfacciones, y creciendo su enojo le prohibió que se presentase mas ante su vista.

Quizás el defecto mas prominente de Eduardo era, el orgullo; así que no articuló una sola palabra mas y se retiró á su habitacion dende le esperaba su primo José.—Tu padre, dijo á este, ha conmovido todas las fibras de mi alma, atacando mi amor y mi orgullo: me arroja de su casa y se dispone para vender á Elvira. Hoy mismo partiré de aqui, mas á donde, Dios mio? En este desierto, á donde dirigiré mis pasós?

—Yo conozco un español que tiene un rancho

á seis leguas de aquí : le pediremos que te oculte por algun tiempo, mientras tanto yo uniré mis ruegos á los de Elvira para que mi padre ceda.

Eduardo, que en la posibilidad de ver á Elvira otra vez, habia cifrado sus esperanzas, aceptó el pensamiento con entusiasmo.

Efectivamente, arregló todo y sin poder decir adios á nadie, montó á caballo con su primo y se pusieron en marcha.

Mientras tanto la señora de Mello fué á ver á su hija, y con violento enojo le dijo : — Ahora comprendo el objeto de tus paseos con tu desagradecido primo; la hipócrita! concurriendo con tu silencio á tu perdicion, felizmente no le volverás á ver; de hoy en adelante no saldrás sin tus hermanos, y pobre de tí que yo sepa que conversas con él si por casualidad lo encuentras alguna vez: es preciso que te prepares para ser la esposa de Carlos Gonzalez dentro de dos meses.

—Pues qué ha sucedido, madre mia? por qué no veré más á Eduardo? No comprendo nada de cuanto habeis dicho. — Y el semblante de Elvira manifestaba la mas violenta revolucion interior.

—Qué ha sucedido! y todavia lo preguntas? Tu primo ha tenido la audacia de pedir tu mano, y asegura que tú correspondes á su loca pasion.

—Y qué hallais, amada madre mia, de criminal en semejante proceder? Su sangre no es tan pura como la mia? Su educacion, su conducta, la nobleza de sus sentimientos no equilibran los te-

soros de Carlos? Es un crimen que nuestras almas se hayan entendido, que se hayan adunado nuestros instintos y que no pueda haber ventura para ambos sino en los brazos el uno del otro? No, madre mia, vos no podeis condenar sentimientos como estos: sin duda creeis que Eduardo ha abusado de mi inocencia y por eso le juzgais tan severamente. Yo protesto por cuanto hay de sagrado que nuestro amor es puro y tierno, á nadie ofende y es el que constituye la felicidad de vuestra hija.

La señora miraba estática á su hija, nunca le habia oido semejante lenguaje: esta continuó en una especie de delirio.

—Adonde está mi Eduardo, mi esposo? volvedme á mi primo, yo no quiero separarme de él un solo instante...

—Modera, atrevida niña, modera ese lenguaje delante de tu madre. Eduardo ha salido de esta casa, de cuya hospitalidad abusaba, para no volver jamas. Lloro, llora; pronto pasará ese frenesí, y dentro de dos meses serás la esposa de don Carlos; en la inteligencia que si no te convencen las razones, lo hará la fuerza. — Y salió dejando á Elvira en la mas horrible postracion.

Serían las diez de la noche cuando Eduardo y José llegaron al rancho del español que debia ser en adelante la habitacion del primero. José se acostó á dormir y Eduardo abrió su escritorio y se puso á escribir.

después de esto? Es un crimen que nosotros
 jamás se hacen entendido, que se pagan aduanas
 nuestros instintos y que no puede haber ventura
 para ambos sino en las horas el que del otro
 No; mejor aún, vos no podéis condonar con
 míos como estos: sin duda es vos que le habi-
 do de mirado de mi inocencia y por eso le ha-
 gos tan severamente. Yo protesto por cuanto soy
 de sagrado que nuestro amor es puro y eterno.
 No me olvide y es el secreto de la felicidad de
 vuestra hija.

XVI.

Después que todo estuvo en silencio, Eduardo tomó la pluma y escribió la siguiente carta:

Elvira: la muralla que la codicia de tu padre ha colocado entre nosotros, amenaza dividirnos para siempre. Ahora comprenderás mis justos temores cuando te pronosticaba que serias de otro hombre, y estoy seguro que lloras en el silencio la horrible fatalidad que así lo ha dispuesto. Dios mío! y no tengo poder bastante para impedirlo! Estranjero y luchando con adversarios poderosos, mis tentativas no harían mas que agravar tu situación haciendo caer sobre ti toda la saña de unos padres desnaturalizados y egoistas. Pero, deberemos por eso renunciar á la suprema dicha de vernos?... Es una pena demasiado dura, mi Elvira, para que yo me resigne á soportarla... la dulce habitud que me habia formado de pasar mi vida junto á ti, de oír la melodía de tu voz, es una

necesidad vital para mi existencia. Tu corazón padece del mismo modo, no es verdad, mi vida? Sí, porque tu corazón no tiene más que quince años y tú me lo entregaste espontáneamente.

Hay sin embargo una criatura generosa que se interesa por nuestra suerte, y es la que pondrá en tus manos esta carta. De él únicamente te fiarás en adelante, pues será el único que sepa mi paradero: para los demás yo estoy en la frontera. Con la cooperación de José no será tan difícil alguna entrevista, pues aunque cada legua me parece un desierto, yo no estoy más que á seis leguas de mi querida Elvira, y el amor acorta las distancias. Pueden entregar tu cuerpo á otro hombre, pero tu corazón y tu amor me pertenecen; presérvame ese don precioso, como yo conservaré siempre la fé que te he jurado, ángel divino; y aunque muy corto el período que nos queda antes de tu enlace con ese hombre infame, tal vez el cielo se compadezca de nuestros sufrimientos y corone nuestro afecto.

Mientras tanto solo amor te pido: sería un insensato si exijiese una resistencia obstinada á los mandatos arbitrarios de tu padre; moriré contento sabiendo que todos tus pensamientos son míos. Espero el consuelo de tus cartas, y de sus tiernas expresiones la fortaleza que necesita el alma de tu amante desgraciado.

EDUARDO.

José pasó cinco días con su primo con el objeto

de demorar mas tiempo su regreso para que pareciese mas veridica la fábula de haberle dejado en la frontera del Cuareim, y remover de ese modo toda vijilancia y temores. Oyó la lectura de la carta que escribia á Elvira, y con acento conmovido, apretándole la mano, le prometió su cooperacion decidida. Convinieron entonces que aparentaria participar de la opinion de su familia para que no se desconfiase de él, y que ostensiblemente seria el que ostigase á Elvira con sus consejos.

Al cabo de seis dias volvió José, teniendo cuidado de mudar caballo, y al momento lo rodeó toda la familia preguntándole por su primo. José con una impavidez admirable, les refirió los episodios de un viaje de cuarenta leguas, asegurando que le habia dejado en una estancia, de donde pensaba seguir á reunirse al ejército de observaciones que se organizaba en la frontera bajo las órdenes del gobernador y capitan general don Diego Souza en 1811.

Esta noticia tranquilizó á todos, con especialidad á Cárlos Gonzalez, que se moria de celos de Eduardo.

Entretanto Elvira se dejada morir, devorada por la mas profunda melancolía; no salia de su aposento ni para tomar alimentos. Su hermano se conmovió visiblemente cuando la vió tan demudada; pero para no hacerse traicion, le reprochó altamente su pertinacia delante de su madre; des-

pues, aprovechando un instante en que todos estaban entretenidos, volvió á su cuarto la abrazó, lloraron juntos y le entregó la carta de Eduardo, imponiéndola del convenio que habian establecido.

Poco faltó para que esta primera tentativa no descubriese toda la trama, pues Elvira que habia comprimido por tan largo tiempo sus conmociones, no pudo resistir á la alegría de ver letras de su adorado Eduardo y se desmayó en los brazos de su hermano.

Al momento vinieron todos, pero José tuvo la precaución de esconder la carta, y con bastante sangre fria dijo:

—Con la intencion de desimpresionar á Elvira, le referí la indiferencia con que Eduardo se habia alejado de esta casa, y cuando la dije que hasta le habia visto reir al asegurarme que haria una brillante carrera en el ejército, se desmayó en mis brazos.

No bien su hermana volvió en sí, José continuó:

—Esta niña es tonta; se quiere matar por quien no la merece. Yo tomaré sobre mí hacerle renunciar á tan loca pasión: no la he de dejar un instante sola entregada á sus quiméricos pensamientos.

Con cuyas espresiones la pobre victima comprendió que debia ahogar en su pecho las sensaciones que la combatian.—Vaya! dijeron dos de sus hermanos ofreciéndole el brazo, vamos á tomar

el fresco hasta la orilla del río;—y se la llevaron casi arrastrando.

Cuando regresaron, José estaba todavía en el cuarto de su hermana donde se entretania hojeando un álbum. Apenas se fueron todos, él se levantó también para salir é hizo una seña para el álbum á Elvira que se precipitó como una leona, y devoró la carta de su amante. Mas de veinte veces la habia ya leído, encontraba frio su lenguaje, sus ojos se llenaron de lágrimas, y sin embargo, la apretaba contra su corazón, la besaba y la volvía á leer.

—Soy una insensata, decía, soy una criatura inocente y loca. Él ha debido escribir de este modo porque era mi hermano el conductor: quién nos responde de su discrecion? De otro modo él debía darme seguridades de que no me abandonará, que no consentirá jamás, á precio de la vida de ambos, que ese hombre sea el árbitro de mi destino. Dios mio! decía oprimiéndose la cabeza, será verdad que yo me encuentre sola con el hombre que detesto?... No, antes muerta; sí, muerta mil veces: si pudiese fiar al papel lo que siente mi alma! Ah! quién pudiera volar!... seis leguas nada mas, y sin embargo, como él dice muy bien, son seis inmensos desiertos. .. Y sus lánguidos y cristalinos ojos se volvían á llenar de lágrimas.

Asi pasó dos dias antes que su hermano le previniese que escribiera á Eduardo, al cabo de los cuales le dijo:—Escribele que te espere mañana á

las cinco de la tarde en la gruta donde acostumbraban ustedes descansar cuando paseaban juntos.

Cualquiera supondrá la alegría con que Elvira tomó la pluma y escribió :

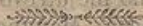
Mi Eduardo :

No puedo definir la impresión que me ha causado el pedazo de papel donde he visto los caracteres trazados por una mano amante, las expresiones de un corazón que responde al mío. Jamás creí tan poderosa la influencia de una carta. La que he recibido de ti es mi único consuelo después del día fatal en que tan súbitamente nos separaron, y no se aparta un solo momento de mi pecho. Quisiera contestar á todos los puntos que ella encierra, pero no me atrevo á fiar al papel lo que solo á tí pertenece. Mañana á las cinco de la tarde nos veremos en la gruta que fué testigo de nuestras primeras emociones, y allí no tendrá reservas quien es todá tuya.—ELVIRA.

Entre los peones habia un indiecito de diez y siete á diez y ocho años, que José habia criado, y de cuya fidelidad estaba seguro; fué este el conductor de la carta; á la que añadió aquel algunos renglones, y puso el sobre para mayor seguridad.

Fácil es de suponer cuan agitada seria para Elvira la noche precedente á su primera entrevista clandestina con el hombre que tanto amaba. Un goce nuevo se ofrecía á su alma expansiva y tierna: saborear en el misterio la fruta del árbol

vedado : ver á Eduardo á despecho de todo el mundo sublimaba el amor á los ojos de Elvira, que en alas de su imaginacion se anticipaba al placer que esperaba disfrutar en aquel anhelado momento.



de los libros, pido humildemente á mis lectores que me acompañen al lugar de la cita, donde ya está nuestra amable y respetable familia, para que pueda ir á verla por sí misma, y así se verá que no es una simple descripción de su belleza física.

XVII.

Hasta las personas que no buscan en la lectura de un libro cualquiera otra cosa que pasatiempo, encontrarán que los llevo con la velocidad de una locomotora, ó sea al vapor, y la razon es porque habiendo viajado en los caminos de hierro, he encontrado el hábito de hacerlo todo en el menos tiempo posible.

Si yo escribiese para algun diario, estaria obligado á hacer digresiones, y pintaria á mis lectores los raptos de Eduardo cuando leía la carta de su adorada; haria una descripción de su *ranchito* miserable, les contaria los paseos solitarios que hacia todas las tardes, donde recordaba desde los mas pequeños acontecimientos de su vida pasada hasta los mas grandes: la confusion de sus ideas que no le dejaba concebir ningun plan para impedir que su tesoro pasase á otras manos ect.; con lo cual llenaria un capítulo; pero como escribo solamente para satisfacer mi fantasia, consignando

do los hechos, pido humildemente á mis lectores que me acompañen al lugar de la cita, donde ya estaba nuestro mancebo recorriendo con la vista ajitada toda la llanura que mediaba entre la gruta y la casa de su celestial Elvira.

Por último, divisó á la linda amazona que con una gracia y destreza admirables hacia correr á su brioso doradillo (1) sin reparar en las zanjas ni en los gritos de su hermano que temia se precipitase.

Nada hay mas encantador, mas seductor, *plus ravissant*, que una mujer manejando un brioso corcel, por el mismo contraste de su debilidad.

El primer impulso de Eduardo fué saltar sobre su parejero y salirle al encuentro; pero temia que la signiera de lejos alguno de sus otros hermanos y moderó su ardor.

Pronto, sin embargo, llegó Elvira y apenas sofrenó el caballo se arrojó en los brazos de su primo sin articular una sola palabra. Esté la apretaba contra el pecho, y se disponia á imprimir en sus mejillas un regalado beso, cuando la presencia de José le previno que debía tener un poco de paciencia:

Quando este se apeó, Eduardo le tomó la mano con cariño y le dijo:—Nunca podré pagaros, primo generoso y querido, el servicio que me habéis hecho. Caballo de color bayo claro.

ceis proporcionándome ver una vez todavía á lo que mas amo en este mundo.

—Encuentro la recompensa en la aprobacion de mi conciencia. Escondéos en la gruta y conversad cuanto querais, mientras yo doy agua á los caballos, porque debemos retirarnos temprano para no despertar sospechas.

—Es verdad, mi Elvira, que te vuelvo á encontrar, dijo cuando se vieron solos, que te tengo en mis brazos; que son estos tus lábios de rosa, que imprimió muchos besos en ellos; que son esos tus celestiales ojos, que todavía eres miá?

—Y lo seré siempre, Eduardo, siempre, ó me matarán. No consentiré jamás en ser la compañera de una criatura que me repugna, que detesto. Al pié del altar declararé que pertenezco á otro hombre, invocaré la justicia divina y protestaré solemnemente contra las inútiles pretensiones de ese miserable.

—Oh angel mio! oh amor sublime y espontáneo!... Elvira, tu voz me alienta y me haces esperar en el porvenir: tenemos todavía dos meses para buscar un medio que haga desistir á don Carlos en sus absurdas pretensiones: mientras tanto lo más importante por ahora es que concertemos la manera de vernos todas las noches, pues no siempre tu hermano ha de estar de humor para dejarnos á solas un momento, y tu misma familia puede desconfiar si tus paseos son muy frecuentes.

—Y cómo puede realizarse semejante entrevista, si yo estoy siempre rodeada de personas de mi familia, y me verían salir?

—No tienes para que salir, mi encanto; si tú quieres hacer el sacrificio de una hora de sueño á nuestro amor, aprovecharé las sombras de la noche para verte por una de tus ventanas que dá al campo, para estar á la una de la madrugada con el bien que adoro: me negarás esta última gracia?... Puedes tú conciliar el sueño sin ver á tu amante?

—Ingrato! merezco yo esa pregunta? La alteracion de mi semblante no te muestra las ansiedades y tormentos que ha sufrido mi alma? Podria yo acaso vivir sin tí? Puedo yo negarte nada cuando te he jurado tantas veces que mi vida es tuya? Pero, mi Eduardo, yo debo considerar los peligros á que te espones en un tránsito desierto de seis leguas y la fatiga de galopar doce todas las noches; por otra parte puede alguno de mis hermanos ó de los peones verte y perdemos entonces hasta la probabilidad de vivir menos lejos.

—A esa hora de la noche todo el mundo duerme y yo dejaré el caballo á alguna distancia de la casa, y por entre los árboles es muy fácil esconderse en el caso que alguno me divisase: la misma soledad del camino me preserva de todo peligro, y no son nada doce leguas cuando se trata de pasar una hora sin testigos con la prenda

de mi corazón. Convienes mi vida?... Y la estrechaba en sus brazos.

Si las naturalezas ardientes y elevadas ocupasen el puesto que la Providencia les ha designado, si les fuese dado seguir sus instintos libremente, el mundo no presentaría tan contradictorias anomalías. Nada más horrible para una cabeza inteligente, para un alma que presiente la virtud en el amor, que tiene una idea exacta de lo bello, de lo bueno, de lo perfecto, que contempla algo de divino en lo que ama, que someterse á una voluntad estóica é idiota.

Elvira comprendía todos los peligros á que se esponía en esas entrevistas á la una de la noche; pero amaba con todo el delirio de una pasión concentrada y le dolía hacer más triste la suerte de su amante, dejándole entrever la menor frialdad en una negativa, por lo que repuso:

—Eduardo mío, yo me he consagrado á tí únicamente; cuanto tengo, cuanto poseo, mi libertad, mis pensamientos, mis afecciones, mi cuerpo y mi alma te pertenecen. Mi felicidad consiste en vivir á tu lado, en no separarme de tí un momento; ya que se oponen á esta dicha, goce yo al menos un instante de ella; sí, bien mío, nos veremos todas las noches, sin testigos, sin cuidados, sin reservas.

Elvira declamaba dominada por la fiebre; su lenguaje era divino, radiaban sus cristalinos ojos y sus mejillas darian envidia á la rosa más deli-

cada. Eduardo la apretaba contra su corazón.

—Mujer sublime, le decía, cuál sería el hombre que oyendo esa voz armoniosa y suave no cambiaría toda una eternidad de tormentos por una hora de dicha pura, de felicidad sin límites junto á tí! Cuando al considerar la horrible fatalidad que nos separa, pienso en nuestro amor, entonces me contemplo superior á toda la creación, porque tu amor me engrandece. Ah! quisiera que huyésemos, que buscásemos un lugar apartado, donde bastándonos á nosotros mismos gozáramos las primicias de un amor tan santo; pero sería insensatez! ¿qué haríamos dos seres únicamente sin recursos materiales, contra el poder de tu familia en unas soledades para mí desconocidas? Esponerte á toda clase de miserias, á la muerte tal vez en medio de un bosque habitado solo por los lobos y panteras. Recurráramos á la astucia, tal vez yo consiga que don Carlos mismo desista, y entonces tus padres vencerán su repugnancia.

—Sí, mi Eduardo, y en último caso nos queda mi voluntad. Jamas seré esposa de don Carlos.

José, para quien las horas no pasaban tan rápidamente como para los amantes, viendo que se acercaba la noche, entró diciendo:

—Creo que no se quejarán de mí, y que es ya tiempo de recojernos. Para evitar las contingencias á que nos espondría la confianza en un criado, queda convenido que Eduardo vendrá todas las tardes á la gruta, y tendrá paciencia cuando

vea concluir la tarde sin vernos, porque nosotros solo vendremos en los casos que fácilmente se ofrezca, sin manifestar muchos deseos que puedan despertar sospechas.

Ambos amantes agradecieron cordialmente al buen José, y habrían deseado prolongar la visita; pero se cenformaron por no abusar de su generosidad.

Cuando Eduardo ofreció sus manos á su amada para montar á caballo, le dijo al oído:—Hasta la noche mi bien,—hasta la noche, contestó dulcemente Elvira, que partió al paso y mirando para atrás hasta que se perdió de vista su querida gruta, donde quedó el desconsolado amante entregado á sus meditaciones.

no cogió la tarde sin verlos, porque los
 solo quedamos en los brazos que fuéramos
 ófices, sin manifestar muchas de esas cosas
 de que se sospecha. Como sea con tal
 Al cabo de algunos días se volvió a
 don José y habíale de ir a verle en la
 pero se rehusaron por no pensar de su gene-

XVIII.

Cuando Eduardo volvió a su casa
 para mostrarle a su hijo el día de
 cuando iba — hasta la noche siguiente.

Es una verdad incontestable que las circuns-
 tancias de la vida ejercen una poderosa influen-
 cia en los procederes humanos. Todo el que ha-
 ya tenido una existencia agitada verá el dedo de
 Dios en la mayor parte de los acontecimientos,
 por menos ortodoxo que sea.

Eduardo había hecho un juramento sagrado
 sobre la cruz bendita que un ministro de la reli-
 gion puso en la frente de su adúlterina hija, y
 Dios no consentía el perjurio, porque la justicia
 divina es silenciosa y lenta pero infalible: el
 mancebo comenzaba á concebir esta verdad y la
 combatía con toda la fuerza que le daba su acen-
 drada pasión.

Pocos días faltaban para la realización de la
 boda con don Carlos, y los amantes no habían de-
 jado pasar una sola noche sin que tuviese lugar
 la peligrosísima entrevista que habían convenido.

Las primeras noches Elvira hablaba con su

primo desde la ventana; sus manos enlazadas, sus espíritus unidos, y lo único que solía interrumpir sus dulces coloquios, era algun ardiente beso; pero las heladas eran muy fuertes, Eduardo sucumbia al cansancio de una vida tan activa y al peso de las cavilaciones producidas por la idea de ver muy pronto en los brazos de su rival la criatura que mas amaba en el mundo, porque aunque recordaba con placer á Elena, conocia que las sensaciones que esta despertára no partian del alma; su tristeza y el amor, en fin, vencieron el pudor de Elvira, que concluyó por consentir que entrase por la ventana y que los coloquios tuviesen lugar en el sofá.

Desde entonces se prolongaron las audiencias, y muchas veces los primeros albos de la madrugada vinieron á sacarlos del delicioso éxtasis en que se encontraban, esponiéndolos á ser sorprendidos y á perder la vida tambien.

Al mismo tiempo que se hacian los aprestos en casa de Gonzalez para la recepcion de la novia y que la familia de Mello apuraba la medida de los razonamientos y de las amenazas para disponer á Elvira, se anunciaron unas carreras á catorce leguas de allí.

En el Rio-grande, como en la Banda oriental, es esa la fiesta mas espléndida y que mas arrebatá á los habitantes de las ciudades, á los diseminados por la campaña, que emprenden jornadas de tres y cuatro dias para asistir á ellas.

Fué despues de una de esas festividades, y ocho dias antes del fijado para las bodas de Elvira y Gonzalez, que tuvo lugar la escena que se va á referir.

Enardecidos con las apuestas los Mellos y don Carlos Gonzalez, se retiraron á una estancia vecina con algunos amigos, donde se disponian á pasar la noche jugando y bebiendo, para ponerse en marcha al dia siguiente.

Eduardo habia concurrido á las carreras, donde se encontró con don Carlos; pero no vino á la espresada estancia al mismo tiempo que los demás.

Las doce de la noche serian cuando se presentó este. Nadie se apercibió de su presencia, seguia el juego y rodaban los vasos de aguardiente.

Como debian hacer una larga jornada al dia siguiente, se preparó un asado con cuero (1) que vino á las dos de la madrugada.

Eduardo no sabia jugar, ni tenia dinero bastante para responder á las paradas que se hacian; de modo que estuvo toda la noche contemplando la carpeta, precisamente enfrente de su rival, á quien dirijia de vez en cuando unas miradas harto espresivas, con lo que se exasperó mucho el mal carácter de Gonzalez.

(1) El asado con cuero es la vianda favorita de la gente del campo: consiste en asar la carne con la piel, despues de preparada de un modo particular.

17 Parecía escusado advertir que en las campañas de esos países es mas facil encontrar á un hombre sin sombrero ó sin botas, que sin puñal; por lo que las mas pequeñas disputas concluyen por lo jeneral trájicamente.

Ya se ha mencionado que rodaban los vasos de aguardiente, debe agregarse que todos estaban muy exaltados cuando se formó el círculo al rededor de la hoguera donde estaba el asado; manifestaban ruidosa alegría y masticaban con buena disposición los que habian ganado, y mal humor é inapetencia los que habian perdido; en la fila de estos se encontraba don Carlos, cuyo carácter doblemente agriado por la presencia de Eduardo, le obligó á proferir algunos sarcasmos indirectos que ofendieron profundamente al último.

18 Viéndole tan fuera de si, uno de sus compañeros tomó el vaso de aguardiente y gritó con toda la fuerza de sus pulmones. — Señores, á la salud de la mujer más bella que hay en toda la provincia, y del hombre feliz que será su esposo: viva Doña Elvira Mello y don Carlos González, *hurra! hurra! hurra!* A cuya esclamacion todos contestaron, pues hasta Eduardo empinó el vaso.

19 Cada uno de los concurrentes hizo un *toast* en alusion á las proyectadas bodas.

20 Cuando llegó la vez de Eduardo se resistía á proponer ningun brándis, pero le obligaron tanto con bromas y gracejos que no pudo menos de aceptar la palabra que le daban.

Su fisonomía revelaba los rudos combates de su alma, latía el corazón con violencia y su mano podía apenas sostener el vaso. Iba á jugar su porvenir ó su existencia lanzando en una rueda de amigos de Gonzalez el mas insultante sarcasmo que puede arrojarse á un hombre orgulloso.

Tomó el vaso, y poniéndose de pié dijo: —Señores, á la salud de los que se casan para legitimar hijos ajenos.

Mas veloz que un tigre se lanzó don Carlos sobre Eduardo, que no tuvo tiempo para defenderse y le clavó hasta el cabo todo su puñal en el pecho.

José vino á su defensa, y trabóse un reñido combate.

Entre los habitantes de la campaña, existe un convenio tácito que ha tomado fuerza de ley por la costumbre, y nadie infrinje sin grandes riesgos: cuando háy igualdad física y la causa es justa no deben separarse los combatientes. Todos los que estaban allí presentes eran amigos de Gonzalez, incluso los Mellós; pero el primero habia cometido una acción muy vil y degradante á los ojos de sus mismos amigos, habia asesinado á Eduardo sin darle tiempo para pelear, de manera que era justa la defensa de cualquiera que se presentase. Al mismo tiempo eran amigos de José Mello tambien: ambos tenian reputacion de valientes, por consiguiente dejaron que el cuchillo decidiese aquella cuestion.

Poco tiempo hacía que se estrechaban con igual furor los dos combatientes, y ya José había perdido mucha sangre en una herida que recibió en el hombro izquierdo, lo que inutilizaba la defensa del poncho. Animado con esto Gonzalez se venia encima con mas ardor y ceguedad, la misma que le perdió, pues evitó José un golpe que le tiró á la cara, inclinándose y le escondió debajo del brazo su puñal hasta el pomo, con lo que cayó su furioso adversario. Tres horas despues era cadáver.

Condenamos enérgicamente el brindis del desventurado Eduardo, presa sin duda de un atroz delirio; pero lamentamos el trájico fin que le depa-
ró la fortuna.

Este hombre, de un carácter suave, cuyo crimen consistia en su sensibilidad, habria hecho la felicidad del ángel que amaba y de quien era amado, si un sórdido interés no le hubiera precipitado en la desesperacion. Y si al menos hubiese concluido con la tragedia que se acaba de referir! Si no hubiesen participado de su horrible suerte hasta los mismos que contribuyeron á precipitarlo!...

Al día siguiente los Mellos dieron sepultura al cadáver de su primo y tomaron el camino de su estancia. Los amigos de Gonzalez colocaron el cuerpo de este sobre su propio caballo y lo llevaron á sus padres, á quienes refirieron todo lo sucedido.

Por el tiempo había que se acostumbraban con
igual furor los dos combatientes, y veíanse de
pueblo en pueblo sangrar en una batalla que se
en el momento expirando, lo que inutilizaba la de-
fensa del pueblo. Aunado con esto, temíanse
venía en una con una arbor y se quedaba, la mis-
ma que lo pueblo, pues evitó los un parte que
fue á la parte, inutilizando, lo que era el objeto
del brazo su parte, con lo que
hay en un momento. Los otros, después
de haberse

XIX.

Diderot dice que las mujeres llevan el amor, los celos, el ódio, la superstición y la cólera, á un punto que el hombre no experimenta jamás, y es en esos momentos que ellas asombran: bellas como los serafines de Klopstok, terribles como los diablos de Milton.

Uno de estos últimos parecía la señora doña Juliana Gonzalez, desde el día que recibió el cadáver de su hijo que hizo embalsamar y conservó insepulto sobre la mesa principal de su sala.

Todos los días lo mostraba á su marido para escitarlo á la venganza, y este la exhortaba todos los días para que moderase su rencor, perdonase á sus enemigos y diese sepultura á su hijo. No había razones para semejante vivora, y en vez de preces por el alma de su hijo pronunciaba los más horribles juramentos de venganza. En medio del delirio histérico que la dominaba, decía á su ma-

rido á cada minuto, no daré sepultura á mi hijo en cuanto no se verifique mi venganza : venganza y maldicion sobre la familia de Mello, sobre los asesinos de mi hijo!

He ahí el estado á que condujo á esas dos familias, ligadas únicamente por el oro, un interes mezquino que les arrebató á ambas fortuna, honor y tranquilidad, dejándoles en su lugar el luto y la desolacion.

*Honour for weath; and oft that wealth death cost
The death of all, and altogether lost.*

SHAKESPEARE.

Elvira que era un serafín de Diderot, que era la estremidad opuesta de doña Juliana, no podia sobrevivir á la muerte de su amante. Concentró en su corazon su dolor : le era vedado demostrarlo siquiera, porque su familia la acriminaba tambien : ella era la manzana de la discordia, y esta consideracion la obligaba á sofocar sus gemidos. Pero no debian parar ahí sus padecimientos y desgracias.

Elvira llevaba en su seno el fruto de su amor sublime y desdichado.

La pluma se resiste á trazar tantos infortunios; bien quisiera halagar la imaginacion de mis lectores con palabras mas armoniosas, con acontecimientos mas placenteros; pero

*En vano pido al cielo la grata melodia,
del bardo á quien asiste sublime inspiracion :*

*la mente no concibe palabras de armonia
cuando en el pecho un cáncer devora el corazon.*

Soy naturalmente dado á la melancolia, y me entretengo por eso en recordar aquellos acontecimientos que mas cuadran con mi estado normal.

Sin embargo, tengo fé de que hallaré algunas simpatias entre mis amigos y amigas, sobre todo de algunas que están en mi imaginacion, cuando hago este llamamiento á sus afectos, porque participan conmigo de la opinion de Mr. Musset.

*Les moissons pour murir ont besoin de rosée
Pour vivre et pour sentir, l'homme á besoin de pleurs.*

Y bien amargo fué el lloro de Elvira, de esa *sensitiva* que el huracan arrancó de su tallo, al contemplar que sus amores habian tenido la duracion de un meteoro fugitivo! Bien caro pagó el haberse dejado mecer por el aura de una felicidad mentida!

Pasados algunos meses, durante los cuales la familia de Mello luchaba con los remordimientos por la muerte de su sobrino y la desgracia y deshonra de su hija, la de Gonzalez concertaba todos los medios para efectuar su venganza, y tuvo lugar un acontecimiento por extremo notable que nos recuerda las contiendas feudales de la edad media.

Mientras la familia de Mello lamentaba su ceguera y egoismo pasado, doña Juliana habia persistido en negar sepultura al cadaver de su hi-

jo, escitando á su marido á la venganza con su presencia. Por último, hecho pedazos el corazón de Gonzalez con aquel espectáculo, autorizó á su esposa para que obrase como mejor le pareciese con la condicion de sepultar á su hijo. Entonces fué cuando desplegó toda su actividad esta furia, redujo á dinero cuanto ganado pudo, hizo amansar caballos para montar quinientos negros, vendió los esclavos que no le servian para su empresa, compró armamento de todo género y municiones.

El mismo dia que se enterró el cadaver, reunió á los quinientos negros, les repartió un sable, una tercerola y un cuchillo de monte á cada uno diciéndoles:— Jurad sobre el cadaver de vuestro amo que no dejareis viva una sola persona de la familia de Mello, y despues que se realice esta venganza sereis libres todos. Los negros respondieron con los mas horrendos alaridos gritando:— *Venganza, maldicion sobre la raza de Mello.*

Esperaron á que llegase la noche.

A horas en que todos dormian se puso en marcha esa columna de destruccion con achas encendidas, por lo que parecia un rejimiento de demonios.

Al frente marchaban don Severino y doña Juliana vestida de hombre y armada hasta los dientes (que afilaria sin duda). El primero llevaba la frente inclinada y algunas lágrimas rodaban por sus mejillas. La segunda hacia brillar sus ojos al

resplandor de las antorchas como el tigre cuando se prepara á lanzarse sobre una presa indefensa y segura.

En muy poco tiempo se encontraron enfrente de la casa de Mello: se aproximaron con precaucion y pusieron fuego á los cuatro ángulos, preparando las armas.

Un viento Sud algo recio dió impulso á las llamas, y en pocos instantes se comenzaron á oír los mas espantosos gemidos, y se vieron salir en confusion á los que sobrevivieron.

Los esclavos de la estancia, armados de palos, picas, achas, hoces y algunas escopetas vinieron á la defensa de sus amos, y trabóse una sangrienta batalla.

—Muerte y esterminio á la familia de Mello!... era el grito que ensordecia el espacio; con lo cual dos de estos comprendieron de donde partia aquel golpe inhumano y traidor, y animaban á sus esclavos á la pelea. Dos hemos dicho, porque fueron los únicos que con Elvira escaparon del incendio, los demas todos perecieron.

Duró esta sangrienta carnicería hasta los primeros albores del nuevo dia.

José Mello que habia visto el poder de sus adversarios y conocia por lo graneado del fuego que estaban bien armados y municionados, mandó ensillar los mejores caballos y con una docena de negros escojidos ganó el monte antes del dia con su hermano y Elvira, encargando á todos los de-

mas que se sostuviesen hasta el último trance.

En efecto así lo hicieron, pero cuando la primera luz les mostró el número de sus adversarios y la superioridad de sus armas, se pusieron en fuga con la mayor confusión, internándose en los bosques.

Doña Juliana se gozaba en su venganza, pero ignoraba hasta adonde se habia estendido, de modo que inmediatamente hizo remover las ruinas y pudo contar los cadáveres de los dos padres, dos hijos y algunas criadas. De allí se fué á recorrer el campo con la esperanza de encontrar á los otros, pero de esta vez no solo no quedó satisfecha sino que creció su ira, porque el único cadáver blanco que halló fue el de su desventurado esposo, que habia recibido un balazo en la frente.

Con este nuevo espectáculo avivó la saña de los negros, á quienes hizo dueños del rico botin que allí encontraron, exhortándolos á la persecucion de los tres que se habian salvado.

Hacia poco tiempo que se diera el grito de Independencia en las Provincias-Unidas del Rio de la Plata, y en su consecuencia hormigueaban en todas direcciones por las inmensas llanuras de este lado del Uruguay, grupos de fuerza armada, ya dependientes de los revolucionarios, como de los imperiales que comenzaban sus maniobras para la ocupacion que vino despues.

Esta circunstancia favoreció los instintos sanguinarios de doña Juliana, que á fuego y acha

perseguía los restos de la familia de Mello. Estos consiguieron reunir mas de doscientos negros, y todos saben la facilidad con que se encontraban caballos en aquella época. Sin embargo, no pudiendo presentar batalla á la de Gonzalez, siempre estuvieron obligados á viajar de noche y descansar de dia con el intento de ganar el territorio vecino, donde pensaban incorporarse á alguna de las partidas que lo inundaban y proveerse del armamento necesario.

En efecto así lo practicaron incorporándose á una division de un teniente de Artigas que se encontraba en la frontera del Yaguaron.

Con esta medida se puso á raya la audacia de los Gonzalez que establecieron su campamento de este lado del rio, levantaron parapetos poniéndose á la defensiva como podria hacerlo el ejército mas disciplinado.

Los Mellos trabajaban con gran empeño para conseguir auxilios con el objeto de batirlos, pero el gefe oriental se negó siempre: primero, por no distraer sus fuerzas, y segundo por recelos de que fuese alguna celada.

Permanecieron de este modo por algun tiempo hasta que la fortuna, que todavía no se había cansado de ser ingrata para los Mellos, proporcionó á sus adversarios una coyuntura para darles el último golpe.

Y Elvira? preguntarán los que se hayan interesado por esta virgen infortunada.

Elvira se consumia lentamente, y para cúmulo de infelicidad se aproximaba el instante del parto. Su hermano José la prodigaba toda clase de cuidados, pero nada era bastante para consolarla, llorando siempre y devorada por una profunda melancolia, reprochándose los males que habian traído á su familia sus desventurados amores.

La agitacion de una vida errante y cercada de peligros, las heladas y los ardores del sol destruyeron en poco tiempo su belleza, y una enfermedad mortal jermínaba en su pecho.

En este estado se encontraban las cosas cuando el teniente recibió una órden para dejar un destacamento en la frontera y marchar con el grueso de la division á incorporarse al ejército. Los Mellos quisieron seguirlo, pero al teniente no le convenia, porque de este modo hacia mas respetable la fuerza que dejaba. Tuvieron pues que resignarse y permanecer allí.

Es indescribible el placer con que vió esa manobra aquella pantera cuya sed de sangre se habia aumentado por el obstáculo que encontrára. La fuerza, sin embargo, de que la gente de Mello formaba parte, equilibraba la suya, de manera que no podia aventurarse á atacarla lealmente. Era preciso una sorpresa, la que pronto tuvo lugar por medio de una combinacion infernal.

Una madrugada las centinelas avanzadas de los Mellos anunciaron un movimiento en el campamento enemigo. Al instante estos se adelantaron para observar la direccion que tomaban, y vieron con sorpresa que se alejaba de aquel lugar con la aparente intencion de no volver, pues demolieron los parapetos y deshicieron los corrales etc. Sin embargo, redoblaron la vigilancia temerosos de alguna traicion. Mas de quince dias se pasaron en esta expectativa y no apareció el menor sintoma que pudiese alarmarlos.

Mientras tanto la Gonzalez habia vadeado el rio y se les habia colocado á retaguardia sin ser sentida. En esa posicion se mantuvo en acecho hasta que una noche se le presentó la coyuntura de repetir la terrible escena con que comenzó su venganza.

Cuando ella finjió su retirada, ordenó á cinco

de sus mas sanguinarios esclavos que se ocultasen en el monte, y dos dias despues se presentasen en las filas de Mello bajo el pretexto de haberse huido, porque su ama volvia al Brasil, donde temian ser vendidos. Esta declaracion despertó algunos recelos al principio, asi que no se les permitia ningun contacto con la familia, y hasta les tomaron las armas, destinándolos á carnear y cuidar el ganado.

El plan concertado era que tan pronto como pudiesen pondrian fuego á las tiendas, con especialidad á la que ocupaban los Mellos, y á esa señal caería sobre ellos la caballeria.

No se hicieron esperar los negros, cuya primera operacion fué asesinar al centinela que custodiaba el costado por donde debía atacar la sanguinaria mujer. En seguida incendiaron algunas tiendas y entró la confusion. Escasamente tuvieron tiempo de montar en pelo para pelear con un enemigo que no esperaban y que nadie, á escepcion de Mello, conocia. José, con la sangre fria que le era característica, agarró á su hermana, la puso en uno de sus mejores caballos, que á precaucion siempre estaban ensillados, montó en otro y trató de salvarse antes que amaneciese, seguro como estaba de que á ellos sería á quien mas buscarse su encarnizada enemiga.

Mas ay! fueron vanas las tentativas: estaban rodeados por todas partes, las balas se cruzaban en todas direcciones con mortifero silbido, y el

estruendo de los sables, mezclándose con los alaridos de los negros, aumentaba la confusión producida por el fuego. Por una parte el ay! prolongado y dolorido de los moribundos, por otra las blasfemias de los que abrazados luchaban disputándose el último golpe.

José buseó á su hermano y lo encontró, reunió algunos valientes, entre los que se contaban algunos oficiales, y les propuso romper la muralla de sables y arcabuces que les oponia aquella furia infernal.

La idea de la propia conservacion redobló el coraje de todos, y atacaron con denuedo á doña Juliana, consiguiendo el objeto que se habian propuesto con la pérdida de algunos. Un grito formidable se dejó oír al momento. Los negros vieron á una mujer entre los que se habian salvado, indicio cierto de que los Mellos iban en el grupo. Instantáneamente se pusieron en persecucion de ellos la mayor parte, tiroteándolos y arrojándoles las bolas. (1) Algunos se vieron caer, y entre ellos el hermano de José.

La distancia que mediaba entre los vencidos y los vencedores no pasaba de un tiro de pistola, por lo que iban muy hostigados. José preservaba á su hermana de las bolas con su poneho, pues esta es el arma mas terrible para un hombre en

(1) Arma arrojadiza compuesta de tres esferas de bronce ó piedra, del tamaño del puño, envueltas en piel de vaca y sujetas por tres cordeles á un centro comun.

derrota. Gracias á la bondad de los caballos la distancia aumentaba por momentos, y hubieran escapado de una vez á la saña de sus perseguidores si un balazo en una pierna no hubiese inutilizado el caballo de José.

Un grito de alegría se levantó por los aires cuando le vieron caer, y ya se disponían á ultimarle cuando aquel con una velocidad admirable saltó en las ancas del caballo de Elvira y continuó á toda brida.

En un instante de reposo, y mientras sus enemigos comían, José pudo hacerse con un caballo y continuó su marcha precipitada.

De este modo, y siempre seguidos de cerca, atravesaron los rios Tacuary, Pardo y Cebollaty en el periodo de una semana; corriendo á la ventura, alimentándose de carne mal asada, y velando el sueño ajitado de su pobre hermana, á la ribera de los arroyos, debajo de los árboles ó al raso segun les permitia la distancia que los separaba de la horda salvaje que habia jurado su esterminio.

Ya José y sus cuatro compañeros comenzaban á desmayar: el primero sobre todo temia á cada instante por la vida de su hermana en visperas de dar á luz un inocente que participaria del odio, causa de su desdicha, cuando un incidente afortunado vino á cambiar las cosas por el momento. En las inmediaciones de la India muerta se encontraba el campamento de una division

Oriental, y esta fue la que á ruego de los oficiales que acompañaba á Mello, batió á doña Juliana y la obligó á retirarse, jurando siempre proseguir su venganza en cuanto tuviese ocasion y medios para llevarla á cabo.

Mello habia perdido todo: no les quedaba mas prenda que el solitario de brillante que sacó del dedo de Eduardo y entregó á su hermana cuando la muerte de este; de modo que no podía realizar el pensamiento de embarcarse para la córte, donde le seria facil cambiar su nombre y buscar algun pariente que lo socorriese. Por el momento se acomodó á Elvira en un rancho de unas buenas mujeres, donde se le prodigaron toda clase de cuidados. La pobre víctima se sentia morir: ya se ha dicho que las fatigas, los sobresaltos, la falta de alimentos y de abrigo á que la espusieron la tenacidad y rencor de la mujer que habia ocasionado su desgracia, habian destruido su salud notablemente, de modo que ninguna esperanza habia de que sobreviviese al parto.

Dios lo dispuso de otro modo: Dios quiso que Elvira sobreviviese para dar los primeros alimentos á su hijo, para que este creciese y acabase de espiar los crímenes de su padre.

Aquí la razon se espanta, el corazon vacila ante esa ley que pesa sobre mas de una generacion, que condena al hijo inocente por los crímenes de sus padres; pero es preciso inclinarse con fé cristiana ante ella, porque es una ley divina.

Elvira se conservó á su hijo para quien únicamente habria deseado vivir.

Poco tiempo despues del nacimiento de este la familia con quien vivia dispuso pasar al Departamento de Maldonado y convidaron á Mello: este aceptó con la esperanza de realizar mas facilmente su proyecto de ir á la Corte Imperial.

XXI.

Si alguna vez he deseado ser poeta, poseer ese lenguaje sublime y armonioso, por medio del cual se comunica el alma con la divinidad, es sin duda en este momento que me propongo describir el fin de la desventurada Elvira. Además de carecer del poder descriptivo que dá el hábito de escribir, debe considerarse que la mayor parte de estas líneas han sido trazadas debajo de la sombra de una manguera, á la margen de un cristalino arroyo, al son del quejido lastimero de una torcaz, ó del melodioso trinar de un gaturama; bajo impresiones diferentes; contento unas veces, dominado otras por una abrumante melancolía, columpiándome algunas muellemente en una amaca suspendida en dos aromados naranjos

y contemplando la diamantina luna; otras para desterrar el hastío en las ardientes horas del sol, otras combinadas al son del casco de mi caballo galopando por una llanura desierta y acariciada mi frente por la tibia brisa de la tarde, y estas en el camarín de un frágil barco combatido por la tormenta, y al compás del silbido de los encontrados vientos y al áspero rugido de las olas, frente á frente con la inmensidad y ajitada el alma por lúgubres reminiscencias.

Quien no haya vertido una lágrima sobre el cuerpo helado de una persona querida, quien haya gozado tranquila y apaciblemente de la existencia, hará bien de pasar por alto estas líneas, porque difícilmente podrá comprenderlas.

Era una noche brillante y serena, la luna derramaba sus plateados reflejos sobre el dormido mundo: el sonido de las campanas de las iglesias anunciaba la pausada *una*. Las aguas de la bahía de Rio Janeiro lamian plácidas y serenas las blanquecinas playas ó los negros escollos, y solo turbaba el silencio de la noche los remos de una ballenera que, á compás, quebraban el líquido elemento. Esta se habia desprendido del negro casco de una goleta que todavía tenia sus paños sueltos y parecia venir de un dilatado viaje.

No se veian en la popa mas que dos grupos: un hombre con una mujer en los bravos, y una mujer con una criatura en los suyos.

Ninguno de ellos articulaba una sola palabra.

El hombre era José Mello, la mujer que iba en sus brazos era Elvira muerta.

Murió Elvira cuando todavía la vida guardaba misterios para ella, se agostó en flor aquel ángel tierno cuyo único pecado fué amar con fuego santo. Se apagó como una lámpara al soplo de las pasiones, cuando recién comenzaba á dar los primeros pasos en el camino de la vida.

Elvira era una de esas organizaciones que el mas ligero soplo abate, de esas organizaciones que no conciben mas que una pasion y á ella succumben por ser demasiado grande: habiendo visto destruido en poco tiempo el monumento de amor celestial, de dicha suprema que la grandeza de su alma sola le habia formado, la existencia se hizo una carga para ella, á pesar de las exhortaciones de su hermano que le hacia ver que aun existia un lazo misterioso que la ligaba á la tierra, que la mandaba vivir, y ese lazo era su tierno é inocente hijo. Todo fué en vano. Se cumplió su mision terrena y voló á ocupar un asiento al lado del trono del Señor.

Cuando llegaron á la playa, una red recibió los preciosos restos de Elvira encaminándose hácia una calle muy estrecha; pocos minutos despues se detuvieron delante de una casa de humilde apariencia, de donde salió un sacerdote á recibirlos.

Este sacerdote era un padre de la compañía de Jesus que en su tránsito del Paraguay se demo-

rára en Rio-Grande donde conoció á Elvira de cinco años y se habia ligado en estrecha amistad con Mello. Este sacerdote es el mismo padre Carvalho que se encargó de la educacion de Alberto y á quien hemos visto prodigarle todos los cuidados de un padre estremoso y tierno.

José le refirió todas sus desdichas y los peligros á que estaria espuesto su sobrino si aparecia con su verdadero nombre, razon porque se estipuló que tomaria el apellido de Carvalho y pasaria Mello por su hermano.

Hemos visto cómo conservó ése digno sacerdote el misterio que no se hubiese revelado jamás sin ese dedo invisible que es el que dispone á su alvedrio los acontecimientos humanos.

Su mismo hijo no supo nunca el apellido de su madre, porque cuando una vez cada año iba á llevar un ramo de ciprés á la urna funeraria donde reposaban sus cenizas, no vió en el epitafio grabado en ella sino estas palabras:

*Iba á tocar la tierra con su planta,
pero vió sus espinas, y á los cielos
cual cándida paloma se levanta. (1)*

(1) J. M. Cortés.

de un libro de historia natural, donde se describe la vida de los animales y se habla de las costumbres de los pueblos. Este libro es el mismo que se ve en la biblioteca de la casa de don Juan. En él se ve que los animales son muy curiosos y que los pueblos tienen muchas costumbres diferentes.

Desearia estar, ó en un paraje que pudiera observar por la fisonomía de mis lectores la clase de impresion que les causa la lectura de los capítulos que preceden, ó en su conciencia.

Si les fastidia, pueden dejar el libro de la mano, pues sabiendo quienes son Alberto y Adela, y conociendo que está prohibido el matrimonio entre hermanos como incestuoso, fácil es suponer el desenlace; si por el contrario, les ha podido inspirar algun interés, y por consiguiente desean informarse de la manera como se descubrió el misterio, téngan la bondad de acompañarme algunos minutos mas.

La misma tarde del casamiento de Adela y Alberto la señora doña Elena, con esa curiosidad que ha hecho perpetuar el pecado hasta el infinito, se puso á examinar el regalo de boda de Adela.

Cuál fué su sorpresa cuando le cayó en las ma-

nos el mismísimo solitario de brillante que ella puso en el dedo de Eduardo el día de su separación para no volverle á ver mas!

Su hija apercibió su emoción por la palidez de su semblante y la espresion de sus ojos.

—Qué teneis, madre mia? Palideceis!

—No es nada, hija mia, no es nada; la vista de este anillo ha turbado mi razon... Una coincidencia singular... Yo tuve un anillo semejante, al cual daba mucho aprecio, y lo perdí hace algunos años; lo que llama mas mi atencion es que tiene las cifras con que se designa mi nombre como tenia el mio. Tu marido no te ha hecho especial mencion de este anillo?

—Sí, señora, me ha dicho que él vale por todas las demas alhajas porque es la única herencia de su madre, de quien ni siquiera el nombre conoce.

—Raro acaso!

—Por qué os entristece, mamá querida, esta casualidad? Bien podria ser que vos le perdiéseis, y la persona que lo encontró lo vendiese á la familia de Alberto. Tendrá doble mérito á mis ojos.

—Tienes razon, hija mia.

Elena comenzó á cavilar: hermanó entonces la coincidencia de la impresion que le causara la semejanza de Alberto con Eduardo la primera vez que le vió, la de pertenecer á una familia del Rio Grande, en donde tenia parientes el último, y á donde se dirigió tal vez, y una idea fija se grabó

en su mente: «Alberto era hijo de Eduardo.»

Era imposible que viviese tranquila con semejante idea.

Inmediatamente pretestó necesidad de ir á la ciudad, y se fué á casa del padre Carvalho.

Cuando se encontró á solas con el reverendo padre, le dijo:

—Vuestro misterio, señor, ha hecho la desgracia de dos criaturas inocentes. Adela es hermana de Alberto Mello.

El padre se quedó petrificado.

—Cómo sabéis el apellido de Alberto?

—Ah! Luego es cierto? Dios de bondad! Para esto me conservásteis la vida? Qué castigo tan severo por un momento de olvido! Por qué hacéis recaer, Dios mio, sobre la cabeza inocente de mi hija el anatema que á mí solamente debiera anonadar? Cómo lo sé, decís? El instinto me lo ha revelado demasiado tarde... apresuraos á negármelo... tal vez mi sospecha nace de una simple casualidad... Dadme á conocer la procedencia de Alberto... Decidme que no se llama Mello, señor: volved la paz á mi alma, por piedad!

—Moderaos, señora, un momento; dejadme recobrar de tan inesperado golpe. Vos dais á Alberto su verdadero apellido, y esto me sorprende: le llamais hermano de Adela, y esto me sorprende aun mas, porque no encuentro la afinidad que puede existir entre vuestra hija, que jamás ha sa-

lido de aquí, con Alberto que nació en un pueblo de la campaña oriental.

El padre ignoraba que Eduardo hubiese venido al Janeiro.

—Sabeis, por ventura, de dónde procede el anillo que Alberto heredó de su madre?

—Sí, lo sé; esa es la única prenda que la desventurada Elvira conservó de su primo Eduardo Mello.

—Su primo Eduardo Mello habeis dicho?

—Sí, su primo Eduardo Mello, padre de Alberto. Y le refirió cuanto sabia acerca del nacimiento de este.

—Adios esperanzas! Adios ventura para mi pobre hija. No me queda la menor duda.

Entonces Elena cayó de rodillas, y reveló al sacerdote sus extravíos.

Hay situaciones que es muy difícil describir; así que la pluma se detiene y el pensamiento fluctúa sin encontrar expresiones que patenticen la expresión de dolor de aquella madre infortunada al considerar la estension del castigo divino: la del padre Carvalho que, apoyada su rugosa frente entre sus manos, buscaba los medios que pudiesen volver la paz á aquellos dos corazones virtuosos é inocentes.

Elena se deshacía en lágrimas y se ahogaba en sollozos.

Por último el sacerdote rompió el silencio y dijo:

—Vamos, señora, á vuestra casa.

Cuando llegaron á la hacienda, el padre Carvalho se encerró en el cuarto de su protegido, y le dijo:

—Alberto, hijo mio, por la primera vez voy á hablarte de tu nacimiento; y cuando sepas la horrible historia que lo precedió, justificarás el misterio que ha contribuido á tu desventura. Es preciso que te revistas de resolucion y entereza, que te acuerdes que eres hombre, y que tus sufrimientos han sido necesarios para la redencion de los extravíos de tus padres.

Alberto escuchó entonces con religioso silencio los acontecimientos de su familia, cubriéndose de vez en cuando de lágrimas sus ojos.

Cuando el padre concluyó, se aproximó á él y abrazándolo continuó:

—Y si al menos hubiesen concluido las desdichas de tu familia con tu nacimiento? Pero faltaba todavía uno de los criminales, y la justicia de Dios se ejercita sobre los mas caros afectos del alma. Ese mismo hombre, del cual conoces la parte que te corresponde, habia estado antes aquí, y aquí cometió un crimen mas aleve, mas premeditado que el que le ocasionó la muerte y acarreó la ruina y la desolacion de todas las personas que le rodeaban: aquella criatura era sin duda uno de esos seres predestinados para el mal, cuyo contacto infesta y se trasmite de generacion en generacion; una de esas plantas parásitas que

dan muerte al árbol que les dá arrimo; ese mismo hombre tuvo una hija, y esa hija, Alberto, es preciso que recibas la herencia de tu padre, esa hija es tu esposa.

El sacerdote estrechó en sus brazos al desventurado jóven que desfalleció en ellos. Cuando se recobró, tenia el corazon oprimido y la vista estraviada; mas de un cuarto de hora habia pasado, y su lengua no podia articular una sola frase.

El sacerdote bañaba su rostro con sus lágrimas: Resignacion y conformidad religiosa! le decia, resignacion, Alberto mio!

Por último, los ojos de este se llenaron de lágrimas, y con acento de marcada desesperacion esclamó:

—Yo soy hermano de Adela!... É inclinó la cabeza sobre el pecho. Hizo un violento esfuerzo para desembarazarse de los brazos del sacerdote gritando:

—La muerte! la muerte! No me resta mas salvacion que la muerte. De qué sirve la vida sin esperanzas, sin ilusiones! De qué sirve un legado de criménes y decepciones, cuando el corazon es virtuoso y noble? Por qué no me ahogó mi madre al nacer? Dios mio! dejadme morir... Padre mio, salvad con mi muerte á Adela: que no la manche yo con la infamia del incesto, y que viva para otro hombre que la haga feliz: yo soy su hermano! Ah! Este dulce título es una maldicion para mí.

—Alberto! Resignacion y conformidad religio-

sa!... Lloro, sáciate en el dolor, nada mas justo! En cuanto á Adela se le ocultará la verdad pretestando un viaje y despues le daremos la noticia de tu muerte, porque tú estás muerto para ella, hijo mio.

—Y con qué pretesto me alejaré yo de ella tan súbitamente?

—Dejadlo todo á mi cuidado. Hoy mismo debes tú venir conmigo á la ciudad y en la primera ocasion partirás para Europa: allí el estudio y el bullicio de un mundo mas activo cicatrizarán las llagas de tu corazon, y quizás luzcan aun para tí dias felices: allí todas las vias están abiertas para tí, la literatura, la política, las artes liberales, todo, todo te brinda un ancho campo donde ocupar tu imaginación: el amor mismo tal vez te reserva goces nuevos siempre que te acompañe en ellos la virtud. Aguardame aquí, prepara tu ánimo para la cruel despedida, mientras voy á disponer á Adela.

—Confío, señor, en vuestro tino y sabiduria; preservad á ese ángel de ternura de las agonias que devoran mi alma.

En efecto, el sacerdote se encaminó al cuarto de Adela á la que encontró desmayada en los brazos de su madre. Elena habia revelado todo á su hija.

Inmediatamente se volvió adonde estaba Alberto y le dijo.—Vuestra madre ha desconcertado mis planes: Adela sabe todo y está desmayada

en sus brazos : aprovechad esa oportunidad para evitar nuevas escenas dolorosas , partamos al momento.

Alberto parecia un autómeta, por lo que se dejó conducir como una criatura.

Despues de muchas y violentas convulsiones Adela permaneció algunas semanas en delirio con una fiebre espantosa que hizo temer por su existencia ; pero pronto se restableció , dominada siempre de una cruel melancolía y sujeta á violentos ataques nerviosos.

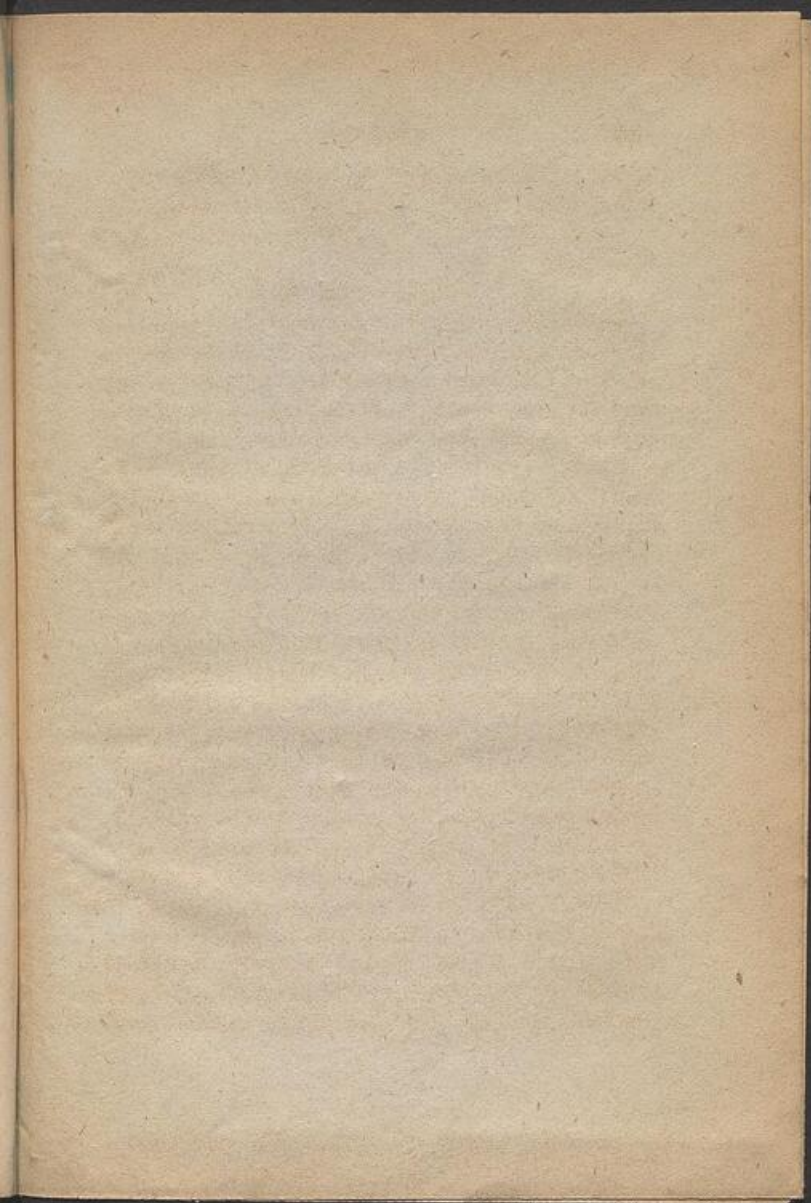
Quince dias despues, al mismo tiempo que una brisa suave hinchaba los blancos paños de una corbeta, en la que iba, barra afuera, el desventurado Alberto, leia Adela la siguiente carta:

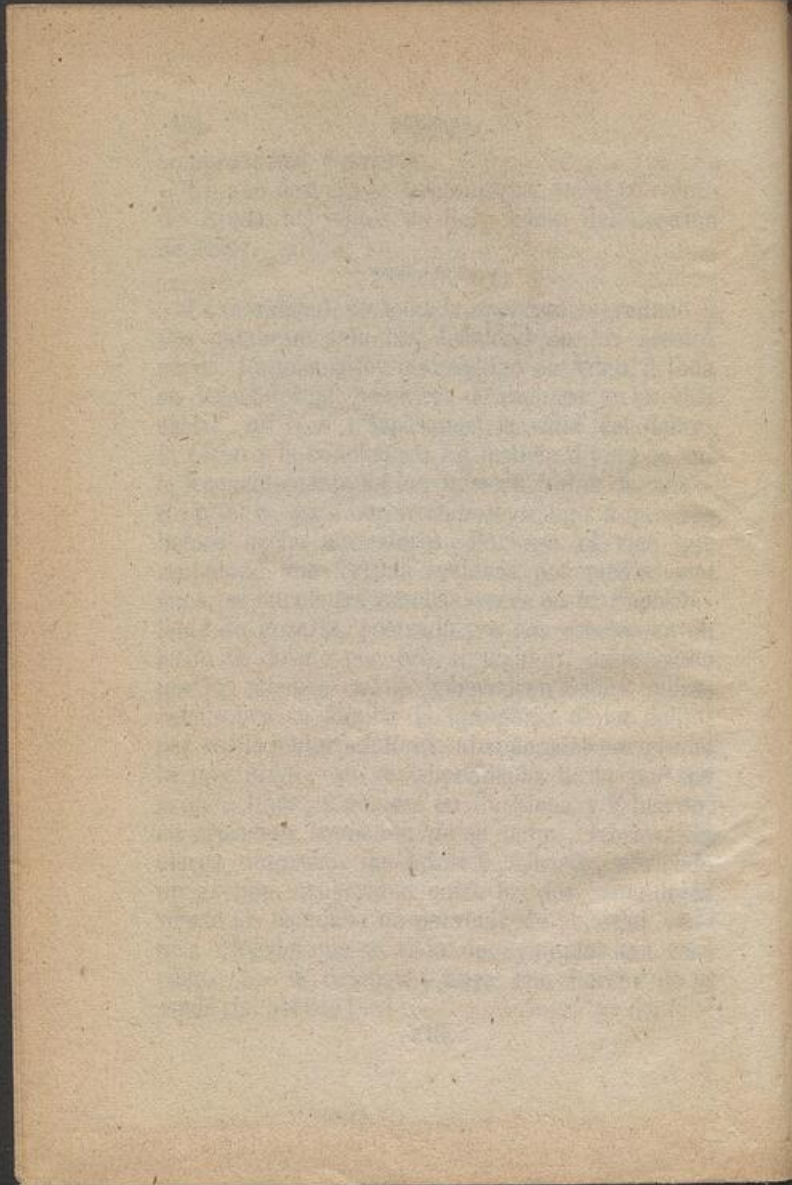
«La fuerza irresistible del destino, la mano de Dios mismo te lanzó en mis brazos, y una creencia errada tal vez, una ley formulada por la mano de los hombres, te arranca de ellos destruyendo todas mis esperanzas de un porvenir risueño y venturoso, mi Adela, mi esposa, mi todo. Es forzoso apagar en el pecho el volcan que lo devora, porque la leccion que nos ha legado nuestro padre nos patentiza el poder de la Providencia divina. Un mundo nos separa para siempre, ángel mio, yo estoy muerto para tí como tú lo estás para mí. Busca consuelo en los placeres; tal vez el cielo se apiade de tus padecimientos y abra tu corazon á nuevas ilusiones de amor y de ventura en los brazos de otro hombre que sepa

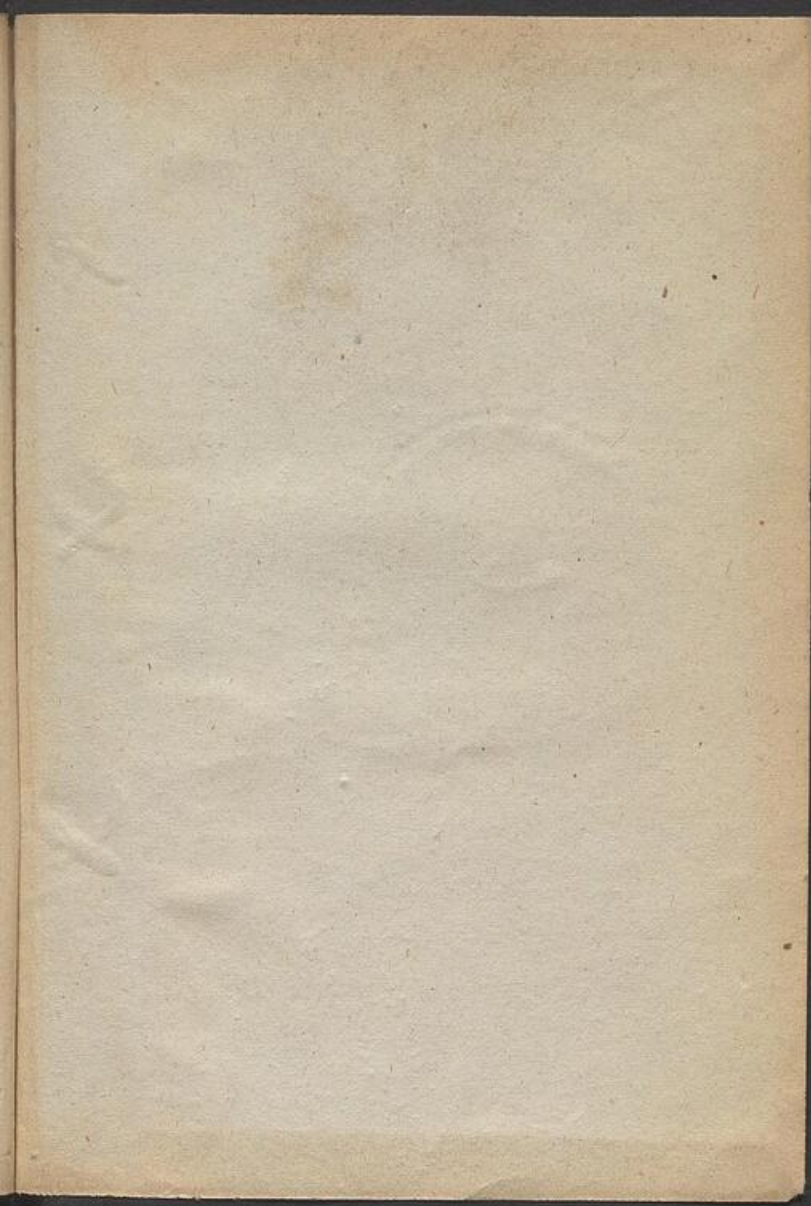
comprenderte y amarte...
Un año despues se solemnizaba en el convento de Ajuda los votos de Sor Adela del Corazon de Jesus.

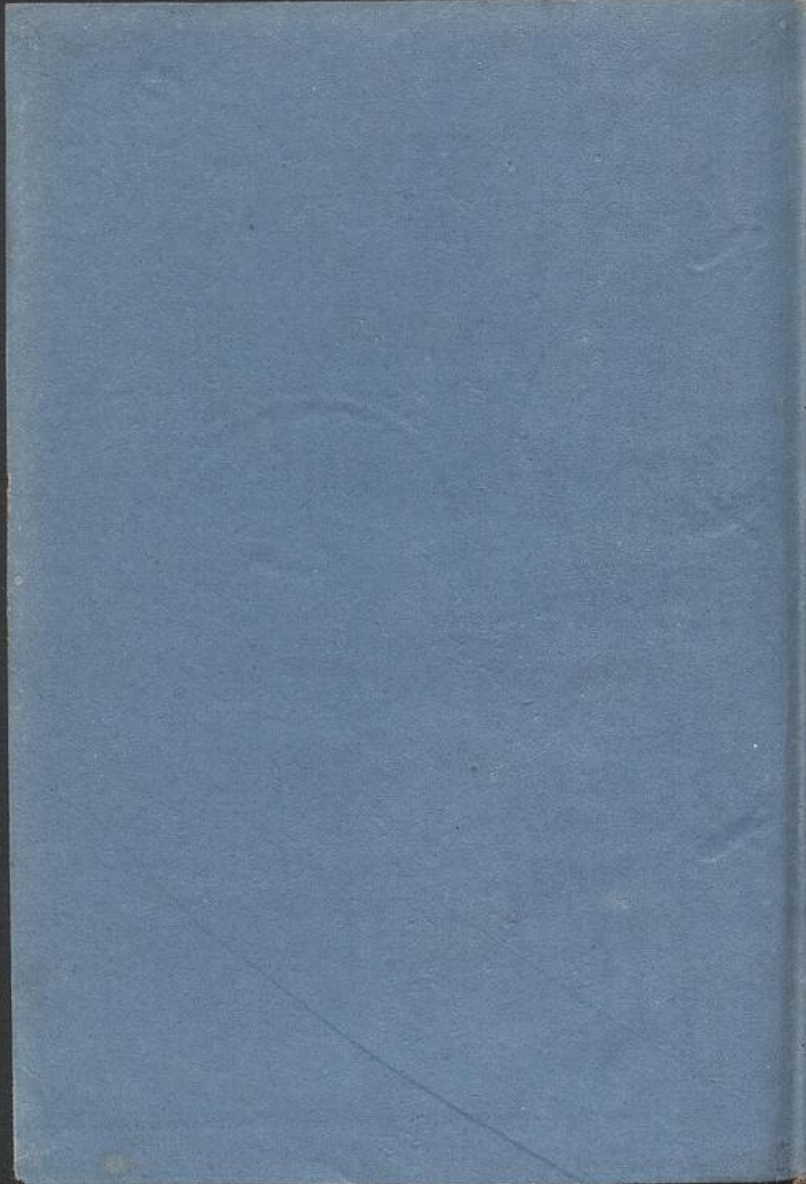
La moralidad de todo lo espuesto se reduce á dos palabras: solo hay felicidad en los afectos puros. La misma ley que castigó en Adán á toda su descendencia, nos hiere de rechazo en la vida social, no bien traspasamos la valla del deber, la razon y la conciencia. La justicia divina se vale frecuentemente de los mismos frutos de nuestro crimen, para imponernos el castigo á que nos hemos hecho acreedores. Por eso el rico que amontonó una fortuna inmensa por medios inícuos, se encuentra muchas veces en la imposibilidad de gozarla, postrado por sus excesos en un lecho de dolor: por eso el traidor, despreciado por los mismos que le sobornaron, mira quizás caer sobre su familia la ignominia de su delito: por eso la mujer adúltera, abandonada por el que la prostituyó, se ve vilipendiada hasta por sus propios hijos; y por eso en fin Elena y Eduardo, en espaciación tremenda de su culpa, labraron la eterna desgracia de Adela y Alberto, abriendo un abismo insuperable entre los dos, cuando la suerte les brindaba un porvenir de celestial ventura. ¡Ay del que en vista de egemplos tan terribles, no se detenga y huya con horror de la senda del pecado!

FIN.













7